

Anuario · IEHS



32(1) · 2017

ISSN-L 0326-9671

Instituto de Estudios Histórico-Sociales
Facultad de Ciencias Humanas
Universidad Nacional del Centro

Tandil · Argentina

Anuario · IEHS

32(1)

1^{er} semestre

2017

ISSN 0326-9671 (edición impresa)

ISSN 2524-9339 (edición en línea)



Anuario IEHS. Revista académica publicada por el Instituto de Estudios Histórico-Sociales «Prof. Juan Carlos Grosso» (Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires). Está dedicada a difundir los avances de la historia y de las ciencias sociales, centrada en las problemáticas de la historia argentina y americana. Para disponer de información adicional sobre el *Anuario IEHS* puede consultarse: <http://anuarioiehs.unicen.edu.ar/>.

Anuario IEHS. Academic journal published by the Institute of Historical and Social Studies «Prof. Juan Carlos Grosso» (Faculty of Humanities, National University of Central Buenos Aires Province). The publication intends to spread the advances of history and social sciences, focused on the problematics of Argentine and American history. In order to have additional information about *Anuario IEHS* it can be consulted: <http://anuarioiehs.unicen.edu.ar/>.

<i>Director</i>	Dr. Ricardo Pasolini (UNCPBA - CONICET)
<i>Secretaria de Redacción</i>	Dra. Melina Yangilevich (UNCPBA - CONICET)
<i>Editor técnico</i>	Lic. Ramiro Tomé (CONICET)
<i>Comité Editorial</i>	Prof. Susana Bianchi (Investigadora Honoraria del IEHS) Dr. Marcello Carmagnani (El Colegio de México) Dr. Mario Cerutti (Universidad Autónoma de Nuevo León, México) Prof. José Carlos Chiaramonte (Universidad de Buenos Aires) Dr. Daniel Dicósimo (UNCPBA) Dra. Olga Echeverría (UNCPBA - CONICET) Dra. Paola Gallo (UNCPBA) Dr. Juan Carlos Garavaglia (École des Hautes Études en Sciences Sociales) † Dr. Tulio Halperin Donghi (University of California) † Dr. Marcelino Irianni (UNCPBA - CONICET) Dr. Herbert Klein (Columbia University) Dra. Asunción Lavrin (Arizona State University) Dra. Lucía Lionetti (UNCPBA) Dr. Leandro Losada (UNSAM - CONICET) Prof. Raúl J. Mandrini (Investigador Honorario del IEHS) † Dr. Julio César Melon Pirro (UNCPBA - UNMdP) Dr. Eduardo Míguez (UNCPBA - UNMdP) Dr. Zacarías Moutoukias (Université de Paris VII) Dr. Hernán Otero (UNCPBA - CONICET) Dra. Reyna Pastor (Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid) Dr. Nicolás Sánchez Albornoz (New York University) Dra. Gisela Sedeillan (CONICET) Dr. Carlos Sempat Assadourian (El Colegio de México) Dra. María Estela Spinelli (UNCPBA - UNMdP) Dr. Nathan Wachtel (École des Hautes Études en Sciences Sociales) Dr. François Weil (École des Hautes Études en Sciences Sociales)

El *Anuario IEHS* está indizado en las siguientes bases: Latindex (Catálogo); HLAS; Historical Abstracts; Dialnet; Emerging Source Citation Index (ESCI); Directory of Open Access Journals (DOAJ).

En 2004, obtuvo uno de los premios en el concurso "Revistas de Investigación en Historia y Ciencias Sociales", otorgado por la Ford Foundation y la Fundación Compromiso.

Desde 2009, integra por concurso el Núcleo Básico de Revistas Científicas Argentinas (CONICET-CAICYT).

Desde 2016, se publica semestralmente, dividiéndose en dos fascículos el volumen anual.

A partir de 2012, el IEHS forma parte del Instituto de Geografía, Historia y Ciencias Sociales (IGEHCs), unidad ejecutora conjunta de la UNCPBA y el CONICET.

© IEHS. Pinto 399, B7000GHG Tandil, Buenos Aires, Argentina

anuarioiehs@fch.unicen.edu.ar

ISSN 0326-9671 (edición impresa), ISSN 2524-9339 (edición en línea)

Hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ÍNDICE

OBITUARIO

- 7 · Juan Carlos Garavaglia, hasta siempre
Raúl Fradkin y Jorge Gelman
- 19 · Al maestro Juan Carlos Garavaglia
Melina Yangilevich

ARTÍCULOS

- 25 · El criollismo como canal de visiones críticas sobre la historia argentina
(desde el *Martín Fierro* hasta c. 1945)
Ezequiel Adamovsky
- 51 · Productos culturales conmemorativos. La azarosa constitución
de la Casa Histórica de la Independencia durante la década de 1940.
María Élica Blasco
- 75 · Modalidades situadas de gestión de la autoridad y su registro en la espacialidad
fabril. La Armada Argentina en el Astillero Río Santiago (1969-1975)
Ivonne Barragán

DOSSIER: PANAMERICANISMO, HISPANOAMERICANISMO Y NACIONALISMO EN LOS FESTEJOS IDENTITARIOS DE AMÉRICA LATINA, 1880-1920. PERFORMANCES Y ENCRUCIJADAS DE DIPLOMÁTICOS E INTELLECTUALES.

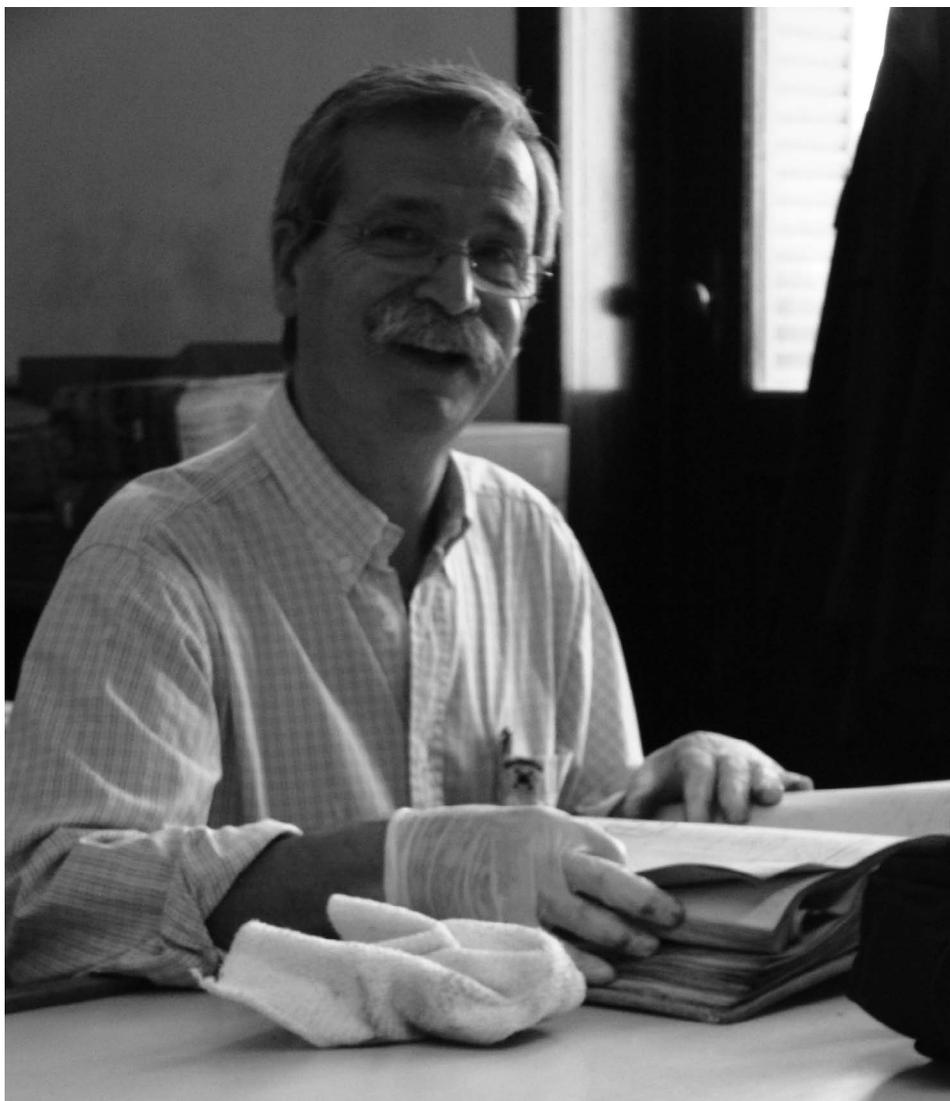
- 99 · Presentación
Pablo Ortemberg
- 111 · Las derivas de Paul Groussac como articulador cultural. Entre exposiciones
internacionales, celebraciones y eventos públicos, 1882-1911
Paula Bruno
- 135 · Panamericanismo y nación. La perspectiva de Samuel G. Inman
Alexandra Pita González
- 155 · Herederos de Balboa. España y la construcción de identidades
en California y Panamá a comienzos del siglo xx.
Javier Moreno Luzón

- 179 · Las *cicatrices* de Ayacucho. España en la celebración de un centenario hispanoamericano
Ascensión Martínez Riaza

RESEÑAS

- 207 · Raúl Fradkin y Jorge Gelman, 2015. *Juan Manuel de Rosas. La construcción de un liderazgo político*. Buenos Aires: Edhasa. 475 p.
José Carlos Chiaramonte
- 211 · François Godicheau y Pablo Sánchez León (eds.), 2015. *Palabras que atan. Metáforas y conceptos del vínculo social en la historia moderna y contemporánea*. Madrid: Fondo de Cultura Económica - Université Bordeaux Montaigne. 438 p.
Adriana Milano
- 215 · Leandro Losada, 2015. *Marcelo T. de Alvear. Revolucionario, presidente y líder republicano*. Buenos Aires: Edhasa. 352 p.
Sebastián Giménez
- 220 · Gabriela Dalla-Corte Caballero, 2016. *De España a Francia. Brigadistas paraguayos a través de la fotografía*. Barcelona: Universitat de Barcelona Edicions. 201 p.
Silvia Simonassi
- 223 · Claudia Salomón Tarquini y María de los Ángeles Lanzillota (eds.), 2016. *Redes intelectuales, itinerarios e identidades regionales en Argentina (siglo xx)*. Rosario: Prohistoria Ediciones - EdUNLPam. 260 p.
María Soledad González
- 227 · INFORMACIÓN Y PAUTAS PARA AUTORES

OBITUARIO



JUAN CARLOS GARAVAGLIA
en el Archivo General de la Nación

JUAN CARLOS GARAVAGLIA, HASTA SIEMPRE

Raúl Fradkin y Jorge Gelman

Nos resulta muy difícil escribir esta crónica del final de un gran historiador, que fue para nosotros, además de un gran amigo, un auténtico maestro de esos que dejan huellas imborrables.

Juan Carlos falleció el pasado domingo 15 de enero de 2017, en el hospital La Pitié Salpêtrière de París, apenas unos dos meses después de que le diagnosticaran una enfermedad incurable de la que nadie sospechaba.

Había nacido en 1944 en Pasto, Colombia, de manera algo casual durante uno de los tantos viajes de trabajo que realizaban por entonces sus padres. Pero Juan Carlos era un porteño de ley, por más que despotricara muchas veces contra esa Buenos Aires y esa Argentina a las que amaba pero que le causaban tanto dolor. Sólo escucharlo hablar y se notaba esa mezcla de porteño con cierto tono popular, que asimiló en su infancia en el barrio de Barracas –y que imaginamos reforzó durante su militancia montonera–, con una cultura muy amplia y refinada forjada, en buena medida, en el Nacional Buenos Aires, ese colegio público maravilloso que supo sostener la Universidad de Buenos Aires, y en esa misma Universidad, en su Facultad de Filosofía y Letras, donde se formó como historiador. Eso se notaba, por ejemplo, en su vasto conocimiento del latín y en la búsqueda permanente de la etimología de las palabras, quizás uno de los signos más distintivos de los egresados de ‘el Colegio’.

Juan Carlos era, ante todo, un apasionado; apasionado de la vida, del género humano y de la historia. Esa pasión lo llevó a ser expulsado o a irse de varios lugares (entre los cuales el Colegio, hacia el final de su adolescencia, lo que lo obligaría a terminar sus estudios secundarios en el Mariano Moreno, o del país cuando se abatía la noche más oscura que comenzó el 24 de marzo de 1976) y a ser querido por muchos. Por esa pasión militó, a riesgo de su vida, cuando creyó que era posible y perentorio cambiar el mundo. Y con esa misma pasión se dedicó más tarde a tratar de mejorar las instituciones por las que pasó y a las que muchas veces construyó para servir a lo que terminó siendo quizás una de sus mayores pasiones en la vida, la investigación histórica. Juan Carlos fue un fiel exponente de lo mejor de una generación que irrumpió en la escena argentina y latinoamericana con la firme convicción de que debía y podía cambiar el rumbo de su historia. Puso el cuerpo y el alma en esa tarea imperiosa como lo demostró tanto en su militancia política como en sus primeros trabajos como historiador y en su desempeño docente, primero en la Universidad de Buenos Aires y luego en la

Universidad Nacional del Sur, en Bahía Blanca. Sin ese contexto y sin ese compromiso, sería imposible comprender cómo Juan Carlos fue encontrando y definiendo una manera de afrontar otro desafío que también le resultaba imperioso: desarrollar un nuevo modo de hacer historia.

Para Juan Carlos hacer historia no era simplemente ‘un trabajo’ –como alguna vez le dijo un colega con quien él discutía apasionadamente sobre un tema que podía parecer muy alejado del presente–. Para él discutir sobre un tema histórico –esa vez era sobre los diezmos que pagaba la población rural de Buenos Aires en el siglo XVIII y el tipo de economía agraria que ponían en evidencia– era tan importante como discutir sobre la política actual. Porque la investigación que realizaba siempre buscaba la verdad –un objetivo tan imposible como necesario para quienes hacemos este ‘trabajo’–, y así ayudar a comprender los fenómenos sociales que hicieron de esta sociedad, o de cualquier otra sobre las que trabajó, lo que hoy es. La historia no era para él –y no lo es para muchos de nosotros– simplemente un trabajo, sino una forma de conocer las sociedades en su largo desarrollo y así poder posicionarnos y ayudar a otros a posicionarse en el presente, para actuar y cambiarlo.

Comenzó a estudiar la carrera de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA en 1966, después de abandonar la de Derecho, que cursó primero en la Universidad Nacional de La Plata y luego en la de Buenos Aires. Como él mismo ha relatado en un libro autobiográfico que escribió con tanto dolor como generosidad, la decisión la tomó en el verano de ese año tras asistir a algunas clases de José Luis Romero y Tulio Halperín Donghi en esa Facultad. Había advertido que quería ser historiador y fue el cursado en la cátedra de Historia Social General la que dejó en él –y en muchos otros de su generación– una marca indeleble pero asumida desde un comienzo a su propio modo: si las clases de Halperin lo fascinaron, lo cierto es –rememoró– que “Yo salía de allí con el convencimiento de que era eso lo que yo quería para mí, ni más ni menos. Pero que lo quería refiriéndolo al pasado de la Argentina y América Latina”.¹ Mientras tanto, trabajaba en la legendaria librería y editorial ‘Jorge Álvarez’, un ámbito de notable intensidad y debate político y cultural. Y aunque la Facultad se convirtió en un ‘cementerio cultural’ tras el golpe militar de 1966, siguió estudiando la carrera.

¿Pero cuándo comenzó su actuación como docente? Sus recuerdos nos lo muestran en plena dictadura militar de Onganía dando charlas en sindicatos y escuelas de formación profesional y de adultos y también en la cárcel de Ezeiza durante una breve detención de 1968, producida con motivo de la manifestación convocada por la CGT de los Argentinos contra ese gobierno.

Juan Carlos cursó la carrera aceleradamente: aún no había terminado su tesis de licenciatura –se graduó en 1970– cuando comenzó a trabajar como ayudante de segunda *ad honorem* en la cátedra de Pérez Amuchástegui de Introducción a la Historia, junto a otros compañeros de estudios que después serían importantes historiadores. Uno

1 J.C. Garavaglia, 2015. *Una juventud en los años sesenta*. Buenos Aires: Prometeo, p. 119.

de ellos era Juan Carlos Grosso, “ese hermano que reemplazó al que nunca tuve”, como lo definió con cariño y precisión. La experiencia de esos dos años sería tan conflictiva como imborrable para él y culminó tras el abierto enfrentamiento entre un grupo de ayudantes que integraba y parte de los estudiantes con el resto de la cátedra, resuelto mediante la intervención de la policía, una nueva detención y una ‘estadía’ en la cárcel de Devoto, previo paso por algunas comisarías. Con todo, Juan Carlos recordaría más de una vez esa experiencia compartida de la cual sacó también algún provecho: ella contribuyó a radicalizarlo aún más mientras pudo hacer allí algunas lecturas, como una historia de la policía de la cual haría buen uso muchos años después.

Juan Carlos ya no sería docente de la Facultad en la que se había graduado. Pero, en ese hervidero que era la Argentina en las postrimerías de esa dictadura, la militancia política no impidió que, al mismo tiempo (¡váyase a saber cómo hacía!), emprendiera las investigaciones que lo consagrarían inicialmente en el ámbito historiográfico. A poco de incorporarse a la Facultad, ya en 1967, había comenzado a incursionar en un espacio que quería, frecuentaba y conocía como pocos: el Archivo General de la Nación. Durante medio siglo fue un habitué del AGN y sólo los años de la dictadura impidieron que lo explorara... Resistimos la tentación de narrar las mil y una anécdotas que Juan Carlos nos ha contado sobre sus experiencias en el AGN: sería mejor que las relataran sus empleados que tanto lo conocieron. Al mismo tiempo, combinaba el trabajo editorial y la militancia política, y ambos marcaron su vida. Fue en ese contexto que produjo sus primeras publicaciones: por ejemplo, una reseña de un libro de León Pomer sobre la guerra contra el Paraguay en el número 5 de la revista *Los libros* en 1969, por entonces dirigida por Héctor Schmucler, o su incorporación al variopinto elenco de colaboradores que escribieron en *Polémica. Primera historia argentina integral*, la también legendaria colección de fascículos que el Centro Editor de América Latina publicó en Buenos Aires en 1970 bajo la dirección de Haydeé Gorostegui de Torres y donde Juan Carlos publicó, en su número 5, “Comercio colonial: expansión y crisis” y, en el número 29 de su continuación (*Documentos de Polémica*), “Reducciones y pueblos de indios”. De este modo, ya tenía trazadas dos líneas de investigación que ocuparían su atención en los años siguientes. Y así, tras su paso por la cárcel de Devoto, se dedicó no sólo a volcar todas sus energías en la empresa editorial en la que estaba embarcado y en la militancia política (dos modos distintos de afrontar la misma tarea) sino también a preparar la colección de ensayos sobre los modos de producción en América Latina y la ponencia que iba a presentar en el Congreso Americanista de Roma de 1972 por invitación de Halperin Donghi.

La formación de Juan Carlos como historiador fue factible por el clima político y cultural en que vivía y que lo empujó a afrontar junto a muchos otros una apertura teórica que habilitara la renovación del marxismo y del conjunto del pensamiento crítico latinoamericano. Su contribución, en este sentido, es ineludible y se manifestó en su desempeño como editor, primero al fundar junto a Enrique Tandeter la editorial Signos y luego mediante su fusión en Siglo XXI de Argentina, desde donde se difundieron

escritos y ensayos de enorme variedad e impacto. Pero también desde sus primeras publicaciones.

Al respecto, hay dos contribuciones que no pueden ser soslayadas. Por un lado, en 1973 escribió el prólogo al n° 40 de los *Cuadernos de Pasado y Presente*, ese Cuaderno que alcanzó enorme repercusión –sólo en seis años tuvo siete reediciones– y desde el cual se afrontó la tarea de explorar creativa e imaginativamente un tema por entonces ineludible, la naturaleza de los modos de producción en América Latina, como modo de encontrar las claves del atraso relativo de la región y definir así las tareas necesarias para superarlo. Y fue también en ese Cuaderno que incluyó una jugosa contribución: “Un modo de producción subsidiario: la organización económica de las comunidades guaranizadas durante los siglos XVII-XVIII en la formación regional altoperuana-rioplatense”, junto a los de otros autores ya renombrados, como Carlos Sempat Assadourian, Ciro Flamarion Santana Cardoso, Horacio Cifardini y Ernesto Laclau.² Por otro lado, mientras tanto, no sólo se interesaba por la práctica teórica sino que emprendía su apasionada y nunca abandonada incursión en los archivos cuyo resultado sería un artículo publicado en 1975: “Las actividades agropecuarias en el marco de la vida económica del pueblo de indios de Nuestra Señora de los Santos Reyes Magos de Yapeyú, 1768-1806”. Este texto, que nos muestra un joven Juan Carlos plenamente inmerso en el ambiente más renovador de las Ciencias Sociales latinoamericanas de entonces, fue incluido en otro volumen también famoso: el que compiló Enrique Florescano y que llevó por título *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina*, editado en México por Siglo XXI. Fue en ese voluminoso libro, que ofrecía el panorama más completo para entonces sobre las grandes propiedades agrarias en la historia latinoamericana, que dos argentinos –Tulio Halperin Donghi y Juan Carlos– presentaron los primeros y pioneros análisis sistemáticos sobre las estancias rioplatenses. Al observar hoy esas señeras publicaciones, se advierte la singularidad de su contribución: Juan Carlos decidió intervenir en la discusión teórica más amplia abordando un tema clásico de la historiografía argentina pero poniendo su atención en un espacio regional aparentemente marginal, el área guaraní-misionera y el conjunto del Paraguay colonial.

No era, por cierto, la señalada una decisión habitual y ella marcaría decididamente su trayectoria posterior. Y no resulta aventurado subrayar que, en ese tiempo, se fueron definiendo varios de los rasgos perdurables de la tarea de Juan Carlos como historiador: 1) la apertura y la creatividad teórica y metodológica; 2) la solidez empírica y documental para sostener su argumentación; 3) la convicción de que la historiografía argentina sólo podría renovarse efectivamente si abandonaba su encierro nacional y se inscribía en las corrientes más renovadoras del pensamiento y la historiografía internacional; y 4) que los argentinos –y sobre todo sus historiadores– sólo lograrían comprender su historia si asumían una perspectiva latinoamericana para estudiarla.

2 J. C. Garavaglia, 1973. Modos de Producción en América Latina, *Cuadernos de Pasado y Presente*, n° 40. Buenos Aires: Siglo XXI. (Novena edición, 1982, México).

Esos rasgos, ya evidentes en sus primeros trabajos, siguieron signando con nuevos y creativos modos toda su trayectoria intelectual posterior.

Fue 1973, entonces, para Juan Carlos, para su generación y para la Argentina toda un momento de inflexión. Y dada su condición de militante, docente e historiador, a fines de mayo de ese año se radicó en Bahía Blanca y empezó a trabajar / militar en la Universidad Nacional del Sur como interventor del Instituto de Humanidades y como profesor, aunque la militancia fuera de la Universidad era claramente lo que más le importara. Si bien breve –fue como muchos otros expulsado de la Universidad a comienzos de 1975–, esa experiencia lo marcaría a fuego y remitimos a sus memorias para poder comprenderlo en plenitud. Pero no quisiéramos pasar por alto que, cuando se produjo su expulsión, estaba preparando un curso sobre la historia comparada de América Latina en el siglo XIX, una problemática que nunca más abandonaría.

Desde muy joven, entonces, realizó investigaciones que cambiaron –en muchos casos radicalmente– las formas que teníamos de comprender la historia latinoamericana. Porque Juan Carlos fue uno de nuestros pocos y mejores historiadores latinoamericanistas y, sin duda, ello definió su lugar singular dentro del campo historiográfico argentino.

No pretendemos ni podríamos aquí resumir todos los aportes fundamentales que Juan Carlos Garavaglia hizo a la historia argentina y latinoamericana, especialmente –pero no únicamente– a su historia agraria y económica en general. Sin duda, sus contribuciones más significativas fueron sobre el período colonial y las décadas que siguen a las revoluciones de inicios del siglo XIX, aunque en los últimos años estaba abocado a estudiar a fondo el proceso de construcción del estado en la Argentina en esos años decisivos que corren entre la caída de Juan Manuel de Rosas en 1852 y la guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay, tan mal conocidos, en los que Buenos Aires consigue finalmente dominar a las provincias en el proceso de construcción nacional. Y como solía ser usual en sus trabajos, también para este período eligió posicionarse para entender a las provincias que resultaron perdidas en ese largo conflicto entre lo que sería la capital del nuevo país y lo que devino ‘el interior’.

Ya fuera de la Universidad argentina y de la organización revolucionaria, Juan Carlos emprendió el camino del exilio en abril de 1976 y fue en París donde retomó su formación. Allí dedicó denodados esfuerzos a la investigación que constituiría su tesis doctoral defendida en 1979 en la École des Hautes Études en Sciences Sociales, bajo la dirección de Ruggiero Romano. Su tesis titulada “La production et la commercialisation de la Yerba Mate dans l'espace péruvien : XVIe-XVIIIe siècles”, que se publicaría luego en México con el título *Mercado interno y economía colonial*,³ sigue siendo hoy un trabajo capital y absolutamente vigente para explicar cómo se constituyó la región del actual Paraguay, a partir de la vinculación que estableció con el resto del espacio americano por la producción de la yerba mate. Juan Carlos, por un lado, logró de-

3 1983. *Mercado interno y economía colonial. Tres siglos de historia de la yerba mate*. México: Enlace - Grijalbo. (Segunda edición, 2008, Rosario, Prohistoria).

mostrar la importancia y la evolución de la circulación de la yerba paraguaya en todo el espacio colonial sudamericano con un estudio sistemático del comercio y de los mercados adonde llegaba; por otro lado, le interesaba especialmente explicar cómo se habían conformado unas relaciones sociales de explotación en la propia región productora que daban sustento a ese fenomenal comercio. Ese trabajo, además de poner de manifiesto algunas de las cualidades que caracterizarían a su autor a lo largo de toda su vida, como sus preocupaciones teóricas y su absoluto y muy exigente trabajo con las fuentes que recogía en todos los archivos posibles para reconstruir su objeto de estudio, demostraba de manera fehaciente aquello que por entonces empezaba a ser un nuevo paradigma en la historiografía colonial americana: el peso de los mercados interiores para la organización social del espacio. Eso que otro gran historiador argentino exiliado en México, Carlos Sempat Assadourian, había propuesto como un modelo interpretativo clave para la comprensión del sistema de la economía colonial encontraba en el estudio de Juan Carlos Garavaglia sobre el Paraguay su primera y muy contundente constatación sistemática.

Su aventura latinoamericana no terminó allí, apenas estaba comenzando. La imposibilidad de regresar a Argentina luego de su estancia parisina y la defensa de su tesis doctoral en la EHESS lo llevaron a México, país que lo acogió con generosidad y donde llevó a cabo otro proyecto de investigación de envergadura que impactó en el medio académico local y latinoamericano. Si en su investigación sobre el Paraguay el problema central en discusión era el peso determinante del mercado interior para las economías agrarias latinoamericanas –y el ejemplo de la yerba mate aportó un ejemplo contundente al respecto–, el nuevo tema que empezaba a concentrar la atención de los especialistas versaba sobre la participación de actores diversos en esos mercados interiores, contra una tradición historiográfica que sólo asignaba ese papel a los grandes hacendados y comerciantes. Y Juan Carlos decidió que era hora de estudiar esto en serio; y cuando decía en serio, no era a través de nuevas teorías o especulaciones sino desde los archivos, enfrentando el desafío de estudiar de manera sistemática una documentación desmesurada por su tamaño y complejidad que amedrentaba a historiadores más afectos a modelos que a la historia y a los archivos. Así empezó, junto a su querido Juan Carlos Grosso –a quien tanto lloró luego de su desaparición tan temprana y trágica–, una investigación que daría frutos muy apreciados sobre las alcabalas de la Nueva España. En este trabajo los dos Juan Carlos se dedicaron con especial esmero a reconstruir los avatares de lo que parecía un modesto mercado, de una ciudad de provincias que le debe a ellos ser conocida por multitud de historiadores en el mundo, Tepeaca.⁴ A través de una cuidadosa reconstrucción de todo el movimiento mercantil

4 Frutos importantes de estos trabajos son los libros J.C. Garavaglia y J.C. Grosso, 1987. *Las alcabalas novohispanas, 1776-1821*, México: Archivo General de la Nación, Dirección del Archivo Histórico Central / Banca Cremi; 1994. *Puebla desde una perspectiva microhistórica. Tepeaca y su entorno agrario: población, producción e intercambio (1740-1870)*. México: Universidad Autónoma de Puebla / UNICEN; y 1996. *La región de Puebla y la economía novohispana: las alcabalas en la Nueva España 1776-1821*. Puebla: Univer-

de esa ciudad, demostraron que en el mercado local de Tepeaca no sólo participaban grandes hacendados sino una multitud de pequeños campesinos y comunidades indígenas que vendían allí buena parte de sus excedentes, obteniendo a cambio dinero y otros bienes. Esta novedad historiográfica podía parecer poco relevante porque, claro, Tepeaca apenas tenía algunos pocos miles de habitantes, comparada con ciudades como México y allí el mercado era dominado –aunque no totalmente– por hacendados y grandes comerciantes. Pero como nos explicaba Juan Carlos, ciudades como México no había muchas por esos tiempos. Pero pequeños villorios como Tepeaca había miles. Y eso daba una perspectiva completamente diferente al conocimiento del mundo agrario americano, al funcionamiento de sus mercados y a la configuración de las sociedades locales. Como recordó en su momento Carlos Marichal, los dos Juan Carlos iniciaron juntos en 1980 una investigación de largo aliento que estaba destinada a reconstruir las bases cuantitativas del estudio de los mercados internos en el virreinato de la Nueva España en el siglo XVIII y a ese estudio pionero sumaron una impresionante cantidad de monografías sobre la historia agraria y demográfica novohispanas que se completó una vez que ambos regresaron a Argentina.⁵

Emprendió la siguiente etapa poco antes de regresar a Argentina, luego del fin de la dictadura, y se consolidaría ampliamente durante los años que pasó en este país, enseñando en la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, en Tandil. Desde allí, como investigador del Instituto de Estudios Histórico-Sociales, organizado en 1986, se transformó en un animador de la actividad historiográfica argentina y en un activo formador de jóvenes historiadores a los que atraía tanto su solvencia profesional como la pasión y el entusiasmo que desplegaba. Ese mismo año retomó su amor por la edición y se convirtió en el primer director del *Anuario IEHS*, que rápidamente se transformó en una de las más importantes revistas de historia de la Argentina, un espacio de promoción de nuevos temas, enfoques y debates y un canal decisivo para la inserción de la historiografía argentina en el ámbito internacional. Volvió a emigrar en 1991 hacia Francia, habiendo sido designado Directeur d'Études en la misma EHESS que lo había consagrado doctor. Para entonces ya estaba metido de lleno en el estudio del agro colonial bonaerense, que se convertiría en su nueva pasión por unos cuantos años y en la que produciría obras notables y que, otra vez, impactarían fuertemente en el panorama historiográfico.

El primer trabajo importante sobre estos temas es el que publicó en 1985 en la *Hispanic American Historical Review*, donde analizaba los diezmos de toda la región rioplatense, un texto notable que ya había empezado a circular desde que lo presentara como ponencia en el Congreso Americanista de Manchester en 1982. El análisis sistemático de estas fuentes, bastante clásico en la historiografía agraria europea, no se había realizado nunca en el caso rioplatense y este primer estudio sobre los impues-

alidad Autónoma de Puebla. Pero ambos publicaron también numerosos artículos sobre estos temas en revistas y libros en los años previos.

5 Carlos Marichal, 1996. IN MEMORIAM Juan Carlos Grosso, *Historia Mexicana*, vol. XLVI, nº 2.

tos que los productores agrarios debían pagar para el sostenimiento de la actividad eclesiástica deparó unas sorpresas que revolucionarían pronto el mundillo académico argentino: la más significativa era que si los relatos tradicionales sostenían que en la región sólo había prosperado la ganadería vacuna para exportar los cueros y algo de sebo, el trabajo de Juan Carlos mostraba que los diezmos que pagaba la población en la región pampeana –especialmente Buenos Aires pero también Montevideo– eran mayoritariamente sobre productos agrícolas, en particular cereales, y muy secundariamente sobre ganados. No vamos a relatar los apasionados debates que esto generó y que tuvieron a Juan Carlos como decisivo protagonista. Ya se publicaron numerosos balances historiográficos sobre ello.⁶ Sólo queremos mencionar aquí el papel relevante de sus trabajos en los inicios de esta pequeña revolución historiográfica, que rindió frutos muy ricos, que cambió significativamente lo que sabemos hoy sobre el agro rioplatense colonial y que obligó también a una revisión profunda de la historia agraria de la misma región en el siglo XIX, cuando se consolidó un modelo distinto, ahora sí de corte agro-exportador.⁷ Antes de eso, su ‘regreso’ intelectual al espacio rioplatense y al nunca abandonado interés por el guaraní-misionero tomó forma en un nuevo e influyente libro que reunía varios de sus estudios más recientes.⁸ De esta manera, si los estudios de Garavaglia y Grosso abrieron una senda pionera y decisiva para el desarrollo posterior de la potente historia de los mercados, la fiscalidad y la demografía colonial, sus análisis sobre los mercados, la población y la producción rioplatenses no pueden dejar de considerarse una nueva fase de la historiografía. Esgrimiendo una escritura tan polémica como un enfoque metodológicamente sofisticado, se dedicó a examinar la historia rural pampeana de un modo tan innovador que vino no sólo a cambiar completamente el conocimiento historiográfico sobre ella sino a erosionar las convenciones más firmemente inscriptas en el imaginario nacional argentino. Historiador sólido y editor con experiencia, sabía Juan Carlos conmover a su público y atraerlo hacia los temas y los problemas que lo apasionaban generando fructíferas polémicas.

6 J. C. Garavaglia y J. Gelman, 1995. Rural history of the Rio de la Plata, 1600-1850: results of a historiographical renaissance, *Latin American Research Review*, 30: 3, pp. 75-105; y R. Fradkin, 2006. Caminos abiertos en la Pampa. Dos décadas de renovación de la historia rural rioplatense desde mediados del siglo XVIII a mediados del XIX, en J. Gelman (comp.), *La historia económica argentina en la encrucijada*. Buenos Aires: Prometeo, pp. 189-207.

7 Su libro más importante de esta etapa es: 1999. *Pastores y labradores de Buenos Aires. Una historia agraria de la campaña bonaerense, 1700-1830*. Buenos Aires: IEHS - Ediciones de la Flor y Universidad Pablo Olavide (la versión en francés *Les hommes de la Pampa. Une histoire agraire de la Campagne de Buenos Aires, 1700-1830* fue publicada en París por la EHESS al año siguiente), pero son incontables los trabajos, artículos y capítulos que escribió sobre los más diversos temas de la historia agraria colonial y postcolonial. Una de sus aportaciones más recientes y notables en este campo es el estudio monumental sobre San Antonio de Areco (2009. *San Antonio de Areco, 1680-1880. Un pueblo de la campaña, del antiguo régimen a la modernidad argentina*. Rosario: Prohistoria), donde además atraviesa otro Rubicón académico escribiendo una historia que parte del corazón del período colonial para alcanzar 1880, mostrando no sólo los cambios sino también todas las continuidades observables en lo que se supone el inicio de la ‘modernidad’ argentina.

8 1987. *Economía, sociedad y regiones*. Buenos Aires: Editorial de la Flor.

Bien lo demuestra su artículo en el primer número del *Anuario IEHS* (“Los textiles de la tierra en el contexto colonial rioplatense: ¿una revolución industrial fallida?”) y sobre todo en el segundo número publicado al año siguiente: “¿Existieron los gauchos?” se tituló provocadoramente su intervención en esta ya legendaria polémica que, en ese volumen, entablaron con Carlos Mayo, Samuel Amaral y Jorge Gelman.

Junto a los productos más maduros de esta etapa de sus trabajos, Juan Carlos comenzó una serie de estudios sobre el proceso revolucionario y las décadas posteriores, donde ponía de relieve una serie de cuestiones fundamentales sobre los procesos políticos, sociales y culturales que estaban sucediendo y que en parte fueron recogidos en algunos libros suyos como *Poder, conflicto y relaciones sociales. El Río de la Plata, XVIII-XIX* (1999. Rosario: Homo Sapiens) y *Construir el estado, inventar la nación: El Río de la Plata, siglos XVIII-XIX* (2007. Buenos Aires: Prometeo), apenas una pequeña muestra de todo lo que aportó al conocimiento de la sociedad rioplatense de la época. Es necesario destacar que el territorio de investigación de Juan Carlos, en el caso argentino, no se limitaba de ninguna manera a Buenos Aires, a la que es verdad que dedicó sus mayores esfuerzos, sino que produjo algunas investigaciones importantes sobre diversas partes del territorio argentino con la misma solidez, originalidad y respeto que en aquel caso. Así le debemos algunas páginas notables sobre los campesinos santiagueños, sobre las tejedoras y los textiles de San Luis o sobre el comercio y la producción agraria mendocina.

Al fin, Juan Carlos, ya jubilado de la EHESS, se radicó en la Universitat Pompeu Fabra de Barcelona, como investigador del ICREA. Desde allí consiguió un importante subsidio del European Research Council, para desarrollar un proyecto muy ambicioso por más de cinco años denominado State Building in Latin America. Pero el calificativo no debiera leerse como una crítica: de alguna manera, Juan Carlos estaba empleando el prestigio internacional acumulado para conformar un espacio de formación de jóvenes historiadores latinoamericanos y dotarlos no sólo de saberes académicos sino del conocimiento del propio espacio e historia compartidos, y al mismo tiempo para contribuir al desarrollo de estudios innovadores en otra institución. Pese al tiempo acotado, los resultados fueron notables y acordes a la envergadura del proyecto: un examen detenido de los procesos de construcción estatal en varios países de América Latina durante el siglo XIX, una impresionante recopilación de fuentes documentales puesta a disposición de nuevas investigaciones y la formación de jóvenes historiadores reclutados en esos países que abordaron cada uno una parte de ese estudio en forma colaborativa. Ello trajo consigo, por lo pronto, un libro de su propia autoría que sería central a la hora de revisar el proceso formativo del estado argentino y para descenrarlo del caso bonaerense: *La disputa por la construcción nacional argentina. Buenos Aires, la Confederación y las provincias (1850-1865)* (2015. Buenos Aires: Prometeo). Al mismo tiempo, impulsó, junto a otros colegas vinculados al proyecto, una serie de compilaciones: junto a Claudia Contente, *Configuraciones estatales, regiones y sociedades locales: América Latina, siglos XIX-XX* (2011. Barcelona: Ediciones Bellaterra); con

Pierre Gautreau, *Mensurar la tierra, controlar el territorio. América latina, siglos XVIII-XIX* (2011. Rosario: Prohistoria ediciones - State Building in Latin America); con Juan Pro y Eduardo Zimmermann, *Las fuerzas de guerra en la construcción del Estado en América Latina, siglo XIX* (2012. Rosario: Prohistoria - State Building in Latin America); y también con Juan Pro Ruiz, *Latin American Bureaucracy and the State Building Process (1780–1860)* (2013. Newcastle upon Tyne, UK: Cambridge Scholars Publishing).

No era una novedad en su trayectoria. Juan Carlos amaba los libros, no sólo como lector y escritor apasionado: los amaba también como espacio propicio para el trabajo colectivo entre colegas y para promover nuevas investigaciones y nuevos investigadores. Cualquier repaso, aunque más no sea somero, de su prolífica producción historiográfica lo pone de manifiesto. Ya hemos mencionado la prolongada y fructífera tarea desarrollada junto a Juan Carlos Grosso. Pero no podemos pasar por alto otras evidencias de la misma práctica. Así, junto a Juan Marchena ofrecieron una renovada y actualizada visión de conjunto en los dos voluminosos tomos de su *América Latina. De los orígenes a la independencia* (2005. Barcelona: Crítica). Pero también al escribir artículos en colaboración con otros colegas, como Jorge Gelman, María del Rosario Prieto o su compañera de los últimos años Elisa Caselli, y a través del persistente impulso de compilaciones, algunas de las cuales constituyeron hitos en el desarrollo del conocimiento de algunas problemáticas: con José Luis Moreno, por ejemplo, compiló *Población, sociedad, familia y migraciones en el espacio rioplatense. Siglos XVIII y XIX* (1993. Buenos Aires: Cántaro); junto a Jorge Gelman y Blanca Zeberio, *Expansión capitalista y transformaciones regionales. Relaciones sociales y empresas agrarias en la Argentina del siglo XIX* (1999. Buenos Aires: La Colmena - UNICEN); con Raúl Fradkin, *En busca de un tiempo perdido. La economía de Buenos Aires en el país de la abundancia, 1750-1865* (2004. Buenos Aires: Prometeo); junto a Jean Frédéric Schaub, *Lois, justice, coutume. Amérique et Europe latines (16^e-19^e siècles)* (2005. París: Éditions de L'École des Hautes Études en Sciences Sociales); y con Jacques Poloni-Simard y Gilles Rivière, *Au miroir de l'anthropologie historique : mélanges offerts à Nathan Wachtel* (2014. Rennes: Presses Universitaires de Rennes). Conviene subrayar este atributo persistente y perdurable de su trayectoria: Juan Carlos demostraba que la tarea del historiador podía enriquecerse notablemente si se afrontaba como tarea colectiva y colaborativa.

Los que hemos podido escribir con él libros o artículos a cuatro manos sabemos y hemos podido compartir y ver –pese a su incesante tarea como investigador, docente y formador de historiadores– cómo se hizo del tiempo para escribir libros destinados a un público más amplio que el formado por los especialistas y estudiosos de la historia (con Raúl Fradkin, 1992. *Hombres y mujeres de la colonia*. Buenos Aires: Sudamericana; 2009. *La Argentina colonial. El Río de la Plata entre los siglos XVI y XIX*. Buenos Aires: Siglo XXI; o Argentina. *La construcción nacional* (tomo 2 de J. Gelman (dir.), 2011. *América Latina en la Historia Contemporánea*. Lima: Taurus - Fundación MAPFRE).

Los que conocimos los esfuerzos que puso en juego para producir esos estudios no quisiéramos que fueran pasados por alto algunos aspectos que pueden escapársele

al lector desprevenido: cuando escribimos *Hombres y mujeres...*, Juan Carlos recorrió esos territorios para familiarizarse con sus ambientes; cuando estaba embarcado en la elaboración de *Pastores y labradores...*, no dejó archivo por explorar (no sólo el AGN sino también el Archivo Histórico de La Plata, el de Luján, o el de San Antonio de Arco), así como no faltaron las incursiones, que lo apasionaron, a la famosa hacienda de Figueroa o a la estancia de Negrete, por ejemplo. Lo mismo sucedió cuando se embarcó a estudiar la producción agraria mendocina y los múltiples viajes que hizo a La Plata, Santa Fe o Paraná para elaborar *Las disputas...* No había en ello sólo un placer personal: Juan Carlos estaba firmemente convencido de que conocer es un modo de querer la sociedad que se estudia. Y fue esa convicción la que lo llevó a recorrer también diversos países con los jóvenes doctorandos que integraron su último gran proyecto.

A nadie que haya seguido la prolífica obra de Juan Carlos como historiador y su rica trayectoria intelectual puede sorprenderle que, en sus últimos años, decidiera emprender otro enorme desafío, de esos que tanto le gustaban y le atraían. Y tampoco cuál fue su elección: tomar un tema clásico, mal conocido y poco estudiado para darlo vuelta por entero, sumergirse en archivos y fuentes desconocidas o abandonadas y convertirse, ¡en otra universidad!, en un dinamizador de su vida académica y de investigación. Así, se concentró en desentrañar la historia de la guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay y, tras ser reconocido en 2014 por el gobierno argentino de entonces con el premio Raíces por su contribución a relacionar el ámbito historiográfico argentino con el internacional, desarrolló un nuevo proyecto como investigador principal contratado del CONICET y eligió la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral (Santa Fe, Argentina) como su sede de trabajo. Y no pasó mucho tiempo para que organizara allí un seminario internacional, fruto del cual es su última compilación, que resultó ser lamentablemente póstuma (2017. *A 150 años de la Guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay*. Buenos Aires: Prometeo). Vista esta elección en perspectiva, puede advertirse que se había mantenido fiel a temas y problemas que lo atraían desde joven y que no había perdido el impulso y el entusiasmo que lo habían animado desde sus primeros pasos como historiador. Ahora estaba obsesionado en desentrañar y develar cómo la historia de esa guerra infame podía iluminar y ayudar a comprender de otro modo la historia del estado, de su fiscalidad, sus finanzas y sus fuerzas de guerra, pero sin perder de vista que era el drama social y humano el que debía conocerse, así como tan firme era su convicción de que las mitologías nacionalistas y las convenciones canónicas repetidas acriticamente sólo podrían ser puestas eficazmente en cuestión si a la voluntad se sumaba la exploración exhaustiva de los archivos y de sus fondos documentales. Un historiador cabal, ni más ni menos, obsesionado por los secretos conservados en los archivos y, al mismo tiempo, sensible a la historia y el presente de su país, de Latinoamérica, de su gente y su tiempo.

Es probable que haya sido por eso que eligió a los jóvenes como destinatarios primordiales de su libro *Una juventud en los años sesenta* (2015. Buenos Aires: Prometeo). Crónica, reflexión y confesión pública, este libro –bien lo sabemos– fue madurando

durante mucho tiempo y fue seguramente el que más le costó escribir, como nos lo dijo repetidas veces. En él el lector no encuentra un texto de autojustificación sino un examen de la propia vida de un gran historiador y de una persona intensamente comprometida con su presente durante sus años formativos.

Juan Carlos fue, además de un gran investigador, un maestro en el verdadero sentido de la palabra. Formó a legiones de jóvenes investigadores (sus colegas de la École des Hautes Études en Sciences Sociales recordaban por estos días que sólo allí dirigió unas cuarenta tesis doctorales y pueden también atestiguarlo los alumnos de sus cursos en la Universidad Internacional de Andalucía o los de la última camada del proyecto State Building...), muchos hoy reconocidos especialistas en los más diversos temas de historia latinoamericana, y forjó muchas herramientas para el desarrollo de la investigación histórica. Tanto en México, como hoy lo recuerdan sus exalumnos, como en Tandil o en París, donde dirigió, por ejemplo, el CERMA (Centre de Recherches sur les Mondes Américains) o la revista *Nuevo Mundo - Mundos Nuevos, Nouveaux Mondes - Mondes Nouveaux*, hoy tan conocida entre nosotros. Pero fue también un maestro para sus colegas, propiciando siempre el debate franco y abierto y suscitando múltiples sugerencias para sus trabajos. Aquellos que, como nosotros, tuvieron la suerte de leer sus infinitos borradores, de estar cerca de la cocina de sus estudios y de tener la 'obligación' de criticárselos pueden dar fe de su apertura y honestidad intelectual como de su inmensa generosidad. Los que lo trataron (amigos, colegas o estudiantes) lo saben bien. Los que no pudieron conocerlo personalmente tienen la ocasión de leerlo y podrán encontrar en sus textos innumerables sugerencias para definir un tema y un problema de investigación. Y les conviene prestarle atención porque Juan Carlos no sólo sabía elegir problemas significativos sino también encontrar el mejor modo para entrar en ellos. Porque Juan Carlos fue y seguirá siendo un generoso maestro de sus lectores, aun de aquellos que no comparten sus ideas.

Su fallecimiento significa una pérdida irreparable, una ausencia que lamentaremos mucho, porque además era un gran amigo, un irrefrenable y simpatiquísimo conversador, un cariñoso y siempre preocupado padre de unos hijos a los que adoraba (en un buen estilo '*idische mame*' que reivindicaba y había recibido en línea directa de su madre). Todos tenemos en la memoria decenas de anécdotas contadas con tanta gracia por Juan Carlos. Todas ellas nos seguirán acompañando, al igual que su obra, vastísima y fundamental para comprender el pasado de América Latina y de Argentina y tratar de entender su presente. Porque conocer puede ser también un modo de amar y él lo sabía y lo enseñaba no mediante discursos, sino por medio de una práctica tan intensa como prolongada y persistente.

AL MAESTRO JUAN CARLOS GARAVAGLIA

Melina Yangilevich

Sin dudas, éstas son palabras que no hubiera querido escribir. Resultan particularmente difíciles por el motivo que las convocan pero además porque resulta complejo agregar algo sustancial a lo dicho precedentemente por dos de sus amigos y colegas más cercanos, Jorge Gelman y Raúl Fradkin. El recorrido exhaustivo que hicieron por la vida profesional y militante de Juan Carlos no deja espacio para agregar mucho más. Sin embargo, resulta necesario recordarlo y homenajearlo desde el *Anuario IEHS*, que fue, en buena medida, su obra y que dirigió durante los primeros años de existencia. El Instituto de Estudios Histórico-Sociales y su anuario surgieron en 1986 como parte de un proyecto colectivo de renovación de la carrera de historia, a partir de la iniciativa de Eduardo Míguez, entonces decano normalizador de la Facultad de Humanidades de la UNICEN. Un año antes, Juan Carlos llegó a Tandil casi al mismo tiempo que su gran amigo, Juan Carlos Grosso. Este proceso tuvo en Juan Carlos, 'el Gara' como se lo nombra afectuosamente, a uno de sus principales animadores.

Desde 1986 hasta 1989, fue el director del *Anuario*. Su rica experiencia en el medio académico internacional, junto con la de otros miembros del IEHS e integrantes del comité editorial, obró que, desde el primer número, se convocara a historiadores e historiadoras referentes de la disciplina, europeos y latinoamericanos. Sin embargo, se decidió dedicar una parte del primer número a la presentación de los trabajos de investigación que se estaban realizando en el propio Instituto, lo que constituyó una suerte de presentación en sociedad del Instituto y de sus integrantes en el contexto del regreso de la democracia, con todo lo que ello implicaba para las investigaciones en el campo de las disciplinas sociales en general y de la Historia en particular. En el medio académico local de entonces, la existencia de revistas de calidad era excepcional y el trabajo de Juan Carlos al frente del *Anuario* cimentó buena parte de lo que hoy lo caracteriza. Sus propias palabras dan cuenta del perfil con el que fue pensado y concebido; en la presentación del número 3, afirmaba que "la revista nacida y hecha en Tandil tiene un porcentaje elevado de colaboradores externos al IEHS y una alta participación de miembros del CONICET." En el número 4, Juan Carlos se despedía como director "con la tranquilidad de haber contribuido, junto con todos los miembros del Comité Editorial y los investigadores del Instituto, a consolidar (...) este espacio de estudio y reflexión." Estas palabras sintetizan, en unas pocas líneas, su legado tanto para la revista como para el Instituto. Casi treinta años después, no hay dudas de su trascendente

contribución y de la permanencia de un conjunto de principios que guían la política editorial del *Anuario*: la concepción de un espacio académico de excelencia, referente en el ámbito historiográfico nacional e internacional. Juan Carlos no se limitó a concebir un espacio de “estudio y reflexión”, como él lo caracterizó, sino que sumó un aspecto esencial para llevar a buen puerto estas iniciativas: lo hizo pensándolo desde la necesidad de la construcción colectiva, un aspecto tan necesario como complejo de llevar a la práctica.

Al año siguiente, Juan Carlos asumió el cargo de director del Instituto y, si bien poco después partió hacia Francia, siempre mantuvo un contacto fluido con colegas y estudiantes del Instituto y de otros espacios locales. Antes de su viaje, en un gesto de generosidad cargado de afecto, donó a la hemeroteca del IEHS una colección de más de doscientos cincuenta libros y revistas especializadas en derecho laboral que habían pertenecido a su madre, Aída Bitbol, destacada abogada. Fue en su último año como docente en Tandil cuando con mis compañeras de curso tuvimos la oportunidad de conocerlo. No quisiera que estas páginas fueran autoreferenciales; sin embargo, intuyo que la relevancia que para mí tuvo la posibilidad de conocerlo y aprender de él es una experiencia compartida con un número importante de personas. Y por eso, aspiro a que lo que sigue no constituya un relato excesivamente autobiográfico. Un par de meses después de su muerte resulta arduo asimilar que no lo volveré a ver en alguna jornada o en los repetidos encuentros en la querida Rosario, donde tuve la suerte de encontrarlo varias veces durante los últimos años, gracias a las gestiones de Darío Barrera. Siempre era un animador entusiasta de todos los encuentros, ya fuera comentando un texto o, después del trabajo, relatando anécdotas sucedidas en algunos de los tantos espacios que recorrió. En una de estas ocasiones, lo encontré por última vez en agosto del 2016. Acordamos vernos en Tandil, donde era uno de los principales invitados a celebrar los treinta años de la creación del IEHS. Lamentablemente, no pudimos contar con su presencia. En aquella ocasión, también tuve la suerte de que comentara mi trabajo, con la misma generosidad, inteligencia y humor que desplegaba en todos los espacios y lejos de cualquier solemnidad. Ese último encuentro me hizo rememorar el día que lo conocí. Fue en 1990; por ese entonces Juan Carlos era profesor de Historia Americana II –Colonial– en la todavía Facultad de Humanidades. El IEHS y el *Anuario* estaban en pleno desarrollo a pesar de las serias dificultades que las instituciones universitarias debían sortear para llevar a buen puerto sus actividades. Por entonces, me encontraba cursando el primer año de la carrera en Tandil. Ésta, aunque recién iniciada, excedía con creces las expectativas del grupo de estudiantes que integraba. La Historia que se enseñaba le escapaba a las efemérides y a la memorización que eran moneda corriente en buena parte de los colegios de los que proveníamos. Las primeras clases de Historia Social General, a cargo de la profesora Susana Bianchi, hicieron las veces de un curso de ingreso acelerado no solo a la vida universitaria sino también al perfil de excelencia académica que tenía –y sigue manteniendo– la carrera de Historia. Durante todo el primer año, nos introdujo en otro aspecto fundamental:

el de la sociabilidad académica. Un aspecto fundamental que no necesariamente forma parte de los contenidos de los programas de las asignaturas pero que los buenos docentes transmiten. Un aprendizaje sobre el funcionamiento del mundo académico en términos globales. El ámbito propicio para estas enseñanzas fue otra materia que dictaba Susana: Introducción a los Problemas Historiográficos. Una parte de las clases estaban dedicadas a que diferentes docentes de la carrera nos refirieran diferentes aspectos de sus trayectorias académicas. Juan Carlos fue uno de los docentes que nos regaló unas horas de su tiempo para contarnos como había llegado a ser docente e investigador. Su testimonio acerca de cómo descubrió su gusto por la Historia, sus estudios previos de Derecho y el relato sobre la comunicación a sus padres que dejaba la carrera de abogacía para dedicarse a la que lo apasionó toda su vida fue realizado con el humor y el histrionismo que lo caracterizó siempre. Casi era posible imaginar esa escena, que él mismo recrea en el libro donde narra su juventud y que seguramente varias personas le escucharon relatar. Era imposible no identificarse con el entusiasmo que transmitía por la Historia, aquella que lo llevó, entre muchos temas, a reconstruir la vida de “pastores y labradores”, abordándolos desde sus múltiples dimensiones: en sus actividades productivas, como agregados, soldados, vecinos y también ejerciendo de alcaldes, tenientes y jueces de paz. La historia de la justicia fue el marco que me permitió –ahora sí– tenerlo como profesor en un seminario y reencontrarlo muchas veces antes y después de su radicación en Rosario. Ser un gran docente era una de sus muchas cualidades. Como él mismo afirmó en su libro *Una juventud en los años sesenta*, dar clases era algo que llevaba en la piel, una actividad “indispensable como compañera de la investigación.” Para sus estudiantes las horas en las aulas nunca eran aburridas. Las clases eran magistrales pero sobre todo vitales. Su pasión, su conocimiento de las fuentes, a veces su “dramatización” comunicaban una idea del mundo histórico de una riqueza tal que contagiaba el deseo de convertirlos en historiadores; o en todo caso, de las posibles imágenes de historiador, la de él era la que más seducía, más allá de sus apasionadas diatribas contra un Levene –pero no solo él– que ya no podía responder.

Su última visita al Instituto fue en septiembre de 2015. En esa ocasión, dio una conferencia sobre el tema que estaba investigando: Desigualdad, finanzas y guerra en Argentina entre 1865 y 1870. El encuentro fue muy emotivo por varias razones, la presencia de muchos viejos conocidos, el recuerdo de quienes ya no estaban, pero también porque el espacio del Instituto no alcanzó para contener a todos los alumnos y egresados de la carrera que querían escucharlo. Fue bueno saber que se llevó una cuota importante de afecto y de admiración de personas de diferentes generaciones.

Un homenaje a Juan Carlos no podría resaltar solo los valiosos aportes que hizo a la historiografía, sino también su rol como maestro, uno de los aspectos en los que más se destacó. En este sentido, fue un referente, una fuente de ideas, sugerencias y estímulos para quienes tuvieron la suerte de contar con su guía. Por ello, los miembros del Instituto de Estudios Histórico-Sociales decidimos alojar en la página web

(www.unicen.edu.ar/iehs/) un espacio dedicado a recordarlo a través de testimonios, fotografías y diversas conferencias que dictó en distintos lugares. Aspiramos a que este ámbito virtual crezca con el aporte de diferentes colegas y la incorporación de nuevas secciones. Seguramente, como homenaje no será suficiente, pero es uno de los modos posibles, entre muchos otros, con el que lo tendremos presente.

ARTÍCULOS

EL CRIOLLISMO COMO CANAL DE VISIONES CRÍTICAS SOBRE LA HISTORIA ARGENTINA (DESDE EL MARTÍN FIERRO HASTA C. 1945)

CRIOLLISMO AS A CHANNEL FOR CRITICAL VISIONS ABOUT ARGENTINE HISTORY
(FROM MARTÍN FIERRO TO C. 1945)

Ezequiel Adamovsky¹

Palabras clave *Resumen*

Criollismo, Desde sus inicios hasta su declive como fenómeno de circulación masiva (hacia
Revisionismo, 1945), el criollismo ofreció un marco propicio para la formulación de miradas
Historia argentina, críticas respecto de las narrativas de la historia nacional que difundía el sistema
Etnogénesis escolar. Relevando un amplio corpus documental, que incluye literatura
popular, canciones, obras de teatro e historietas de temática gauchesca, este
trabajo muestra el modo en que la romantización del gaucho se combinó
con la reivindicación de las montoneras federales y de algunos caudillos y con
la condena de algunos episodios como la Conquista del desierto o la Guerra
del Paraguay. Vector de memorias populares y productor de nuevas visiones
sobre el pasado, el criollismo es analizado aquí respecto de su capacidad
de otorgar sentido a la experiencia popular y en cuanto a sus posibles
relaciones con el "revisiónismo histórico" generado en el campo intelectual,
concluyendo que se trata de un fenómeno cultural previo e independiente.

Recibido

18-5-2016

Aceptado

15-12-2016

Key words *Abstract*

Criollismo, From its inception to its demise as a mass-culture phenomenon (c. 1945), the
Revisionism, *criollismo* offered a fertile soil for criticism of state versions of Argentine history,
Argentine history, as they were taught in schools. Drawing from a range of sources –including
Ethnogenesis dime novels, songs, theatre plays and comic strips–, this article shows that
romantic celebrations of the *gauchos* often appeared in combination with the
vindication of 19th century Federal party warriors and *caudillos*, and with the
condemnation of certain episodes such as the indigenous peoples extermination
and the war against Paraguay. As vector of popular memories and producer of
new visions of the past, *criollismo* is analyzed in regard to its capacity to make
sense of lower class experience and also regarding its possible connections
with the historians school that presented "revisionist" views of the past in the
1930s, concluding that they must be considered independent phenomena.

Received

18-5-2016

Accepted

15-12-2016

1 Universidad de Buenos Aires / Universidad Nacional de San Martín / Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina. Correo: e.adamovsky@gmail.com. Agradezco a Mirna Capetich, Fabiola Orquera, León Pomer y Diego Rosemberg por haber compartido sus conocimientos para mejorar este trabajo.

A partir de la década de 1880, se difundió en Argentina un discurso “criollista” por el cual los gauchos fueron presentados como depositarios privilegiados de lo nacional. Transmitida por cantores populares y a través de una novedosa literatura de consumo masivo, pronto también en el circo, el carnaval y el teatro y luego en el cine, la radio y la historieta, la galería de personajes que el discurso criollista presentaba cautivó al público. La historia de Juan Moreira, un gaucho injustamente perseguido que se rebeló ante las autoridades funcionó como modelo para decenas de relatos similares que alcanzaron enorme circulación. Los elementos de crítica social propios del criollismo son bien conocidos (Prieto 2006). Sin embargo, menos atención merecieron las visiones sobre la historia argentina que en él se hicieron presentes. En este trabajo analizaré el criollismo –desde sus inicios hasta su declive como fenómeno de circulación masiva hacia 1945– como productor de miradas divergentes sobre el pasado y como posible vector de memorias que estaban en disidencia respecto de las narrativas sobre la historia que difundía el sistema escolar.

EL GAUCHO MATRERO Y EL MONTONERO FEDERAL: CONTIGÜIDAD Y ANALOGÍAS

La narrativa que propuso Bartolomé Mitre, fundador de la historiografía argentina, otorgaba un protagonismo central, en la gesta de la independencia y en el progreso nacional, a la burguesía y a los políticos de Buenos Aires. En cambio, el espacio rural y el *interior* aparecían como sitio del localismo estrecho, del atraso y de una democracia turbulenta que sólo encontraría canalización gracias al impulso porteño. Los caudillos del partido federal (enemigos de los unitarios a los que Mitre ensalzaba) aparecían o bien ignorados, o bien considerados en términos muy negativos. Algunos historiadores cuestionaron parcialmente este relato en vida de su autor. Sin embargo, mantuvo una influencia perdurable en el sistema escolar al menos hasta mediados del siglo xx. Ese influjo se vio reforzado por las poderosas imágenes que aportó Domingo F. Sarmiento, quien explicó la historia argentina como una lucha entre “civilización” y “barbarie” en la que las clases letradas (especialmente las porteñas) y lo europeo representaban el polo positivo, y las clases plebeyas criollas, el espacio provincial y los caudillos federales (en especial Juan Manuel de Rosas), el negativo. Sarmiento gozó de una influencia determinante en la escuela, reforzada por autores que escribieron en su línea. De este modo, no sólo Rosas sino también caudillos como José Artigas, Estanislao López, Francisco Ramírez, Facundo Quiroga, Ángel Vicente “Chacho” Peñaloza (y por supuesto sus huestes montoneras) aparecieron como los villanos de la historia nacional (Buchbinder 2005).

La romantización del gaucho matrero que produjo el criollismo entraba implícitamente en tensión con esa narrativa. Como decía la presentación de propósitos de una revista criolla en 1904, se trataba de “revivir en la memoria del pueblo el recuerdo de aquellos antiguos gauchos que con sus patrióticos hechos llenaron más de una página en la historia

de este glorioso suelo americano”.² Uno de los rasgos menos atendidos del criollismo es, de hecho, el modo en el que las historias protagonizadas por gauchos matreros aparecieron conectadas con las figuras del montonero y del caudillo federal. En verdad, Sarmiento había planteado esa conexión décadas antes. El “gaucho malo” constituía, para el sanjuanino, la base social de las montoneras federales. Cuchillero, errante, cantor, temerario y siempre enfrentado a la justicia: los rasgos que caracterizaban al arquetipo del “gaucho malo” en el *Facundo* eran muy similares a los que más tarde le asignaría la literatura criollista. El propio Facundo Quiroga era descrito en ese libro como uno de esos “gauchos malos” típicos de las pampas (Sarmiento 1982, pp. 69-73, 98, 139, 165, 180). Por su romanización de la figura del matrero y su vinculación con montoneros y caudillos –ellos también reivindicados–, el criollismo ponía de cabeza ese núcleo de la narrativa sarmientina.

En un sentido muy amplio, podría decirse que esa conexión, con su valoración positiva, estaba ya presente en la época de la poesía gauchesca. Aunque tanto federales como unitarios publicaron en la primera mitad del siglo XIX textos gauchescos en apoyo de sus partidos, fueron los federales los que con mayor éxito buscaron asociarse a la voz del gaucho, convertido en prenda de la autenticidad local y popular de su causa (por contraste con el carácter elitista y extranjerizante que atribuían a los unitarios) (Acree 2013, pp. 21-82). No casualmente la que es considerada obra “bisagra” entre el período de la gauchesca y el de la literatura criollista, el *Martín Fierro*, fue escrita por un federal conspicuo como José Hernández. La literatura y el teatro criollista reforzaron esta conexión de tres maneras: la contigüidad, la analogía y la reivindicación abierta. En referencia a la primera, llama la atención la frecuencia con la que los escritores de narraciones de gauchos para consumo popular fueron, al mismo tiempo, autores de textos sobre caudillos y montoneras. Eduardo Gutiérrez, el fundador del género, es por supuesto un buen ejemplo. Entre sus obras, se cuentan no sólo las famosas dedicadas a matreros –*Juan Moreira*, *Hormiga Negra*, *Juan Cuello*, *Pastor Luna*, etc.– sino también varios folletines sobre la época de Juan Manuel de Rosas o las hazañas del caudillo Ángel “Chacho” Peñaloza y sus seguidores. A su vez, los autores que, hasta la década de 1940, reversionaron las historias gauchescas de Gutiérrez también solieron incluir nuevas versiones de su serie sobre el Chacho o historias sobre otros caudillos. Entre los más prolíficos, estuvieron Eladio Jasme Iñeson (1894, 1897, 1900), Silverio Manco (1924 y s/f a, b, c, d y e) y Bartolomé Aprile (1935 y s/f a). En todos estos casos, las historias referidas a caudillos y montoneros aparecían no sólo firmadas por las mismas plumas sino como parte de las mismas colecciones de libros baratos. Gutiérrez publicó las suyas en las editoriales Tommasi y Maucci (que también editaron sus historias de matreros), Iñeson vio aparecer sus versiones de la vida del Chacho en la Biblioteca Gauchesca, mientras que Manco y Aprile imprimieron con las firmas Alfonso Longo y Alfredo Angulo / Colecciones Gauchas respectivamente, especializadas en literatura criollista. La cercanía entre las historias de matreros y caudillos que ofrecían estas editoriales se veía

2 *La Enramada*, n.º 1, 14/8/1904, s/p (Editorial).

reforzada por las portadas que elegían para ellos, habitualmente ilustradas con imágenes impactantes de gauchos matando o muriendo, en las cuales la escena en la que caía Moreira y la de la muerte del Chacho parecían indistinguibles (fig. 1).



Fig. 1. Un Chacho “gaucho” (izq.) y el matrero Barrientos (der.), ambos enfrentando a los militares en las portadas de una popular colección gauchesca de la década de 1910. Colección del autor.

La analogía que sugería la inclusión de historias de caudillos como parte de colecciones “gauchescas” aparecía a veces planteada de manera explícita. En *Los Montoneros*, luego de elogiar la nobleza del Chacho y de fustigar a quienes le dieron muerte, Eduardo Gutiérrez reflexionó:

Así como Juan Moreira jugaba en nuestra campaña con las autoridades de la Provincia peleando y venciendo las partidas más fuertes que salían en su persecución, Chacho provocaba de igual a igual al Gobierno de la Nación, poniendo en conflicto los ejércitos que éste enviara en su busca para destruirlo. (Gutiérrez s/f b, p. 165)

Así, Gutiérrez presentaba al lector dos héroes trágicos envueltos en injusticias análogas, ambos peleando contra un Estado injusto que los empujaba a la rebelión y luego les quitaba la vida a traición. Por su parte, Silverio Manco también describió a los montoneros del riojano como “gauchos valientes” de “anhelos justicieros”; el propio Chacho se le aparecía como “el Santos Vega riojano” (Manco s/f b; s/f e, p. 93).

Para comienzos del siglo xx, la analogía parece haber sido compartida al menos por algunas de las personas de clases modestas que por entonces se lanzaron a fundar “centros criollos” en Buenos Aires. Uno de ellos, fundado en 1902, eligió llamarse Los Montoneros del Llano (Vega 1981, pp. 52-54). En décadas siguientes, la exaltación de la figura del montonero se volvería frecuente en las revistas y en los libros baratos de temática criollista (Goycoechea Menéndez 1911, s/p; Alonso y Trelles 1926, pp. 80-82; Molina Massey 1924; Pérez Cuberes 1943, pp. 33 y 46; Roldán Cobos 1944, p. 16; Rodríguez 1954).

Fuera de los formatos impresos, la conexión entre el gaucho y el federalismo también se hizo presente. En el teatro, como veremos, hubo bastantes. En la música folklórica también, especialmente en la actuación del sanjuanino Buenaventura Luna, tanto como compositor como por los exitosos programas de radio que desde 1937 condujo en Buenos Aires. Las producciones de Luna combinaban la reivindicación del gaucho bonaerense con evocaciones de otras figuras de lo criollo, incluyendo la del montonero. En algunos de sus relatos, sus personajes rememoraban con nostalgia “el tiempo ‘e la montonera”, “los tiempos del Guayama y la Chapanay” o los “del Chacho y Juan Facundo” (Luna 1937). Sin embargo, evitó reivindicar a los caudillos, exaltando, en cambio, a las huestes gauchas que los acompañaban, convertidas en símbolo de la resistencia criolla frente a los designios de la élite. La figura del “montonero” (especialmente el sanjuanino) aparece romantizada en varias de sus canciones e incluso “El Montonero” es el nombre del protagonista que combatía las injusticias de los ricos en un melodrama gauchesco que Luna esbozó para la pantalla del cine, que nunca llegó a filmarse (Gallardo Valdéz y Peluso de Grossi 1962, pp. 86-87; Semorile 2008, p. 89; Semorile 2006, pp. 350-53). Su milonga *Soy matrero* también combina ambos motivos, con un criollo actual con la mirada puesta en el ayer: “Yo reculo hacia el pasau / incivil y montonero; / prefiero arriesgar el cuero / peliando a brazo partiu, / mas no ver que himos perdiu / de gauchos la condición: / ¡Y aguantar que a la nación / gringos la hai-gan invadiu!” (Rovira 2006, pp. 217-18). La romantización del montonero podía hallarse también en otras composiciones populares de los años treinta y cuarenta (Aprile y Sierra s/f, p. 62). *La vuelta del montonero*, un poema gauchesco de 1942 del entrerriano Claudio Martínez Payva, un prominente dramaturgo y autor criollista, fue convertido poco después por Antonio Benítez en una popular milonga, luego grabada por artistas como Jorge Cafrune (en estilo campero) y Aníbal Troilo (en tiempo tanguero) (Martínez Payva 1942).

Cabe destacar que, como ha mostrado Matías E. Casas (2015), al menos hasta mediados del siglo xx, las nociones de historia difundidas a través del sistema escolar entraban en colisión con las visiones que hemos analizado hasta aquí. Los manuales escolares asociaban a los gauchos con el atraso o la inestabilidad del país en el período postindependentista. Algunos de los que decidían pintarlos con tonos más positivos, sin embargo, hacían esfuerzos por plantear que no debía asociárselos al fenómeno de las montoneras, del que eran enteramente ajenos.

ROSAS: CONDENAS Y REHABILITACIONES

A diferencia del “revisionismo histórico” que se difundió desde círculos intelectuales, en el criollismo popular las evocaciones positivas del federalismo no se centraron en la figura de Rosas. De hecho, los autores del género tuvieron mayoritariamente una mirada condenatoria. Eduardo Gutiérrez le dedicó al caudillo un largo folletín, recopilado en cuatro extensos volúmenes de la serie Dramas del Terror. En estas narraciones, Rosas aparece como un “funesto tirano” de “crímenes bestiales”, mientras que los unitarios son elogiados por su defensa de la libertad (Gutiérrez s/f e, p. 5; s/f f, pp. 5 y 332). Aunque la conexión con los héroes gauchescos podía estar sugerida por el hecho fortuito de que el padre del “noble paisano Juan Moreira” se había destacado como mazorquero a las órdenes de Rosas (Gutiérrez s/f f, p. 257), estas obras no sugerían ninguna ligazón esencial e inevitable entre el caudillo y los gauchos. Por el contrario, uno de los más recordados héroes de Gutiérrez, Juan Cuello, fue un gaucho cantor que se había destacado en la lucha contra la mazorca. En la novela, Cuello muere fusilado lanzando injurias contra el tirano y sus partidarios (Gutiérrez s/f i). Algunos de los más prolíficos escritores criollistas reversionaron luego estas historias de Gutiérrez, manteniendo la mirada sombría sobre Rosas (Igleson s/f c y 1893; Rolleri 1896; Abaca s/f b; s/f c; s/f d). Y la historia del gaucho unitario Juan Cuello siguió circulando intensamente: hasta 1948 se publicaron al menos diecinueve nuevas versiones. A todo esto habría que sumar otras obras originales de autores criollistas que criticaron con dureza a Rosas (Hidalgo 1897, pp. 26-28; Iglesias s/f d; Roberto s/f; *Vida y fusilamiento...* 1901; Ezeiza s/f, pp. 72-75). Todavía en los años treinta y cuarenta los cuadernillos que componían las Colecciones Gauchas de Alfredo Angulo traían en su contratapa una publicidad en la que se elogiaba al gaucho por haber combatido “el gobierno de barbarie de Juan Manuel de Rosas” (en Aprile 1940). En el teatro, un destacado dramaturgo de temática gauchesca como Claudio Martínez Payva montó en 1932 su obra *La pulpería de la mazorca*, protagonizada por un gaucho heroico que combatía contra el tirano Rosas (Martínez Payva 1932). En la radio porteña, se emitieron, luego de 1932, varios programas tradicionalistas que evocaban la tiranía de Rosas en los tonos más sombríos. Incluso la figura de Juan Cuello fue llevada al radioteatro. Como ha demostrado Lauren Rea, esas emisiones retomaban las visiones del liberalismo historiográfico y entraban en discusión implícita contra las que promovían los revisionistas (Rea 2013).

Así y todo, entre los autores de temática criolla, hubo también algunos ensayos de reivindicación. Un *Compendio de la vida de Don Juan Manuel de Rosas*, publicado en 1906 como parte de la Biblioteca Criolla, pintaba al caudillo de manera ambivalente. No olvidaba “la ignominia y el pasado sangriento”, pero los atribuía a la mazorca antes que a su líder. El autor anónimo se ocupa de destacar que Rosas “bueno fue con el pobre / que si le faltó un cobre / él se lo supo brindar”. Por ello, llama a olvidar sus pecados y a “consagrar al templo / del museo nacional / un pensamiento quizás / ol-

vidado por el tiempo” (*Compendio de la vida...* 1906, pp. 25-27). Pero la reivindicación más notable, por sus contenidos, es la que produjo poco después Aureliano Vasconcelos. Autor atípico dentro del canon criollista, Vasconcelos era puntano, descendiente del patriciado de San Luis, con actuación como militar antes de dedicarse a escribir historias gauchescas. Algunas de ellas parecen haber tenido amplia difusión, a pesar de que las publicaba fuera de las colecciones de cuadernillos especializadas en el género. En 1911, publicó un diálogo en versos gauchescos entre dos viejos criollos que se quejan de la proliferación de “gringos”, a los que además se les daba un trato mejor que el que recibían nativos como ellos. Lamentan que se busque “sustituir” la población local por la “importada” y comparan su situación con la que sufrieron los indios en décadas previas, desplazados de sus tierras por los criollos, igual que hoy son éstos corridos de las suyas por los gringos. Sintiendo desprotegido, uno de ellos exclama (en referencia a Mitre): “¡Ah, si Don Bartolo viviera, / no tendrían la ocasión!” (Vasconcelos 1911, pp. 11-35). Dos años después, Vasconcelos volvió a publicar su diálogo con ligeras modificaciones. Esta vez, uno de los criollos se queja de que la Argentina se haya convertido en una “Provincia de los ingleses” y refiere: “De ese Rosas tan mentao / que tanto azota la Historia, / yo bendigo su memoria, / pues jué gaucho y no letrao. / Pero al fin su gobernao, / comparado con el presente, / si me permite la gente / yo largaré mi opinión, / y confieso en la ocasión, / que temo al inteligente” (Vasconcelos 1913, pp. 19 y 74). Finalmente, en 1921, Vasconcelos publica una nueva versión del mismo diálogo, con una interesante modificación. El nombre de Rosas reemplaza al de Mitre en la mencionada exclamación nostálgica, que ahora dice: “¡Ah, si Don Rosas viviera, / no tendrían la ocasión!” (Vasconcelos 1921, pp. 57-73). Así, la figura de Rosas es evocada como gaucho y protector de los criollos, frente al cosmopolitismo y el imperialismo inglés. En 1916, uno de los más prolíficos poetas criollistas, Francisco Aníbal Riu, dedicó uno de sus poemas íntegramente a Rosas, en el que incluyó los siguientes versos:

Yo no sé si al oprobio te condena el pasado
o te absuelve el futuro, cuando al paso extranjero,
truenas glorias nativas el cañón de Obligado
cual si hablase la patria con su lengua de acero.
(Repr. en Soler Cañas 1967, p. 15)

En las décadas de 1920 y 1930, no era extraño encontrar en medios criollistas ese tipo de reivindicaciones de Rosas como defensor de la patria. En 1928, el periódico *El Nativo*, órgano de los radicales rosarinos, propuso cambiar el nombre de la calle Ramón Falcón por el de Juan Moreira, merecedor del homenaje por ser el exponente del gaucho que defiende a cuchillo su libertad amenazada. Entre las justificaciones del caso, el periódico comparó al matrero mítico con Rosas, “el hombre que con más ahínco defendió la soberanía de la república”.³ En la década siguiente, se destacaría Bartolomé Aprile por su abierta reivindicación del patriotismo de Rosas (Aprile 1935),

3 *El Nativo*, n.º 6, 10/11/1928, p. 3; ver tb. n.º 13, 5/1/1929. Agradezco a Martín Müller y Oscar Videla por facilitarme esta revista.

igual que Apolinario Sierra en los años cuarenta (Sierra 1948, pp. 3-4). La figura del caudillo también comenzó a utilizarse como emblema asociado a la cultura gauchesca que se buscaba exaltar. Uno de los cuadros que se representaron como parte de la gran “fiesta criolla” que organizó en 1931 el Museo Colonial de Luján, entre medio de jinetes en chiripá, fue el de Juan Manuel de Rosas.⁴ Dos años más tarde, una importante revista tradicionalista elogió la pintura *El Poncho Rojo*, de Cesáreo Bernaldo de Quirós, por haber capturado fielmente, en el cuerpo de “un montonero de la época de Rosas”, el espíritu de la “raza gaucha” que representa a la nación argentina.⁵

Pero fue en el teatro donde se produjeron las reivindicaciones más resonantes. A mediados de la década de 1920, existía una “Compañía criolla argentina de comedias, pochades y sainetes ‘Juan Manuel de Rosas’”, que salía de gira por las provincias con obras de diverso tipo, incluyendo gauchescas.⁶ En 1928, un dramaturgo que frecuentaba la temática gauchesca, Alberto Vacarezza, puso en escena en Buenos Aires un sainete ambientado en 1840, *El cabo Rivero*, cuyo protagonista –dotado de todos los atributos del gaucho ficcional– se declaraba ferviente federal y partidario de Rosas, a quien describía como defensor de los criollos contra los extranjeros (VACAREZZA 1928). Semanas más tarde, José Antonio Saldías, conocido también por sus obras de temática gauchesca, montó en un teatro porteño su *Romance federal*, una evocación de los tiempos de Rosas inspirada en la obra de su padre, Adolfo Saldías, el historiador que había iniciado la revisión de la época del caudillo. La obra se abría con un recitado que marcaba el tono: Rosas, se decía allí, “peleó contra el extranjero invasor del unitario aliado, haciendo que luciera soberano en nuestro suelo, el argentino sol”. Por ello la reivindicación era debida: “Dejemos de lado la apasionada fábula fraguadora de manuales de Historia donde la juventud desde que empieza a leer aprende a odiar el nombre de Rosas”. Y concluía diciendo: “Sostengo que debe revisarse nuestra historia” (Saldías 1935). La obra se transformó en un éxito de público y de crítica. Los diarios fueron en general elogiosos. *La Nación*, *Crítica* y *La Vanguardia*, sin embargo, deploraron que buscara reivindicar al tirano.⁷ Cuatro años más tarde, Félix Alberto de Zabalía montaba un *Ensayo Federal*, con una visión similar (Zabalía 1936).⁸

Finalmente, una de las primeras historietas gauchescas, *Cirilo, el audaz* (1939-1944), era protagonizada por un gaucho alzado que se identificaba con el federalismo. Sobre los unitarios decía: “Nos llaman la chusma porque somos criollos puros y patriotas. Para estos tipos cualquiera cosa que tenga sabor a gringo ya es mejor que lo nuestro”. El propio Rosas aparece en la tira y es objeto de simpatía (Gociol y Rosemberg 2000, pp. 290-94).

4 Una gran fiesta criolla en Luján, *Nativa*, n.º 95, 30/11/1931, s/p.

5 *Nativa*, n.º 116, 31/8/1933, tapa.

6 Agradezco a Mirna Capetnich esta referencia (hallada en *La Voz del Chaco*, 27/10/1925).

7 Críticas aparecidas el 18 y 19 de mayo, recopiladas en Archivo Argentores.

8 *Crítica*, 14/4/1932. Archivo Argentores.

CAUDILLOS REIVINDICADOS

Más allá de estos ejemplos, los autores del criollismo tendieron a evitar a Rosas como columna sobre la cual apoyar una mirada positiva hacia el pasado. La conexión con los héroes gauchos se buscaba más en el nivel de los montoneros que en el de sus caudillos. Sin embargo, algunos de ellos merecieron reivindicaciones más enfáticas. El que ocupa el lugar central en este sentido es el Chacho Peñaloza. Desde muy temprano el asesinato del Chacho fue utilizado por plumas de simpatía federal (o simplemente opuestas al gobierno de Mitre, como la de Juan B. Alberdi) para denunciar la brutalidad de las élites dirigentes porteñas. Antes de escribir su *Martín Fierro*, José Hernández –quien apoyaría el alzamiento jordanista, último estertor del federalismo– publicó *Rasgos biográficos del General D. Ángel V. Peñaloza* (1863, reeditado en 1875). El texto exaltaba al riojano contra el “insulto y la calumnia”, describiéndolo como un verdadero patriota. Luego de detallar su valentía y sus hazañas militares, argumentaba que el Chacho, tras haber colaborado con la organización nacional, se vio forzado a convertirse en líder de la “resistencia heroica” de las provincias, violentadas por Mitre (a quien se hacía responsable de su asesinato, con la complicidad de Sarmiento) (Hernández 1875).

La potencial analogía entre la vida del caudillo riojano y la del matrero perseguido que Hernández imaginó el mismo año se actualizaría poco después, como vimos, en la pluma de Eduardo Gutiérrez. Éste dedicó uno de sus folletines más largos a la figura del Chacho, recopilados desde 1886 en cuatro extensos volúmenes (Gutiérrez s/f a, b, c, d). La comparación con los gauchos de ficción aparece en la primera página del que abre la serie: el Chacho “era un Juan Moreira, en otro campo de acción” (Gutiérrez 1960, p. 69). Generoso y bueno, combatía contra “las injusticias del Gobierno” y “por el pueblo, por sus libertades y por los derechos que creía conculcados”. Gutiérrez describía al Chacho como noble y civilizado y a las fuerzas porteñas como “verdaderas hordas de bárbaros” que marchaban degollando a los paisanos y vejando a sus mujeres (Gutiérrez 1960, pp. 71-74). Pero a diferencia de Hernández, Gutiérrez describió el brutal asesinato de su héroe sin sugerir que Mitre o Sarmiento fueran sus responsables. Es importante destacar, asimismo, que no hacía extensivas las virtudes del Chacho a otros líderes federales; Rosas, Facundo Quiroga y otros caudillos, por caso, aparecían pintados con los tonos más sombríos (Gutiérrez s/f d, 5-6).

Como ya señalamos, los más prolíficos autores de historias gauchescas –Eladio Jasmone, Silverio Manco y Bartolomé Aprile– versificaron las narraciones que Gutiérrez dedicó al Chacho en líneas muy similares a las del original. Para el primero, el caudillo era un “libertador del pueblo”: “Por la justicia luchaba / y la igualdad proclamaba / con su gente por el llano” (Jasmone 1897, pp. 5 y 29); en ello también coincidía Manco (1924; s/f a). Ya en los años treinta, Aprile indicó de manera explícita que su propósito era “reivindicar para el gran caudillo riojano la verdadera memoria que merece” (Aprile s/f a, p. 3). Todavía en la década posterior, una editorial especializada en libros gauchescos económicos editó un nuevo poema dedicado al “incansable guerrillero y

valiente patriota”, en el que se representaba un Chacho “gaucho” y afecto a las peleas a cuchillo en las “pulperías”. El caudillo aparecía allí como el campeón del “pobre gaucho sufrido”, “mártir del pueblo”, víctima de quienes “se fingían civilizadores viejos”, como Mitre, pero terminaron actuando con la peor “barbarie” (para esta última paradoja el autor se apoyaba en la autoridad de Alberdi; el volumen, además, reproducía una conocida elegía que el poeta federal Olegario Andrade había dedicado al caudillo en 1870) (Brancatti 1949). Fuera de los formatos impresos, la figura del Chacho también fue reivindicada en los años treinta y cuarenta; en teatro, en la obra de Ernesto Marsili *La mujer del Chacho*, estrenada en Buenos Aires en 1930, escrita sobre la base de relatos de Hernández y Alberdi.⁹

Otros caudillos también merecieron reivindicaciones criollistas. Igneseon compuso, a fines de siglo, un elogio de Manuel Dorrego (Igneseon s/f b), mientras que Manco hizo lo propio con Justo José de Urquiza y Nazario Benavidez (Manco s/f f y s/f c) y F. C. Monroy con “el gaucho” Estanislao López (Monroy 1888). Por su parte, José Antonio Saldías estrenó en 1919 en Buenos Aires *La montonera*, pieza histórica sobre la vida del caudillo entrerriano Francisco Ramírez, en la que montoneros de habla gauchesca encarnan el patriotismo verdadero. La obra, que tuvo gran éxito, termina con la melodramática muerte del caudillo que evoca la de los matreros de la ficción (Saldías 1919). De hecho, una de las críticas que mereció la pieza destacó que el personaje de Ramírez no era otra cosa que “el gaucho hecho héroe por amor al terruño”.¹⁰ Al mismo caudillo dedicó otra obra Juan Mirás en 1928, en la que también eran protagonistas los patriotas montoneros (Mirás 1928). El mencionado poema de Martínez Payva también rememoraba a Ramírez.

En cambio, Facundo Quiroga motivó miradas menos unánimes. Los escritores criollistas tempranos le dedicaron varias obras, en las que tendieron a reproducir la imagen sarmientina, pintándolo como un tirano (Hidalgo s/f a; Igneseon s/f a; Gauchito s/f). Algunas obras de teatro también siguieron ese camino (Gancedo 1907; Pelay 1920). Pero posiblemente por la influyente reivindicación del caudillo que publicó el historiador David Peña en 1906 (Peña 1953), aparecieron, luego de esa fecha, algunas visiones parcial o abiertamente reivindicativas. El propio Peña –quien se destacaba también como dramaturgo– estrenó su versión de *Facundo* para los escenarios en un importante teatro porteño. A pesar de su autor –que los detestaba– la escena de la muerte de Quiroga no podía dejar de evocar los dramas gauchescos entonces en boga (Peña 1918). Otro conocido dramaturgo, Juan A. Caruso, puso en escena en 1924, también en Buenos Aires, otra versión de la vida del caudillo de tintes igualmente románticos. La obra tuvo gran éxito, lo que motivó a un crítico a deplorar que se quisiera reivindicar al caudillo y “adornar la siniestra figura del ‘montonero’ con las virtudes legendarias

9 *La Escena*, n.º 655, 15/1/1931. En la radio, una de las principales estaciones porteñas le dedicó un audición entera en 1942, sobre un texto de Héctor Pedro Blomberg (quien también hacía guiones gauchescos); *Sintonía*, n.º 426, 22/7/1942, p. 61.

10 *La Época*, 18/9/1919 (Archivo Argentores).

del gaucho” (Caruso 1924, p. 2). Un diario de la época coincidió en que se había hecho del caudillo “el prototipo del gaucho: bravío, impetuoso, justo, audaz, generoso, enamorado, etc.”.¹¹ Por esa época, algún que otro articulista de las revistas criollas y cuadernillos de venta popular comenzó a narrar la historia de Quiroga en tonos más neutrales, incluso positivos, asociándolo a la figura del gaucho (Salvatierra 1912; Abaca s/f a y 1921). Ya en 1940, Bartolomé Aprile le dedicó un nuevo texto, en el que se propuso contrarrestar las versiones escritas por “unitarios de rancia cuna y prosapia, enemigos a muerte de los caudillos gauchos”. La reivindicación del “gran caudillo del norte”, que tomaba como fuente el libro de David Peña, era allí total (Aprile 1940, p. 4). En la historieta tuvo una presencia central. La primera entrega de la serie Pasajes de la Historia Argentina, que comenzó a publicar la revista *El Tony* en 1928, estuvo dedicada a Quiroga, a quien se describía como un hombre temible pero también como un bravo patriota. El autor de la tira, Raúl Roux, se destacaría luego de esos años como uno de los más importantes cultores del género gauchesco en la historieta argentina. Como tema para la segunda entrega, Roux eligió la figura de Rosas, descrito con idéntica ambivalencia.¹² Por entonces, otro historietista de temática gauchesca, Raúl Ramauge, también dedicó tiras a ambos caudillos, publicadas en el diario *Crítica* (Martínez 2005).

LA GUERRA DEL PARAGUAY Y LA POLÍTICA ORIENTAL

En referencia al pasado y al caudillismo, la literatura criollista se interesó también por la política uruguaya y, en menor medida, por la Guerra del Paraguay. Como es bien sabido, ésta generó un enorme malestar entre la población sometida a levas, que a su vez explica en parte el apoyo a las últimas montoneras. El descontento federal se reforzó, además, porque el conflicto se entrecruzó con las alternativas de la política oriental, de íntima conexión con la argentina. El Partido Colorado, con Venancio Flores al frente, acababa de derrocar allí al presidente Berro, del Partido Nacional (los “blancos”), aliados tradicionales de los federales argentinos. Uno de los episodios más resonantes del avance colorado fue el sitio de fines de 1864 sobre la ciudad de Paysandú, bastión blanco, con ayuda de tropas de Argentina y Brasil. En franca inferioridad militar, y con el apoyo de algunos federales argentinos (entre ellos Rafael Hernández, hermano del autor del *Martín Fierro*), Paysandú resistió todo lo que pudo hasta caer destruida por los bombardeos. Uno de los desencadenantes del ingreso de Argentina a la guerra contra el Paraguay, de hecho, fue la intención de ese país de apoyar militarmente a los blancos uruguayos.

Entre los críticos tempranos de la guerra y de las injerencias de Mitre en Uruguay, hubo autores vinculados al género que nos ocupa (José Hernández, de hecho, se destacó por su oposición pública). El entrerriano Francisco Fernández, pionero del teatro

11 *El Diario del Plata*, 15/4/1924 (Archivo Argentores). Caruso fue también uno de los autores del tango *Federación*, grabado por Carlos Gardel en 1927, cuyo pegadizo estribillo decía “¡Viva la Santa Federación! ¡Mueran los salvajes unitarios!”

12 *El Tony*, n.º 1, 26/9/1928, p. 3; n.º 2, 3/10/1928, p. 4-5.

de motivos gauchescos, dedicó su obra *La Triple Alianza* (1864) a realzar el heroísmo de los blancos y a denunciar la indebida injerencia argentina y brasilera en el Uruguay, fustigando a Mitre, al emperador de Brasil y a Flores por ser “los asesinos de Paysandú”. El autor indicó que los personajes principales debían vestir como “gauchos”. No se sabe si este drama llegó a ser representado, pero sí fue publicado poco después (Fernández 1870). Algunos años más tarde, Eduardo Gutiérrez dedicó *Los siete bravos* –reeditado en 1933 bajo el título *Gauchos sin chiripá*– a narrar las desventuras de un grupo de criollos envueltos en la Guerra del Paraguay (Gutiérrez s/f j). En el folletín que dedicó al Chacho Peñaloza, anotó también el disgusto que la guerra suscitaba entre los criollos, que engrosaban por ello las filas montoneras (Gutiérrez s/f d, p. 8). Pero quien más contribuyó a transmitir una memoria sobre los hechos de Paysandú fue Gabino Ezeiza, afroporteño y militante radical, considerado el más grande payador criollo de todos los tiempos. En una payada en tierra oriental en 1884 improvisó los versos de la que sería una de sus canciones más recordadas, *Saludo a Paysandú*, que exaltaba el heroísmo de los “hermanos” que defendieron la ciudad. La canción formó parte durante décadas de los repertorios de los cantores populares y fue grabada por varios artistas, incluyendo Carlos Gardel en 1922, e interpretada en el film *El último payador* (1950).

La evocación de los blancos uruguayos también se hizo presente en historias de matreros para consumo popular, algunas de las cuales narraron sus proezas en la lucha contra los colorados en tierras orientales. Entre ellos pueden mencionarse las historias de los gauchos Horacio Cruz, Prudencio Tranquera (del que hubo al menos cuatro versiones) y Juan Acero (también con cuatro) (Togenar s/f; Del Cerro s/f; Manco 1921; Cientofante 1908; Fontanella 1898; *Vida del valiente...* 1901; Culebra 1885; Manco s/f g; Barrios 1945).

Pero lo más notable, en ámbitos criollistas, fue la fascinación que suscitó Aparicio Saravia, carismático heredero de la larga tradición de caudillos del Partido Nacional. Para los uruguayos de la década de 1890 Aparicio representaba la identidad rural y la continuidad de las viejas tradiciones; lo apodaban “el gaucho”, imagen que él mismo cultivaba con su barba, su habla criolla y su infaltable poncho. Todavía en esa década conducía montoneras de lanceros a caballo como las de antaño. En 1897 promovió un levantamiento armado contra el gobierno y todavía otro en 1904, que terminó en la derrota final y la muerte del caudillo, transformado inmediatamente en una leyenda popular en su país (Chasteen 1995). De este lado del Plata, la figura y la leyenda de Saravia generaron numerosas resonancias. Antes y después de su muerte, algunas de las principales revistas de motivos gauchescos le dedicaron alabanzas. En 1902, *La Tapera*, que localmente solía apoyar a la UCR, le tributó elogios por ser “un criollo simpático y valiente que con sus botas camperas y su chiripá nacional se impone a la gente de clac y de cátedra, dándoles lecciones de acendrado patriotismo”.¹³ Luego de su muerte, *La*

13 ¡Aparicio Saravia, gaucho lindo!, *La Tapera* (Revista semanal de literatura criolla), n.º 13, 16/7/1902, p. 145.

Pampa le dedicó al menos dos elegías y lo comparó con Leandro Alem (Mario 1904; Fígoli 1904). Ángel Villoldo escribió para él un estilo, destacándolo como patriota y “caudillo popular”; su letra también la publicó una revista gauchesca (Villoldo 1907). Los más prolíficos autores de historias de matrones también narraron las gestas y la vida de Saravia para las colecciones de venta popular, que circularon hasta bien entrada la década de 1940 (*Revolución oriental...* 1897; Manco s/f h; Igheson s/f e; *La Revolución oriental...* 1905; *El combate de ‘Tres Árboles’...* s/f; Aprile 1936; Bonelli 1939; Sierra s/f).

LA VISIÓN SOBRE LA HISTORIA NACIONAL

Junto con la exaltación de montoneros y caudillos, la literatura criollista con frecuencia aportó miradas críticas sobre el curso de la historia nacional y sobre el modo en que se la narraba. Frente a quienes invitaban a celebrar el progreso y evocaban el pasado “bárbaro” como prueba de los avances de la “civilización”, el criollismo se plantaba en una mirada nostálgica. En un sentido muy general, la nostalgia por el pasado rural atestiguaba, como mínimo, una cierta reticencia frente a un progreso que, incluso si se juzgaba inevitable, de todos modos suponía pérdidas. Buen ejemplo de ello son los párrafos iniciales del *Pastor Luna* de Gutiérrez, en los que lamenta que la “civilización” esté acorralando al gaucho y acabando con sus nobles costumbres, su generosidad y su lealtad desinteresadas, su libertad, sus saberes tradicionales, su peculiar vestimenta, sus fiestas en las pulperías (Gutiérrez s/f k, pp. 5-7). Que había que recordar el pasado gaucho con “melancolía” era algo que indicaba de manera explícita la publicidad de contratapa de una de las colecciones más importantes de historias de matrones de comienzos de siglo (Abaca s/f b, contratapa).

Pero en algunos casos el criollismo canalizó impugnaciones más frontales respecto del curso de la historia nacional. La “civilización” fue desde muy temprano sometida a crítica y considerada un argumento falaz o un cambio negativo para los criollos. En la que posiblemente sea la primera obra de teatro de temática gauchesca –*Solané*, de Francisco Fernández, escrita en 1872–, los gauchos incluyen protestas contra “los civilizados”, “los titulados hombres cultos, los que gritan civilización y barbarie” pero “son lobos cuando entran al rebaño manso de nuestras praderas”. El héroe central –el gaucho Solané– se proclama “patriota” de los de 1810 y despotrica contra esta “civilización decrepita en la juventud”, regida por la espada y el capital (Fernández 1926, pp. 274, 336-37, 341). Este tipo de impugnaciones se repetiría en el futuro. Una publicación criollista denunció en 1911 a la “civilización” como una “cachetada” contra la tradición nacional.¹⁴ La revista *El Nativo*, por su parte, fustigó en 1928 “eso que la gente de frac y sombrero de copa llaman ‘civilización’”, que no ha traído para los criollos otra cosa que rapiña, atropello e injusticia.¹⁵ En ocasiones, los escritores pusieron diatribas en

¹⁴ *El Fogón Argentino*, n.º 15, 23/4/1911, s/p.

¹⁵ Mangrullo: Argentinos sin patria, *El Nativo*, n.º 3, 13/10/1928, pp. 6-7.

boca de sus propios matreros ficcionales. En una de las versiones conocidas, Paja Brava fustigaba al “progreso” por haber empobrecido al criollo e instalando una sociedad “donde prima la moneda” (Abaca s/f e, pp. 9-10). Años más tarde, un hijo de Martín Fierro, describiendo la vida urbana de las clases acomodadas, declaraba: “Si esto es civilización, / es adelanto o progreso, / ¡Déjenme con mi regreso! / Prefiero juir atrasao / adonde muge el ganao / y allí abandonar mis güesos” (Aprile 1933, p. 128; ver tb. 1940, p. 3). En las obras de teatro de motivos gauchescos, también era común ese tipo de quejas contra la anticriolla civilización, “ese invento que les ha salido tan mal”, como decía un personaje de 1926 (Discepolo 1926, s/p; ver tb. Montiel 1931).

La mayor parte de las quejas se relacionaba con la injusta postergación del criollo y los privilegios que tuvieron, en cambio, los inmigrantes europeos. La animosidad contra los “gringos”, ya bien perceptible en el *Martín Fierro*, es conocida y no volveremos sobre ella en este trabajo. Baste decir que se reencuentra por todas partes en las producciones posteriores, que destacan especialmente el hecho de que los inmigrantes acapararan y alambraran las tierras, empujando al gaucho a la pobreza y quitándole su movilidad (*Milongas provincianas* 1896, pp. 3-14; Fray Mocho 1910, p. 26; Hidalgo 1911, pp. 26-32; Cabrera s/f, p. 4). Ese es el principal foco de crítica al pasado que puede percibirse en la literatura criollista, junto al de las violencias con las que el Estado sometió a los gauchos.

Esta mirada crítica encontró una de sus argumentaciones más comprehensivas en la pluma de Buenaventura Luna, a quien habíamos mencionado ya como gran frecuentador de las historias gauchescas y de montoneras desde sus programas de radio y composiciones folklóricas. Durante los años veinte, Luna había militado intensamente en la UCR “Bloquista” fundada por Federico Cantoni (alias “el gaucho”), quien había hecho toda una carrera política reivindicando a los criollos pobres y cuestionando a los bodegueros “gringos” de San Juan. En 1933, enemistado con Cantoni, intentó fundar un partido propio, al que llamó Unión Regional Intransigente. Para él escribió un extenso manifiesto que denuncia el maltrato que venía sufriendo “el pueblo criollo” –“elemento esencial y básico en la elaboración racial de la nacionalidad”– desde tiempos de la organización nacional. A partir de “la derrota de los caudillos”, la vida política se encapsuló en las ciudades, donde los “doctores” e “intelectuales” gobernaron con total desprecio por aquel “gaucho” que “con su lanza bárbara” hizo posible la misma organización nacional que terminó dejándolo de lado, para favorecer, en cambio, “la invasión económica extranjera del país”. Luna deja claro que no siente ninguna simpatía por los caudillos (menos aún por Rosas), pero carga las tintas contra los “doctores” que, pudiendo haber mirado con más cariño hacia el Interior del país que reclamaba sus luces, se dedicaron, en cambio, a obedecer “las sugerencias que le venían de Europa”. Así, se otorgaron grandes beneficios a la población importada, mientras se mataba lentamente de hambre a “las poblaciones nuestras”, se las despojaba de sus tierras y se las tildaba de ignorantes. El manifiesto convoca a revertir esta situación: hoy es preciso “dignificar al criollo” y la Unión Regional Intransigente surge para “romper una

lanza” en su favor. Por último, el partido se declara puramente “regionalista” y orgulloso de no tener vinculaciones con los partidos nacionales, a los que acusa de haber “desfigurado” el federalismo, haciendo realidad “la vieja aspiración unitaria de que los metropolitanos manejen exclusivamente los destinos de la Patria” (repr. en Semorile 2006, pp. 100-107). Tras participar con poca suerte en las elecciones, Luna se retiró de la política activa y comenzó la carrera de folklorista que poco después lo haría famoso. Como él mismo se ocupó de aclarar, la reivindicación cultural de lo criollo por vía de la evocación de las tradiciones del gaucho pampeano y también de la de las montoneras cuyanas, nudo central de sus audiciones y composiciones, estaba íntimamente relacionada con lo que había sido su proyecto político y su lectura del pasado de 1933. Para Luna, acabar con la condición penosa en la que vivían los criollos del presente requería una revalorización de las tradiciones, menguadas por influjo de los intelectuales capitalinos y la cultura transnacional.

Además de este tipo de críticas, desde fines de los años veinte, al menos dos autores del género, de ideas libertarias, sumaron la denuncia del exterminio de los indígenas, que asociaron con una política de apropiación de las tierras y sometimiento de la población local por parte del Estado y de los estancieros. Como anotaron en 1934 los editores de una denuncia de este tipo, “Muchos analfabetos dicen que los indios fueron unos salvajes. Nosotros creemos que los salvajes son aquellos que vinieron a ‘civilizarlos’” (Acosta García 1934; ver tb. Acosta García 1933). El famoso cantor anarquista Martín Castro llegó a presentar lo que sin exageración puede caracterizarse como una verdadera contrahistoria en su notable *Los gringos del país*, escrito en 1928 y publicado por una editorial especializada en la literatura criollista barata. Se trata de un poema gauchesco narrativo, de noventa y dos páginas, en el que se enfrentan en una payada a contrapunto el personaje central –un gaucho llamado simplemente “Matrero”– con “Juan Estao”. Ambos son identificados como gauchos, pero mientras que el primero es un “payador insurgente” que representa la libertad y el arraigo a la tierra, el segundo es un “payador adatao”, vocero de la ley y de la nación. Si la apropiación de la figura del gaucho como vocero de los ideales rebeldes era algo habitual, el criollismo de Castro movilizaba elementos menos usuales. Para empezar, identificaba al gaucho como encarnación *directa* de los indígenas. En el prólogo, Matrero anuncia su intención de narrar una historia de cuatro siglos y de reivindicar al personaje que las narrativas oficiales asociaban con la barbarie:

Yo soy el hombre aborígen / el indeleble exponente, /
raza paria penitente / con cuatro siglos de cuita, /
y es por mis labios que grita / todo un linaje doliente.

Yo vengo aquí a reconstruir / todo el valor positivo, /
del poblador primitivo / en la tierra de su origen; /
el derecho del aborígen / sobre su suelo nativo.

En las páginas siguientes, Matrero se queja de “la conquista del desierto”, que no fue otra cosa que “el grillete del Estao” para encadenar a esa raza (así fue que el “hom-

bre civilizado" le impuso su "barbarismo ilustrado"). Anuncia que viene a hablar de esa historia, de la raza de Catriel y Namún-Curá, de la derrota de Saihueque, de cómo el alambrado vino a oprimir al "hijo libre del llano". En la Segunda Parte vuelve a contar la historia "del gaucho de la nación", una historia que comienza en la época precolombina con los tehuelches, querandíes, "quichuas", araucanos y calchaquíes. Fueron ellos los que sufrieron el exterminio que trajo la conquista española. De esas violencias sólo se salvaron aquellos indios que se dedicaron a la vida errante en la llanura, multiplicándose allí y dando origen a los gauchos. Ese grupo humano fue luego el protagonista de las luchas por la independencia; roto el yugo hispano, "sintió en sí la libertad / como en la edad aborígen / creyó volver al origen / dueño de su voluntad". Pero la nueva nación no traería para ellos ninguna libertad, sino la continuidad de la opresión y el despojo, a manos de políticos y gobernantes, comenzando por Rosas. Quienes tomaron en sus manos las riendas del país más tarde, en la época de la Conquista del Desierto, "No iban por cultura patria / ni por civilización; / iban por la posesión / del territorio amerindio. / Hoy el matador del indio / es dueño de la región". En lugar de darles educación, empujaron a los indios a la frontera; las familias "bien" se repartieron a los niños aborígenes como criados y a las indias para que fueran sus sirvientas. En el Epílogo, Matrero se aleja pensando "En su época de aborígen / en su libertad de origen / y en su dolor argentino". Deseando volver a la vida anterior, camina a lo lejos por la pampa y se va hundiendo en el barro hasta que desaparece (Castro s/f a, pp. 3-5, 8-31, 33-44, 60, 69-85; ver tb. Adamovsky 2016). La identificación de la figura victimizada del gaucho con una historia argentina narrada como tiempo de opresión, violencia y despojo no podría ser más clara.

CRIOLLISMO Y REVISIONISMO

En el recorrido que llevamos hasta aquí, aparecen varios puntos de contacto entre las miradas sobre el pasado que proyectaba el criollismo y las propias de la corriente del "revisionismo histórico" que animó un conjunto de intelectuales en los años treinta. Ambos postularon la necesidad de revisar la historia. En ambos encontramos una revalorización de los caudillos y de las montoneras federales, asociada a una visión crítica sobre el presente y sobre el curso que tomó el desarrollo nacional. Esa crítica, a su vez, coincidía en apuntar al excesivo peso de lo extranjero en desmedro de lo criollo, reflejo de la imposición de los intereses de ciertas élites por sobre los del resto de la población. Sin embargo, también hay importantes diferencias. Los llamados a la revisión que partieron del campo intelectual se centraron en la figura de Rosas y, en menor medida, en la de Facundo Quiroga. Lo que esos caudillos ejemplificaban era un camino alternativo de construcción de la nación y de defensa de sus intereses, frente al que terminó prevaleciendo, encarnado en el unitarismo y en personajes como Bernardino Rivadavia. Pero justamente esos dos caudillos fueron los que generaron menos unanimidad entre los autores criollistas, que tendieron, en cambio, a centrarse en figuras de otras provincias

o posteriores, que hasta entonces no habían motivado demasiado interés historiográfico, como el Chacho Peñaloza, o que ni siquiera pertenecían del todo al pasado (ni a la Argentina), como Aparicio Saravia. Lo más reivindicable de esos personajes no era que representaran un modelo de autoridad nacional orgánica, antiliberal o antiunitaria, sino más bien su defensa de la plebe criolla frente a un nuevo orden social que se percibía como excluyente. El foco de la reivindicación criollista, de hecho, fue más el montonero / gaucho que el caudillo.

Del mismo modo, la crítica al peso de lo extranjero apuntaba a momentos y fenómenos diferentes: en la literatura gauchesca lo que molestaba era menos el imperalismo inglés (que como vimos sólo apareció mencionado al pasar en Vasconcelos) que la invasión de inmigrantes y el desplazamiento social y cultural de la población nativa. En este sentido, los momentos históricos que señalan la “desviación histórica” respecto del curso esperable para la nación difieren notablemente. Los autores criollistas rara vez identificaron a los primeros unitarios como enemigos. De hecho, varios de ellos escribieron textos elogiosos sobre Rivadavia o José María Paz (Ezeiza 1896, pp. 14-16; Hidalgo 1897, pp. 26-28; Igneson s/f f; Castro s/f b, p. 21). Incluso Sarmiento fue merecedor de alabanzas por su interés en la educación popular (Cientofante s/f a, pp. 9-12 y s/f b, p. 17; Castro s/f a, pp. 17-23). El momento que concentraba las críticas era, en cambio, el del pasado reciente, aquel en el que el Estado había convocado a la inmigración esperando que reemplazara a la población criolla y que marcaba un nuevo predominio porteño asociado a la expansión del capitalismo y al recrudescimiento de la presión sobre el criollo. La figura del gaucho montonero era para ellos atractiva no tanto porque simbolizara una grandeza nacional alternativa, sino por su potencial antioligárquico.

El perfil político de los cultores del criollismo popular confirma la distancia respecto del derechismo de los revisionistas de los años treinta. Varios de ellos fueron simpatizantes de la UCR o incluso militantes activos, como Francisco A. Riu y Gabino Ezeiza. Silverio Manco tuvo simpatías inicialmente socialistas o anarquistas y luego se volcó a la UCR sin dejar de predicar ideas obreristas. Entre los payadores predominaron también los de ideas progresivas, como el socialista Evaristo Barrios, o libertarios, como Martín Castro y Luis Acosta García (Adamovsky, en prensa). La dimensión política de las evocaciones a las montoneras a veces era explícita. En una compilación de sus obras de 1921, por ejemplo, el payador anarquista Edmundo Montagne celebró al “gaucho de antes” como precursor de la democracia, con “su continua montonera” dirigida contra toda opresión; dedicó también un poema de añoranzas por las luchas de un “caudillo” no identificado (Montagne 1921, s/p). Y ya hemos mencionado el pasado militante de Buenaventura Luna y el sentido político de su reivindicación del montonero.

¿Puede considerarse entonces al revisionismo como fuente de las visiones críticas del pasado que hallamos en el criollismo? Como hemos visto, la crítica de la historia tal como se enseñaba en las escuelas está presente en el segundo mucho antes de los años treinta. Entre las fuentes posibles de quienes reivindicaban a los montoneros o a figuras como el Chacho, hay algunas menciones a Juan B. Alberdi, Olegario V. Andra-

de y José Hernández, pero ninguna a historiadores. En cambio, para los caudillos que menos unanimidad suscitaron –Rosas y Quiroga–, se percibe una incidencia directa de los precursores lejanos del revisionismo, Saldías para el primero y David Peña para el segundo. Sin embargo, no he encontrado menciones a los intelectuales revisionistas de los años treinta. No es posible sostener, entonces, que éstos hayan tenido una influencia apreciable; de hecho, la producción historiográfica en su conjunto parece haber tenido sobre el criollismo una influencia más bien marginal.

¿De dónde procede entonces el impulso a revisar la historia entre los cultores del criollismo? A título de hipótesis, podrían sugerirse dos procedencias complementarias. Por un lado, de las propias memorias socialmente conservadas que pudieran haber habido entre los antiguos partidarios de los federales y sus descendientes. Diana Quattrocchi (1995) llamó la atención sobre la importancia que tuvieron los legados familiares en las primeras reivindicaciones de Rosas y Quiroga en el campo intelectual. ¿Podría hacerse esto extensivo a las clases populares? ¿Pudieron haber habido también allí memorias que hicieran presión en pos de una revisión de la historia?

Como mostró Ariel de la Fuente, las huestes analfabetas del federalismo tardío, en zonas como La Rioja, construyeron una visión propia del espacio político nacional, de los clivajes sociales y étnicos que se ponían en juego en el enfrentamiento entre unitarios y federales y de su propio papel en la nación en ciernes. La derrota de los suyos no pudo sino ser interpretada a partir de esa visión y la cultura oral produjo y transmitió, por un amplio espacio interprovincial, historias épicas de figuras como el Chacho Peñaloza, que fueron todavía recogidas en 1921 en la Encuesta Nacional de Folklore. Ya que las narraciones registradas en esa encuesta difieren de las que diseminó la cultura impresa (incluyendo las que hemos analizado aquí), queda claro que no proceden de fuentes letradas sino de la transmisión oral. Si alguna influencia hubo, fue en sentido contrario: como demostró De la Fuente, Gutiérrez se apoyó en relatos orales recogidos *in situ* para componer sus folletines sobre el Chacho (De la Fuente 2011 y 2007, pp. 166-70, 216, 253). Para el espacio de Mendoza y San Juan, Diego Escolar también demostró la persistencia de historias sobre héroes populares, como Martina Chapanay y Santos Guayama (quienes pertenecieron a las huestes de Chacho Peñaloza y de Felipe Varela), reproducidas oralmente, pero también por letrados, y reelaboradas en lo que él llamó un “revisionismo histórico subalterno” (Escolar 2007, pp. 214 y 85-107). Para caso salteño, Andrea Villagrán también observó la capacidad de las clases subalternas locales de producir y preservar visiones propias sobre el pasado, asociadas al culto al gaucho, que se plantaban en disidencia respecto de las “oficiales” (Villagrán 2012).

No hay estudios equivalentes para el espacio rioplatense, pero allí podría haberse dado un proceso equivalente. En las primeras tres décadas del siglo xx, todavía estaban con vida algunos de los que habían participado de las últimas montoneras de los llanos (y por supuesto también de las más recientes del Uruguay) y existen al menos algunos contactos documentados con el mundo del criollismo. Entre quienes trabajaron como actores de dramas gauchescos en el circo de los Podestá –vector crucial

del criollismo, nodo de encuentro entre payadores, escritores populares y futuros dramaturgos—, hubo un montonero del Chacho Peñaloza y también un veterano de las luchas de caudillos orientales, muy afecto a relatar sus hazañas en los entretiempos (Siri 1937; Podestá 1930, pp. 47-48). Gabino Ezeiza estaba casado con una bisnieta del Chacho Peñaloza, con quien se conoció en un pueblo de la provincia de Buenos Aires (Di Santo 2016, p. 387). Por su parte, Buenaventura Luna conocía desde pequeño a un peón criollo “del tiempo ‘e la montonera”, con quien también militó en el bloquismo (Semorile 2008, p. 130). No es imposible que, a partir de esas memorias, pudieran transmitirse visiones críticas respecto de la historia nacional, capaces de combinarse con las nostalgias y admiraciones por la figura del gaucho alzado que circulaban en la literatura de consumo popular.

Que las memorias transmitidas entre las clases populares pudieron contener visiones críticas respecto de la historia nacional lo sugiere una copla anónima de origen desconocido cuyos versos decían:

Así se escribe la historia
de nuestra tierra, paisanos.
En los libros, con borrones,
y con cruces en los llanos.

Tanto Atahualpa Yupanqui como Buenaventura Luna aseguraron haberla escuchado. Luna sostuvo que procedía de Tucumán, sin precisar cuándo supo de ella (Luna 1945). Yupanqui dio dos versiones diferentes: en una dijo haberla aprendido a más tardar en 1925 en la provincia de Buenos Aires, de un payador de apellido García, que “hablaba de las revueltas, de las montoneras del siglo pasado, de antes de Rosas y después de Caseros”; en otra, sostuvo que la escuchó por vez primera a comienzos de la década siguiente, de boca de Telémaco Morales, cantor uruguayo de visita en Buenos Aires, quien solía “historiar las luchas orientales”, incluyendo las de Saravia (Yupanqui 1984, pp. 31-32; Yupanqui 1965, pp. 122-123). Además de ellos, un investigador la escuchó en la década de 1960 de boca de un anciano criollo que vivía en Huaja, el paraje riojano del que era originario el Chacho Peñaloza, a propósito de la leyenda del propio caudillo.¹⁶ Cualquiera haya sido su origen, la imagen de los borrones en los libros transmite claramente el sentido de una “historia falsificada”, para ponerlo en los términos de los revisionistas de los años treinta, relacionada con una memoria sobre las gestas federales.

Complementariamente, el impulso a la revisión de la historia pudo venir también de la mera disposición antioligárquica del criollismo, que a su vez emergía de la peculiar experiencia de las clases populares del cambio de siglo. Habiéndose visto excluidos de la vida política y desplazados por los inmigrantes, algunos criollos bien pudieron producir, como parte de su antagonismo respecto de las élites gobernantes, la impugnación de la narrativa sobre el pasado que ellas sostenían. Para ello no había necesidad de una memoria propia y empíricamente transmitida: bastaba con recuperar informa-

16 Comunicación personal con León Pomer, abril de 2016.

ción sobre el pasado que estaba disponible o sencillamente invertir la valoración sobre caudillos y eventos. Pero ni siquiera hacía falta que los agentes fueran criollos descontentos. Como sostuvo Horacio Legrás, el atractivo del criollismo en aquellos tiempos radicaba en su capacidad “articulatoria”. En efecto, ese discurso no fue tanto (o sólo) una expresión de sujetos sociales preexistentes como una práctica cultural novedosa que permitió producir un “pueblo” (entendido como sujeto político opuesto a la élite) a partir de la asimilación de un conjunto heterogéneo. En un contexto de triunfo de las clases altas que implicó la exclusión política de las clases populares y la imposición de una cultura, una estética y valores liberales y europeizantes, la identificación con el gaucho matrero tenía una dimensión antagónica evidente. Lo mismo vale, por supuesto, para el recuerdo de las montoneras federales y el modo insistente en que se las conectaba discursivamente con las “guerras gauchas” por la independencia. Al representarse como pueblo (auténtico) a partir de esas características y esas memorias, la multitud así articulada se afirmaba precisamente en el legado de “barbarie” criolla que las élites venían intentando extirpar. Esta estrategia *representacional* tenía sentido no tanto por su capacidad de expresar pervivencias reales de la sociedad anterior a la gran inmigración (que, como vimos, también las había) como por su valor a la hora de recortar un mundo popular en oposición a los proyectos políticoculturales de la élite. En ese sentido, que las personas que participaran en ella tuvieran o no un vínculo directo, “real”, con el pasado criollo, era lo de menos (Legras 2010).

CONCLUSIONES

En síntesis, este trabajo ha mostrado que intelectuales de provincia vinculados al federalismo tardío –como Hernández– o al menos detractores del gobierno de Mitre –como Fernández– tuvieron un papel central en el surgimiento de la literatura criollista (que a su vez retomaba elementos de la poesía gauchesca, de intenso contacto con el partido federal). Ambos escritores combinaron la denuncia de las postergaciones que sufrían los gauchos con visiones críticas sobre el curso que había tomado la política nacional, incluyendo una reivindicación del Chacho Peñaloza en el caso del primero, invectivas contra la “civilización” en el caso del segundo y el repudio de la Guerra del Paraguay en ambos.

En segundo lugar, hemos comprobado que autores del fenómeno criollista de una etapa posterior continuaron combinando la glorificación del gaucho matrero con visiones críticas sobre el pasado nacional que incluyeron la reivindicación de algunos caudillos, la crítica por el desplazamiento de los criollos a manos de los extranjeros y por la Guerra del Paraguay y, en unos pocos casos y más tardíamente, la formulación de contrahistorias que denunciaban el exterminio indígena. Más aún, como parte de esas visiones, produjeron la asimilación de la figura del gaucho y la del montonero de los llanos (o incluso la de los propios caudillos). Aunque la mayoría de estos autores no tenía contacto directo con el pasado federal o siquiera con el mundo rural criollo,

sus obras se conectaban con memorias y con sentimientos de postergación que efectivamente estaban presentes en las clases populares del cambio de siglo. En cualquier caso, la situación de exclusión social y política que compartían los criollos y los recién llegados invitaba tanto a la identificación con el gaucho rebelde como a la impugnación de las narrativas optimistas de la historia nacional en las que las élites locales buscaban fundar su propia legitimidad. En ese marco, durante las primeras décadas del siglo xx, las memorias disidentes respecto del pasado se reprodujeron en un nuevo contexto, transmitiéndose a un público variado, criollo y de origen inmigratorio, con y sin recuerdos *proprios* del pasado reciente.

En tercer lugar, hemos mostrado que el revisionismo histórico de los años treinta, de orientación derechista y centrado en la figura de Rosas, no tuvo una influencia apreciable en el criollismo. Por el contrario, las visiones disidentes sobre el pasado que éste habilitaba transitaban por carriles propios y tenían una historia previa y fuentes alternativas. Toda esta evidencia acaso invite a futuras reevaluaciones respecto de las fuentes intelectuales del revisionismo histórico y de la frecuente afirmación según la cual las miradas críticas sobre la “historia oficial” se habrían diseminado entre las clases populares exclusivamente a partir de esfuerzos previos del campo intelectual.

En 1974, sin dudas turbado por el regreso del peronismo al poder y por la vena revisionista que acompañó la época (ejemplificada en el hecho de que la principal organización guerrillera hubiese elegido llamarse “Montoneros”), Jorge Luis Borges percibió con claridad que había una conexión secreta entre ese presente y la literatura criollista de antaño. Desde hacía unos pocos años, Borges venía insistiendo con la idea de que había sido una calamidad para la Argentina que el *Martín Fierro* hubiese resultado elegido el gran libro nacional, en lugar del *Facundo*, en su opinión, mucho más propicio para un país que quisiera ser civilizado. Como si Leopoldo Lugones, al proponer a ese gaucho matrero como arquetipo de la nación, hubiese hecho lugar inadvertidamente a la barbarie que Sarmiento había conjurado, desencadenando consecuencias políticas constatables décadas más tarde. En su juventud, el poema de Hernández y el imaginario gauchesco le habían resultado más que atractivos. Pero la irrupción del peronismo había modificado su visión (acaso por la insistencia con la que aquel utilizó el criollismo como parte de la propaganda oficial): para Borges estaba claro que, de haber vivido en 1945, el gaucho Martín Fierro se habría transformado en uno de esos siniestros peronistas. Por eso, evocando en 1974 la fascinación que él mismo había manifestado en su obra temprana por el coraje y por la figura de los cuchilleros criollos, lamentó haber contribuido “sin saberlo y sin sospecharlo a esa exaltación de la barbarie que culminó en el culto del gaucho, de Artigas y de Rosas” (en Gamarro 2015, pp. 53, 69, 77-78, 229, 283, 285).

La anécdota viene a cuento de lo que pudo haber significado el criollismo como fenómeno cultural. En otros trabajos, he sostenido que, más que fruto de ansiedades pasajeras propias de un momento de rápida “modernización”, como argumentó Adolfo Prieto, el criollismo debe analizarse como un episodio central del proceso de

etnogénesis, es decir, de la conflictiva definición de un sentido de distintividad grupal a partir de la heterogénea población que ocupó el territorio nacional (o dicho en términos más sencillos, de un “nosotros” argentino). Muchos de reciente arribo, de lenguas, religiones y culturas disímiles, de procedencias étnicas y fenotipos variados, de condición social modesta, intermedia o encumbrada, quienes se hallaron viviendo juntos en este país en el cambio de siglo, se vieron involucrados en la forja de un “nosotros” que pudiera dar cuenta de los profundos cambios demográficos y políticos de esos años. De ese proceso participaron, como productores de visiones acerca del “nosotros” nacional, tanto personas del campo político o intelectual como habitantes del común. En mis trabajos anteriores, argumenté que el criollismo fue uno de los canales a través de los cuales se tematizaron las tensiones étnicas de la época, dando lugar a visiones que, en ocasiones, podían minar sutilmente la solidez de los discursos “blanqueadores” que patrocinaban las élites intelectuales y el sistema escolar. En efecto, la reivindicación del gaucho matrero que enfrentaba a la autoridad con frecuencia iba asociada a descripciones que lo presentaban como un mestizo de piel morena. Y ya que se postulaba al gaucho como emblema del pueblo auténtico, su centralidad desafiaba a aquellos discursos que, en esos años, optaban por definir el “nosotros” argentino como esencialmente blanco y europeo (Adamovsky 2014).

Los hallazgos aquí presentados sugieren que las visiones críticas sobre la historia que canalizó el criollismo pueden analizarse en esa misma clave. Porque también los modos de imaginar la trayectoria histórica de ese “nosotros” contribuían a darle solidez y, al mismo tiempo, a disputar sentido con narrativas rivales –como la sarmientina– que apuntaban a delinearlos de otros modos. La circulación de versiones disidentes sobre el pasado entre el público de clases populares, la rehabilitación de los montoneros y de algunos caudillos, la reivindicación de la raíz indígena, las impugnaciones a la actuación de las clases dirigentes en la historia nacional, atestiguan la presencia de visiones conflictivas sobre ese “nosotros” en formación, que emanaban no sólo del campo intelectual sino también de los habitantes del común. Como llegó a atestiguar Borges, los años por venir darían muchas otras muestras del carácter conflictivo del proceso de etnogénesis argentino.¹⁷

BIBLIOGRAFÍA

- ABACA, Hilarión, 1921. *Facundo Quiroga*. Rosario: Longo y Argento.
 — s/f (a). *El Tigre de los llanos*. Rosario: Alfonso Longo.
 — s/f (b). *Juan Manuel de Rosas*. Rosario: Alfonso Longo.
 — s/f. (c). *La Mazorca*, 2da. ed. Rosario: Alfonso Longo.

17 La corriente etnosimbolista en el estudio del surgimiento de las naciones y del nacionalismo ha llamado la atención sobre la relación entre los procesos de etnogénesis y las narrativas históricas; véase Smith 2009, p. 49. Algunas reflexiones para el caso argentino pueden hallarse en Quattrocchi Woisson 1995 y en Goebel 2013.

- s/f. (d). *El puñal del tirano*, 2da. ed. Rosario: Alfonso Longo.
- s/f. (e). *Paja Brava*, 3ra. ed. Rosario: Alfonso Longo.
- ACOSTA GARCÍA, Luis, 1933. El Indio. En L. ACOSTA GARCÍA, M. CASTRO, J. M. POMBO, A. CEPEDA. *El cantar de los troveros*. Buenos Aires: Alfredo Angulo. pp. 35-36.
- 1934. El Indio. *Criolla*, n.º 3, 6 de diciembre, p. 41.
- ACREE, William, 2013. *La lectura cotidiana: cultura impresa e identidad colectiva en el Río de la Plata, 1780-1910*. Buenos Aires: Prometeo.
- ADAMOVSKY, Ezequiel, 2014. La cuarta función del criollismo y las luchas por la definición del origen y el color del *ethnos* argentino (desde las primeras novelas gauchescas hasta c. 1940). *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, Tercera serie, n.º 41, pp. 50-92.
- 2016. Criollismo, política y etnicidad en la obra de Martín Castro, cantor anarquista (c. 1920-1950). *Quinto Sol*, vol. 20, n.º 3, pp. 1-26.
- El criollismo popular en Argentina ¿Hasta cuándo? Personajes, autores y editores de un fenómeno de literatura masiva. *Cuadernos de Literatura* (Bogotá), en prensa.
- ALONSO Y TRELLES, José, 1926. La Montonera. En ídem. *Paja Brava*, 4ta. ed. Montevideo y Buenos Aires: Agencia General de Librería. pp. 80-82.
- APRILE, Bartolomé, s/f. (a). *El Chacho*. Buenos Aires: Publicidad Ateneo.
- 1933. *El hijo de Martín Fierro*. Buenos Aires: Peuser.
- 1935. *El alma de la montonera*. Buenos Aires: Alfredo Angulo.
- 1936. *Aparicio Saravia*. Buenos Aires: Colecciones Gauchas.
- 1940. *El Tigre de los Llanos*. Buenos Aires: Colecciones Gauchas.
- y Apolinario SIERRA, s/f. 1a. *Serie de relaciones, zambas, estilos, gatos, vidalitas, cuecas, chacareras, etc. etc.* Buenos Aires: Alfredo Angulo.
- BARRIOS, Evaristo, 1945. *Juan Acero*. Buenos Aires: Publicidad Ateneo.
- BONELLI, Ángel, 1939. *Aparicio Saravia*. Buenos Aires: Colección Gaucha.
- BRANCATTI, F., 1949. *El Chacho*. Buenos Aires: Buchieri.
- BUCHBINDER, Pablo, 2005. Caudillos y caudillismo: una perspectiva historiográfica. En Noemi GOLDMAN y Ricardo SALVATORE (comps.). *Caudillismos rioplatenses*. Buenos Aires: Eudeba. pp. 32-39.
- CABRERA, Florencio (h.), s/f (c. 1925). *Canciones populares por el celebrado payador nacional*. Buenos Aires.
- CARUSO, Juan A., 1924. El Tigre de los Llanos. *Bambalinas*, n.º 319, pp. 1-36.
- CASAS, Matías E., 2015. Entre la "anarquía" y la "unidad nacional". Los gauchos y los caudillos en los textos escolares argentinos (1930-1955). *Revista de Educación y Desarrollo*, n.º 35, pp. 5-12.
- CASTRO, Martín., s/f. (a). *Los gringos del país*. Buenos Aires: Colecciones gauchas / Angulo.
- s/f (b). *Chispazos del fogón*. Buenos Aires: Colecciones gauchas.
- CHASTEEN, John, 1995. *Heroes on Horseback: A Life and Times of the Last Gaucho Caudillos*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- CIENTOFANTE, Manuel, s/f. (a). *Nueva colección de versos y décimas variadas*. Buenos Aires: Biblioteca Criolla.
- s/f. (b) (c. 1902). *Últimas producciones del cantor argentino*. Buenos Aires: Biblioteca Criolla.
- 1908. *Tranquera*. Buenos Aires: Francisco Matera / Biblioteca Campera.
- Compendio de la vida de Don Juan Manuel de Rosas*. Buenos Aires: Biblioteca Criolla, 1906.
- CULEBRA, Anastasio, 1885. *El gaucho Juan Acero, rival de Martín Fierro*. Montevideo: Juan B. Vaillant.
- DEL CERRO, Pastor, s/f. *El gaucho Tranquera*. Rosario: Longo y Argento.
- DE LA FUENTE, Ariel, 2007. *Los hijos de Facundo*. Buenos Aires: Prometeo.
- 2011. Tradiciones orales y literatura en el siglo XIX argentino: Los casos del Facundo y el criollismo. *Cadernos de Seminarios de Pesquisa. Universidade de Sao Paulo. Humanitas*, n.º 2, pp. 8-43.
- DI SANTO, Víctor, 2016. *Gabino Ezeiza, precursor del arte payadoril rioplatense*. Buenos Aires: Distribuidora Quevedo.
- DISCEPOLO, Armando, 1926. Patria Nueva. *La Escena*, n.º 415 (10 de junio).

- El combate de 'Tres Árboles', con las décimas de la Revolución oriental.* Rosario: Longo y Argento, s/f.
- ESCOLAR, Diego, 2007. *Los dones étnicos de la Nación: identidades huarpe y modos de producción de soberanía en Argentina.* Buenos Aires: Prometeo.
- EZEIZA, Gabino, s/f. *Nuevas canciones inéditas*, 2da. ed. Buenos Aires: Tommasi / Biblioteca Gauchesca.
- 1896. *Canciones del payador argentino Gabino Ezeiza, nueva y última colección*, 2da. parte. Buenos Aires: Luis Maucci.
- FERNÁNDEZ, Francisco F., 1870. *La Triple Alianza.* Paraná: Obrero Nacional.
- 1926. *Solané.* Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- FÍGOLI, Sócrates, 1904. Aparicio Saravia. *La Pampa*, n.º 42 (5 Oct.), s/p.
- FONTANELLA, Agustín, 1898. *Tranquera.* Buenos Aires: Tommasi.
- FRAY MOCHO (José S. Álvarez), 1910. *Tierra de matreros.* La Plata: Joaquín Sesé.
- GALLARDO VALDÉZ, Mercedes y Elba PELUSO DE GROSSI, eds., 1962. *Buenaventura Luna: Mensaje de tierra adentro.* San Juan.
- GAMERRO, Carlos, 2015. *Facundo o Martín Fierro: Los libros que inventaron la Argentina.* Buenos Aires: Sudamericana.
- GANCEDO, Alejandro (h.), 1907. *Juan Facundo Quiroga.* Buenos Aires: Imprenta de Faustino.
- GAUCHITO, s/f. *Facundo Quiroga (el Tigre de los Llanos).* Rosario: Longo y Argento.
- GOCIOL, Judith y Diego ROSEMBERG, 2000. *La historieta argentina: una historia.* Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- GOEBEL, Michael, 2013. *La Argentina partida: nacionalismos y políticas de la historia.* Buenos Aires: Prometeo.
- GONZÁLEZ PULIDO, J. Andrés, s/f. De pura raza. *Chispazos de Tradición*, vol. 9, s/p.
- GOYCOEHEA MENÉNDEZ, 1911. Montonera. *El Fogón*, n.º 2 (4 Nov.), s/p.
- GUTIÉRREZ, Eduardo, s/f. (a). *El Chacho.* Buenos Aires: Tommasi.
- s/f. (b). *Los Montoneros.* Buenos Aires: Tommasi.
- s/f. (c). *El rastreador.* Buenos Aires: Tommasi.
- s/f. (d). *La muerte de un héroe.* Buenos Aires: Tommasi.
- s/f. (e). *Historia de Juan Manuel de Rosas.* Buenos Aires: Tommasi.
- s/f. (f). *La Mazorca.* Buenos Aires: Tommasi.
- s/f. (g). *Una tragedia de doce años.* Buenos Aires: Tommasi.
- s/f. (h). *El puñal del tirano.* Buenos Aires: Tommasi.
- s/f. (i). *Juan Cuello.* Buenos Aires: Tommasi.
- s/f. (j). *Los siete bravos.* Buenos Aires: Tommasi.
- s/f. (k). *Pastor Luna.* Buenos Aires: Tommasi.
- 1960. *El Chacho.* Buenos Aires: Hachette.
- HERNÁNDEZ, José, 1875. *Vida del Chacho.* Buenos Aires: Ángel Da Ponte.
- HIDALGO, Félix, s/f. (a). *El Tigre de los Llanos Facundo Quiroga.* Buenos Aires: José Bosch.
- 1897. *Décimas variadas para los guardias nacionales.* Buenos Aires: Biblioteca gauchesca.
- HIDALGO, Santiago, 1911. *Alma gaucha.* Buenos Aires: Andrés Pérez.
- IGNESON, Eladio Jasme, s/f. (a). *Facundo Quiroga, el Tigre de los Llanos.* Buenos Aires y Montevideo.
- s/f. (b). *Fusilamiento de D. Manuel Dorrego.* Buenos Aires y Montevideo.
- s/f. (c). *La mazorca inquisitorial y feroz banda de asesinos de que se valía el repugnante tirano Juan Manuel de Rosas.* Buenos Aires y Montevideo.
- s/f. (d). *Inicuo proceso de los Hermanos Reynafé.* Buenos Aires y Montevideo.
- s/f. (e). *La revolución actual de Montevideo de 1904.* Buenos Aires y Montevideo.
- s/f. (f). *Biografía histórica de D. Bernardino Rivadavia.* Buenos Aires y Montevideo.
- 1893. *Una tragedia de 12 años.* Buenos Aires: Angel Bietti.
- 1897. *El Chacho en versos gauchescos.* Buenos Aires: Bibl. Gauchesca.
- 1900. *El rastreador.* Buenos Aires: Bibl. Gauchesca.
- 1894. *Muerte de un héroe.* Buenos Aires: Imprenta de las Provincias.

- La Revolución oriental: detalles completos de las principales batallas*, s/l, 1905.
- LEGRÁS, Horacio, 2010. Hacia una historia del populismo. En *Políticas del sentimiento*, ed. por C. SORIA, P. CORTÉS ROCCA y E. DIELEKE. Buenos Aires: Prometeo. pp. 163-180.
- LUNA, Buenaventura, 1937. Estampas de 'Santa'i Tierra. *Sintonía*, n.º 240 (25 Nov.), s/p.
- 1945. Nos hace falta todavía una buena novela de costumbres. *Crítica*, 23 de Julio, p. 10.
- MANCO, Silverio, s/f. (a). *El Mataco y El Chacho*. s/l.
- s/f. (b). *El Tigre del Desierto y Los Montoneros*. s/l.
- 1924. *El Chacho*. Rosario: Alfonso Longo.
- s/f. (c). *Los Montoneros*. Rosario: Alfonso Longo.
- s/f. (d). *El rastreador*. Rosario: Alfonso Longo.
- s/f. (e). *La muerte de un héroe*, 2da. ed. Rosario: Alfonso Longo.
- s/f. (f). *Décimas patrióticas*. Buenos Aires: Biblioteca Gauchesca.
- s/f. (g). *Juan Acero*. s/l.
- s/f. (h). *Homenaje al malogrado general Aparicio Saravia*, s/l
- 1921. *El gaucho tranquera*. Rosario: Longo y Argentó.
- MARIO, 1904. Aparicio Saravia. *La Pampa*, n.º 41 (28 Sept.), s/p.
- MARTÍNEZ, Carlos, 2005. Presencia de la historia nacional en la historieta argentina. *Tebeosfera*, n.º 19 (dic.), s/p.
- MARTÍNEZ PAYVA, Claudio, 1932. La pulpería de la mazorca. *La Escena*, n.º 745 (6 Oct.), s/p.
- 1942. *Lluvia en los cardos*. Buenos Aires: A-Z.
- Milongas provincianas; verdades de Pedro Grullo; Décimas variadas*. Buenos Aires: La Popular, 1896.
- MIRÁS, Juan, 1928. El poncho rojo: episodios históricos de la época de los montoneros. *Bambalinas*, n.º 535 (14 Julio), s/p.
- MOLINA MASSEY, Carlos 1924. *A punta de lanza, poema gaucho*. Buenos Aires: Idea Latina.
- MONROY, F. C., 1888. *El gaucho de las fronteras*. Buenos Aires y Montevideo: Santiago Rolleri.
- MONTAGNE, Edmundo, 1921. *La guitarra del pueblo*. Buenos Aires: Serantes.
- MONTIEL, Venancio, 1931. La bandada rubia. *Bambalinas*, n.º 680 (20 Junio), s/p.
- PELAY, Ivo, 1920. Facundo. *Bambalinas*, n.º 112 (29 Mayo), s/p.
- PEÑA, David, 1918. Facundo. *Bambalinas*, n.º 38 (21 Dic.), s/p.
- 1953. *Juan Facundo Quiroga*. Buenos Aires: Americana.
- PÉREZ CUBERES, Andrés, 1943. *El pericón nacional*. Buenos Aires: A. P. Cuberes.
- PODESTÁ, José, 1930. *Medio siglo de farándula (memorias)*. Río de la Plata.
- PRIETO, Adolfo, 2006. *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires: Siglo veintiuno.
- QUATTROCCHI WOISSON, Diana, 1995. *Los males de la memoria: historia y política en la Argentina*. Buenos Aires: Emecé.
- REA, Lauren, 2013. *Argentine Serialised Radio Drama in the Infamous Decade, 1930–1943: Transmitting Nationhood*. Farnham: Ashgate.
- Revolución Oriental: entrada de los blancos en Montevideo*. Buenos Aires: Andrés Pérez, 1897.
- ROBERTO, Germán, s/f. *Hechos sangrientos de la tiranía de Juan Manuel de Rosas*. Rosario: Longo y Argentó.
- RODRÍGUEZ, Yamandú, 1954. Montoneros. En Evaristo Barrios, *Milongas gauchas*. Buenos Aires: Los Ases de la Canción. s/p.
- ROLDÁN COBOS, 1944. *Romance del gaucho Sombra*. Buenos Aires: Buchieri.
- ROLLERI, Santiago, 1896. *Dramas del terror: historia de Juan Manuel de Rosas el gran tirano de la república argentina*, 2da. ed. Buenos Aires y Montevideo: S. Rolleri.
- ROVIRA, Milka, ed., 2006. *Poesías, relatos y escritos inéditos de Eusebio Dojorti - Buenaventura Luna*. Unquillo: Narvaja.
- SALDÍAS, José A., 1919. La montonera. *La Escena*, n.º 66 (2 Oct.), s/p.
- 1935. Romance federal. *Argentores* (21 Febrero), pp. 1-32.

- SALVATIERRA, E. T., 1912. El gaucho, *El Fogón Pampeano*, n.º 6 (15 Enero), pp. 19-20. Rosario.
- SARMIENTO, Domingo F., 1982. *Facundo*. Buenos Aires: Hyspamerica.
- SEMORILE, Carlos, ed., 2008. *El canto perdido y los Manseros del Tulum: Buenaventura Luna y el canto de las tradiciones populares argentinas*. Buenos Aires: De la Tropilla.
- 2006. *Olga y Eusebio: Papeles resguardados al rescoldo del amor*. Buenos Aires: De la Tropilla.
- SIERRA, Apolinario, s/f (c. 1944). *Aparicio Saravia*. Buenos Aires: Publicidad Ateneo.
- 1948. *Juan Manuel de Rosas*. Buenos Aires: Publicidad Ateneo.
- SIRI, Eros Nicola, 1937. El cabo Santillán, reliquia viviente del viejo ejército y del teatro nacional. *Sintonía*, n.º 229 (9 Sept.), s/p.
- SMITH, Anthony D., 2009. *Ethno-symbolism and nationalism: a cultural approach*. New York: Routledge.
- SOLER CAÑAS, Luis, 1967. Primeras imágenes de Don Juan Manuel de Rosas en la poesía del siglo xx. *Jauja*, n.º 2 (Febr.), pp. 9-17.
- TOGENAR, Talvi, s/f. *El gaucho Horacio Cruz, el buen paisano oriental*. Rosario: Longo y Argento.
- VACAREZZA, Alberto, 1928. El cabo Rivero. *La Escena*, n.º 514 (3 Mayo), s/p.
- VASCONCELOS, Aureliano, 1911. Último tiro de lazo. Buenos Aires.
- 1913. Último pial de Cuchara. Buenos Aires: Molinari.
- 1921. *El lonjazo*. Buenos Aires.
- VEGA, Carlos, 1981. *Apuntes para la historia del movimiento tradicionalista argentino*. Buenos Aires: Instituto Nacional de Musicología "Carlos Vega".
- Vida del valiente gaucho oriental Juan Acero*. Buenos Aires: Bibl. Criolla/Salvador Matera, 1901.
- Vida y fusilamiento del desgraciado Agapito*. Buenos Aires: Salvador Matera, 1901.
- VILLAGRÁN, Andrea Jimena, 2012. *Un héroe múltiple: Güemes y la apropiación social del pasado en Salta*. Salta: Universidad Nacional de Salta.
- VILLOLDO, Angel G., 1907. Homenaje a Saravia. *La Pampa Argentina*, n.º 23 (8 Sept.), p. 7.
- YUPANQUI, Atahualpa, 1984. *Confesiones de un payador*. Buenos Aires: Galerna.
- 1965. *El canto del Viento*. Buenos Aires: Honegger.
- ZABALÍA, Félix Alberto de, 1936. Juan Manuel de Rosas (ensayo federal). *Argentores*, n.º 104 (28 de mayo), pp. 1-48.

PRODUCTOS CULTURALES CONMEMORATIVOS

LA AZAROSA CONSTITUCIÓN DE LA CASA HISTÓRICA DE LA INDEPENDENCIA DURANTE LA DÉCADA DE 1940

MEMORIAL CULTURAL PRODUCTS. HAPHAZARD CREATION
OF THE HISTORIC INDEPENDENCE HOUSE DURING THE 1940S

María Élica Blasco¹

Palabras clave *Resumen*

Casa histórica, Museos, Conmemoraciones, Historiadores

Recibido 26-9-2016
Aceptado 11-11-2016

Las representaciones del pasado y las modulaciones de la memoria colectiva resultan de procesos socioculturales complejos de largo plazo que involucran de manera indefectible la esfera política. Partiendo de esta premisa, el artículo explora algunas prácticas vinculadas a la fabricación de bienes y productos culturales utilizados en dispositivos conmemorativos. Concretamente, se reconstruyen los proyectos diseñados en torno al salón de la jura y la Casa Histórica de la Independencia en Tucumán, durante la década de 1940, cuando el inmueble pasó a ser administrado por la Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Históricos y fue reconstruido según las características edilicias que había tenido en 1816. Se analizan los actores e instituciones que intervinieron, los avatares del proceso de acuerdo a los vaivenes políticos, las discusiones acerca de la reconstrucción del inmueble y las decisiones adoptadas en relación a qué exhibir y cómo dotarlo de colecciones.

Key words *Abstract*

Historic house, Museums, Commemorations, Historians

Received 26-9-2016
Accepted 11-11-2016

Representations of the past and collective memory modulations come from complex, long-term sociocultural processes invariably linked to the political field. On this basis, this article explores some practices that are associated to the cultural goods and products production used in commemorative mechanisms. Specifically, projects designed on the swearing hall and the Historic Independence House in Tucuman during the 1940s are rebuilt. It was the time when the building turned to be managed by the National Commission of Museums, Monuments and Historical Sites and it was rebuilt as it had been in 1816. Actors and institutions involved are analysed, as well as vicissitudes during the process according to political fluctuations, discussions on the building's reconstruction and decisions made on what to exhibit and how to provide it with collections.

Lo que hoy se conoce como Museo Casa Histórica de la Independencia, en Tucumán, no fue considerado tal hasta la década de 1980. Hacia 1860 –cuando el fotó-

1 Universidad de Buenos Aires / Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina. eliblasco@yahoo.com.ar.

grafo Miguel Ángel Paganelli retrató la fachada de la vivienda de la familia Bazán de Laguna– era conocida como “la Casa del Congreso” (Furlong 1971, Zavalía Matienzo 1976; Páez de la Torre 1986, Marinsalda y Fernández Murga 2005, Gandolfi 2010). En 1874 fue escriturada a nombre del Estado Nacional para alojar las oficinas del Correo y Telégrafo: se demolió entonces el pabellón del frente y las habitaciones del ala sur del primer patio y los festejos del 9 de julio de 1878, 1888, 1892 y 1893 se realizaron en “el correo”, con un nuevo frente de estilo neo-renacentista, en cuyo interior se conservaba intacto el “salón de la jura” (Lizondo Borda 1969, p. 29).

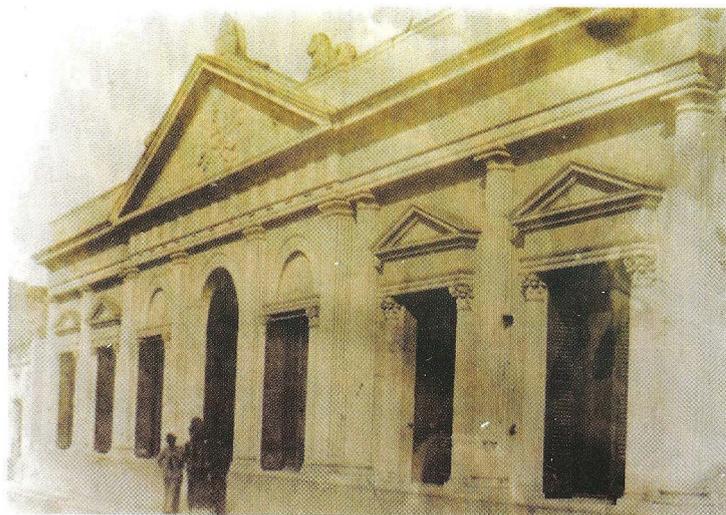


Figura 1. Fachada del Correo.

En su interior se encontraba el salón de la jura.

Archivo Gráfico de la Casa Histórica de la Independencia.

Fuente: Marinsalda y Fernández Murga 2005, p. 10.

En 1904, una segunda demolición transformó nuevamente la fachada para levantar “el Pabellón de la Independencia”, un templete de estilo francés que desalojó al correo pero continuó preservando el “salón histórico”, en cuyo interior se exhibían retratos de algunos congresales. En este escenario se desarrollaron los actos conmemorativos del 9 de julio de 1916 (Bravo 2007, Perilli 2010, Benito 2013).

Quizás aún no se ha reflexionado e investigado lo suficiente sobre el hecho de que, durante los sesenta y ocho años que median entre 1875 y 1943, diversas publicaciones, billetes, pinturas y textos escolares reprodujeron una imagen de la fachada de la “Casa de Tucumán” que a través de aceitados dispositivos de circulación iconográfica fue instalándose en la memoria colectiva de generaciones de argentinos a pesar de no existir

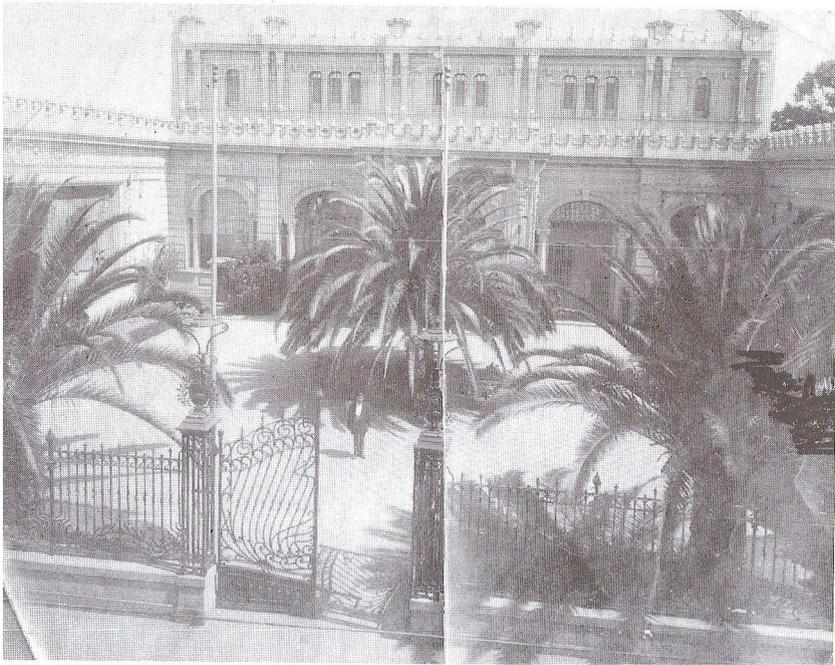


Figura 2. Patio y fachada del templo. Archivo Gráfico de la Casa Histórica de la Independencia. Fuente: Marinsalda y Fernández Murga 2005, p. 12.

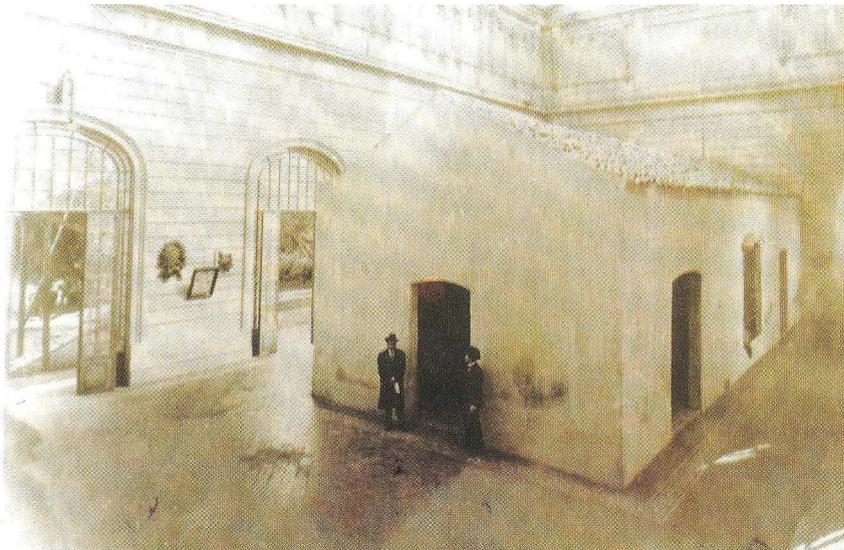


Figura 3. Salón de la jura dentro del templo. Archivo Gráfico de la Casa Histórica de la Independencia. Fuente: Marinsalda y Fernández Murga 2005, p. 12.

como tal en la realidad.² Solo hacia fines de la década de 1930 algunas publicaciones especialmente dedicadas a los escolares comenzaron a combinar la imagen tradicional de la fachada de la casa demolida con dibujos o grabados del salón de la jura dentro del templete, tal como existía en esos años, explicando los avatares que había sufrido el inmueble (Anónimo 1937, p. 121; Vera Peñaloza 1940).

Desde fines del siglo XIX, el edificio dependía del Ministerio de Obras Públicas de la Nación y era atendido por una encargada que guiaba a los visitantes. En 1940 pasó a jurisdicción del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública y de la Comisión Nacional de Museos y Monumentos y Lugares Históricos. Bajo esta condición, entre 1940 y 1943 se demolió el Pabellón de la Independencia y se reconstruyó e inauguró la antigua fachada de la “Casa de la Independencia”.



Figura 4. Las obras de reconstrucción. El frente de la Casa Histórica en 1943.

Archivo Gráfico de la Casa Histórica de la Independencia.

Fuente: Marinsalda y Fernández Murga 2005, p. 16.

2 En 1888 el Banco Provincial de Tucumán emitió billetes de 1 peso con el grabado de la antigua fachada de la Casa Histórica que por ese entonces ya había sido demolida (Anónimo 2016). En 1916 la revista *Caras y Caretas* ilustró el número dedicado al centenario con la foto de Paganelli cuando las celebraciones se realizaban en torno al Templete de la Independencia (Anónimo 1916). En 1921 el pintor peruano Teófilo Castillo ejecutó un óleo titulado *Evocación histórica* retratando la fachada inexistente (Páez de la Torre 2010). También se reproducía la imagen del edificio antiguo en una obra adaptada al Plan de Enseñanza del Consejo Nacional de Educación para escuelas primarias con ilustraciones de Fernando Catalano, la cual sintetizaba los hechos de la historia argentina y contenía figuritas que los escolares debían pegar para ilustrar el relato: las figuritas mediante las cuales se “armaba” la “Casa de la Independencia” llevaban los números 206 y 207 (Anónimo 1933, p. 33). Hacia fines de la década de 1930, *Caras y Caretas* conmemoraba los aniversarios de julio reproduciendo dibujos de la fachada antigua, a los que acompañaba con poesías alusivas (Anónimo 1938, p. 14; Maldonado de García 1939, p. 1).

Considerando que las representaciones del pasado y las modulaciones de la memoria colectiva resultan de procesos socioculturales complejos y de largo plazo que involucran de manera indefectible el ámbito político (Bisso, Kahan y Sessa 2014; Blasco 2011, 2015a, 2016 y 2016a; Cattaruzza 2007; Eujanian 2015), el objetivo del artículo es explorar las prácticas de la conmemoración colectiva (Ansaldi 1996) centrando la atención en la fabricación de bienes y productos culturales utilizados en los dispositivos conmemorativos. Para ello proponemos reconstruir los diversos proyectos culturales diseñados en torno a la Casa Histórica de la Independencia y su salón de la jura durante la década de 1940: qué actores e instituciones intervinieron y cuáles fueron los avatares que tuvo la historia de la casa de acuerdo a los vaivenes políticos, en qué consistieron las discusiones acerca de la reconstrucción del inmueble y cuáles fueron las decisiones en relación a qué exhibir y cómo dotar a la casa de colecciones.

Las fuentes documentales son los boletines publicados por la Comisión Nacional de Museos entre 1938 y 1948 que contienen memorias, informes de directores y encargados de museos, decretos, leyes, correspondencia, fotografías y discursos vinculados a la Casa Histórica, además de las actas de las reuniones periódicas de los miembros de la Comisión en donde discutían asuntos cotidianos relacionados con ese espacio. En estas publicaciones, los informes y documentos específicos concernientes a la Casa Histórica son presentados básicamente en dos secciones: en la sección Museos Históricos consta información relacionada con el funcionamiento de la institución dando lugar preferencial a los informes de los directores de museos –en este caso de la encargada de la Casa Histórica– al presidente de la Comisión Nacional. Allí se adjunta también lo vinculado a la organización de exhibiciones; en la sección Monumentos y Lugares Históricos, lo vinculado al estado del inmueble declarado monumento.

LA CASA DE AZÚCAR: NACIONALISMO, POLÍTICA E HISTORIA PATRIA

Hacia mediados de 1938, Ricardo Levene era el referente del ámbito historiográfico, educativo y cultural (Rodríguez 2001, Escudero 2010, Suárez y Saab 2012): profesor universitario en Buenos Aires y La Plata, director del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, Presidente de la Academia Nacional de la Historia y de la flamante Comisión Nacional de Museos, coincidía con sus colegas en que la labor fundamental de la nueva entidad era infundir sentimiento patriótico yuxtaponiendo las tareas vinculadas a la construcción y la reelaboración de relatos historiográficos con acciones tendientes a representarlos y evocarlos en diferentes ámbitos.³ Algunos expertos en el saber histórico, como Emilio Ravignani, explicitaban que el objetivo era contener

3 La primera comisión directiva de la Comisión Nacional de Museos estuvo conformada de la siguiente manera: presidente: Ricardo Levene; secretario: José Torre Revello; vocales: Ramón J. Cárcano, Emilio Ravignani, Luis Mitre, Enrique Udaondo, Rómulo Zabala, Benjamín Villegas Basavilbaso, Tomás R. Cullen, Luis María Campos Urquiza, Alejo B. González Garaño y Félix Best. Habían sido convocados debido a su labor como académicos, coleccionistas, publicistas, directores de museos, bibliotecas y archivos. Sobre

la expansión de ideas comunistas desde las reparticiones públicas contando con el apoyo del gobierno encabezado por Marcelino Ortiz, que perseguía similares intereses (Blasco 2016, p. 24). Los acuerdos de cooperación intelectual sobre protección del patrimonio establecidos en el marco de la convulsionada atmósfera internacional en los años previos a la segunda guerra, sumados a las medidas gubernamentales de corte nacionalista, impulsaron el proyecto de desarrollar un plan integral de afirmación de la historia patria organizado en torno a los museos, monumentos y lugares relacionados con el pasado nacional.⁴

Durante el año 1938, las acciones se orientaron a elaborar un proyecto de ley orgánica de protección de monumentos históricos y establecer normas de funcionamiento institucional para activar mecanismos de intervención en las provincias y territorios nacionales. Se nombraron delegados provinciales para confeccionar el Censo General de Restos, Monumentos y Objetos Históricos, mientras el arquitecto adscripto a la entidad, Mario Buschiazzo, viajó a Salta y Jujuy para diseñar acciones en el interior (Buschiazzo 1939). También se dispuso homogeneizar las normas de funcionamiento de los museos nacionales,⁵ pero lo más significativo fue el proyecto de restauración del edificio del Cabildo de Buenos Aires para transformarlo en sede del Museo de la Revolución de Mayo (Blasco 2014).

En 1939 el interés se centró en el plan de intervención sobre lo que Levene denominaba “la ruta histórica del norte argentino”, que desempeñaría un papel destacado en la educación nacional (Actas, 1° de abril de 1940, Comisión Nacional de Museos y de Monumentos y Lugares Históricos [en adelante Comisión Nacional] 1941, p. 532.). Para el relato historiográfico significaba recuperar los vestigios del período hispano-colonial, en el cual los académicos situaban el germen de la nacionalidad; pero en el marco del impacto que provocó en la Argentina la Guerra Civil Española, la preferencia adoptaba connotaciones y valoraciones políticas. Se trataba, además, de explotar las redes camineras y las obras de infraestructura impulsadas desde las reparticiones del Estado para promover el turismo regional (Ballent y Gorelik 2001). Y era también la oportunidad de plegarse al proyecto político-cultural iniciado diez años antes por los tucumanos de la Concordancia, que bajo liderazgo del empresario azucarero Ernesto

el funcionamiento de la entidad en esos años, ver Blasco 2012 y Pagano 2014. Percepciones de época sobre la labor de la Academia Nacional de la Historia en *Caras y Caretas* (Anónimo 1938 a, pp. 24-26).

4 Pueden mencionarse las experiencias desarrolladas en España por la Junta del Tesoro Artístico para la protección de monumentos y obras de arte en el marco de los conflictos bélicos provocados por la Guerra Civil (Bruquetas Galán 2009). También en la Sección Historia del Arte del II Congreso Internacional de Historia de América de 1937 se acordaron acciones de cooperación internacional para la conservación de restos y monumentos en los Estados americanos (*Boletín de la Comisión Nacional de Museos y de Monumentos y Lugares Históricos* n° 3, 1941, pp. 230-231).

5 Se intentó inventariar las colecciones del Museo Histórico Nacional, designar director en el Museo y la Biblioteca de la Casa del Acuerdo de San Nicolás y amueblar y restaurar la Casa Natal de Sarmiento en San Juan. También se organizó e inauguró el Museo Histórico Sarmiento en la casa donde funcionó el Congreso de la Nación en el barrio de Belgrano de la ciudad de Buenos Aires (Blasco 2016).

E. Padilla había promovido la subvención del movimiento folclórico y la defensa de las tradiciones nacionales en clave hispano-católica como mecanismo de defensa ante el cosmopolitismo. Durante las presidencias de José Félix Uriburu y Agustín P. Justo, la oligarquía azucarera tucumana –compuesta por un clan de linajes entrelazados por amistad y parentesco, como los Padilla, Paz, Posse, Guzmán, Nougés, Rougés, Avellaneda, Terán y Prat Gay– tuvieron notable influencia en la política educativa nacional; y en 1938 con la llegada al gobierno del catamarqueño Ramón Castillo, la injerencia no hizo más que incrementarse (Chamozza 2012, pp. 63-82).⁶

Emilio Ravignani –vocal de la Comisión Nacional de Museos, miembro de la Academia Nacional de Historia, decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, director del Instituto de Investigaciones Históricas y diputado radical– fue el encargado de conseguir apoyo político en la única provincia del noroeste que desde 1935 era gobernada por el radicalismo. A mediados de 1939, viajó a Tucumán y estrechó relaciones con los funcionarios del gobernador Miguel Critto y con los industriales azucareños y diputados Ramón D. Paz Posse, Alfonso de Prat Gay y Solano Peña.⁷ Además de la confluencia de intereses con la política cultural promovida por Padilla y Terán, los políticos conocían el estado inconcluso de la obras del proyectado Centro Histórico Monumental de la ciudad de Tucumán, iniciado por Ordenanza Municipal en 1937, bajo la dirección del arquitecto Ángel Guido, que proponía revalorizar la Plaza Independencia y el entorno de la Casa Histórica (Congreso Nacional 1942, p. 520) y veían conveniente entrelazar las voluntades municipales con las nacionales a través de la Comisión Nacional de Museos.

Para contar con la colaboración de los intelectuales tucumanos se designó a Manuel Lizondo Borda delegado de la Comisión Nacional (Actas, 5 de junio de 1939, Comisión Nacional 1940, p. 426). Éste no tenía participación económica directa en la industria azucarera pero estaba vinculado a la elite tucumana que promovía la divulgación del folclore. Además, tenía fluida relación con los historiadores a través de la Universidad de Tucumán; desde 1935 integraba la Academia Nacional de la Historia y presidía la Junta Conservadora del Archivo Histórico de Tucumán (Girbal de Blacha y Ravina 1995, Bazán 1996).

6 Entre 1930 y 1932, Ernesto Padilla fue Ministro de Educación y Juan B. Terán, Presidente del Consejo Nacional de Educación. Entre 1932 y 1938, Terán integró la Corte Suprema, Padilla se retiró de los cargos públicos nacionales dedicándose a defender los intereses azucareros y sus proyectos de intervención cultural; el Consejo Nacional de Educación estuvo a cargo de uno de los hermanos Avellaneda y el Ministro de Educación era Ramón Castillo, amigo de Padilla. Cuando Castillo pasó a ser Vicepresidente en ejercicio del Poder Ejecutivo, el Consejo Nacional de Educación fue presidido por Pedro Ledesma, familiar de Padilla por parte de su esposa; mientras tanto Padilla ocupó la presidencia del Consejo de Educación n° 7 de la Capital Federal, que incluía los barrios de Villa Crespo, Almagro y Once.

7 Desde 1934, Paz Posse era administrador general y miembro del directorio de la Sociedad Azucarera Paz Posse Limitada: Ingenio San Juan S.A. (Anónimo 1943, p. 607). En 1936, Prat Gay fue el primer presidente del directorio del Ingenio Leales (Anónimo 2016a). Solano Peña estaba vinculado al Ingenio San Antonio en Ranchillos, departamento de Cruz Alta (Elsinger 2014).

Ravignani reportó a sus colegas que la Casa Histórica “carecía totalmente de ambiente”, que el gobernador proyectaba “dar trascendencia nacional” al acto conmemorativo del 9 de julio de 1940 y que estimaba conveniente que la institución auspiciara la iniciativa (Actas, 24 de julio de 1939, Comisión Nacional 1940, p. 444). Dadas las buenas relaciones con el ministro de Justicia e Instrucción Pública Jorge Eduardo Coll, Levene confió en que en breve el edificio quedaría bajo dependencia de la Comisión Nacional de Museos. En esos días, el 23 de agosto, Paz Posse presentó un proyecto de ley autorizando al Poder Ejecutivo Nacional a solventar los estudios previos para la reconstrucción edilicia de la Casa Histórica (Congreso Nacional 1939, pp. 202-203).⁸ El interés del diputado Paz Posse radicaba en la necesidad de continuar recreando el mito, difundido por su amigo Padilla, de los industriales azucareros como benefactores de la patria: pertenecía a una familia que en el siglo XIX había detentado el poder político y económico de la provincia (Bravo 2008) y mantenía relación cercana con Alfredo Guzmán, propietario del Ingenio Concepción, donde en 1904 la anfitriona Guillermina Leston de Guzmán le solicitó a Emilio Civit, ministro de Obras Públicas del Presidente Roca, que evitara que la Casa Histórica fuera demolida (Vera Peñaloza 1940). Por ese entonces, la petición fue concedida en parte, dado el estado avanzado de las obras que solo conservaron el salón de la jura. En 1939, desde su banca de diputado y con el apoyo de la Comisión Nacional de Museos, el proyecto de reconstruir el edificio dentro de sus características primitivas podría llegar a feliz término. Además, reconstruir la “reliquia histórica” donde se había proclamado lo que denominaba la “independencia argentina”, le permitía ganar prestigio ante su adversario Robustiano Patrón Costas, dueño del mayor ingenio azucarero salteño y por entonces Presidente Provisional del Senado de la Nación.

Mientras la Comisión de Obras Públicas de la Cámara de Diputados discutía el proyecto, los historiadores y funcionarios propiciaban la idea de conmemorar el 25 de Mayo en los alrededores del Cabildo de Buenos Aires inaugurado como museo, imitando la escenografía y los rituales de las fiestas mayas del siglo XIX y fijando los sentimientos patrios mediante la fascinación del espectáculo (Blasco 2016). Y no tardaron en advertir la posibilidad de repetir las prácticas en la Casa Histórica de Tucumán: el 24 de abril de 1940 un decreto del Poder Ejecutivo puso el inmueble bajo dependencia del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública; inmediatamente comenzaron a idearse acciones para que el primer mandatario presidiera la celebración del 9 de julio y Levene anunciara la reconstrucción del edificio (Actas, 27 de abril de 1940, Comisión Nacional 1941, pp. 543-544).

El 8 de julio de 1940 en Tucumán, ante los ministros y el gobernador, Levene anunció el proyecto, tomó posesión del edificio y entregó una placa conmemorativa en nombre del presidente Ortiz (Levene 1941a). También se revalidaron los apoyos de los

8 Lo acompañaban las firmas de los diputados tucumanos Solano Peña y Fernando de Prat Gay, del salteño Francisco M. Vélez, del entrerriano Juan Labayen y de los porteños Romero D. Saconne y Emilio Ravignani.

legisladores que debían sancionar la ley de financiamiento. Poco antes del 9 de julio, la Comisión de Obras Públicas había dictaminado despacho favorable, duplicando además el monto para los estudios previos mediante las gestiones del diputado Martín S. Noel, de estrecha relación con los hombres de la Comisión Nacional (Blasco 2004). Y el 28 de agosto Paz Posse volvió a pedir su tratamiento en la Cámara. El diputado socialista por la Capital Federal Juan Antonio Solarí consideró excesiva la suma de dinero y señaló que “solo cabría votar algunos pesos” para restaurar la casa y mantenerla en condiciones; pero como hombre de la política lo argumentaba con discurso patriótico: según él, los hombres de la independencia se sentirían felices en la misma sala y no en otra a la que considerarían “desconocida” (Congreso Nacional 1940, p. 483).

Aprobado el financiamiento, entre mediados de 1940 y 1943 los miembros de la Comisión de Museos declararon monumento nacional al edificio tucumano, supervisaron la demolición de la fachada moderna, reconstruyeron la antigua casa según los viejos cimientos, restauraron el salón de la jura y ambientaron los espacios como en la época de la independencia. El contexto político era favorable: a las medidas de corte nacionalista adoptadas por Ramón Castillo y a la demostración de poder de las elites conservadoras de las provincias del norte,⁹ se sumó el acercamiento entre algunos integrantes de la corporación de historiadores y los representantes de la jerarquía católica (Blasco 2013) que, para sellar el compromiso de trabajar en conjunto, el 30 de agosto de 1940 peregrinaron a la Casa Histórica (López García 1941). Para ese entonces el Museo del Cabildo de Buenos Aires se había transformado en escenario para conmemorar el 25 de Mayo instituyendo el ritual mediante el cual el presidente salía al balcón del edificio para saludar al público presente en la plaza (Blasco 2014). Además, el Museo contaba con cinco salas de exposición, prácticas rituales que despertaban el interés del público y hasta con un “altar” para los documentos fundamentales de la Revolución de Mayo que lo convertía en “templo” de la patria y lugar de culto de los próceres. No es extraño, entonces, la intención de avanzar con la reconstrucción del “templo cívico” tucumano.

El golpe de Estado del 4 de junio de 1943 y la asunción del general Pedro Pablo Ramírez parecieron interrumpir los planes, pero fue solo una fugaz percepción. La Comisión Nacional se sentía exponente del espíritu nacional y católico pregonado por los oficiales del gobierno, pero sus integrantes no desconocían la ola de arrestos y represión sobre los dirigentes comunistas, además de que el cierre del Congreso había afectado la labor parlamentaria del diputado Ravignani. El 11 de junio, los miembros de la Comisión presentaron las renunciaciones al nuevo ministro de Instrucción Pública Gustavo Martínez Zuviría pero no fueron aceptadas y, luego de una reunión oficial, las relaciones entre historiadores y funcionarios del gobierno *de facto* se fortalecieron.

En una atmósfera crecientemente nacionalista, Ramírez decidió reutilizar los instrumentos culturales disponibles, incluidos los proyectos de la Comisión Nacional. El 17

9 Recordemos el brillo que adoptaron las celebraciones religiosas de septiembre de 1942 por el 350° aniversario de la llegada a Salta de la imagen del Señor y la Virgen del Milagro (Blasco 2015b).

de agosto, por ejemplo, historiadores, capellanes militares y oficiales del ejército celebraron a un San Martín católico y participaron de la ceremonia en el Museo Histórico Nacional junto a los ministros del gobierno nacional, el arzobispo de Buenos Aires y el intendente *de facto* (Blasco 2015c). En nombre del Poder Ejecutivo, el ministro de Justicia e Instrucción Pública disertó enfatizando el carácter militar del “Gran Capitán” mientras honraba su uniforme de “soldado de la Patria” y aunaba la conmemoración con los sucesos del 4 de junio. Pocos días después, el presidente Ramírez designó al integrista católico Alberto Baldrich como interventor federal de Tucumán para encabezar el primer experimento nacionalista bajo los postulados de “la revolución” (Santos Lepera 2008).

La Casa Histórica se inauguró el 24 de septiembre de 1943, en el marco de las conmemoraciones por el aniversario de la batalla de Tucumán. La jornada comenzó por la mañana, colocando un mástil obsequiado por Ferrocarriles del Estado, izando una bandera donada por el presidente de la Nación y entonando el himno (Levene 1944, pp. 7-8). Por la tarde, en el Salón Histórico, los miembros de la Comisión de Museos, el presidente Ramírez y demás integrantes de la comitiva descubrieron una placa con el texto del Acta de Independencia. Luego Ramírez se sentó en el sillón que había ocupado Francisco Laprida, rodeado por el interventor Baldrich y el ministro de Hacienda de la Nación Jorge Santamarina. Levene ligó el triunfo de la batalla de Tucumán con la Declaración de Independencia: los definió como acontecimientos vertebrales del ciclo orgánico iniciados con la Revolución de Mayo y destacó que con ellos se había recobrado “el impulso originario” orientando definitivamente la Nación hacia su independencia y organización institucional (Levene 1944a). Ramírez, en cambio, utilizó el acto para exaltar la preponderancia de las Fuerzas Armadas en “la etapa definitiva de la organización nacional” iniciada el 4 de junio (Ramírez 1944). Comenzó reseñando el contexto de las guerras de independencia y lo acontecido en 1816 destacando la humildad, generosidad y valor de los hombres que actuaron en esos años, pero enseguida se refirió de modo atemporal a la “vida fácil, dominada por el crudo materialismo que imperaba en el mundo” y a la “desnaturalización de los valores morales que saturaban un ambiente pernicioso para la estabilidad de la patria”. La revolución del 4 de junio había llegado para enfrentar ese “estado decadente” y ello ameritaba la enumeración de las acciones de gobierno: mencionó el saneamiento de la justicia, el ataque a las organizaciones comunistas, el mejoramiento de la asistencia social y la mayor inversión en obra pública, además el hecho de mantener la neutralidad en la guerra. Respecto a la provincia tucumana, anunció el inicio de las obras de construcción de los diques El Cadillal y la instalación del servicio de agua en Tafí Viejo, lo que según sus palabras representaba puestos de trabajo para miles de obreros, pero también solucionaba viejos reclamos de los empresarios azucareros.

Durante el año de 1944, la composición de la Comisión Nacional no varió sustancialmente y la institución continuó generando prácticas de intervención de muy diverso tipo para consolidar su proyecto de transmitir sentimiento nacional a través de

la enseñanza masiva de la historia patria. El desarrollo de los acontecimientos en el escenario político no afectó en líneas generales las prácticas que se venían promoviendo¹⁰ y las evidencias indican que los elencos gubernamentales surgidos de la “revolución” de 1943 las evaluaban en términos altamente positivos. En lo que respecta a la Casa Histórica, sabemos que, desde la inauguración de su nueva fachada, aumentó la convocatoria de público y se transformó en escenario valioso para los funcionarios de gobierno del presidente *de facto* Edelmiro Farrell: en este marco, no es casual que el 28 de febrero de 1945 fuera visitada por el entonces vicepresidente Juan Domingo Perón (Levene 1946, pp. 70-73; López García 1946).¹¹

La proximidad entre los hombres de la Comisión Nacional y el gabinete de Edelmiro J. Farrell se mantuvo poco más de un año. En 1946, con la asunción de Juan D. Perón, Levene y los demás integrantes de la comisión renunciaron a sus cargos. Durante 1947, la institución permaneció al borde de la desintegración (Blasco 2015b); sin embargo, el 9 de julio, Perón fue a la Casa Histórica de Tucumán a suscribir el Acta de proclamación de la Independencia Económica (Lizondo Borda 1948) y después presenció la Fiesta Nacional de la Zafra donde, además de celebrar a los capitalistas del azúcar, por primera vez se reivindicó a los trabajadores del surco que acudieron masivamente a los festejos (Santos Lepera 2008, p. 15; Chamoza 2012, p. 126).

La llegada del peronismo había alejado a los intelectuales e historiadores que devolvieron a su fisonomía originaria el escenario de la Declaración de Independencia; sin embargo, sus prácticas culturales basadas en la enseñanza de la historia para forjar el nacionalismo persistieron y marcaron a fuego las experiencias posteriores. En el mundo de contrastes que subsistía en los alrededores de los ingenios tucumanos (Campi 1999), la Casa Histórica se fue transformado en un producto de consumo masivo tanto como el azúcar.

CONTROVERSIAS EN TORNO A LA RECONSTRUCCIÓN DEL EDIFICIO

Las fiestas cívicas y las efemérides escolares ocupaban un papel relevante en la enseñanza patriótica (Cattaruzza 2004) y la Comisión Nacional de Museos consideraba que los episodios de 1810 y 1816 debían contar con espacios que ilustraran y representaran la trascendencia de lo que se recordaba. Reinaugurado el Museo del Cabildo y la Revolución de Mayo en noviembre de 1940, imaginaban la Casa Histórica como “museo del Congreso de Tucumán”, a la que debían dotar de “ambiente evocativo” disponiendo mobiliario “de época”, como se plasmaba en el edificio capitular de Buenos Aires (Levene 1941, Actas 15 de julio de 1940, Comisión Nacional 1941, pp. 567-568).

10 El 25 de febrero de 1944 el vicepresidente Edelmiro Farrell asumió la presidencia desplazando al General Pedro P. Ramírez.

11 Poco antes de la visita, el Poder Ejecutivo Nacional firmó el decreto ley que creaba la Junta Nacional del Azúcar y activaba la política crediticia para los empresarios azucareros tucumanos (Girbal-Blacha 1999, Osatinsky 2001).

El trabajo no era sencillo porque, a diferencia del inmueble porteño –donde no habían tenido que intervenir arquitectónicamente la fachada–, en Tucumán debían demoler el edificio existente para realizar una “exacta reconstrucción histórica, de acuerdo a documentos e ilustraciones y sobre la base de la conservación de todos los restos subsistentes”, reestableciendo la Casa a su estado primitivo (Levene 1940, p. 80). Además, contrariamente a lo ocurrido con el Museo de Cabildo, donde la Comisión había intervenido libremente en el interior de un espacio hasta el momento ajeno al público, desde el siglo XIX la Casa Histórica y específicamente el salón de la jura no habían dejado de recibir peregrinaciones patrióticas que la transformaban en ámbito de evocación colectiva.

En este marco, las acciones a desarrollar y las modificaciones a realizar generaban opiniones diversas entre los académicos. Los primeros desacuerdos se originaron en 1940 en torno a los criterios arquitectónicos para reconstruir el edificio. Se acordó que los trabajos fueran realizados por Mario Buschiazzo, quien buscó documentos, planos y fotografías antiguas y confeccionó una maqueta del inmueble. Este sería asesorado por una comisión técnica presidida por Levene e integrada por el director general de Arquitectura de la Nación Alejandro Figueroa y los arquitectos Martín S. Noel por la Academia de Bellas Artes y Ángel Guido, convocado para combinar las obras de la Casa Histórica con el proyecto de urbanización de Tucumán todavía inconcluso (AAVV 1941, pp. 326-327). Pero el vocal Enrique Udaondo objetó la composición de la comisión porque estaba integrada por las mismas personas que habían orientado el año anterior la restauración del Cabildo porteño (Actas 4 de noviembre de 1940, Comisión Nacional 1941, pp. 610-611): recordemos que en esa ocasión Udaondo había disentido con los criterios utilizados porque se oponía a demoler sectores antiguos del edificio. El vocal también señaló que la maqueta confeccionada por Buschiazzo no representaba la autenticidad del edificio porque se ajustaba a una fotografía obtenida hacia 1890, cuando el frente de la casa había sido modificado (Actas 25 de noviembre de 1940, Comisión Nacional 1941, p. 617). Habiendo ganado la disputa anterior, en esta oportunidad Levene intentó una defensa desde su perspectiva de historiador: convocó a la anciana madre del escritor Ricardo Rojas que había vivido frente a la casa, le mostró la maqueta y escuchó sus opiniones. En diciembre de 1940 informó a sus colegas que el boceto “se ajustaba exactamente” a los recuerdos que la mujer conservaba de la casa desde su niñez y destacó que sus dichos “eran un testimonio de valor para juzgar la fidelidad de la maqueta” (Actas 23 de diciembre de 1940, Comisión Nacional 1941, p. 625).

Por otro lado, la posibilidad de concretar los proyectos de intervención sobre edificios públicos necesitaba de la construcción de herramientas para dotarlos de entidad legal y contenido simbólico. Concretamente, para poder comenzar las obras en la Casa de Tucumán, en julio de 1941 Levene debió pedir al ministro de Justicia e Instrucción Pública que la declarara “monumento nacional”, admitiendo que “por un olvido involuntario” no constaba el otorgamiento de dicha categoría (Levene 1942): según exponía, la Casa Histórica y el Cabildo de Buenos Aires eran los edificios “de mayor sig-

nificación histórica del país”, pero resultaba llamativo su pedido de declaratoria como “monumento nacional” y no como “monumento histórico”, tal como lo reclamaba para otros edificios de Tucumán, como la catedral, la casa del obispo José Eusebio Colombres, la capilla de San Ignacio o la casa natal de Nicolás Avellaneda, las que también se hallaban bajo jurisdicción de la Comisión. Sucedió que una declaratoria de ese tenor posibilitaba que los diputados interesados en las obras municipales del Centro Histórico Monumental de Tucumán solicitaran financiamiento al Estado Nacional para “destacar la presencia de la Casa Histórica” como “monumento de los argentinos” y no solo de los tucumanos (Congreso Nacional 1942, pp. 520). En este marco, la declaratoria era un instrumento eficaz para dotar al edificio de un significado simbólico que se reorientaba después en beneficio de intereses económicos específicos.

Entre fines de mayo y mediados de septiembre de 1942, se demolió el templete, se reconstruyó la antigua fachada sobre la base de los cimientos encontrados y se repararon los muros del salón histórico (López García 1943; Levene 1943, pp. 13-14). También Buschiazzo recolectó puertas, rejas, tejas y pilares de madera de edificios tucumanos del siglo XVIII para colocar en la nueva construcción. Sin embargo, el espacio permaneció abierto al público sobre todo en los meses de mayo y julio para no interrumpir las visitas de las delegaciones que homenajearon a los congresales.¹²

A mediados de septiembre de 1943, el nuevo edificio estaba terminado. Su fachada era similar a la retratada por el fotógrafo Miguel Ángel Paganelli en 1860, pero sin ladrillos a la vista y pintadas las paredes de blanco; reflejaba lo que era: una “casa histórica” recientemente construida. Cf. figura 4.

Desde la inauguración, el público se había incrementado notablemente (Actas 22 de noviembre de 1943, Comisión Nacional 1944, pp. 637). Además, desde abril de 1945, la Casa Histórica contó con un director honorario –Lizondo Borda– que equiparaba su estatus con los directores de los demás museos históricos.¹³ Pero como lo señalaba el vocal de la Comisión Nacional, Guillermo Furlong, el proyecto de reconstruir el viejo edificio demolido había tenido inconvenientes difíciles de solucionar. Entre otras cuestiones, no había contemplado las dimensiones que adquiriría el nuevo espacio: al salón histórico se añadían ahora más de una docena de salas que debían ser ocupadas evitando que los espacios vacíos quedaran a la vista del público. Como veremos, no era un detalle menor.

¿QUÉ EXHIBIR? ¿CASA HISTÓRICA O MUSEO?

La intención de organizar un museo sin contar con piezas propias no era original ni afectaba de manera exclusiva a los historiadores: por el contrario, respondía a una dinámica

12 Los trabajos se iniciaron el 27 de mayo, luego de los actos conmemorativos del 25; además, durante la primera semana de julio, la Casa fue visitada por escolares, universitarios y políticos y la fachada del templete aún no derribada sirvió de escenario para el desfile del 9 de julio (Actas 10 de agosto de 1942, Comisión Nacional 1943, p. 530).

13 Sobre la designación de Lizondo Borda ver Comisión Nacional, 1945, pp. 481-483

de larga data inherente a las prácticas de los coleccionistas y a la conformación de museos en general (Podgorny y Lopes 2008, Podgorny 2009, Farro 2009). Más aún: los hombres de la Comisión Nacional habían enfrentado estos dilemas al organizar el Museo del Cabildo, por lo que dispusieron prácticas homólogas para acondicionar la Casa Histórica.

Se propusieron recabar objetos originales pero emergieron apetencias personales, competencias institucionales y opiniones encontradas. Intentaron solicitar las puertas de la Casa a los herederos del coleccionista sanjuanino Agustín Gnecco, quien las había comprado a principios de siglo para su museo particular; pero mientras el vocal Benjamín Villegas Basavilbaso quería dar intervención a la justicia, Levene y el resto de los integrantes preferían entablar “gestiones amigables”, invitar a los poseedores de objetos a donarlos, presionar al Poder Ejecutivo para indemnizarlos y apelar al discurso patriótico para evitar el ocultamiento de piezas (Actas 17 de junio y 4 de noviembre de 1940, Comisión Nacional 1941, pp. 557, 607-608). Ante la indefinición, en junio de 1942, Levene pidió al gobierno de San Juan que adquiriera las puertas para donarlas luego a la Comisión Nacional (Actas 8 de junio de 1942, Comisión Nacional 1943, p. 504; Buschiazzo, 1943) pero la gestión fue infructuosa: en ese mismo año, fueron compradas por el gobierno de la Provincia de Buenos Aires con destino al Museo Histórico de Luján dirigido por uno de los integrantes de la Comisión.¹⁴ También el Museo Histórico Nacional contaba con dos sillones originales que habían pertenecido a la Casa, pero su director Alejo B. González Garaño –uno de los vocales primigenio de la Comisión Nacional– no consideraba posible restituirlas, por lo que fue necesario replicarlas antes del acto de inauguración. Lo mismo sucedió con dos sillas y una mesa utilizada en el Congreso de 1816 existente en el Convento de San Francisco, en Tucumán, que ante el apremio de tiempo por la inauguración, en junio de 1943 se solicitaron en préstamo (Actas 28 de junio de 1943, Comisión Nacional 1944, p. 585). Claramente, aún sancionada en 1940 la ley nacional 12.665 que establecía instrumentos jurídicos para la protección de bienes histórico-artísticos y daba entidad legal a la actuación de la Comisión Nacional (Blasco 2012), los coleccionistas y directores de museos privilegiaban sus intereses en un contexto en donde el sistema normativo contenía todavía enormes cuotas de flexibilidad.

Una segunda opción fue adquirir otro tipo de objetos para suplir la carencia de originales. El encargo de pinturas había sido una práctica frecuente desde el siglo XIX (Malosetti Costa 2010, Blasco 2011, Carman 2013), pero en este caso no había consenso sobre la elección del artista: el director del Museo de Luján y vocal de la Comisión Enrique Udaondo proponía un gran cuadro de “los congresales en su ambiente” sin necesidad de que el autor fuera virtuoso, pero Levene proponía una obra “histórica y artística” como el cuadro del Cabildo Abierto del 22 de Mayo del pintor chileno Pedro Subercaseaux exhibido en el Museo del Cabildo (Actas 2 de septiembre de 1940, Comisión Nacional 1941, p. 587). La cuestión quedó inconclusa pero se avanzó en otras alternativas. En mayo de 1943, se aprobó la idea de Levene y el vocal Rómulo Zabala

14 El litigio por la restitución a Tucumán aún continuaba en el 2007 (Anónimo 2016 b).

de fundir una placa con el texto del acta de la “Independencia Argentina” y la reproducción de las firmas de los congresales (Actas 3 de mayo de 1943, Comisión Nacional 1944, p. 563) pero, dado el escaso presupuesto, a fines de junio Levene y Udaondo proponían reemplazarla por un óleo de la escena de la Declaración de la Independencia para dar “carácter y sentido de evocación”. Era evidente que la inauguración no podría concretarse el 9 de julio; sin embargo, continuaban pensándose soluciones posibles. El pintor se comprometió a confeccionar el cuadro a precio módico, pero las discusiones no cesaron. El vocal Héctor C. Quesada propuso que si no se construía la placa con el acta de la independencia, se fundiera una copia del sello utilizado en el Congreso; Ravnignani no se resignaba a suprimir la placa argumentando que debía exponerse “hasta como motivo de enseñanza”, ya que “consignaba el hecho perdurable del Congreso” (Actas 27 de julio de 1943, Comisión Nacional 1944, pp. 588-589). Tratándose de discusión entre historiadores reconocidos, los motivos parecieron valederos: se acordó realizar el sello y la placa en lo inmediato y posponer el óleo para el año próximo.

Mientras tanto, Levene intentaba comprar muebles, objetos e impresos relacionados con el Congreso con el remanente de dinero destinado a la reconstrucción del inmueble. Adquirió cuatro faroles “de tipo colonial” y luego acudió a la Casa Pardo, pero advertido de los costos y de la cercanía de la fecha de inauguración, propuso una solución eficaz y económica: pedir al delegado de Tucumán que convocara a las familias poseedoras de muebles antiguos para donarlos a la Casa Histórica (Actas 14 de junio de 1943, Comisión Nacional 1944, pp. 579-581). Surgía así una nueva alternativa que consistía en recolectar muebles y objetos de época aunque no tuvieran vinculación con el Congreso. Se formó entonces una comisión de “personas respetables” de la elite tucumana que, mediante relaciones familiares, redes de parentesco y sociabilidad, tenían posibilidades de reunir mobiliario, documentos, libros y otros objetos de valor para la Casa. La comisión, presidida por Lizondo Borda, quedó conformada por hombres representativos de la cultura y la política local, de sólidas relaciones con los ingenios azucareros: Mario Colombres Garmendia oficiaba de secretario y León Rougés, Eduardo Frías Silva y Ramón D. Paz Posse como vocales (López García 1943).¹⁵

Al momento de ser inaugurada, en septiembre de 1943, la exhibición del salón de la jura era modesta: vacío de mobiliario, tres sillones contra una de las paredes que contenían la placa con el texto del Acta de Independencia; sobre ella el cuadro del presidente de la Asamblea Narciso Laprida y a un costado la placa con la reproducción del sello utilizado por el Congreso. El resto de las paredes se adornaban con retratos de congresales, igual que antes de la intervención de la Comisión Nacional de Museos.¹⁶

Las posibles explicaciones a la austeridad de la muestra deberían considerar, como vimos, las dificultades para conseguir y producir objetos. Pero tampoco podría igno-

15 Ramón D. Paz Posse era hermano del empresario azucarero y coleccionista de piezas arqueológicas Alberto Paz Posse, emparentados por vía materna con la familia Colombres; Alberto Paz Posse, a través de su esposa, era pariente de las familia Rougés y Terán (Peña de Bascary 2014).

16 Fotografías del espacio al momento de la inauguración en Comisión Nacional 1944, pp. 309 y 317.

rar las notables transformaciones sufridas en el proyecto original de convertir la Casa Histórica en Museo de la Independencia. Un primer indicio sobre esta variación fue señalado por Ramón D. Paz Posse a mediados de 1941, mientras explicaba a los diputados que en Tucumán proyectaban un museo recordatorio de los episodios históricos ocurridos en el Norte Argentino (Congreso Nacional 1941, p. 416): no mencionaba los acontecimientos de la Independencia y reflejaba, en cambio, los intentos de los referentes de la elite de continuar reivindicando el rol de la provincia como centro económico y cultural de la región. En abril de 1943 –en el marco de la organización de la candidatura presidencial del empresario y político salteño Robustiano Patrón Costas–, los hombres de la Comisión dieron una segunda señal al priorizar el compromiso de organizar un museo histórico y colonial en el edificio donde había funcionado el antiguo Cabildo de Salta (Actas 5 de abril de 1943, Comisión Nacional 1944, p. 551). El 24 de septiembre de 1943, en el acto de inauguración, Levene caracterizó la Casa Histórica como “un monumento histórico, no tanto un nuevo museo” que exhibiría “la restauración del ambiente de una antigua mansión del terruño” donde se destacaba la “Sala augusta” (Levene 1944a, p. 308). La definición revelaba que la Casa no sería ya un “museo de la Independencia”. Pero a Lizondo Borda el señalamiento le resultaba confuso. En octubre de 1943, insistió en consultar a su superior sobre si la institución sería destinada a museo; pero Levene contestó que no, dado que se proyectaba un museo regional en el Cabildo de Salta (Actas 25 de octubre de 1943, Comisión Nacional 1944, pp. 625-626) cuya representación histórica incluiría la región que, durante el siglo XVIII, había comprendido la Gobernación Intendencia de Salta del Tucumán (Blasco 2015b). De este modo, la Casa Histórica de la Independencia pasaría a ser un monumento con un instituto sin estatus de museo, como sí lo era, por ejemplo, la Casa del Acuerdo de San Nicolás, que albergaba, además, una biblioteca: su exhibición evocaría al Congreso de 1816 con piezas contemporáneas y representaría a “una casa de familia de tiempos de la independencia” con mobiliario de época provisto por la elite tucumana.

Hacia mediados de 1947, la Casa Histórica seguía sin adoptar las características de museo. En octubre de ese año, luego de haber servido de escenario para la firma del Acta de la Independencia Económica, el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública consideró el desmantelamiento del edificio, su semejanza a “una casa abandonada” y autorizó invertir dinero público para adquirir los muebles que su director tanto había solicitado.¹⁷

HACIA UNA CONCLUSIÓN

El proyecto desarrollado por la Comisión Nacional de Museos fue pensado y conso-

17 Documentos sobre adquisición de muebles y objetos en Comisión Nacional 1948, pp. 297-318; cita en p. 312.

donde funcionarios, intelectuales e historiadores del ámbito internacional se vieron forzados a actuar de manera conjunta para dotar de protección a los restos materiales amenazados; también en una coyuntura caracterizada por la confluencia de intereses entre quienes detentaban el poder político, quienes conservaban cuotas de poder económico y los intelectuales e historiadores, en tanto funcionarios del Estado.

La restauración de la Casa Histórica satisfizo lo que, desde el punto de vista de la educación patriótica, los historiadores consideraban un mandato ineludible: devolver la imagen de la Casa de la Independencia como era en los años del Congreso de Tucumán y como se había fijado en la memoria colectiva, a semejanza de lo realizado en el edificio del Cabildo de Buenos Aires. Ambas iniciativas pueden ser pensadas, entonces, como el diseño de productos culturales de uso conmemorativo desarrolladas en el marco de un programa estatal de educación nacionalista de mayor envergadura. El proyecto de reconstrucción de la Casa Histórica recibió apoyo de los funcionarios de gobierno de Roberto Ortiz y sobre todo de Ramón Castillo, quienes se sumaron a las solicitudes de los políticos y empresarios azucareros tucumanos para que el Estado Nacional la financiara. Pero el nuevo edificio fue inaugurado por los elencos gubernamentales surgidos del golpe de Estado de 1943 quienes sacaron provecho de prácticas culturales previas y las resignificaron vinculándolas con la nueva etapa política iniciada el 4 de junio. En este contexto, las medidas gubernamentales de protección e impulso a la industria azucarera y las relaciones cambiantes entre las elites nacionales y provinciales en los años posteriores contribuyeron en gran medida a consolidar y sostener la connotación simbólica de la Casa Histórica.

Sin embargo, los proyectos que se planearon para satisfacer intereses concretos estuvieron sujetos a restricciones, limitaciones y condicionamientos de muy diverso tipo –algunos más vinculados que otros a los vaivenes políticos– que dieron como resultado un producto diferente al ideado. En este sentido, por ejemplo, las competencias entre promotores de proyectos diferentes en Salta y Tucumán, las controversias sobre los trabajos arquitectónicos de la Casa Histórica, las dificultades para constituir colecciones sin presupuesto público o las tensiones entre el intento de producir conocimiento historiográfico y conmemorar para fomentar el patriotismo, no solo demoraron los plazos establecidos para inaugurarla y transformarla en museo, sino que también condicionaron y orientaron los proyectos que los diferentes elencos gubernamentales tenían sobre ella.

La investigación podría invitar también a reflexionar sobre la significatividad de los nombres asignados a las instituciones, sobre las connotaciones que los contemporáneos les otorgaban y las transformaciones que sufrieron con el paso de los años. A modo de ejemplo, conviene recordar que la primera denominación de la estructura administrativa organizada para delinear políticas públicas de intervención nacional sobre bienes muebles e inmuebles de interés histórico fue *Comisión Nacional de Museos y Lugares Históricos* y así consta en el decreto firmado en abril de 1938; meses después, el anteproyecto de ley de creación de la entidad redactado por Levene se refería a

ella como *Comisión Nacional de Museos y de Monumentos y Lugares Históricos*; la ley sancionada en 1940 respetó esta denominación pero a partir de 1942 pasó a llamarse *Comisión Nacional de Museos y Monumentos Históricos* suprimiendo la referencia a los “lugares” (Blasco 2015b).¹⁸ Respecto a la Casa Histórica de la Independencia, también su nombre puso de manifiesto lo azaroso y sinuoso de su historia abriendo un conjunto de interrogantes acerca de qué se entendía en 1940 por “museo” y por “casa histórica”, cuáles eran sus particularidades y sus semejanzas en cuanto a la organización de sus exhibiciones. En el contexto actual, en el cual un amplio abanico de literatura alude a los “lugares” o “espacios de memoria”, a las prácticas conmemorativas, al patrimonio y a las políticas patrimoniales, apelando a nociones ya clásicas proveniente de la historiografía francesa, tal vez estas preguntas puedan ser un punto de partida para establecer ciertas precisiones.

Para terminar, conviene retomar el señalamiento con el que se inicia el artículo: aún resta una exploración detenida sobre los diferentes mecanismos por los cuales la antigua fachada de la Casa Histórica de la Independencia permaneció vigente en la memoria colectiva de generaciones de argentinos a pesar de no existir como tal en la realidad. Si se trata de analizar el patrimonio y los “lugares de memoria”, este dato aún inexplorado parece más que sugerente.

FUENTES

- AA.VV., 1941. La restauración de la Casa Histórica de Tucumán [documentos varios]. *Boletín de la Comisión Nacional de Museos y de Monumentos y Lugares Históricos*, n° 3, pp. 324-328. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad de Buenos Aires.
- ANÓNIMO, 1916. Tucumán. La Casa de la Jura. *Caras y Caretas* [en línea] n° 927, Buenos Aires, 9 de julio de 1916 [consultado el 4 de mayo de 2016]. Disponible en <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0004500632&search=&lang=es>
- 1933. *Nociones elementales de la Historia Argentina*. Buenos Aires: Saint Hermanos.
- 1937. El niño en la escuela. La histórica Casa de Tucumán. *Caras y Caretas* [en línea] n° 2023, 10 de julio de 1937 [consultado el 4 de mayo de 2016]. Disponible en <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0004750427&search=&lang=es>
- 1938. La Casa Histórica de Tucumán para 1° y 2° grado. *Caras y Caretas* [en línea] n° 2075, 9 de julio de 1938 [consultado el 4 de mayo de 2016]. Disponible en <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0004757609&search=&lang=es>
- 1938a. Donde se elabora la Historia de la Patria. *Caras y Caretas* [en línea] n° 2075, Buenos Aires, 9 de julio de 1938 [consultado el 4 de mayo de 2016]. Disponible en <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0004757609&search=&lang=es>

18 En diciembre de 2014 se sancionó la Ley 27.103 que modificó el nombre de la institución y delimitó nuevamente su área de acción. Desde el 23 de enero de 2015, cuando la norma fue publicada en el Boletín Oficial, la entidad pasó a llamarse *Comisión Nacional de Monumentos, de Lugares y de Bienes Históricos* dejando de intervenir así en el área de museos históricos nacionales que de hecho ya dependían del área de Patrimonio del Ministerio de Cultura de la Nación.

- BUSCHIAZZO, M., 1939. Informe a Levene, diciembre de 1938. *Boletín de la Comisión Nacional de Museos y de Monumentos y Lugares Históricos*, nº 1, pp. 145-146. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad de Buenos Aires.
- 1943. Informe sobre la Casa Histórica. *Boletín de la Comisión Nacional de Museos y Monumentos Históricos*, nº 5, pp. 374-375. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad de Buenos Aires.
- CONGRESO NACIONAL, 1939. *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados. Año 1939. Tomo III. Período Ordinario. Agosto 11 - Septiembre 7*. Buenos Aires: Imprenta del Congreso Nacional.
- 1940. *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados. Año 1940. Tomo III. Período Ordinario. Agosto 14 - Septiembre 10*. Buenos Aires: Imprenta del Congreso Nacional.
- 1941. *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados. Año 1941. Tomo I. Período Ordinario. Abril 26 - Julio 2*. Buenos Aires: Imprenta del Congreso Nacional.
- 1942. *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados. Año 1941. Tomo V. Período Ordinario. Septiembre 22 - Septiembre 30*. Buenos Aires: Imprenta del Congreso Nacional.
- COMISIÓN NACIONAL DE MUSEOS Y DE MONUMENTOS Y LUGARES HISTÓRICOS, 1939. *Boletín de la Comisión Nacional de Museos y de Monumentos y Lugares Históricos*, nº 1, Buenos Aires: Imprenta de la Universidad de Buenos Aires.
- 1940. *Boletín de la Comisión Nacional de Museos y de Monumentos y Lugares Históricos*, nº 2. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad de Buenos Aires.
- 1941. *Boletín de la Comisión Nacional de Museos y de Monumentos y Lugares Históricos*, nº 3, Buenos Aires: Imprenta de la Universidad de Buenos Aires.
- COMISIÓN NACIONAL DE MUSEOS Y MONUMENTOS HISTÓRICOS, 1942. *Boletín de la Comisión Nacional de Museos y Monumentos Históricos*, nº 4. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad de Buenos Aires.
- 1943. *Boletín de la Comisión Nacional de Museos y Monumentos Históricos*, nº 5. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad de Buenos Aires.
- 1944. *Boletín de la Comisión Nacional de Museos y Monumentos Históricos*, nº 6. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad de Buenos Aires.
- 1946. *Boletín de la Comisión Nacional de Museos y Monumentos Históricos*, nº 8. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad de Buenos Aires.
- 1948. *Boletín de la Comisión Nacional de Museos y Monumentos Históricos*, nº 10. Buenos Aires: Imprenta Ferrari Hermanos.
- FURLONG, G., 1971. *La Casa histórica de la independencia: crónica*. Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia.
- 1945. Carta a Ricardo Levene, 20 de marzo de 1945. *Boletín de la Comisión Nacional de Museos y Monumentos Históricos* nº 8, pp. 479-481. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad de Buenos Aires.
- LEVENE, R., 1940. La restauración de la Casa Histórica de Tucumán donde se declaró y juró la independencia de las Provincias Unidas de la América del Sud. *Boletín de la Comisión Nacional de Museos y de Monumentos y Lugares Históricos*, nº 2, pp. 79- 87. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad de Buenos Aires.
- 1941. Labor realizada por la Comisión Nacional de Museos y de Monumentos y Lugares Históricos. Memoria correspondiente al año 1940. *Boletín de la Comisión Nacional de Museos y de Monumentos y Lugares Históricos*, nº 3, pp. 7-29. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad de Buenos Aires.
- 1941 a. Discurso. Homenaje al Congreso de Tucumán (Acto realizado en la Casa Histórica de Tucumán el 8 de julio de 1940). *Boletín de la Comisión Nacional de Museos y de Monumentos y Lugares Históricos*, nº 3, pp. 339-345. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad de Buenos Aires.
- 1942. Nota al Ministro de Justicia e Instrucción Pública, 21 de julio de 1941. *Boletín de la Comisión Nacional de Museos y Monumentos Históricos*, nº 4, p. 544. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad de Buenos Aires.
- 1943. Labor realizada por la Comisión Nacional de Museos y Monumentos Históricos. Memoria correspondiente al año 1942. *Boletín de la Comisión Nacional de Museos y Monumentos Históricos*, nº 5, pp. 7-45. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad de Buenos Aires.

- 1944. Labor realizada por la Comisión Nacional de Museos y Monumentos Históricos. Memoria correspondiente al año 1943. *Boletín de la Comisión Nacional de Museos y Monumentos Históricos*, n° 6, pp. 7- 50. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad de Buenos Aires.
- 1944 a. Restauración de la Casa Histórica de la Independencia. Discurso pronunciado el 24 de septiembre de 1943. *Boletín de la Comisión Nacional de Museos y Monumentos Históricos*, n° 6, pp. 307-310. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad de Buenos Aires.
- 1946. Labor realizada por la Comisión Nacional de Museos y Monumentos Históricos. Memoria correspondiente al año 1945. *Boletín de la Comisión Nacional de Museos y Monumentos Históricos*, n° 8, pp. 7-80. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad de Buenos Aires.
- LIZONDO BORDA, M., 1948. Visita de los presidentes de Argentina y Chile a la Casa Histórica. *Boletín de la Comisión Nacional de Museos y Monumentos Históricos*, n° 10, pp. 295-297. Buenos Aires: Imprenta Ferrari Hermanos.
- 1969. *Guía ilustrativa de la Casa histórica de la Independencia Argentina*. San Miguel de Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán.
- LÓPEZ GARCÍA, E., 1941. Casa Histórica de Tucumán (Informe de la encargada de la Casa Histórica de Tucumán enviada a Levene). *Boletín de la Comisión Nacional de Museos y Monumentos y Lugares Históricos*, n° 3, pp. 429- 433. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad de Buenos Aires.
- 1942. Casa Histórica de Tucumán. *Boletín de la Comisión Nacional de Museos y Monumentos Históricos*, n° 4, pp. 501-506. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad de Buenos Aires.
- 1943. Casa del Congreso de Tucumán. *Boletín de la Comisión Nacional de Museos y Monumentos Históricos*, n° 5, pp.285-288. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad de Buenos Aires.
- 1944. Casa Histórica de Tucumán. Memoria correspondiente al ejercicio del año 1943 elevada a Ricardo Levene el 4 de diciembre de 1943. *Boletín de la Comisión Nacional de Museos y Monumentos Históricos*, n° 6, pp. 409-414. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad de Buenos Aires.
- 1946. Casa Histórica de la Independencia, en Tucumán. *Boletín de la Comisión Nacional de Museos y Monumentos Históricos*, n° 8, pp. 394-397. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad de Buenos Aires.
- MALDONADO DE GARCÍA, M., 1939. Casa de Tucumán. *Caras y Caretas* [en línea] n° 2.126, 8 de julio de 1939 [consultado el 23 de abril de 2016]. Disponible en <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0004764257&search=&lang=es>
- RAMÍREZ, Pedro P., 1944. Restauración de la Casa Histórica de la Independencia. Discurso pronunciado el 24 de septiembre de 1943. *Boletín de la Comisión Nacional de Museos y Monumentos Históricos*, n° 6, pp. 310- 317. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad de Buenos Aires.
- VERA PEÑALOZA, R., 1940. *La Casa Histórica de Tucumán y los hechos que la hicieron memorable*. s/e
- ZAVALÍA MATIENZO, R., 1976. *La casa histórica de Tucumán; rectificando rectificaciones*. Tucumán: Archivo Histórico.

BIBLIOGRAFÍA

- ANÓNIMO, 2016. Tucumán en billetes y monedas. *El Mirador. Diario de Yerba Buena* [en línea] Tucumán, 26 de mayo de 2016 [consultado el 16 de agosto de 2016]. Disponible en <http://www.elmiradordiarario.com.ar/nota/histogramas/83914/tucuman-billetes-monedas.html>
- 2016 a. Investigan cinco casos de desaparecidos en la empresa de la familia Prat Gay. En *Política Argentina* [en línea], 28 de febrero de 2016 [consultado el 26 de abril de 2016]. Disponible en <http://www.politicargentina.com/notas/201602/12029-investigan-cinco-casos-dedesaparecidos-en-el-ingenio-de-la-familia-prat-gay.html>
- 2016 b. Polémica en puerta [en línea, consultado el 30 de marzo de 2016]. Fundación Cultural Santiago del Estero. Disponible en http://www.fundacioncultural.org/revista/nota2_41.html
- 1943. *Quien es Quien en la Argentina. Biografías contemporáneas*. Buenos Aires: Guillermo Kraft.

- ANSALDI, W., 1996. Las prácticas sociales de la conmemoración en la Córdoba de la modernización, *Sociedad* [en línea], n° 8, pp. 95-127 [consultado el 5 de mayo de 2016]. Disponible en http://www.catedras.fsoc.uba.ar/udishal/art/las_practicas_sociales.pdf
- BALLENT, A. y GORELIK, A., 2001. País urbano o país rural. La modernización territorial y su crisis. En A. CATTARUZZA (dir.). *Nueva Historia Argentina. Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1943)*. Buenos Aires: Sudamericana, pp. 143-200.
- BAZÁN, A., 1996. El noroeste. En AA.VV. *La Junta de Historia y Numismática y el movimiento historiográfico en la Argentina, 1893-1938*. Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia. Tomo II, pp. 92-108.
- BENITO, I., 2013. El primer gran aniversario del Congreso de 1816 quedó en manos de la sociedad civil. *La Gaceta* [en línea], Tucumán, 8 de julio de 2013 [consultado el 22 de marzo de 2016]. Disponible en <http://www.lagaceta.com.ar/nota/551629/sociedad/primer-gran-aniversario-congreso-1816-queda-manos-sociedad-civil.html>
- BISSO, A., KAHAN, E. y SESSA, L., 2014. *Formas políticas de celebrar y conmemorar el pasado (1930-1943)*. Buenos Aires: Ceraunia.
- BLASCO, M. E., 2016. La asistencia de público a los museos históricos de Buenos Aires durante la década de 1940. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"* [en línea] Tercera serie, n°44, pp. 11-41 [consultado el 17 de agosto de 2016]. Disponible en http://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/ravignani/article/view/8909/pdf_1
- 2016a. Producción, circulación y divulgación de conocimiento histórico en el Museo Mitre de la ciudad de Buenos Aires (1906-1946). *Historia da Historiografia* [en línea] n° 20, pp. 31-47 [consultado el 17 de agosto de 2016]. Disponible en <https://historiadahistoriografia.com.br/revista/article/view/976/617>
- 2015a. El legado mitrista. Museos, monumentos y manifestaciones de homenaje en la construcción del prócer Bartolomé Mitre. *Prohistoria* [en línea] n° 24, pp. 123-153 [consultado el 20 de febrero de 2016]. Disponible en <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=380144016006>
- 2015b. Entre nación y provincia. La organización de museos históricos en Salta durante las décadas de 1930 y 1940. *Andes* n° 27 [en prensa]
- 2015c. El devenir de los árboles. Ejemplares históricos vinculados a José de San Martín (siglos XIX y XX). *Historia Crítica*, n° 56, abril - junio, pp. 37-60.
- 2014. La intervención de los historiadores en la organización del Museo Histórico del Cabildo y la Revolución de Mayo (Buenos Aires - Argentina- 1938-1943). *Patrimonio e Memória* [en línea] Vol. 10, n° 1, janeiro - junho, pp. 4-27 [consultado el 13 de marzo de 2016]. Disponible en <http://pem.assis.unesp.br/index.php/pem/article/view/422>
- 2013. El altar de Mayo: representación de la historia y rituales cívicos en el Museo Histórico del Cabildo y de la Revolución de Mayo. Ponencia. XIV Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia, Mendoza, 2-5 de octubre.
- 2012. De objetos a "patrimonio moral de la nación": prácticas asociadas al funcionamiento de los museos históricos en la Argentina de las décadas de 1920 y 1930. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [en línea] consultado el 17 de agosto de 2016]. Disponible en <http://nuevomundo.revues.org/64679>
- 2011. *Un museo para la colonia. El Museo Histórico y Colonial de Luján (1918-1930)*. Rosario: Prohistoria.
- 2011a. La hora del museo: la "Sala Uriburu" del Museo Histórico y Colonial de la Provincia de Buenos Aires (Luján, 1932). *Anais do Museu Paulista: História e Cultura Material* [en línea] vol 19, n° 1, enero-junio, pp. 113-132 [consultado el 20 de septiembre de 2015]. Disponible en <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=27319113004>
- 2004. La fundación del Museo Colonial e Histórico de la Provincia de Buenos Aires. Cultura y política en Luján, 1918. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"* n° 25, pp. 89-119.
- BRAVO, M. C., 2008. *Campesinos, azúcar y política: cañeros, acción corporativa y vida política en Tucumán (1895-1930)*. Rosario: Prohistoria.

- 2007. Elite tucumana, cuestión regional y proyecto universitario para el norte argentino (1907-1929). *Boletín Americanista* [en línea] vol. LVII, n° 57, pp. 35-51 [consultado el 17 de agosto de 2016]. Disponible en <http://www.raco.cat/index.php/BoletinAmericanista/article/view/120204/163370>
- BRUQUETAS GALÁN, R., 2009. La protección de monumentos y obras de arte en tiempos de guerra: la acción de la Junta de Tesoro Artístico y su repercusión internacional. En I. ARGERICH y J. ARA (ed.). *Arte protegido. Memoria de la Junta del Tesoro Artístico durante la Guerra Civil* [en línea]. Instituto del Patrimonio Cultural de España/ Museo Nacional del Prado, pp. 201-220 [consultado el 10 de marzo de 2014]. Disponible en <http://www.calameo.com/read/0000753354bf5365e5dc5>
- CAMPI, D., 1999. Los ingenios del Norte: un mundo de contrastes. En F. DEVOTO y M. MADERO (dir.). *Historia de la vida privada en la Argentina. La Argentina plural: 1870-1930*. Buenos Aires: Taurus, pp. 188-221.
- CARMAN, C., 2013. *Los orígenes del Museo Histórico Nacional*. Buenos Aires: Prometeo.
- CATARUZZA, A., 2004. La nación y sus pasados en la Argentina de entreguerras: los historiadores, la enseñanza de la historia y el folclore en la escuela, *Entrepasados*, n° 26, pp. 167-184.
- 2007. *Los usos del pasado. La historia y la política argentinas en discusión, 1910-1945*. Buenos Aires: Sudamericana.
- CHAMOSA, O., 2012. *Breve historia del folclore argentino (1920-1970). Identidad, política y nación*. Buenos Aires: Edhasa.
- ELSINGER, A., 2014. La llegada del ferrocarril incrementó el número de ingenios en Ranchillos”, *La Gaceta* [en línea], 21 de julio [consultado el 26/4/2016]. Disponible en <http://www.lagaceta.com.ar/nota/600301/sociedad/llegada-ferrocarril-incremento-numero-ingenios-ranchillos.html>
- EUJANIAN, A., 2015. La política puesta en escena: las fiestas mayas en el Estado de Buenos Aires en la década del cincuentenario (1852-186). En A. EUJANIAN, R. PASOLINI y M. E. SPINELLI (coord.). *Episodios de la Cultura Histórica Argentina. Celebraciones, imágenes y representaciones del pasado. Siglos XIX y XX*. Buenos Aires: Biblos, pp. 21-43.
- ESCODERO, E., 2010. *Ricardo Levene: políticas de la Historia y de la Cultura 1930-1945*, Córdoba: Ferreyra Editor.
- FARRO, M., 2009. *La formación del Museo de La Plata. Coleccionistas, comerciantes, estudiosos y naturalistas viajeros a fines del siglo XIX*. Rosario: Prohistoria.
- GANDOLFI, F., 2010. Tres destinos. La Patria en ruinas. *L'Ordinaire Latino-américain*, n° 212, pp. 127-156.
- GIRBAL-BLACHA, N., 1999. Economía azucarera tucumana y crédito en tiempos del peronismo (1946-1955). Una historia de conflictos y compensaciones. *Anuario IEHS*, n° 14, pp. 471-495.
- y RAVINA, A., 1995. Apéndice. Listados académicos. En AA.VV. *La Junta de Historia y Numismática y el movimiento historiográfico en la Argentina, 1893-1938*, Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia, Tomo I, pp. 330-341.
- HERRERA, C., 2009. Los Avellaneda: herencia y poder en la elite tucumana. Ponencia [en línea]. Segundas Jornadas Nacionales de Historia Social, La Falda, Córdoba [consultado el 30 de junio de 2016]. Disponible en <http://cehsegreti.org.ar/historiasocial2/mesas%20ponencias/MESA%205/Ponencia%20Claudia%20Herrera.pdf>
- MALOSSETTI COSTA, L., 2010. Arte e historia. La formación de las colecciones públicas en Buenos Aires. En A. CASTILLA (comp.) *El museo en escena. Política y cultura en América Latina*. Buenos Aires: Paidós - Fundación Typa, pp. 71-88.
- MARINSALDA, J. C. y FERNÁNDEZ MURGA, P., 2005. *La casa. Su Historia*. San Miguel de Tucumán: Asociación de Amigos del Museo Casa Histórica de la Independencia.
- OSATINSKY, A., 2001. Los empresarios azucareros tucumanos frente a las reformas laborales del primer peronismo (1943-1949). Ponencia [en línea]. Congreso Nacional de Estudios del Trabajo [consultado el 25 de junio de 2016]. Disponible en <http://www.aset.org.ar/congresos/5/aset/PDF/OSATINSKY.PDF>
- PÁEZ DE LA TORRE, C., 1986. *La casa histórica a través de los años*. San Miguel de Tucumán: s/e

- 2010. Evocación Histórica. Un célebre cuadro del pintor Teófilo Castillo. *La Gaceta* [en línea], Tucumán, 21 de agosto de 2010 [consultado el 16 de agosto de 2016]. Disponible en <http://www.lagaceta.com.ar/nota/394724/informacion-general/evocacion-historica.html>
- PAGANO, N., 2014. La cultura histórica argentina en una perspectiva comparada. La gestión de la Comisión Nacional de Museos y de Monumentos y Lugares Históricos durante las décadas de 1940 y 1990. *Tarea* [en línea] n° 1, pp. 43-58 [consultado el 10 de marzo de 2016]. Disponible en <http://www.unsam.edu.ar/revistasacademicas/revistas/TAREA1.pdf>
- PEÑA DE BASCARY, S., 2014. La colección arqueológica Alberto Paz Posse. En E. PERILLI DE COLOMBRES GARMENDIA. *Historia y Cultura: Tucumán y el noroeste Argentino* [en línea]. San Miguel de Tucumán: Fundación Miguel Lillo, Centro Cultural Alberto Rouges [consultado el 10 de marzo de 2016]. Disponible en <http://www.lillo.org.ar/revis/cc/2014-bhc-01/01.pdf>
- PERILLI, C., 2010. La patria entre naranjos y cañaverales. Tucumán y el primer centenario. *Pilquen* [en línea] n° 12 [consultado el 11 de septiembre de 2015]. Disponible en http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1851-31232010000100016
- PODGORNY, I., 2009. *El sendero del tiempo y de las causas accidentales. Los espacios de la prehistoria en la Argentina, 1850-1910*. Rosario: Prohistoria.
- y LOPES, M. M., 2008. *El desierto en una vitrina. Museos e historia Natural en la Argentina, 1810-1890*. México: Limusa.
- RODRÍGUEZ, M., 2001. Cultura y educación bajo el primer peronismo: El derrotero académico institucional de Ricardo Levene. En N. PAGANO y M. RODRÍGUEZ (comp.), *La historiografía rioplatense de la segunda posguerra*. Buenos Aires: La Colmena, pp. 39-65.
- SANTOS LEPERA, L., 2008. La jerarquía católica tucumana y el primer gobierno peronista frente a las huelgas obreras. Ponencia [en línea]. II Jornadas de Historia de la Iglesia en el NOA, Tucumán [consultado el 28 de junio de 2016]. Disponible en <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/santos2.pdf>
- SUÁREZ, C. A. y SAAB, J., 2012. El Estado, Ricardo Levene y los lugares de memoria. *Clío y Asociados* [en línea] n° 16, pp. 211-227 [consultado el 11 de agosto de 2015]. Disponible en http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.5550/pr.5550.pdf

MODALIDADES SITUADAS DE GESTIÓN DE LA AUTORIDAD Y SU REGISTRO EN LA ESPACIALIDAD FABRIL

LA ARMADA ARGENTINA EN EL ASTILLERO RÍO SANTIAGO (1969-1975)

LOCATED MODES OF AUTHORITY MANAGEMENT AND ITS REGISTRATION IN THE MANUFACTURING SPATIALITY. ARGENTINE NAVY AT RÍO SANTIAGO SHIPYARD (1969-1975)

Ivonne Barragán¹

Palabras clave

Armada,
Gestión,
Espacialidad,
Represión,
Conflicto sindical

Recibido

31-5-2016

Aceptado

4-11-2016

Resumen

La gestión espacial - industrial en relación a las marcas territoriales de la represión a la clase trabajadora durante la primera mitad de 1970 resulta un registro poco transitado por la historiografía. El estudio de las modalidades de gestión empresarial - militar, a partir de recursos fontales de origen diverso y de entrevistas a trabajadores, propone nuevos marcos de análisis para los procesos represivos. La observación situada de la acción de los oficiales de la Armada Argentina a cargo de la gestión productiva de una empresa estatal, el Astillero Río Santiago, permite ahondar en lógicas internas de esta fuerza militar en la historia reciente.

Key words

Navy,
Management,
Spatiality,
Repression,
Union conflict

Received

31-5-2016

Accepted

4-11-2016

Abstract

Spatial-industrial management in relation to territorial marks of working class repression during the first half of the 1970s is an event seldom visited by historiography. The study of business-military management modalities, from sources of various origins and interviews with workers, proposes new analysis frameworks for repressive processes. Located observation on the action of the Argentine Navy officers in charge of production management of a state enterprise, *Astillero Río Santiago*, allows to delve into the internal logic of this military force in recent history.

La dimensión espacial ha sido una variable escasamente explorada en la historiografía que se ocupa de las dinámicas colectivas de organización y acción obrera. Los resultados del trayecto investigativo volcados en este artículo se articulan en el esfuerzo por incorporarla, a fin de observar dinámicas de clase situadas. Nuestra perspectiva se inscribe en una problemática mayor: la reconstrucción histórica de los procesos de

1 Universidad de Buenos Aires, Argentina. ivobarragan@yahoo.com.ar.

violencia y represión desplegados sobre la clase trabajadora. De este modo, la multidimensionalidad del disciplinamiento y de la acción represiva será abordada en un registro poco transitado: la gestión de autoridad en la espacialidad fabril.

El Astillero Río Santiago (ARS) fue una empresa estatal bajo la administración de la Armada Argentina (ARA) desde los inicios de su actividad, a fines de la década de 1930, hasta la de 1990. Nuestra observación se centrará en un recorte temporal que se inició con la conformación de la empresa como sociedad anónima de capitales públicos (1969), durante el auge de la conflictividad sindical (1973-1975), hasta los meses previos a la última dictadura militar en la Argentina (1976-1983).²

Nos proponemos indagar sobre las dinámicas colectivas de una fracción de clase obrera ubicada en el segmento superior del mercado de trabajo, por ingresos y calificación, en íntima relación a dinámicas específicas de gestión empresarial en el emplazamiento productivo. Las especificidades en la configuración de las relaciones socio-laborales en la empresa resultaron un emergente insoslayable para nuestro análisis. La autoridad cotidiana que compusieron los oficiales de la ARA fue configurándose en una larga temporalidad donde confluyeron un conjunto de condiciones: las objetivas, generales a la gran industria en la etapa histórica, y las específicas a la empresa, muchas de orden subjetivo, en las que la espacialidad y su gestión fueron preponderantes. Así, nos ocuparemos de un tipo de relaciones de poder y disciplina inscriptas en la producción de los espacios y de normas de uso y circulación. Su observación a lo largo del recorte temporal propuesto requiere considerar algunos elementos sustantivos.

La Armada Argentina fue la principal fuerza operativa que desarrolló la represión clandestina e ilegal en la región de Ensenada y específicamente en el área de Río Santiago durante la última dictadura. El Plan de Capacidades de la Armada (Plancintara) del año 1975, contribuyente de la Directiva n° 1 del Consejo de Seguridad Nacional,³ estableció que la localidad de Ensenada correspondía al "área natural" de acción de la fuerza.⁴ El Astillero Río Santiago es la empresa que reviste el mayor número de traba-

2 La empresa Astillero y Fábricas Navales del Estado (AFNE) se conformó por dos fábricas administradas por la Marina, el ARA y la Fábrica de Explosivos de Azul (FANAZUL), en octubre de 1969 se constituyó como sociedad anónima, bajo los términos de la Ley 18.394. El 96 por ciento de su paquete accionario quedó en manos del Ministerio de Defensa Nacional que sostuvo su gestión bajo la órbita de la ARA, el 4% restante pasó a la empresa Fabricaciones Militares, administrada por el Ejército Argentino. En Asamblea en AFNE. En *Revista Marina*, n° 392, junio de 1970, p. 42.

3 La Directiva del Consejo de Defensa n° 1/75 (Lucha contra la subversión) instrumentó la sumisión de las fuerzas de Seguridad y Policiales a las Fuerzas Armadas y organizó la totalidad del territorio nacional en cinco zonas con sus correspondientes subzonas, áreas y subáreas para la tarea represiva.

4 PLACINTARA n° 1 "S"/75 Secreto, Copia n° 000, Comando General de la Armada, Comandante de Operaciones Navales, Puerto Belgrano, 08.00 21, de noviembre de 1975, n° de Ref: SSH-57. El documento se compone de un cuerpo central de 20 fojas y 8 anexos: A. Inteligencia, B. Concepto de la Operación, C. Concepto de cada acción, D. Jurisdicciones y acuerdos, E. Asuntos Jurídicos, F. Personal, G. Logística, y H. Comunicaciones. En adelante las citas referentes a este documento se desarrollarán como Plancintara, fecha y número de foja.

jadores y representantes sindicales desaparecidos y asesinados en el país durante la mencionada dictadura.⁵

En el caso aquí desarrollado, oficiales de la ARA gestionaron el trabajo productivo de cinco mil operarios calificados de planta permanente y tres mil subcontratados en una fábrica que se encontraba emplazada en su área natural, de acuerdo al esquema programático de la denominada “lucha contra la subversión”, y que históricamente se halló inscrita en el entramado institucional de la Marina de Guerra. De este modo, es posible sostener que el sujeto productor de la disciplina industrial, ocupado de la gestión de la espacialidad y de los cuerpos en un orden material-productivo, fue el actor principal de la violencia y la represión sobre un colectivo de trabajadores que formó profesionalmente a lo largo de la vida de la empresa.

¿De qué formas los oficiales de la ARA administraron la espacialidad productiva del Astillero? ¿Qué procesos de violencia resultan observables en esta espacialidad? En este trabajo nos concentraremos en expresiones de la violencia industrial y la represión militar en razón de la acción autónoma de un colectivo obrero que, en el marco de un ciclo de conflictividad, subvirtió, al menos parcialmente, los órdenes de uso y apropiación de la espacialidad fabril. En referencia a los alcances y límites del artículo, aquí se indaga sobre una dimensión específica, la gestión de espacialidad, y se intenta demostrar la validez de esta perspectiva para recomponer acciones empresariales de construcción de autoridad y disciplinamiento de la fuerza de trabajo.⁶

Sostenemos que la organización del astillero como un espacio fabril y productivo singular se constituyó íntimamente en relación a “lo militar”. Por su parte, los obreros no operaron como simples receptores, víctimas o espejo de la acción de los patrones marinos, sino que establecieron la oposición de sus intereses y establecieron mecanismos organizativos, de protesta y conflicto. ¿Cómo los trabajadores del ARS lograron superar las condiciones y los límites impuestos por un orden marcial y militarizado y lograron sostener colectivamente sus demandas en los años previos a la última dicta-

5 Cuarenta y cuatro trabajadores, muchos de ellos delegados sindicales de base, fueron detenidos ilegalmente y permanecen desaparecidos; otros doce fueron asesinados entre fines del año 1975 y 1976. Fueron cerca de setenta los trabajadores víctimas de alguna forma de represión; algunos de ellos fueron detenidos - desaparecidos para posteriormente ser “legalizados”, con supresión de las garantías constitucionales, a “disposición del Poder Ejecutivo Nacional”; otros, secuestrados y posteriormente liberados o trasladados al circuito carcelario legal. Algunos de los casos de los trabajadores víctimas de la represión por parte de la Fuerza de Tareas 5 de la Armada Argentina fueron judicializados: “Causa n° 17/2012, Sentencia del Tribunal Oral Federal n° 1 “Vañek Antonio y otros/ delitos de lesa humanidad”, 13 de noviembre de 2015, La Plata.

6 Seguiremos las reflexiones de Pamela Colombo para la espacialidad, el movimiento y el traslado de detenidos - desaparecidos en los Centros Clandestinos de Detención y el circuito represivo instalados por el Ejército Argentino y las Fuerzas de Seguridad en la Provincia de Tucumán a partir del denominado Operativo Independencia en 1975 y durante la posterior dictadura. Sus trabajos se enmarcan en los estudios que abordan el espacio como socialmente construidos (Lefebvre 1991, Harvey 1900). Colombo indaga, desde una perspectiva situada, “la dimensión del “espacio vivido” entendiéndolo como el espacio que es usado e imaginado por parte de los sujetos que lo habitan (de Certeau 2007)”. (Colombo, 2013: 3).

dura militar? Algunas de estas acciones y explicaciones proponemos recomponerlas en el registro espacial.

Si la fábrica en su conjunto se constituyó como el espacio de acción de ambos sujetos, en un sentido relacional, si el tejido de la vigilancia sobre los cuerpos de los trabajadores se imprimió sobre la espacialidad, fue en los talleres productivos donde se articularon los procesos de empoderamiento de los trabajadores. De este modo, nuestra perspectiva puso énfasis, a partir de la reducción de la escala de observación, en aquellos elementos que indicaron apropiación, mediante procedimientos “minúsculos” y cotidianos, y “maneras de hacer” que conformaron la contrapartida de los dominados (De Certeau, 2010). Así, individual y colectivamente, en y desde los procedimientos mudos que conformaron el orden, los trabajadores se reapropiaron del espacio diseñado / organizado por los dominadores.

El conjunto de fuentes primarias consultadas para este trabajo se corresponden principalmente con materiales sociales y económicos de la empresa AFNE que se encuentran disponibles en el Fondo de ese nombre en el Archivo Intermedio del Archivo General de la Nación. Este fondo nos permitió analizar densamente los diez primeros ejercicios económicos de la empresa como sociedad anónima de Estado (1969-1979) y las memorias sociales de cada uno de ellos. Las actas del directorio permitieron un acceso, seguramente parcial, a las discusiones de los militares en torno a la vida productiva y al acontecer general en la empresa, de manera que pudimos acceder a un registro de las formas de resolución del conflicto y la demanda obrera y contraponer el acto administrativo y la práctica empresarial.

La autoridad cotidiana que compusieron los oficiales de la Armada fue configurándose en objeto y nos obligó a pensar el sujeto militar en roles que agregaran complejidad al militar ejecutor de la represión, a fin de recomponer los diferentes registros de su acción. Los archivos militares revisten aún usos y accesos mayoritariamente restringidos. Trabajamos en profundidad con el repositorio del Círculo Naval, de manera de reconstruir “la voz” de estos oficiales, en especial de su presidente, el Capitán de Navío Enrique Carranza. Los discursos públicos y las entrevistas brindadas por el director del Astillero y presidente de la empresa AFNE durante más de una década se encontraron disponibles en publicaciones de la ARA y revistas específicas de la actividad naval y la prensa local.⁷ Este corpus documental se trianguló con materiales de diferentes orígenes fontanales. Nuestra perspectiva hizo hincapié en documentación militar relativa a la doctrina antisubversiva de la década de 1970, específicamente el Plan de Capacida-

7 El Archivo del Centro Naval, Biblioteca Capitán Ratto, contiene una serie de publicaciones específicas relativas a la industria naval y a la Armada Argentina. Trabajamos el *Boletín del Centro Naval*, Instituto de Publicaciones Navales, serie 1966-1983. También en este acervo se encuentra disponible la *Revista Marina* que nos permitió acceder una serie de estudios y cuantificaciones de la rama industrial naval para todo el período, investigaciones específicas para el sector, discursos de entidades empresariales, armadores, directivos de astilleros y especialmente una serie de notas al director de AFNE, Capitán de Navío (RE) Enrique Carranza. Se realizó un profuso trabajo de hemeroteca con el diario *El Día* de La Plata.

des de la Armada Argentina. Por último, el tratamiento exhaustivo de fuentes primarias originales se analizó de forma análoga a un conjunto de entrevistas producidas en el marco de esta investigación a trabajadores, militantes y representantes sindicales en la etapa histórica aquí revisada.⁸

Este artículo consta de una introducción y dos apartados. El primero de ellos recorre la dimensión espacial en tanto descripción del emplazamiento productivo y busca dar asiento a los usos y las prácticas de la parte obrera y empresarial con especial atención a la construcción de un orden de autoridad por parte de los marinos. En este desarrollo la espacialidad aparece ligada a un tipo de gestión de autoridad, marcial, cuartelaria y sustentada en prácticas de violencia simbólica. El segundo apartado analiza la disputa por el uso de la espacialidad como clave para interpretar la agencia obrera y el disciplinamiento patronal - militar. Finalmente, incorpora la dinámica de conflictividad en las referencias contextuales que ubican a 1975 como un año relevante en la estructuración de los esquemas jurídicos, doctrinarios y de desarrollos prácticos del plan represivo. En las palabras finales proponemos algunas ideas conclusivas sobre los desarrollos previos.

EL ASTILLERO RÍO SANTIAGO: UNA MODALIDAD DIFERENCIADA DE GESTIÓN DE LA ESPACIALIDAD FABRIL

El ARS fue el primer astillero integrado de América del Sur. Concebido para una producción estratégica –naval militar– fue diversificándose gradualmente, de manera de hacer viable el proyecto empresarial hacia la industria naval comercial y, en la década de 1960, hacia la producción metalmecánica de grandes bienes de capital para industrias.⁹ Las tareas productivas tuvieron sus inicios en los talleres navales de la Base Naval de Río Santiago en la década de 1930. En el año 1946 se iniciaron las obras de construcción del astillero en tierra firme, sobre la margen sur del río. En el año 1953 quedó bajo la administración de una nueva empresa: Astilleros y Fábricas Navales del Estado.¹⁰

8 Para el conjunto de entrevistas se utilizó la técnica de relato de vida. Esta metodología brindó herramientas para la reconstrucción de la agencia social, las autopercepciones y, fundamentalmente, la percepción del otro, en este caso, los marinos, a fin de rescatar recuerdos y experiencias con el propósito de reconstruir el proceso histórico general tanto como las representaciones individuales y colectivas de las relaciones sociales planteadas (Bertraux 2005).

9 El proceso de diversificación productiva del astillero posibilitó la manufactura de insumos para industrias, mayoritariamente para empresas estatales. En la rama metalmecánica desarrolló y produjo grandes motores eléctricos; tanques de envase; elementos y maquinarias para la actividad ferroviaria; compuertas para diques; equipos de bombeo para la industria petrolera; fundición de aceros, hierros y metales; maquinaria para las industria del azúcar y del papel; y la construcción de turbinas hidráulicas para centrales hidroeléctricas; además, se especializó en instalaciones industriales de equipos radioeléctricos, frigoríficos y contra incendios (Caffaso 2004).

10 Decreto Poder Ejecutivo Nacional n° 10.627. <http://mepriv.mecon.gov.ar/Normas2/10627-53.htm>

La AFNE inició su desarrollo bajo la administración de la Secretaría de Marina y su directorio se conformó principalmente por oficiales de la Armada en estado de retiro de la actividad. Durante los siguientes treinta años, el ARS expandió su capacidad productiva, alcanzando el punto más alto en los primeros años de la década de 1970 en coincidencia con el despliegue de innovadoras formas de organización sindical y de conflicto obrero en la planta. En el interior del colectivo de trabajo, la trama de militancias políticas y sindicales identificadas, las dinámicas intracalse y el desarrollo de un ciclo de conflictos de base (octubre de 1974 - febrero de 1976) no diferenciaron el caso de los procesos organizativos y de lucha de la clase trabajadora en la etapa histórica.¹¹ Sus trabajadores se encontraban afiliados a la Asociación Trabajadores del Estado.

El astillero ocupaba una extensión de 200 hectáreas y una superficie cubierta de 80.000 metros cuadrados. Había alcanzado una potencial producción de 50.000 toneladas de porte bruto (TPB) anuales en buques mercantes y su equivalente en buques de guerra.¹² La planta de construcciones navales comprendía una sala de gálibos y trazado de 2.160 metros cuadrados, tres gradas de 90, 130 y 220 metros; un varadero de 45 metros; sector de carpintería de ribera; una dársena de alistamiento de 50.000 metros cuadrados, que poseía guinches fijos y móviles y una grúa capaz de levantar 250 toneladas de peso; muelles de 1.000 metros para el alistamiento de las unidades navales, los cuales resultaban accesibles a través de una red de túneles, y sistemas de cableado eléctrico y tuberías capaces de conducir los fluidos necesarios para la ejecución de los trabajos (electricidad, vapor, agua y aire comprimido).¹³ La planta de construcciones mecánicas se conformó en dos grandes secciones: mecánica y fundición. El taller de mecánica ocupaba un total de 21.600 metros cuadrados, equipados con 250 máquinas y herramientas necesarias para las tareas de mecanizado pesado, mediano y liviano. El

11 Existen extendidos acuerdos en la historiografía que indican que en los años finales de la década de 1960 y comienzos de los setenta se profundizaron los procesos de organización, movilización y conflictividad de la clase trabajadora. En términos generales, puede afirmarse que en este período se consolidaron distintos movimientos de oposición, con sede en los organismos base, a las conducciones nacionales de los grandes sindicatos por rama. Dichos movimientos tomaron las denominaciones de "sindicalismo de liberación", "clasismo" y corrientes "combativas" e instaron a superar los límites de la lucha sindical hacia un cuestionamiento más profundo del orden social y de las relaciones de explotación capitalista. Una revisión exhaustiva de dicho proceso y de la cuantiosa historiografía disponible supera largamente las posibilidades de artículo. Ver, entre otros, Brennan 1994, Brennan y Gordillo 2008, Basualdo & Victoria 2010.

12 El porte es la diferencia entre el peso de un buque totalmente cargado y su peso vacío, se expresa en toneladas y se considera equivalente a la capacidad de carga de la unidad. Los buques graneleros, los petroleros, los de carga general indicaron usualmente su tamaño en toneladas de porte bruto (TPB). Informe del Instituto de Estudios de la Marina Mercante Iberoamericana (IEMMI) a la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC). La industria naval en países del ALALC. En *Revista Marina*, n° 394, agosto de 1970, pp. 44-49.

13 Documento de difusión institucional de AFNE S.A., sin fecha de publicación. Disponible en Sala Capitán Ratto de la Biblioteca del Centro Naval, Ciudad de Buenos Aires.

taller de fundición tenía una superficie de 5.900 metros cuadrados y poseía todos los medios necesarios para las tareas de moldeo.¹⁴

En los talleres la organización de las tareas se encontraba en manos de los trabajadores con más experiencia y categoría, *los oficiales*.¹⁵ Fue en estos ámbitos donde la vigilancia militar no logró volverse omnisciente. El oficio, base del sistema productivo, fue un elemento que aseguró autonomía a los trabajadores (Frassa 2010). Los talleres o secciones se organizaron por la suma de pequeñas unidades productivas compuestas por siete trabajadores a la que los obreros denominaron *siete bravo*.¹⁶ un oficial, a cargo de la realización de las tareas y de la organización del trabajo, dos medios oficiales y cuatro ayudantes.¹⁷

Los principales espacios productivos, la planta mecánica, el taller de fundición y la planta de construcciones navales, compartieron este esquema productivo. El tipo de producto que constituye una unidad naval requirió de un funcionamiento espacial diferenciado de la mayoría de las grandes empresas. En el esquema fordista el producto va circulando por la línea de montaje y se va completando; en el esquema producto, en este caso el barco, se convoca a los trabajadores a la realización de tareas sobre la base de los oficios. Esta modalidad de organización del trabajo implicó una circulación de cuerpos y saberes en una espacialidad productora de subjetividades.

La construcción de unidades navales militares constituyó al Astillero Río Santiago en una fábrica estratégica para la ARA. Sin dudas, esta valoración compuso parte de la subjetividad de los marinos que la abstrajeron del ámbito de las empresas estatales y establecieron un *continuum* de ocupación militar del espacio. En la monumentalidad de la espacialidad fabril descrita, nos interesa inscribir las características de un tipo

14 Este espacio contaba con tres hornos eléctricos de fundición de acero y cuatro cubilotes para la fundición de hierro; una batería de diez hornos a crisol; dos hornos Morgan y un horno de reberbero de 8 toneladas para la fundición no ferrosa. Documento de difusión institucional de AFNE S.A., sin fecha de publicación. Disponible en Sala Capitán Ratto del Centro Naval de la Ciudad de Buenos Aires.

15 Para alcanzar la categoría de *oficial* –denominación asimilable a la jerarquía militar– un trabajador debía cumplir los siguientes requisitos: “plenos conocimientos teóricos y prácticos de un oficio determinado y que ejecuta con precisión su tarea sobre la base de planos, dibujos o indicaciones escritas o verbales dentro de su especialidad”. Expediente n° 517036/1972, Foja 6. Convenio Colectivo de Trabajo n° 24 año 1973. Fondo Convenios Colectivos de Trabajo del Archivo Intermedio (AI) perteneciente Archivo General de la Nación (AGN). En adelante FCCTa.

16 Nos referiremos a nuestros entrevistados por su nombre de pila a fin de asegurar la confidencialidad de los testimonios. En la referencia inicial agregaremos algunos datos sobre trayectorias laborales y año de realización de las entrevistas. En menciones posteriores indicaremos el nombre y el año entre paréntesis.

17 Un trabajador nos detallaba: “Nosotros teníamos un criterio productivo que se llama *el siete bravo*. El siete bravo es la unidad productiva de base que podés tener en cualquier oficio... Un capataz tiene que manejar no menos de veinte personas, ahora con el 7 bravo puede llegar a manejar cincuenta, depende de la calidad de oficiales que tenga”. Entrevista a Ángel. Ingresó a trabajar como peón en el año 1974. Se formó como ingeniero mecánico y se especializó en calidad en la producción de turbinas para centrales atómicas. Ocupó cargos gerenciales en la fábrica y a partir de 2005 fue vicepresidente del astillero hasta el año 2008. Fue dirigente sindical de la Asociación Trabajadores del Estado a partir del retorno de la democracia en 1983. Se realizaron varias entrevistas entre 2008 y 2014.

de gestión de la “autoridad”, construida por estos militares en un orden cotidiano, y su despliegue en un espacio físico. Sostendremos que dicha gestión implicó la militarización del espacio productivo. La presencia y la ocupación del espacio fabril por la Infantería de Marina fue una expresión del carácter y las modalidades de control del espacio.¹⁸ Esta apropiación subjetiva y efectiva de la empresa se desarrolló en la diacronía que la ubicaba en el entramado institucional de la Marina de Guerra. Por su parte, la conjunción sincrónica de procesos acaecidos en el trienio 1973-1975, muy especialmente en este último, alteraron profundamente el sistema de usos de la espacialidad.

Aún en los años en que no se registró conflictividad sindical, la circulación fue restringida y vigilada como parte de un conjunto de prácticas tendientes a asegurar la hegemonía en el uso de la espacialidad de la oficialidad de la ARA. Así, el desplazamiento y el uso del espacio por los trabajadores fue compartimentado y controlado. Michel Foucault plantea que la disciplina se construye también a partir de un sistema “distribuciones” e indica que “la disciplina procede ante todo a la distribución de los individuos en el espacio”, la espacialidad se constituye entonces en un “espacio disciplinado” (2002, p. 146).¹⁹ Así, las lógicas del orden cotidiano en el ARS respondieron más a los criterios de autoridad marcial imperantes en las bases navales y en los cuarteles que a la generalidad de las grandes empresas. La Armada buscó intervenir la circulación de trabajadores, componiendo un espacio *hegemonizado* y útil a un sistema productivo que componía, a su vez, un sistema de relaciones basado en la jerarquía militar. Los testimonios dan cuenta de este funcionamiento.

No había conflicto; si había un paro en una sección de la fábrica, a los 10 minutos venían los camiones de infantería con los infantes de marina y a punta de fusil te sacaban; plantaban a los milicos como forma de sostener el respeto y evitar, contener la queja... en el astillero estaba prohibido hacer asambleas o juntarse más de tres; tres era subversivo, fuera lo que fuera.²⁰

El testimonio contiene una serie de emergentes a tener en cuenta. La exposición de armas fue una modalidad, trascendió períodos democráticos y dictatoriales en el go-

18 La Ley n° 12.883 del año 1946 creó la Infantería como un cuerpo integrante de la Marina de Guerra, concebida como un elemento anfíbio, capacitado para actuar sobre la costa. <http://www.ara.mil.ar/pag.asp?idItem=248>

19 El espacio disciplinado “trata de establecer las presencias y las ausencias, de saber cómo y dónde encontrar a los individuos, instaurar las comunicaciones útiles, interrumpir las que no los son, poder en cada instante vigilar la conducta de cada cual, apreciarla, sancionarla, medir las cualidades o los méritos. Procedimiento, pues, para conocer, para dominar y para utilizar” (2002, p. 147).

20 Entrevista a Mario realizada por la autora en el año 2014. Ingresó a trabajar en el año 1969 con 19 años, era hijo de un capataz de sección y fue destinado al área técnica como apuntador de maniobras. Rápidamente pidió el traslado al área productiva, en la sección maniobras. Fue militante de la juventud peronista y elegido delegado de sección. Conformó la lista Celeste adherida a la Juventud Trabajadora Peronista (JTP), organización sindical de base de Montoneros. En el mes de enero de 1976 fue secuestrado ilegalmente y estuvo desaparecido cinco días; ante la movilización de los trabajadores del astillero, fue liberado pero debió abandonar su trabajo por seguridad, ante lo cual fue despedido. En la actualidad trabaja en el astillero.

bierno y coexistió, mediante procesos de naturalización de su violencia simbólica y potencial, con prácticas empresariales de marcado carácter paternalista (Barragán 2013). El control del espacio productivo se mantuvo incuestionado en manos de los marinos en las primeras décadas de vida de la empresa; las acciones obreras que transgredieron esta marcialidad se desarrollaron clandestina y solapadamente, en los espacios (talleres) y momentos que escapaban a la vigilancia armada. Generar instancias colectivas de reunión fue uno de los grandes desafíos que afrontaron los representantes sindicales de base. Realizar asambleas, reuniones y circular fuera del lugar de trabajo se encontraba prohibido en el astillero. La práctica sindical se desplegaba externamente. Otro delegado de sector nos refirió:

Las asambleas, prohibidas en la fábrica, desalentadas por la burocracia, se hacían en Bomberos Voluntarios de Ensenada; la Marina tenía total manejo del astillero... había una línea de conducta casi militar; estaba el casino de oficiales que nosotros no podíamos ir, los trabajadores no podíamos pasar, estaban ahí los directivos que eran los marinos.²¹

La espacialidad diferenciada y la circulación restringida tuvo como objeto fortalecer las jerarquías y el disciplinamiento. La imposibilidad de acceder a determinados lugares como *el casino de oficiales*, así como reunirse, fueron normas de largo plazo, constitutivas de un orden autoritario. La posibilidad latente de ocupación por la Infantería de Marina configuró el espacio en otro elemento de diferenciación entre obreros y patrones. Realizar una asamblea, la detención del trabajo en un taller por un reclamo o el tránsito por lugares destinados a los oficiales conformaron crecientemente un ámbito de disputa entre ambos sujetos. Si “tres era subversivo”, ocupar, apropiarse y hacer uso del espacio fabril, desde una concepción que implicara una acción autónoma, disruptiva del régimen de vigilancia militar, fue uno de los mayores logros de los trabajadores y sus representantes sindicales al promediar la década de 1970.

Problematizar las diferentes memorias obreras sobre las relaciones con los marinos patrones fue una clave relevante a la hora de recomponer el régimen de autoridad. En general, es posible afirmar que estas se compusieron de valoraciones ambivalentes, que podían, por un lado, resaltar las capacidades técnicas de oficiales de la ARA, pero que rápidamente hacían lugar a la sobreactuación del trato militar, a la vigilancia y el control al que eran sometidos, en no pocas ocasiones, de llamativa violencia.²² En este

21 Entrevista realizada a Silvio por la autora en 2014. Ingresó a trabajar en el año 1969, como medio oficial de grúa, en el sector de maniobras generales. Fue elegido delegado de la sección, participó de la lista Celeste. Fue detenido ilegalmente por primera vez en 1975, legalizado y liberado después de varios meses, fruto de lo cual fue la pérdida de su trabajo en el astillero. Partió al exilio interno y fue nuevamente secuestrado en 1976; estuvo detenido desaparecido en distintos Centros Clandestinos de Detención (CCD), entre ellos en la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA). En la actualidad trabaja en el astillero.

22 La coincidencia se hace presente en los diferentes testimonios: “Como el astillero pertenecía al Ministerio de Defensa, antes había pertenecido al Ministerio de Marina..., el presidente era un almirante, un capitán, tal es así que una vez, en pleno paro, ahí adentro, en un local, en el astillero mismo, nos mandaron a infantería de marina, con bayonetas y todo, a sacarnos”. Entrevista por la autora a realizada a Ismael en 2009. Ingresó a trabajar en el año 1962, se desempeñó como soldador eléctrico en las gradas,

sentido, un trabajador detallaba: “Los milicos servían para el orden cerrado. Saludo I, saludo II, pararse firme, el golpe en el taco, el uniforme, estar bien afeitado; eso sí, tenían una barra técnica que era realmente buena, eran los milicos de baja graduación”.²³

El valor de venta de la fuerza de trabajo y las condiciones en que se realizaba la tarea productiva fueron los ejes de una disputa creciente entre marinos y trabajadores en la primera mitad de la década de 1970.²⁴ Las primeras transgresiones al orden de autoridad se expresaron de formas subterráneas, circunscriptas a los talleres, para volverse paulatinamente colectivas y portadoras de nuevos sentidos. El uso y la apropiación del espacio no fueron una cuestión menor para los trabajadores, evidenciaron un cambio en la disposición colectiva a la alteración de un orden consolidado a lo largo de una extensa temporalidad:

Un día salió la idea, la conversamos entre todos los grupos y decidimos tomar 15 minutos del primer horario de comida con 15 minutos del segundo, tomábamos los 30 minutos esos, hacíamos la asamblea y no íbamos, el que había comido se iba a trabajar y el que no se iba a comer. Hicimos la primer asamblea de sorpresa, justo frente a la dirección, nosotros le llamábamos el pastito a eso, ahora es pedregullo, pero antes ahí había pasto cuidado y había una H para que bajara el helicóptero. A los 10 minutos que pasó esto apareció la infantería de marina a recorrer el astillero con camiones, camionetas, los *jeeps*, todo; y bueno, así lo hicimos una vez y ya después nos gustó y después la hicimos directamente y vino el batallón y no entraron porque no querían tener enfrentamiento directo con los trabajadores, y a nivel represivo se daba que después de cada asamblea a los que habían hablado los llamaban, teníamos que ir hablar con el capitán.²⁵

Los sucesos ocurridos desde la firma de un convenio entre la Armada Argentina y la empresa AFNE S.A. para la construcción de la fragata misilística Santísima Trinidad nos permitirán adentrarnos en los procesos de disciplinamiento y violencia que se desplegaron sobre los trabajadores y su registro en la dimensión espacial.²⁶ Esta orden de

fue elegido delegado de sección. Fue militante de la Agrupación Azul y Blanca, de las líneas ortodoxas del peronismo en la provincia de Buenos Aires. Ocupó el cargo de Secretario General de la Seccional de Ensenada de la Asociación Trabajadores del Estado en el año 1975 y nuevamente en 1984.

23 Entrevista a Ángel (2008).

24 En referencia a las condiciones de trabajo, los trabajadores nos relataron: “son peligrosas, es una tarea peligrosa, está llena de muertos todo el tiempo, accidentes graves, mutilaciones, algunas de ellas espantosas... el riesgo físico es alto. Nosotros, por ejemplo, para soldar el chasis de una locomotora, lo teníamos que calentar a 400 grados centígrados, a 100 hierva el agua, el chasis está a 400 grados centígrados, son 15.000 kilos de acero a 400 grados centígrados”. Entrevista a Ángel (2014). Otro trabajador nos explicaba: “Las condiciones de trabajo eran infrahumanas. Hoy vos vas a hablar con cualquier trabajador del astillero y no te habla, te grita. Porque antes los barcos eran remachados, no eran enzorizados como hoy. No había todo el tema de seguridad, era muy dura la pelea con todos los militares, no teníamos grifos, nosotros estábamos soldando los doble fondo y con las masas, los calafates, las remachadoras, era infernal, infernal, una cosa que por ahí en ese lugar te querían hacer trabajar ocho horas cuando nos correspondían trabajar las seis por la inseguridad que había ahí adentro”. Entrevista a Ismael (2008).

25 Entrevista a Silvio (2014).

26 En las Memorias de la empresa consta: “Construcciones de buques militares: En el mes de diciembre del año 1971 se firmó con el Comando en Jefe de la Armada, el contrato para la construcción de un Destructor tipo T-42 para la Marina de Guerra. El Poder Ejecutivo Nacional autorizó dicha construcción por

trabajo implicó una diferenciación del espacio productivo en la planta de construcciones navales:

Instalaron, en un área del astillero, unos talleres, los alambraron con doble alambrado, y a partir de un momento determinado no pudo ingresar nadie que no tuviera una tarjeta especial... y ocuparon un piso completo en el edificio principal de la dirección. Para el astillero eso era un lugar intruso.²⁷

La empresa destinó un área exclusiva a la construcción de este buque con estricta prohibición de circulación de trabajadores que no estuvieran asignados a tareas en su construcción o alistamiento. Muchos técnicos y obreros fueron contratados especialmente.²⁸ Pese al conjunto de medidas de seguridad imperantes, en la madrugada del 22 de agosto de 1975 estalló una bomba en la fragata.²⁹ La operación fue reivindicada por la organización Montoneros; sin víctimas fatales, generó una compleja trama de acciones y reacciones en la fábrica.³⁰

Las medidas de vigilancia y control desplegadas sobre los trabajadores a partir del atentado promovieron, sumada a la ya cotidiana exposición de armas, la efectiva militarización del espacio. La dirección de la empresa instaló un infante de marina cada

Decreto del mes de Junio de 1972. Este contrato implica un gran esfuerzo para el Astillero Río Santiago, ya que dicha unidad, por su compleja tecnología, es una de las más modernas del mundo en su tipo, siendo similar a la que se construye, también para la Marina de Guerra, en los Astilleros Vickers de Gran Bretaña". Memoria y Balance correspondiente al Ejercicio Económico n° 3, 1° de julio de 1971- 30 de junio de 1972. Fondo AFNE, Archivo Intermedio del AGN.

27 Entrevista a Mario (2014).

28 "18 años prestigiando la industria naval", *Revista Marina*, junio, 1971, n°403, pp. 24-26.

29 La información recopilada por la Dirección de Inteligencia de la Provincia de Buenos Aires (DIPBA) detallaba: 03.45 horas detonó una bomba en el casco de la fragata T-42 (en popa, parte interna), produciendo la onda expansiva una deformación en el casco de aproximadamente 1,80 x 1,80 mts. y otras seis de 0.40 x 0.40 mts., las cuales produjeron rumbos y como consecuencia vías de aguas. Habría sido un solo artefacto explosivo. Hasta 11.50 horas la entrada de agua no afectaba la flotabilidad de la fragata, los buzos no pudieron confirmar la cantidad de rumbos. DIPBA: Sección "C" n° 2111, Legajo 3760, "Atentado a la Fragata T-42 'Santísima Trinidad' amarrada en Astilleros Río Santiago 22 de Agosto de 1975", foja 3.

30 "En el día de la fecha, el pelotón de comando Arturo Lewinger, de nuestra organización procedió a colocar cargas de demolición submarinas en la fragata lanza-misiles 'Santísima Trinidad', amarrada en el muelle norte de los astilleros Río Santiago, de la Marina de Guerra. Dicho buque se encontraba en situación de alistamiento y estaba siendo construido en su totalidad con insumos y tecnología importada de Inglaterra y bajo dirección de técnicos británicos. Esta operación constituye una acción de represalia contra la Marina Gorila, sobre la cual desde hace mucho tiempo pesan los siguientes cargos: 1) Traición a la Patria (la fragata lanza-misiles es parte de un fabuloso negociado por 350.000.000 de dólares entre la Marina Gorila y el imperialismo británico, usurpador de nuestra soberanía en las Islas Malvinas. 2) Crímenes de guerra que vienen perpetrando contra el pueblo desde el bombardeo a Plaza de Mayo el 16 de junio de 1955, la masacre de los 16 compañeros desarmados en la Base Almirante Zar en Trelew y otros crímenes que la justicia popular ira castigando. 3) Ser el brazo armado del gobierno traidor, asesino y vende patria de Isabel Martínez...".DIPBA: Sección "C" n° 2111, Legajo 3760, "Atentado a la Fragata T-42 'Santísima Trinidad' amarrada en Astilleros Río Santiago 22 de Agosto de 1975", fojas 11-12: "Comunicado refrendado por Montoneros".

tres operarios y se incrementaron las intervenciones sobre los trabajadores y sus representantes sindicales.³¹ Los testimonios indican que las tareas de vigilancia pasaron a estar en manos del Batallón de Infantería de Marina nº 3 (BIM3):

Quando le ponen la bomba a la Santísima Trinidad, ponen un montón de pibes asustados de que iba haber otra bomba (infantes de marina). El milico está parado arriba de un barco donde van a poner otra bomba... Entonces estabas laburando y el loco que estaba ahí de guardia le sacaba el seguro al FAL y le metía cuatro o cinco balazos a los globitos. No se podía laburar, la gente estaba loca, a los milicos los jodió... nos pincharon con las bayonetas, nosotros pagamos con el cuerpo y la presión el atentado.³²

Espacio y condiciones de trabajo se compusieron en un todo indivisible. Las medidas de militarización fueron emprendidas por los marinos en un marco de auge de los procesos de diferenciación de intereses, ruptura del régimen de autoridad y organización sindical combativa en el lugar de trabajo. Ante el ciclo de conflictividad de base, que tuvo inicio en el mes de noviembre de 1974 y se profundizó a lo largo del año 1975, asegurar la hegemonía sobre la espacialidad fue un objetivo prioritario para la dirección de la empresa.

En un contexto de profundización de la doctrina represiva del Estado, la dirección empresarial privilegió sus lazos de identidad con la Marina y giró hacia un política de cero tolerancia y mayor disciplinamiento. La ocupación militar fue la vía privilegiada para asegurar el retroceso de innovaciones como el uso "del pastito" que los trabajadores consolidaron en el trienio previo a 1976. En el apartado siguiente abordaremos la conflictividad gremial en clave regional de manera de agregar complejidad al análisis de la gestión de autoridad empresarial y la acción represiva de la ARA.

CONFLICTIVIDAD SINDICAL Y DISCIPLINAMIENTO ESPACIAL

Las localidades vecinas a la región del Río Santiago, Berisso y Ensenada, pertenecientes al área de Gran La Plata, fueron una zona de industrialización temprana. La inmigra-

31 Los testimonios dan cuenta de las medidas: "Pasó de todo. Nos faltaba que nos pongan en la ametralladora contra la pared... le permitió a la marina, porque estamos hablando de la marina, no estamos hablando de Roca, a que con eso los técnicos fueran a barrer, un desastre a nivel organizativo de lo que era esa organización de delegados de las fábricas... Porque vos sos un técnico del astillero, imagínate, que es como decir Favaloro, hacen buques, no hacen, que sé yo, chapitas, lo agarra y le dicen gracias a lo que hicieron por tirar la fragata abajo, andá a barrer el taller". Entrevista realizada por la autora a Ana María en 2009. Ingresó a trabajar en el Astillero en el año 1972 en el área de administración de la Dirección para la tarea de perfo-verificación. Militante de la Juventud Peronista, fue representante de base de los sectores denominados combativos sin incorporarse a una agrupación. Consumado el golpe militar fue secuestrada ilegalmente y trasladada desde el astillero a la Base Naval Río Santiago donde fue torturada; posteriormente permaneció detenida en la Unidad Penal nº 9. Brindó su testimonio en diferentes causas judiciales por delitos de lesa humanidad. Retornó a trabajar en el Astillero con un grupo conformado por despedidos, exiliados e hijos de detenidos - desaparecidos y asesinados por la última dictadura en el año 2006.

32 Entrevista a Ángel (2014).

ción obrera y el crecimiento poblacional resultaron de las sucesivas etapas de radicación de industrias en la zona, inicialmente de grandes frigoríficos que, durante la década del cuarenta, transitaron un período de prosperidad en el contexto internacional generado por la Segunda Guerra Mundial y requirieron de un uso intensivo de mano de obra (Romá 2012, Lobato 2001). Ambas comunidades comenzaron a ampliarse impulsadas por el aumento de la actividad portuaria y la extensión de las vías férreas. En el año 1922 se estableció en el área una destilería de la empresa estatal Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), que diversificó la actividad económica en la región y alcanzó a producir el treinta por ciento del consumo nacional de combustibles (Dawyd 2011, Schneider 2006). En el año 1952 se instaló la fábrica SIAP (Sociedad Industrial Aparatos de Precisión), productora de insumos para la industria automotriz, y las empresas metalúrgicas Aeroplata, Cattellán Hnos. y Grafitex (Romá 2012, p. 169).

Hacia la década de 1960, la concentración industrial en la región presentaba características singulares, la más significativa indicaba la convivencia de un conjunto de pequeñas y medianas empresas –muchas de ellas dedicadas a la producción de repuestos para automóviles– junto a establecimientos de las ramas de actividad más dinámicas –siderúrgica, metalúrgica y química– (Romá 2012, p. 169). En 1962, comenzó a producir la empresa IPAKO, que elaboraba fibras de etileno y polietileno. En 1969 comenzó sus actividades la empresa Propulsora Siderúrgica (PPS) que jugó un papel clave en la consolidación del frente fluvial industrial La Plata - Rosario.³³ Unos años después (1971), en la ciudad de La Plata, se radicó la empresa textil Petroquímica Sudamericana; su producción en etileno, fibra poliamida y poliéster alcanzó niveles internacionales. En 1970 iniciaron las obras para la instalación de la Petroquímica General Mosconi, montada con capitales nacionales pertenecientes a la Dirección General de Fabricaciones Militares (DGFM).³⁴

A lo largo de 1975, muchas de las luchas salariales se canalizaron mediante nuevas formas de organización colectiva.³⁵ Ante las dificultades de lograr aumentos mone-

33 PSS produjo laminados planos en frío que eran insumos para las llamadas industrias blancas (heladeras, cocinas, calefones, etc.) y fundamentalmente para las industrias automotrices. Empleó alrededor de mil quinientos trabajadores que presentaron grados medios - altos de capacitación técnica y se encontraban encuadrados sindicalmente en la Unión Obrera Metalúrgica (UOM). En el período de nuestro interés, la representación de base de PPS estuvo en manos de agrupaciones de izquierda, que protagonizaron, conjuntamente con los trabajadores del Astillero, novedosas formas de organización y movilización colectiva (Barragán y Rodríguez 2012).

34 La DGFM fue fundada el 26 de septiembre de 1941 (Ley n° 12.709), bajo dirección del Coronel del Ejército Manuel Nicolás Savio. Esta empresa tuvo un rol protagónico en el desarrollo de la industria nacional de defensa. Impulsó la producción de armamento y municiones y de industrias básicas y estratégicas para el desarrollo productivo del país (siderurgia, química y petroquímica) (Belini y Rougier 2008, Di Tella 2010, Rougier 2015). Desde mediados de la década 1970, vivió una continua desarticulación y desintegración de su complejo industrial. En la actualidad constituye un organismo dependiente de la Secretaría de Ciencia, Tecnología y Producción para la Defensa en el ámbito del Ministerio de Defensa. <http://www.fab-militares.gov.ar/quienes-somos/>

35 Desde el año 1973 se encontraba en vigencia el llamado “Pacto Social” impulsado por el gobierno de Juan Domingo Perón a fin de estabilizar los indicadores macroeconómicos. Fue suscripto por las con-

tarios, los conflictos sindicales de base se recrudecieron en torno a las condiciones de trabajo, la modificación de los convenios colectivos, la reclasificación de tareas y los premios a la producción, entre otras reivindicaciones, íntimamente vinculadas al cuestionamiento de las conducciones sindicales (Torres 2004, Schneider 2005). Las coordinadoras interfabriles nuclearon a delegados y comisiones internas en distintos distritos industriales del país que se caracterizaron por un permanente recurso a la acción directa (Löbbe 2006, Lorenz 2013). Sectores militantes del ARS confluyeron con la vanguardia de este proceso organizativo en el territorio de La Plata, Berisso y Ensenada (Werner y Aguirre 2007).³⁶

¿Qué estrategias y acciones desarrollaron los trabajadores del astillero a lo largo de un ciclo de conflictos? La acción gremial se entrelazó con dinámicas, temporalidades y trayectorias externas, regionales. Hacia 1975, sostuvieron acciones colectivas convocadas, en el nivel nacional, por la Confederación Nacional del Trabajo (CGT)³⁷ y, en el ámbito regional, por la Coordinadora de Gremios, Comisiones Internas y Delegados en Lucha de La Plata, Berisso y Ensenada (en adelante la Coordinadora).³⁸ Este accionar no impidió que eminentemente los trabajadores del ARS sostuvieron luchas económicas y, más tardíamente, por las condiciones en las que realizaban sus tareas, en razón de las dinámicas establecidas con la patronal en el interior del astillero.

Los trabajadores del ARS desplegaron distintas medidas de fuerza en dicho ciclo, que fueron desde la paralización de actividad por sector, paro progresivo, al paro por tiempo indeterminado, movilizaciones, la realización de asambleas masivas en el in-

ducciones de la Confederación General del Trabajo (CGT) y la Confederación General Económica (CGE) con el objeto de clausurar los aumentos de precios de artículos de consumo masivo y las discusiones salariales por el término de dos años. Como resultado de él, y del fracaso de las medidas antiinflacionarias, las direcciones de la mayoría de los sindicatos nacionales se encontraron condicionadas para encauzar los reclamos de mejoras del ingreso.

36 De acuerdo a las cuantificaciones realizadas por Werner y Aguirre, la coordinadora de la región industrial del gran La Plata: "Agrupaba a 16 fábricas y establecimientos y un sindicato regional. La hegemonía corresponde a los metalúrgicos de Propulsora Siderúrgica y tenían un peso importante los astilleros (Río Santiago) y frigoríficos (Swift)" (2007, p. 248).

37 El 4 de junio de 1975, el Ministro de Economía de la Nación Celestino Rodrigo impulsó un conjunto de medidas económicas que serían recordadas como "Rodrigazo" y determinarían la realización del primer paro general impulsado por la CGT a un gobierno peronista. Las medidas implementadas incluyeron una devaluación del 160% para el tipo de cambio comercial y del 100% para el financiero, un drástico ajuste tarifario con aumentos que alcanzaron el 181% en combustibles y 75% del transporte urbano (Rapoport 2005, p. 570). Entre las consecuencias inmediatas del plan económico se registró un estallido inflacionario –llegaría al 292% antes de finalizar el año–, que afectó el salario real y recrudeció la puja distributiva (Löbbe 2006, p. 199).

38 El 3 de julio de 1975 un sector importante los trabajadores del ARS participaron de la movilización a la sede de la CGT en la ciudad de La Plata. Fue una movilización masiva con presencia de trabajadores de empresas de toda la región, Petroquímica General Mosconi, Hilandería Olmos, Esniafa, Corchoflet, empleados públicos, docentes y no docentes de la Universidad Nacional de La Plata. De la ciudad de Berisso llegaron movilizados los trabajadores del Frigorífico Swift, la columna fue de un número cercano a los 10.000 trabajadores. La movilización fue fuertemente reprimida por las fuerzas de seguridad.

terior de la fábrica, la permanencia extendida en la fábrica sin trabajar y una serie de acciones y reacciones individuales ante hechos vinculados estrictamente a la actividad productiva. Nos centraremos en la segunda mitad del año 1975, específicamente desde el atentado a la fragata misilística Santísima Trinidad, en tanto reconocimiento de este año como un tiempo donde se condensaron desarrollos previos en el seno de la clase trabajadoras, así como un momento clave en la configuración de la modalidad de la represión estatal.

El día 29 de octubre de 1975, los trabajadores del astillero emprendieron un plan de lucha por aumento de salario en un contexto de completa militarización del espacio fabril. Este conflicto presentó una escalada en la intervención militar - empresarial con registros en la espacialidad fabril. Rápidamente resultó alterado por el secuestro de seis trabajadores, militantes sindicales de la lista oficialista Azul y Blanca, que promovió a los trabajadores a aceptar una oferta salarial menor a lo requerido a fin de priorizar medidas colectivas para asegurar la aparición con vida de aquellos.³⁹

Los trabajadores fueron liberados el mismo día del acuerdo en cercanías de la sede sindical. La aparición de los seis trabajadores coincidió con un extendido rumor sobre la complicidad de la patronal y la burocracia sindical a fin de, en la forma de un auto-secuestro, condicionar el conflicto original y forzar la aceptación de la oferta salarial de la empresa. La resolución de la asamblea obrera fue retomar las medidas de fuerza.⁴⁰

En este marco, la dirección militar del astillero modificó radicalmente el orden de los acontecimientos y expulsó el conflicto de la espacialidad de la fábrica, con la implementación, novedosa en su trayectoria, de un *lock out*.⁴¹ El control represivo se extendió al territorio circundante a la empresa:

Se produjeron ayer disturbios en las inmediaciones del Astilleros y Fábricas Navales del Estado (AFNE) de Río Santiago, cuando el personal intentó realizar una asamblea en el interior del establecimiento, lo cual fue impedido por efectivos policiales. Esta situación motivó disparos de gases lacrimógenos, corridas y confusas escenas, aunque pudo saberse que no hubo lesionados. Desde hora temprana se advirtió una severa vigilancia policial en las inmediaciones del establecimiento, como así también en la plaza Belgrano de Ensenada, no permitiéndose el tránsito de vehículos ni las aglomeraciones de personal. Pudo observarse en esos lugares la presencia de coches patrulleros y policía montada, diseminados en varios sectores para evitar ulterioridades.⁴²

39 Los seis trabajadores secuestrados fueron Carlos Lapasta, Aníbal Matraccio, Nilo Bergenhau, Jorge Giménez, Juan Carlos Delleville y Néstor Toledo, todos militantes o dirigentes de la lista Azul y Blanca. DIPBA: Mesa "B", Carpeta 39, Legajo 43 Astillero Río Santiago de Ensenada, Tomo I.

40 "Nuevo planteo salarial de los trabajadores de Astillero Río Santiago", *El Día*, viernes 31 de octubre de 1975, p. 2.

41 "En la fecha, el personal de obreros de Astilleros Río Santiago, se presentó en su totalidad a cumplir con sus labores, no pudiendo ingresar a los Astilleros en razón de que la Dirección del establecimiento "CERRO SUS PUERTAS", manteniendo en las inmediaciones a personal de esta Policía en salvaguarda del orden e instalaciones de Astilleros". DIPBA: Mesa "B", Carpeta 39, Legajo 43 Astillero Río Santiago de Ensenada, Tomo I, Foja 35, 31 de octubre de 1975.

42 "Persiste el conflicto en Astilleros Río Santiago". En diario *El Día*, 1 de noviembre de 1975, p. 2.

La opción patronal por el cierre del establecimiento fabril se inscribió, a nuestro entender, en la creciente disputa con la parte obrera por el uso del espacio. Un comunicado del presidente de la empresa, Capitán de Navío Enrique Carranza, explicaba que el cierre del establecimiento respondió a “expresas directivas del titular del Ministerio de Defensa, Dr. Tomás Vottero, por las cuales se procedería al cierre inmediato de la planta ante la imposibilidad de cumplir con los requerimientos salariales de su personal”.⁴³ Sin embargo, las Actas de Directorio permitieron identificar esta acción como una iniciativa empresarial a fin de asegurar el control de la fábrica:

En dicha ocasión se expresó que se mantendrá la prohibición de ingresar al ARS hasta tanto se comunique al Señor MINISTRO DE DEFENSA lo resuelto por el Directorio en relación a lo dispuesto por la Asamblea. Finalmente, luego de deliberar el DIRECTORIO RESOLVIÓ: 1) Ratificar lo actuado por el Señor Presidente y 2) Aconsejar al señor MINISTRO DE DEFENSA no acceder a lo solicitado por la Asamblea que informa la nota de ATE del 1º/ XI/75, ratificando la oferta hecha, sin ningún condicionamiento y manteniendo una vigilancia especial hasta tanto se evidencia un estado normal de disciplina en el ARS.⁴⁴

Esta operación patronal constituyó una de las acciones de mayor violencia simbólica y material hacia la fuerza de trabajo y tuvo efectos sobre sus expresiones individuales y colectivas al provocar un quiebre en la solidaridad y promover enfrentamientos previamente existentes en el colectivo obrero (Barragán 2015). La situación novedosa de expulsión del trabajo –por ende, del conflicto– del ámbito fabril llevó a los trabajadores a declinar los reclamos de mayores ingresos. La empresa, sin embargo, mantuvo el cierre del establecimiento como una potente herramienta disciplinadora.⁴⁵

En referencia a las formas de intervención en el espacio productivo, los sectores más movilizados incorporaron una moción en la que radicarón la resistencia al avance patronal: “El c/ Massuco ratifica las palabras del c/ Marotte, expresando que la consigna es entrar todos sin ningún tipo de represalias y sanciones, agregando a dicha moción que sea sin ningún tipo de vigilancia fuera de lo normal”.⁴⁶ La vigilancia militar exacerbada dispuesta en los talleres constituyó el nuevo punto de confrontación entre las partes. El comunicado de la empresa del día 4 de noviembre afirmaba:

43 Personal de AFNE aceptó la propuesta empresarial y reanuda mañana sus tareas. En diario *El Día*, domingo 2 de noviembre de 1975, p. 2.

44 Acta n° 155, Libro de Actas de Directorio n° 3 AFNE, 1975 A19830, Foja 2. Fondo AFNE AI.

45 El Acta de la Asamblea General Extraordinaria realizada el día 1º de noviembre de 1975 dejó constancia de la presencia de aproximadamente 3.000 trabajadores. Se pusieron a consideración una serie de mociones en torno a la oferta salarial de la patronal y el retorno a la actividad productiva. Las mociones votadas fueron: 1º volver el día lunes al trabajo; 2º aceptar el ofrecimiento otorgado por la empresa en concepto de incremento salarial, quedando en claro que se reintegren todos los compañeros –de lo contrario, no entra nadie– y que se mantenga la integridad de los compañeros; es apoyada por aplausos. Expediente 140426/76 Asociación Trabajadores del Estado “Notificación Asamblea extraordinaria convocada por esta Seccional 1/11/76” Ministerio de Trabajo Delegación La Plata, 7 de enero de 1976, Fondo Ministerio de Trabajo AI del AGN.

46 Ídem. Foja 2.

No está en nuestro ánimo aplicar sanciones o despidos, pero de todas formas los condicionamientos impuestos por los trabajadores respecto a la vigilancia en el establecimiento, por ejemplo, son totalmente inaceptables. La seguridad y el orden en el trabajo y la producción son imperativos insoslayables para AFNE.⁴⁷

Las *condiciones especiales* referían a la persistencia de las medidas de vigilancia militar en los talleres. La gestión de la espacialidad –en esta oportunidad el impedimento del acceso a la planta productiva– permitió a la dirección empresarial limitar el aumento salarial solicitado por los trabajadores, modificar las condiciones de negociación, disciplinar y profundizar los enfrentamientos entre los distintos sectores obreros.

El día 17 de marzo de 1976, los trabajadores definieron un cese de actividades de una hora en reclamo de un nuevo aumento salarial, previendo incrementar la medida a dos horas el día 18 de marzo y tres horas el día siguiente.⁴⁸ En respuesta, la empresa recurrió nuevamente al *lock out*: el 19 de marzo de 1976 cerró sus puertas.⁴⁹ Ese mismo día fueron secuestrados tres trabajadores: Fortunato Agustín Andreucci,⁵⁰ sub-delegado de la sección de fundición; Jorge Pedro Gutzto,⁵¹ delegado, técnico electricista; y José Luis Lucero,⁵² militante sindical. Sus cuerpos sin vida fueron encontrados en la localidad vecina de Abasto.⁵³ La empresa recuperó el control de la espacialidad de manera contundente hacia fines del año 1975. Las primeras muertes de trabajadores y militantes, sumadas al *lock out*, generaron las condiciones de indefensión, quiebre y enfrentamiento en que estos trabajadores y sus representantes sindicales afrontaron la represión sistemática a partir del 24 de marzo de 1976.

La Directiva n° 1/75 organizó la represión en todo el territorio nacional a partir de una cuadrícula y estableció misiones específicas y ámbitos de incumbencia para cada una de las armas. La jurisdicción de la ARA comprendió: el mar, los ríos navegables, sus riberas, zonas portuarias y las zonas circundantes a las bases y establecimientos en tierra.⁵⁴ El esquema organizativo de la fuerza no se basó –como en el caso del EA– en una división del territorio, sino en aquellas regiones circundantes a su propia

47 Se mantiene cerrado el astillero de Río Santiago, *El Día*, martes 4 de noviembre de 1975, p. 2 y Sigue inactivo el astillero de Río Santiago, *El Día*, miércoles 5 de noviembre de 1975, p. 2.

48 DIPBA: Mesa B, Carpeta 39, Legajo 35 “Coordinadora de Gremios-Comisiones Internas y Delegados en lucha La Plata, Berisso y Ensenada”, folio 31, 19 de marzo de 1976.

49 “Se consigna, que en las primeras horas de la mañana, se agrupó frente al acceso principal a Astilleros gran cantidad de obreros a los cuales se los retiró del lugar con personal militar (marina)”. DIPBA: Mesa B, Carpeta 39, Legajo 35 “Coordinadora de Gremios-Comisiones Internas y Delegados en lucha La Plata, Berisso y Ensenada”, folio 32, 19 de marzo de 1976.

50 Informe CONADEP, 2006. *Nunca Más. Anexos*. Buenos Aires: EUDEBA, Tomo II, p. 981.

51 Informe CONADEP, 2006. *Nunca Más. Anexos*. Buenos Aires: EUDEBA, Tomo II, p. 1037.

52 Tenía 29 años. No figura en el informe *Nunca Más*.

53 Asesinaron a tres obreros del Astillero naval y a un estudiante en City Bell, *El Día*, domingo 21 de marzo de 1975, Tapa y p. 6.

54 Plancintara, 21 de noviembre de 1975, foja 8.

infraestructura y al agua como su elemento natural de acción como *una sola zona de defensa* y contemplaba la conveniencia de garantizar una amplia libertad de acción e iniciativa regional para las diferentes fuerzas operativas que dispuso regionalmente.⁵⁵ En la práctica esta lógica implicó enorme discrecionalidad en el funcionamiento de los dispositivos represivos.⁵⁶

La ARA organizó un total de once Fuerzas de Tareas (FT) operativas en diferentes áreas de interés (Barragán y Zapata 2015). Para Ensenada, la FT5 “Agrupación Río Santiago” incluyó en su zona de incumbencia: la Escuela Naval Militar (ubicada frente al ARS, cruzando el Río Santiago), el Liceo Naval Almirante Brown, el Hospital Naval Río Santiago, el Batallón de Infantería de Marina n° 3 (BIM3), Prefectura La Plata, Centro de Incorporación y Formación de Conscriptos de Infantería de Marina; dependencias con asiento en La Plata, Berisso y Ensenada.⁵⁷

La ARA convirtió a partir del mismo 24 de marzo de 1976 a la empresa Astillero Río Santiago en un área operativa y utilizó sus recursos e infraestructura como parte del circuito represivo volcado sobre militantes sindicales y sus propios trabajadores. La incorporación del ARS al circuito represivo se realizó sin desmantelar el funcionamiento productivo de la planta. El Acta n° 163 del directorio de AFNE, del día 3 de marzo de 1976, mencionó en el orden del día el tratamiento de una cuestión de enorme relevancia para el funcionamiento y la gestión de la espacialidad del astillero:

- 3) Proyecto del COMANDO GENERAL DE LA ARMADA de establecer una zona militar dentro del ARS y las nuevas medidas de seguridad tomadas en la construcción del “T-42” y el BDT. El proyecto de zona militar en el ARS está a consideración del MINISTERIO DE DEFENSA.⁵⁸

La militarización, que de hecho regía como norma de control de la espacialidad en el astillero desde el mes agosto de 1975, se plasmó, en el marco del PLANCINTARA y de la DSN, en la voluntad particular de los marinos de sustraer completamente a la empresa del ámbito de lo civil para sumergirla en lo militar y, específicamente, en la estructura represiva de la Fuerza de Tareas 5.⁵⁹

55 “La complejidad de la subversión y las características del enemigo imponen la necesidad de emplear los medios de la ARMADA disponibles en su jurisdicción con la más amplia libertad de acción e iniciativa regional, para intervenir en todas aquellas situaciones en que puedan existir contracciones subversivas”. Plancintara Secreto, Copia n° 0000, Comando General de la Armada, 21 de noviembre de 1975, foja 1 de Anexo B.

56 La historiadora Gabriela Águila señala la importancia de la dimensión regional para acercarnos a una mayor complejidad en la recuperación histórica de los procesos represivos, de forma que esta perspectiva contemple “la disponibilidad de recursos y los variables grados de autonomía en el accionar de las fuerzas intervinientes” (Águila 2013, p. 99).

57 Plancintara, 21 de noviembre de 1975, foja 4.

58 Libro de Actas de Directorio n° 3 AFNE, 1975 A19830, foja 23. Fondo AFNE AI. El T-42 era la fragata Santísima Trinidad y el BDT era una unidad naval más pequeña para la Marina de Guerra bautizada “Cabo San Antonio”.

59 La incorporación del astillero al esquema operativo de la FT5 implicó no solo el aporte de vehículos de la empresa para el secuestro y traslado de las víctimas, sino el uso de un espacio del predio donde

IDEAS FINALES

La principal dimensión de análisis aquí desarrollada re-transita, desde la menor escala de observación, procesos de represión a la clase trabajadora. La imbricación planteada entre la gestión productiva - empresarial, lo militar y su despliegue en espacialidades situadas propone nuevos marcos de análisis para el conocimiento de los dispositivos represivos de la década de 1970.

La modalidad violenta y marcial de gestión de la autoridad en la empresa se desplegó, entre otras dimensiones, en un registro espacial. El marino fue enunciador de un orden simbólico basado fuertemente en un tipo de autoridad, asimilada al cuartel, que buscaba hegemonizar la administración y distribución de los cuerpos en el astillero. La subversión de este orden, aunque sea en expresiones menores y aisladas, resultó inadmisibles para los oficiales de la ARA. La apropiación del espacio físico constituyó uno de los mayores desafíos que el trabajo desplegó, de forma inseparable a un conjunto de demandas, frente a la patronal militar. Es posible sostener que la lucha económica, que marcó la inscripción en dinámicas reivindicativas a nivel regional, la creciente demanda por mejoras en las condiciones de trabajo y la disputa por los usos de la espacialidad cobraron para importantes sectores obreros del ARS fuertes elementos de oposición de clase y de enfrentamiento de intereses con el marino patrón.

Dicha contienda fue obturada por la violencia que los marinos desplegaron hacia fines de 1975 y consolidaron posteriormente en el marco del plan represivo estatal. La militarización del espacio fabril y la violencia ilegal / paraestatal volcada sobre los cuerpos de los primeros delegados secuestrados y asesinados aseguraron derrotas parciales y fueron la antesala de la represión sistemática desplegada por los oficiales de la Armada en el interior del astillero a partir del 24 de marzo de 1976. La gestión represiva de la oficialidad de la ARA se correspondió con los objetivos del Plan de Capacidades del arma y de la Junta Militar, pero en el interior de la empresa revistió un carácter disciplinador de ribetes revanchistas sobre un colectivo obrero que subvirtió la *pax* industrial. La voracidad desplegada territorialmente por la Fuerza de Tareas 5 sobre trabajadores y militantes sindicales se magnificó en el interior de la planta de manera de recomponer el orden de autoridad, la racionalidad económica a favor del empleador y, principalmente, un uso hegemónico de la espacialidad donde el control y la disposición de los cuerpos nuevamente tomó su tradicional carácter autoritario.

BIBLIOGRAFÍA

ÁGUILA, G., 2013. La represión en la historia reciente argentina: fases, dispositivos y dinámicas regionales. En: G. ÁGUILA y L. ALONSO (coords.), *Procesos represivos y actitudes sociales: entre la España franquista y las dictaduras del Cono Sur*. Buenos Aires: Prometeo Libros. pp. 97-122.

se las mantuvo cautivos a los detenidos hasta su posterior traslado a la Escuela Naval y la sesión de un espacio para el funcionamiento de la Sección de Tracción Terrestre de la FT5. (Barragán y Zapata 2015).

- BARRAGÁN, I., 2013. "Para el bien de la Nación" Gestión militar de empresas estatales, prácticas de integración y represión de la fuerza de trabajo desde la perspectiva de caso. El Astillero Río Santiago 1973-1976. *Avances del Cesor* [en línea], vol. X, n° 10, pp. 53-72. Disponible en: <http://www.ishir-conicet.gov.ar/archivos/avances10.pdf>
- 2014. Matilde Itzigsohn, la militancia sindical de base y la violencia. Trayectoria en una fábrica de hombres, el Astillero Río Santiago (1973-1976). *Amerika*. [en línea] n° 11. Disponible en: <http://amerika.revues.org/5661>
- y F. RODRÍGUEZ, 2012. Clase, género, politización y violencia. Los casos del Astillero Río Santiago y Propulsora Siderúrgica 1974-1975. *Revista de Estudios Marítimos y Sociales* [en línea], vol. 5, n° 5, pp. 43-54. Disponible en: <http://estudiosmaritimos.files.wordpress.com/2014/01/rem-s-nc2ba-5-6-dossier-gc3a9nero-y-clase-barragc3a1n-y-rodrc3adguez.pdf>
- y B. ZAPATA, 2015. Dictadura militar y represión a la clase trabajadora. La Armada Argentina, marco doctrinario y operaciones represivas en perspectiva regional para los casos de Ensenada y Bahía Blanca. *Diacronie* [en línea], n° 24. Disponible en: http://www.studistorici.com/wp-content/uploads/2015/12/01_BARRAGAN-ZAPATA.pdf
- BASUALDO, V., 2010. Los delegados y las comisiones internas en la historia argentina: 1943-2007. En D. AZPIAZU, V. BASUALDO y M. SCHORR, *La industria y el sindicalismo de base en la Argentina*. Buenos Aires: Cara o Ceca. pp. 81-157.
- BELINI, C. y M. ROUGIER, 2013. la Dirección General de Fabricaciones Militares durante sus primeros veinte años de vida. En C. BELINI y M. ROUGIER, *El Estado empresario en la industria argentina*. Buenos Aires: Manantial. pp. 49-82.
- BERTRAU, D., 2013. *Relatos de vida. Perspectiva etnosociológica*. Barcelona: Balltera.
- BRENNAN, J., 1994. *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba, 1955-1976*. Buenos Aires: Sudamericana.
- y M. GORDILLO, 2008. *Córdoba rebelde. El Cordobazo, el clasismo y la movilización social*, Buenos Aires: Ediciones De la Campana.
- CAFFASO, M. E., 2004. *Astillero Río Santiago*. Gobierno de la Provincia de Buenos Aires: AFNE.
- CALVEIRO, P., 2001, *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*, Buenos Aires: Colihue.
- CECCHINI, D. y A. ELIZALDE LEAL, 2013. *La CNU. El terrorismo de Estado antes del golpe*. Buenos Aires: Miradas al Sur.
- COLOMBO, P., 2011. Espacio y desaparición: los campos de concentración en Argentina, *Isegoria*, n° 45, pp. 639-652.
- 2013. Del traslado de detenidos desaparecidos o el espacio en movimiento: hacia una fenomenología de la percepción distorsionada. En *Papeles del CEIC*, vol. 2013/1, N° 94. Disponible en: <http://www.identidadcolectiva.es/pdf/94.pdf>
- DAWYD, D., 2011. La "huelga santa" de los petroleros de Ensenada. Petróleo, peronismo y política en el 68 argentino. En V. BASUALDO (Coord.), *La clase trabajadora argentina en el siglo xx: experiencias de lucha y organización*, Buenos Aires: Cara o Seca. pp. 81-114.
- DE CERTEAU, M. (1990) 2010. *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*. México D.F.: Universidad Iberoamericana Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.
- FOUCAULT, M., 2002. *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- FRANCO, M., 2012. Rompecabezas para armar: la seguridad interior como política de Estado en la historia argentina reciente (1958-1976). *Contemporánea*, n° 2, Uruguay, pp. 77-96. Disponible en: https://www.academia.edu/7800847/Franco_Marina_Rompecabezas_para_armar_la_seguridad_interior_como_pol%C3%ADtica_de_Estado_en_la_historia_argentina_reciente_1958-1976_Revista_Contempor%C3%A1nea_No_2_Uruguay_ISSN_1688-7638_pp_77-96_2012
- FRASSA, J., 2010. Mercados internos de trabajo y relaciones laborales. La gestión del trabajo en una empresa estatal argentina en contextos de precarización. En *GTP Gestión de las personas y tecnologías* [en línea] n° 7. Disponible en: <http://www.revistagpt.usach.cl/sites/revistagpt.usach.cl/files/paginas/gpt07.pdf>

- LOBATO, M., 2001. *La vida en las fábricas. Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera (1904-1970)*. Buenos Aires: Prometeo.
- LOBBE, H., 2006. *La guerrilla fabril. Clase Obrera e izquierda en la Coordinadora de Zona Norte del Gran Buenos Aires*. Buenos Aires: Razón y Revolución.
- LORENZ, F., 2013. *Algo parecido a la felicidad. Una historia de la lucha de la clase trabajadora durante la década del setenta (1973-1978)*. Buenos Aires: Edhasa.
- RAPOPORT, M., 2006. *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2003)*. Buenos Aires: Ariel.
- ROMÁ, P., 2012. Acumulación de capital y conflictividad social en La Plata, Berisso y Ensenada, 1966-1969. En C. CASTILLO y M. RAIMUNDO (comps.), *El 69 platense. Luchas obreras, conflictos estudiantiles y militancia de izquierda en La Plata, Berisso y Ensenada durante la Revolución Argentina*. Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora. pp.157-184.
- ROUGIER, M., 2015. El complejo Militar-Industrial, núcleo duro del Estado empresario y la industrialización en la Argentina. En: A. M. REGALSKY y M. ROUGIER, *Los derrotados del Estado empresario en la Argentina. Siglo xx*: Universidad Nacional de Tres de Febrero. pp. 221-268.
- SCHNEIDER, A., 2005. *Los compañeros. Trabajadores, Izquierda y peronismo 1955-1973*, Buenos Aires: Imago Mundi.
- TORRE, J. C., 2004. *El gigante invertebrado. Los sindicatos en el gobierno, Argentina 1973-1976*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- WERNER, R. y F. AGUIRRE, 2007. *Insurgencia obrera en la Argentina, 1969-1976. Clasismo, coordinadoras interfabricales y estrategias de la izquierda*, Buenos Aires: IPS.

DOSSIER

*PANAMERICANISMO, HISPANOAMERICANISMO
Y NACIONALISMO EN LOS FESTEJOS IDENTITARIOS
DE AMÉRICA LATINA, 1880-1920*

*PAN-AMERICANISM, HISPANO-AMERICANISM
AND NATIONALISM IN LATIN AMERICAN
IDENTITY FESTIVITIES, 1880-1920*

PANAMERICANISMO, HISPANOAMERICANISMO Y NACIONALISMO EN LOS FESTEJOS IDENTITARIOS DE AMÉRICA LATINA, 1880-1920

PERFORMANCES Y ENCRUCIJADAS DE DIPLOMÁTICOS E INTELLECTUALES

PAN-AMERICANISM, HISPANO-AMERICANISM AND NATIONALISM IN LATIN AMERICAN IDENTITY FESTIVITIES, 1880-1920. DIPLOMATS' AND INTELLECTUALS' PERFORMANCES AND CROSSROADS

Pablo Ortemberg¹

There are two Americas —Anglo-Saxon and Hispanic. They differ in temperament and attitude toward life. Panama, because of its location, its history, and the temperament of its people, understands them both.

Harry T. Collings²

Desde hace varios años, los autores de este *dossier*, junto a su coordinador, integramos estrechos lazos de colaboración académica con una agenda orientada al estudio de los centenarios patrios desde el punto de vista de las circulaciones de intelectuales y diplomáticos, entre países latinoamericanos, así como también entre estos y los Estados Unidos y Europa. Este impulso se inscribe en un campo disciplinar que desde hace un tiempo viene cobrando vigor y que podríamos reconocer como historia cultural de las relaciones internacionales. Esta perspectiva se nutre, asimismo, de los últimos aportes de la historia cultural y política, de la historia de los intelectuales y de las miradas que ofrece la antropología sociocultural.

La originalidad del *dossier* que presentamos en esta ocasión proviene del triple cruce temático que los autores se han propuesto transitar y que puede sintetizarse en el siguiente objetivo: comprender la dinámica de las ideas y los proyectos panamericanistas-hispanoamericanistas-nacionalistas a partir del estudio de las conferencias y exposiciones, con prioridad –pero no exclusivamente– de aquellas vinculadas a las conmemoraciones de los centenarios patrios latinoamericanos. Los cuatro trabajos constituyen una muestra de casos que permite enriquecer distintas discusiones, desde un abordaje que considera, a la vez, el plano de los debates intelectuales, los proyectos políticos en pugna y las *performances* simbólicas de los Estados en proceso de consolidación.

1 Universidad Nacional de San Martín / Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina.

2 Delegado al Congreso de Panamá por la University of Pennsylvania y la American Academy of Political and Social Science, 1926.

Para el desarrollo de tal empresa, partimos de un doble convencimiento. Por un lado, de que los festejos de los centenarios patrios son objetos privilegiados para poner a prueba un acercamiento multidimensional (ideas, exposiciones, conmemoraciones), en la medida que se ofrecen como geertzianos “hitos de significación densa” que no solo reflejan un equilibrio de fuerzas políticas e identidades diversas en disputa –que exceden a actores de la elite política y letrada– sino que participan creativamente en su definición. Una de las premisas de la antropología y de la historia cultural es que la acción simbólica no es mero reflejo, sino que cumple una función performativa de lo político. De otro lado, asumimos que las tres dimensiones aludidas cobran vida y se entrelazan a partir de la actuación de un elenco de articuladores culturales y políticos individuales (diplomáticos, intelectuales, empresarios, hombres de ciencia, educadores, etc.) y colectivos que incluye toda gama de asociaciones e instituciones (ministerios de relaciones exteriores, universidades, institutos de conferencias, asociaciones estudiantiles, órganos de prensa, agentes de comercio, asociaciones de inmigrantes, entre tantos otros). En mayor o menor medida, estos articuladores fueron una pieza clave en la construcción de las relaciones internacionales entre Estados, así como agentes importantes en la cristalización de imaginarios nacionales y continentales y en la realización de proyectos políticos y económicos que encararon los países de América Latina durante la transición del siglo XIX al XX.

En el marco de esa transición, surgió el movimiento panamericanista impulsado por Estados Unidos, ya consagrado como potencia industrial en busca de nuevos mercados en la región, hasta el momento dominados por capitales europeos. La iniciativa propugnada por el secretario de Estado Blaine en 1881 se materializó más tarde en una serie de conferencias en las que participó siempre un elenco considerable de países del continente. Sus ideólogos recuperaron, como principio de la integración hemisférica, el discurso pronunciado por el presidente Monroe ante el congreso de 1824, pero su ambigüedad y descontextualización sirvió desde el primer momento a lecturas divergentes y terminó por constituirse en una “mitología política” (Dumont 2013, p. 211, toma el concepto de Coleman 1980) que no dejaba de incluir en su evocación la recuperación del Congreso convocado por Simón Bolívar en 1824 como antecedente –ambos elementos de la “mitología panamericana” son analizados en el artículo de Pita González en este *dossier*–. Es decir, ¿la doctrina Monroe protegía las soberanías de la región o justificaba las intervenciones por parte de Estados Unidos? El corolario Roosevelt de 1904 y la práctica de la diplomacia del garrote y del dólar parecían despejar toda duda. La constatación permanente del “*double bind*” de los gobiernos norteamericanos (discursos de respeto a las soberanías americanas que contradecían repetidas intervenciones militares en muchos países) apenas pudo ser morigerada por el idealismo del presidente Wilson. Recién se produjo un cambio significativo en la política exterior norteamericana con el inicio de la diplomacia de la “buena vecindad” preconizada por el presidente demócrata Franklin Delano Roosevelt en la década del ‘30, con signos previos en el memorando Clark de 1928. Se abre allí, entonces, una etapa con otras singularidades que excede la periodización de los trabajos del presente *dossier*.

La primera Conferencia Panamericana de 1889 generó de inmediato una reacción antinorteamericana por parte de muchos países, en especial de los delegados argentinos, quienes, además de oponerse al implícito tutelaje de Washington, no deseaban perturbar el comercio de su país con Inglaterra. Será la guerra hispano-norteamericana de 1898 la que bruscamente concretará el cambio de percepciones de los países del continente con respecto a Estados Unidos y España, visto el primero como una amenaza por su expansionismo e intervencionismo en el Caribe, Centroamérica y posteriormente México (invasión del puerto de Veracruz en 1914) y vista la ex metrópoli, ya sin poderío, como la “madre patria” espiritual de las repúblicas. No por nada será España la invitada de honor en muchos de los centenarios patrios hispanoamericanos, del mismo modo que los países hispanoamericanos tendrán su sitio en los festejos identitarios orquestados por España. Así, la guerra de Cuba y las últimas colonias españolas dieron nuevos bríos al movimiento de ideas hispanistas y latinoamericanistas en su versión modernista o lírica, en figuras como José Martí, Rubén Darío o José Enrique Rodó, o en forma “práctica” con participación directa de instituciones españolas que buscaban la “reconquista espiritual” de sus excolonias, con suerte diversa en el marco del llamado “regeneracionismo”. Así lo atestigua, por ejemplo, el Congreso Social y Económico Hispano-Americano de Madrid de 1900 (García-Montón 1999, Salisbury 2000, García 2002). Es importante subrayar que estos movimientos surgieron en oposición dialéctica al panamericanismo emergente; oposición que se acrecentó y complicó durante las primeras décadas del siglo XX, en especial durante los años 20 con el auge antiimperialista en el mundo intelectual que resultó vertebrador de nuevas corrientes políticas dinamizadas por la influencia continental de la revolución mexicana, el impacto mundial de la revolución rusa y el movimiento reformista que estalló en 1918 en Córdoba y se expandió al resto de Latinoamérica (Funes 2006). En ese contexto, descollaron figuras como Manuel Ugarte, José Ingenieros, Alfredo Palacios, José Carlos Mariátegui, Víctor Raúl Haya de la Torre, José Vasconcelos, entre tantos otros referentes latinoamericanistas no menos importantes. En esta interacción entre panamericanismo y latinoamericanismo en su variante indigenista o hispanista, se pusieron en juego proyectos e identidades transnacionales de signo contrapuesto que se articularon de diferentes modos con las búsquedas, en cada país, de la identidad nacional, en función de la construcción estatal y, al mismo tiempo, la preocupación de aquellos nuevos actores políticos.

Las identidades y los proyectos políticos en pugna encauzados por estos movimientos y agentes estatales fueron disputados en distintos escenarios. En este *dossier*, se prioriza la serie de Conferencias Panamericanas entre 1889 –Primera Conferencia– y 1926 –Congreso de Panamá–, en diálogo con la serie que abre el conjunto de exposiciones y conferencias asociadas a las conmemoraciones de los centenarios patrios junto con otras ferias importantes, desde 1882 (Exposición continental en Buenos Aires) hasta 1924 (Centenario de la batalla de Ayacucho). En este sentido, incluidos en este último registro, el Centenario de Mayo de 1910, el Centenario “transnacional” del Descubrimiento del Mar del Sur de 1913 y, dentro de la segunda oleada latinoamericana de

este tipo de celebraciones, el Centenario de la batalla de Ayacucho en Lima, son analizados respectivamente en sus artículos por Bruno, Moreno Luzón y Martínez Ríaza. Estos eventos constituyen auténticos laboratorios en donde se ponen a prueba, mediante diferentes estrategias visuales, textuales, discursivas, artísticas y arquitectónicas, las relaciones internacionales, las identidades nacionales y los proyectos panamericanistas e hispanoamericanistas. De este modo, el *dossier* permite recorrer un triángulo de intercambios diplomático, intelectual, comercial y “representacional” entre algunos países latinoamericanos (Argentina, Panamá, Perú), España y Estados Unidos.

La relación entre las dos series de eventos resulta una perspectiva original y fecunda que este *dossier* comienza a poner de relieve. En particular, el Centenario argentino de Mayo de 1910 fue un festejo que cobijó también en Buenos Aires a la Cuarta Conferencia Panamericana, analizada por Pita González en su artículo, junto con la siguiente, la Quinta Conferencia de Santiago de Chile de 1923, un año después del Centenario de Brasil y un año antes del Centenario de la batalla de Ayacucho. En la Quinta Conferencia se exaltó la figura de Simón Bolívar y se diseñó la organización de la reunión interamericana en Panamá para 1926 con motivo del Centenario del Congreso Anfictiónico. Los usos del pasado para legitimar un presente y proyectar un futuro operaron de diversas maneras entre los panamericanistas, los latinoamericanistas, los hispanistas y los constructores de narrativas nacionales de diferentes latitudes. La épica de la emancipación y su panteón de héroes permitieron múltiples apropiaciones, a veces en tensión y otras en forma aglutinante, como puede advertirse en el trabajo de Pita González.

El movimiento panamericanista, de acuerdo con David Sheinin, ha sido abordado por los analistas desde múltiples disciplinas, con diversas metodologías y a partir de los más variados temas, debido, por empezar, a su amplitud semántica que dificulta todo intento de encontrar una definición precisa (Sheinin 2000, p. 213). De hecho, existe una inmensa literatura que puede rastrearse desde la emergencia del movimiento, aunque la mayor parte de las obras de consulta fueron escritas durante la época de la guerra fría. Por ejemplo, Samuel Guy Inman, personaje protagónico en varias conferencias panamericanas, que obró como articulador excepcional en el trabajo de Pita González para este *dossier*, publicó en 1965 una detallada historia de las conferencias interamericanas (Inman 1965). En esa época, aparece también una serie de publicaciones de denuncia al panamericanismo como instrumento de hegemonía imperialista de los Estados Unidos por parte de autores marxistas, tales como Alonso Aguilar (1965) y, un poco antes, Ezequiel Ramos Novoa (1955). De acuerdo con Sheinin, la producción académica generada al calor de la guerra fría sobre el tema ha enfatizado la dimensión imperialista perdiendo de vista importantes espacios de negociación y niveles de intercambio en que los gobiernos latinoamericanos demostraron no ser agentes pasivos del panamericanismo yanqui sino agentes muy activos en procura de sus propios intereses. Dumont demuestra esto en sus investigaciones, en las que incorpora la creación y el devenir de la Sociedad de Naciones, percibida por muchos países latinoamericanos como una oportunidad para hacerle contrapeso al unilateralismo estadounidense intrínseco al movimiento panamericanista (Dumont 2013, p. 259).

Así, según los espacios académicos norteamericanos o latinoamericanos, el panamericanismo, hasta su transformación en la actual OEA, fue abordado desde las ciencias políticas, el derecho internacional, la historia diplomática, la economía y más recientemente desde la historia de la cooperación cultural y tecnológica. Las ramificaciones temáticas son, en efecto, muy numerosas y podrían agrupar bibliotecas enteras por cada país latinoamericano en la historia de sus relaciones con Estados Unidos. Por lo tanto, apenas mencionaremos de modo sucinto algunas de las muchas tendencias historiográficas actuales que consideramos relevantes y afines a la propuesta del *dossier*, en las cuales se inscriben originalmente sus autores.

Aunque tenga ya unos años, sigue siendo una referencia importante la compilación dirigida por Sheinin (2000). Más recientemente, los trabajos de Scarfi (2014, 2016, 2017) representan avances significativos en el análisis de la dimensión jurídica del panamericanismo en relación a la historia intelectual. En cuanto a las relaciones diplomáticas entre América Latina y, en particular, Argentina con los Estados Unidos, se destacan, entre otros, Sheinin (1998), Freeman Smith (2000), Cisneros y Escudé (1998) y Morgenfeld (2011). Una importante agenda de investigación aparece conducida por Ricardo Salvatore, orientada al examen de la dimensión cultural del panamericanismo desde su funcionalidad para la consolidación del “imperio informal”. Si Sheinin titulaba la introducción de su compilación “Rethinking Pan Americanism”, Salvatore titulaba “Re-pensar el imperialismo en la era de la globalización” la introducción de su importante trabajo colectivo publicado en 2005, aunque iniciado a partir de encuentros académicos desde 1999 (Salvatore 2005). Este autor recupera en su programa los aportes de los estudios culturales, subalternos y postcoloniales para renovar la historiografía sobre el imperialismo en Latinoamérica. Su perspectiva propone “[desarmar] la supuesta homogeneidad, linealidad y unicidad de la relación hegemónica imperial” para dar cuenta de la “heterogeneidad de los encuentros imperiales” (Salvatore 2005, p. 18). Por su parte, la historiografía francesa, aunque mucho menos prolífica en el tema, cuenta, sin embargo, con el clásico libro de Queuille (1969) y actualmente con las investigaciones de Blasco (2009) y de la ya mencionada Dumont, quien también presta especial atención a la dimensión cultural y a las representaciones cambiantes en juego, aunque en tensión con la perspectiva de Salvatore.

La tradicional historia de las ideas sobre panamericanismo y latinoamericanismo encuentra sus referentes clásicos en autores como Ardao (1986), quien subrayó la dicotomía entre los términos, aunque su perspectiva y más profundamente su posicionamiento disciplinar han sido superados por la historia conceptual y de los intelectuales. Estas últimas disciplinas inspiran la mayoría de los trabajos en la actualidad –inclusive los artículos de Paula Bruno y Alexandra Pita presentados en este *dossier*– interesados en la relación entre discursos intelectuales, formas de sociabilidad, circulaciones y configuración de redes cambiantes que obran directamente en la cristalización de representaciones identitarias y en el impulso de proyectos panamericanistas o latinoamericanistas, con modulaciones específicas según la heterogeneidad de las experiencias. Desde México, el latinoamericanismo postindependentista del siglo XIX ha sido, en el

último tiempo, analizado desde este enfoque en una compilación dirigida por Grados y Marichal (2004); y más recientemente Pita y Marichal (2012) coordinaron otra obra de relevancia sobre el antiimperialismo también desde la historia intelectual. De esto puede inferirse que en nuestro programa consideramos fundamental el diálogo disciplinar entre la historia de los intelectuales y la historia diplomática o de las relaciones internacionales, o bien la relación entre un “latinoamericanismo desde abajo” (Bergel 2012) con una amplia zona constituida por una capilaridad de actores e instituciones con mayor o menor participación en la dinámica estatal y la esfera gobernante.

La dialéctica entre panamericanismo e hispanismo catalizada por la guerra de 1898 capturó la atención de un sinnúmero de trabajos en España, Estados Unidos y Latinoamérica. Si la literatura sobre el primero de los términos ha sido preponderantemente objeto de politólogos, el segundo ha sido preferentemente tratado desde la historia cultural e intelectual. Además de compilaciones como la de Zea y Santana (2001), en Argentina, por ejemplo, existe un importante abanico de autores que se han dedicado al tema, desde Terán (1986) hasta más recientemente Bruno (2012) y López (2011), esta última también coordinadora de un *dossier*. Desde la academia norteamericana, son de trascendencia, entre otros, los trabajos de Pike (1971, 1986, 1992), Wiarda (1986) y Salisbury (2000), mientras que en España abundan los trabajos sobre el *Desastre* y la tendencia *regeneracionista* en relación a América Latina, como muestra la línea de trabajos transitada por Moreno Luzón (2010) y, focalizada en los intercambios entre España y Perú, por Martínez Rianza, con una extensa trayectoria en el tema desde los años 1990 hasta el presente (por ejemplo, 1994 y 2006); ambos autores participan en el presente *dossier*. El campo francés también ha brindado estudios de relevancia sobre el hispanismo y el hispanoamericanismo en los últimos años, como se observa en la tesis doctoral de Marilhac de 2006 y el conjunto de sus publicaciones.

De lo anterior se desprende que un acercamiento a estos problemas desde los discursos y las prácticas representacionales implica combinar diferentes áreas temáticas y bibliográficas ricamente heterogéneas. En este sentido, resulta fundamental entablar diálogo con los aportes de la historia cultural y de los estudios culturales que se han abocado al tema de las exposiciones en Europa, Estados Unidos y Latinoamérica, en su edad dorada: desde la *Great Exhibition* de Londres de 1851 hasta las de mediados del siglo xx. Al igual que con el tema del panamericanismo, las exposiciones internacionales constituyen un objeto que ha sido examinado desde muy diversas perspectivas, especialmente desde la década de 1980 hasta el presente. Si para las potencias del hemisferio norte estos eventos fueron una arena simbólica por el poderío imperial en su aspecto económico, cognitivo, tecnológico, taxonómico, militar y –en sentido amplio– civilizatorio, para las jóvenes repúblicas latinoamericanas fueron un recurso para obtener reconocimiento del grado de modernidad alcanzado –o escenificado– a la vez que un medio publicitario para atraer inversiones e inmigrantes a un Estado que se encontraba en proceso de consolidación y pretendía darse a conocer al mundo. Estos eventos gigantescos combinan saberes y actores específicos, estrategias visuales que instalan dis-

cursos de nación y modos de construcción de alteridades que se fueron traspasando y modificando sucesivamente de una exposición a otra y de una gran ciudad a otra –por ejemplo, la exposición de Filadelfia de 1876 se inspiró e intentó superar a la Universal de París de 1867. Es más, el abordaje de las exposiciones europeas puede incluir escenarios transnacionales, como las que estudia Hoffenberg (2001) en tres ciudades importantes del imperio británico: Londres, Sydney y Calcuta. O bien una comparación entre varias de ellas organizadas en diferentes capitales europeas, como efectúa Geppert (2010) con el fin de analizar los medios de comunicación involucrados y las formas escenográficas que producen una ilusión de yuxtaposición entre pasado, presente y futuro, o los diferentes modos de representar la relación entre metrópoli y colonia. En la actualidad, la cercanía del centenario de la exposición internacional de San Francisco de 1915 por la inauguración del Canal de Panamá y la reconstrucción de la ciudad dio estímulo a nuevos trabajos, como los de Moore (2013), quien la contempla como un teatro de las pretensiones imperiales de Estados Unidos, o el de Ackley (2014), quien revela los dramas de su construcción; ella también es examinada por Moreno Luzón en el presente *dossier*.

Los países latinoamericanos también realizaron su propio aprendizaje como organizadores y participantes de exposiciones de diferente alcance. Los dilemas de la exhibición del progreso, la forja de identidades nacionales asimismo están presentes en estos casos, como desarrollan, por ejemplo, Andermann (2006) o más recientemente Uslunghi (2016). En particular, respecto de las participaciones del México porfiriano y postrevolucionario en diversas exposiciones internacionales, contamos con el pormenorizado estudio de Tenorio Trillo (1998), para quien la larga vida de estos eventos confirma, no sin ironía, que “el anhelo en pos de la modernidad resultó ser de lo que se trataba la modernidad” (Trillo 1998, p. 27). Sobre el caso argentino, se destacan los trabajos compilados por Di Liscia y Lluch (2009) que enseñan la variedad posible de abordajes ante estos objetos. Por último, más cercano al tipo de cruce temático que orienta a este *dossier*, destacamos nuevamente el programa de investigación de Salvatore (por ejemplo, 2006) y particularmente los estudios de Zusman, en esa misma línea. Esta autora, por ejemplo, emprende un interesante examen de los modos en que se “negocia” el proyecto panamericanista y la identidad nacional según los valores civilizatorios, mediante las estrategias visuales entre Argentina y el país anfitrión durante la Exposición Panamericana de Buffalo de 1901 (2001).

Las exposiciones internacionales tuvieron su auge en Latinoamérica como número protagónico de las conmemoraciones de los centenarios patrios, en su oleada alrededor del año 1910 y luego durante la primera mitad de la década de 1920. Por esta razón, los estudios sobre estas conmemoraciones están estrechamente vinculados a las aproximaciones que acabamos de referir sobre las exposiciones y ferias, así como también a las indagaciones de la historia intelectual y de las ideas políticas. En efecto, los centenarios latinoamericanos –objeto central en los dos últimos trabajos en este *dossier* y eje importante en los dos primeros– han sido por lo general estudiados, gracias a sus exposiciones, como momentos de escenificación de la entrada a la modernidad, como por ejemplo en Reyes (2007) o Martuccelli (2006); hitos en la historia de

las transformaciones urbanas y materiales, como Gorelik (1997) o Gutman (1995); hitos en la institucionalización de un arte nacional, por ejemplo en Malosetti Costa (2010) y Muñoz (1998); dispositivos cruciales en la labor nacionalizadora sobre los inmigrantes y, al mismo tiempo, oportunidad para la visibilidad de estas colectividades, entre otros, Zárate Toscano (2010). Más cerca de la propuesta del *dossier*, estos festejos también pueden abordarse como momentos de inflexión en la historia de las ideas y de los intelectuales (las llamadas “generación del Centenario”), por caso, en Altamirano y Sarlo (1997), o desde los estudios culturales Fernández Bravo (2006). Por ello, los centenarios constituyen una arena pública privilegiada en la que entran en colisión o bien coexisten en armonía diferentes concepciones de nacionalismo, cosmopolitismo, americanismo, hispanoamericanismo y antiimperialismo. Se incorporan actualmente nuevas líneas de trabajos que analizan desde el prisma de estos festejos la relación entre cultura, diplomacia y usos del pasado, como es el caso de los ya aludidos Moreno Luzón y Martínez Ríaza, para las relaciones entre España y América Latina, y Ortemberg (2014, 2015 y 2016), ceñido a las relaciones internacionales dentro de Latinoamérica.

Los cuatro artículos que integran este *dossier* se presentan siguiendo un orden cronológico en combinación con un criterio metodológico. Mientras los trabajos de Bruno y Pita González parten de un personaje (articulador político-cultural) que interviene en diversos acontecimientos, los artículos de Moreno Luzón y Martínez Ríaza, al contrario, parten de un acontecimiento –o varios, en el caso de Moreno Luzón– en el que participa una serie de articuladores político-culturales. De este modo, abre el *dossier* la colaboración de Paula Bruno desde el “mirador” Groussac, intelectual franco-argentino que se convirtió en experto en diversas exposiciones finiseculares y de los primeros años del siglo xx al mismo tiempo que construyó su prestigio personal como figura de intelectual público y legitimó la moderna consolidación de este campo, en un camino lleno de triunfos y reveses o apartamientos. Su particular identidad franco-argentina le permitió tener, como señala la autora, un “rol bidireccional como articulador o embajador cultural” en un momento de reconfiguración identitaria a nivel nacional y continental, con la guerra hispano-norteamericana como punto álgido de inflexión en el eco latinoamericanista de este personaje y de muchos sectores de la intelectualidad. La autora identifica, sin embargo, la renuencia de Groussac ante los discursos nacionalizantes que necesariamente mediaban las colaboraciones entre intelectuales y organizadores de exposiciones.

Alexandra Pita González escoge la figura del misionero protestante e intelectual norteamericano Samuel Guy Inman, cuyo panamericanismo no ha coincidido siempre con las directivas de Washington. Este personaje fue un actor político importante que reflexionó sobre la Cuarta Conferencia Panamericana de 1910, durante el Centenario argentino, y asistió a la Quinta, de 1923, que tuvo lugar en Santiago de Chile. En la primera, la autora examina, a través de su mirada, la relación entre conmemoración y el proyecto panamericano junto con los problemas suscitados por la difícil imposición de la Doctrina Monroe, especialmente luego del corolario Roosevelt. Mediante su actuación como “observador” no oficial en Santiago, Pita González reconstruye los

debates en torno a la posibilidad de reconfigurar la Unión Panamericana que proponen muchos delegados latinoamericanos y en las que Inman aparece como consultor tras bambalinas. En ese contexto, interpreta los usos de las figuras de Colón, Bolívar y Clay propuestas como símbolos de cohesión panamericana y la determinación de la realización de un congreso bolivariano previsto en Panamá para 1926, en conmemoración del Centenario del Congreso Anfictiónico convocado por Bolívar. Una de sus conclusiones es que el panamericanismo, antes que oponerse, intentó aprovechar los centenarios patrios y los héroes nacionales hispanoamericanos para obtener consenso en los encuentros y dar legitimidad al proyecto impulsado por Washington.

Por su parte, Javier Moreno Luzón centra su artículo en el análisis de, según sus palabras, “los nexos transnacionales de los proyectos nacionalizadores” a partir de las múltiples apropiaciones del IV Centenario del Descubrimiento del Océano Pacífico y de su héroe, Vasco Núñez de Balboa. Importantes sectores de la sociedad civil y las autoridades del Estado de California, en colaboración con grupos de residentes españoles, desplegaron recursos y energía para celebrar con festivales, exposiciones y monumentos al héroe español, con el fin de construir un linaje español del Estado y, de ese modo, distinguirse de los demás. Pero no solo eso: la exaltación norteamericana se debía también a la inauguración, en aquellos años, del Canal de Panamá, proeza del gran Calibán cuyo antecedente se “localizó” en el aventurero español. Por su parte, el joven Estado de Panamá también celebró el centenario y a su héroe para afirmar su raíz hispánica y encontrar un padre fundador en la forja de su identidad nacional. Los articuladores político-culturales se multiplican porque entra en escena el Estado español, solicitado sin gran éxito como invitado de honor en los eventos norteamericanos, debido al fresco recuerdo de la guerra en los sectores conservadores, pero especialmente solícito ante las invitaciones del gobierno panameño. De este modo, el autor muestra los circuitos formales e informales por los que, a través del diseño de exposiciones y festejos, se producían diferentes imaginarios identitarios, locales, nacionales y transatlánticos.

Por último, el texto de Ascensión Martínez Ríaza examina los desencuentros entre el gobierno español (el Rey, el Directorio Militar y el cuerpo diplomático) y el gobierno peruano de Augusto B. Leguía en el contexto de la organización y el desarrollo del Centenario de la batalla de Ayacucho en 1924. Acorde con el hispanismo de la época, pese a su economía abierta a la banca norteamericana, Leguía intentó infructuosamente que España enviara una embajada extraordinaria a los festejos limeños, tal como había hecho en 1921, por el Centenario de la Independencia. El uso del pasado y la “reconquista espiritual” evidenciaron sus limitaciones: las autoridades de la exmetrópoli, en general, aceptaron participar en los centenarios de las independencias hispanoamericanas, pero consideraron un desatino asistir a la conmemoración de la “desgraciada batalla”, percibida anticipatoria del *Desastre* del 98. Ante ello, el gobierno peruano cambió de estrategia e invitó, con magro éxito, a artistas e intelectuales de la madre patria. Los académicos y juristas Luis Jiménez de Asúa y Vicente Gay y Forner representaron distintas posiciones en el arco ideológico y, durante los eventos de Lima –especialmente

en el Tercer Congreso Científico Panamericano y en la reunión preparatoria de un Congreso Libre de Intelectuales Iberoamericanos–, intervinieron en la creación de redes a la vez que manifestaron en sus discursos y actuaciones diferentes versiones sobre el hispanoamericanismo. No obstante, coincidieron en gran medida en sus opiniones negativas sobre el proyecto panamericanista y en las lecturas del pasado patrio que realizaban la labor civilizatoria de España y el natural proceso de emancipación de sus hijas americanas. Irónicamente, el primorrriverista Gay fue quien tejió un vínculo amistoso con el presidente de la Unión Panamericana, Leo S. Rowe, quien lo invitó a conocer la sede de esa institución en Washington. Finalmente, del mismo modo que ocurrió una década antes durante el IV Centenario del Descubrimiento del Océano Pacífico analizado por Moreno Luzón, la sociedad y las instituciones españolas no mostraron mayor interés en festejar el Centenario de Ayacucho, indolentes ante la construcción de una comunidad hispanoamericana, imaginada con esperanza por ciertos sectores.

BIBLIOGRAFÍA

- ACKLEY, L. A., 2014. *San Francisco's Jewel City: The Panama-Pacific International Exposition of 1915*. Heyday.
- AGUILAR, A., 1965. *Pan-Americanism from Monroe to the Present: A View from the Other Side*. New York.
- ALTAMIRANO, C. y B. SARLO, 1997. La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos. En: Ídem, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires: Ariel. pp. 161-199.
- ANDERMANN, J. y B. GONZÁLEZ-STEPHAN (eds.), 2006. *Galerías del progreso: Museos, exposiciones y cultura visual en América Latina*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- ARDAO, A., 1986. Panamericanismo y latinoamericanismo. En: L. ZEA (ed.) *América Latina en sus ideas*. México: Unesco - Siglo XXI. pp. 157-171.
- BERGEL, M., 2012. América Latina, pero desde abajo. Prácticas y representaciones intelectuales de un ciclo histórico latinoamericanista. 1898-1936. *Cuadernos de Historia*, n.º 36, pp. 7-36.
- BLASCO, N., 2005. Présence du mythe bolivarien dans les traités d'alliance inter-latino-américains au XIX^e siècle. *Caravelle, Cahiers du Monde Hispanique et Luso-brésilien*, n.º 85, pp. 185-204. IPEALT, Toulouse.
- BRUNO, P., 2012. Mamuts vs. hidalgos. Lecturas de Paul Groussac sobre Estados Unidos y España en el fin-de-siglo. En A. PITA GONZÁLEZ y C. MARICHAL SALINAS (comps.) *Pensar el antiimperialismo. Ensayos de historia intelectual latinoamericana 1900-1930*. México: El Colegio de México - Universidad de Colima. pp. 43-68.
- CISNEROS, A. y C. ESCUDÉ, 1998. *Historia General de las Relaciones Exteriores de la República Argentina*, tomos 6, 7 y 8. Buenos Aires: Centro de Estudios de Política Exterior / Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales / Grupo Editor Latinoamericano / Galerna.
- DI LISCIA, M. y A. LLUCH (eds.), 2009. *Argentina en exposición: ferias y exposiciones durante los siglos XIX y XX*. Sevilla: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- DUMONT, J., 2013. De la coopération intellectuelle a la diplomatie culturelle: les voies/x de l'Argentine, du Brésil et du Chile (1919-1946). Tesis doctoral defendida en 2013, Université Sorbonne Nouvelle - Paris 3, extracto cap. III : L'Amérique Latine et le système panaméricain, pp. 209-293, pp. 210-212. [en línea] [consultado el 2 febrero de 2015]. Disponible en: https://www.academia.edu/18915631/LAm%C3%A9rique_latine_et_le_panam%C3%A9ricanisme_Extraire_de_th%C3%A8se
- FERNÁNDEZ BRAVO, A., 2006. Celebraciones centenarias: nacionalismo y cosmopolitismo en las conmemoraciones de la independencia. Buenos Aires, 1910 - Río de Janeiro, 1922. En J. ANDERMANN y B. GONZÁLEZ STEPHAN (eds.). *Galerías del progreso: Museos, exposiciones y cultura visual en América latina*. Rosario: Beatriz Viterbo. pp. 331-372.

- FREEMAN SMITH, R., 2000. América Latina, los Estados Unidos y las potencias europeas. En L. BETHELL (ed.) *Historia de América Latina*. Vol. 7. *América Latina: Economía y Sociedad, 1870-1930*. Barcelona: Crítica. pp. 73-105.
- FUNES, P., 2006. *Salvar la nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*. Buenos Aires: Prometeo.
- GARCÍA, I., 2002. Rubén Darío y Francisco Grandmontagne en el Buenos Aires de 1898. La redefinición de los conceptos de hispanismo en América y de americanismo en España. *Revista Iberoamericana*, LXVIII, 198, enero-marzo, pp. 49-66.
- GARCÍA-MONTÓN, G. e I. BAQUERO, 1999. El Congreso Social y Económico Hispano-Americano de 1900: un instrumento del hispanoamericanismo modernizador. *Revista Complutense de Historia de América*, 25, pp. 281-294.
- GEPPERT, A. C. T., 2010. *Fleeting Cities: Imperial Expositions in Fin-de-Siècle Europe*. New York: Palgrave.
- GORELIK, A., 1997. *La grilla y el parque. Espacio público y cultura en Buenos Aires, 1887-1936*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- GRANADOS GARCÍA, A. y C. MARICHAL SALINAS (comps.), 2009. *Construcción de las identidades latinoamericanas: ensayos de historia intelectual, siglos XIX y XX*. México: Colegio de México.
- GUTMAN, M. y Th. REESE, 1995. *Buenos Aires 1910. El imaginario para una gran capital*. Buenos Aires: Eudeba.
- HOFFENBERG, P. H., 2001. *An Empire on Display. English, Indian, and Australian Exhibitions from the Crystal Palace to the Great War*. Berkeley: University of California Press.
- INMAN, S. G., 1965. *Inter-American Conferences, 1826-1954*. Washington: University Press of Washington.
- LÓPEZ, C. (coord.), s/f. Dossier: La guerra de 1898 y los intelectuales latinoamericanos: posiciones divergentes, resignificaciones y nuevas líneas de pensamiento. Programa Interuniversitario de Historia Política. [en línea] [consultado el 14 de febrero de 2017]. Disponible en : <http://historiapolitica.com/dossiers/guerra1898/>
- 2011. *Cuba y la identidad continental. Los intelectuales argentinos frente al 98 cubano*. Bahía Blanca: Editorial de la Universidad Nacional del Sur.
- MALOSETTI COSTA, L., 2010. Arte e Historia en los festejos del Centenario de la Revolución de Mayo en Buenos Aires. *Historia Mexicana. Los Centenarios de Hispanoamérica: la historia como representación*, LX, 1, 237, jul-sept., pp. 439-471.
- MARCILHACY, D., 2006. Une histoire culturelle de l'hispano-americanisme (1910-1930). Tesis doctoral. Paris : Université de Paris III.
- MARTÍNEZ RIAZA, A., 1994. Las buenas relaciones de dos regímenes autoritarios. El Perú y España durante el Oncenio (1919-1930). En P. GARCÍA JORDÁN, M. IZARD, J. LA VIÑA (coords.). *Memoria, creación e historia. Luchar contra el olvido*. Barcelona: Universitat Barcelona. pp. 273-291.
- 2006. "A pesar del gobierno". *Espanoles en el Perú, 1879-1939*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- MARTUCCELLI, E., 2006. Lima, capital de la Patria Nueva: el doble centenario de la Independencia en el Perú. *Apuntes*, vol. 19, nro. 2, pp. 256-273. Pontificia Universidad Javierana.
- MOORE, S. J., 2013. *Empire on Display: San Francisco's Panama-Pacific International Exposition of 1915*. Norman: University of Oklahoma Press.
- MORENO LUZÓN, J., 2010. Reconquistar América para regenerar España. Nacionalismo español y centenario de la independencias (1910-1911). *Historia Mexicana*, vol. LX (1) 237, pp. 561-640.
- MORGENFELD, L., 2011. *Vecinos en conflicto: Argentina y Estados Unidos en las conferencias panamericanas (1889-1955)*. Buenos Aires: Continente.
- MUÑOZ, M. A., 1998. Un campo para el arte argentino. Modernidad artística y nacionalismo en torno al Centenario. En D. WECHSLER (coord.). *Desde la otra vereda. Momentos en el debate por un arte moderno en la Argentina (1880-1960)*. Buenos Aires: El Jilguero. pp. 43-82.
- ORTEMBERG, P., 2014. Los centenarios patrios en la construcción de alianzas y rivalidades internacionales: los festejos trasandinos de 1910, la estatua de O'Higgins y los bemoles peruanos. *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas / Anuario de Historia de América Latina (JbLA)*, 51, , pp. 329-350. Viena, Colonia, Weimar.

- 2015. Geopolítica de los monumentos: los próceres en los centenarios de Argentina, Chile y Perú (1910-1924). *Anuario de Estudios Americanos*, enero-junio, n.º 72, 1. pp. 321-350.
- 2016. Los centenarios de 1921 y 1924, desde Lima hacia el mundo: ciudad capital, experiencias compartidas y política regional. En A. LOAYZA PÉREZ (ed.). *La Independencia peruana como representación. Historiografía, conmemoración y escultura pública*. Lima: IEP. pp. 135-165.
- PIKE, F. B., 1971. *Hispanismo, 1898-1936, Spanish Conservative and Liberals and Their Relations with Spanish America*. Notre Dame: University of Notre Dame Press.
- 1986. Spanish-Latin American Relations: Two Centuries of Divergence and a New Beginning. En H. J. WIARDA (ed.) *The Iberian-Latin American Connection; Implications for U.S. Foreign Policy*. Boulder (CO): Westview Press.
- 1992. *The United States and Latin America. Myths and Stereotypes of Civilization and Nature*. Austin: University of Texas Press.
- PITA GONZÁLEZ, A. y C. MARICHAL SALINAS (coords.), 2012. *Pensar el antiimperialismo. Ensayos de historia intelectual latinoamericana, 1900-1930*. México: El Colegio de México - Universidad de Colima.
- QUEUILLE, P., 1969. *L'Amérique latine, la Doctrine Monroe et le panaméricanisme : le conditionnement historique du tiers-monde latino-américain*. París : Payot.
- RAMOS NOVOA, E., 1955. *La farsa del panamericanismo y la unidad indoamericana*. Buenos Aires: Indoamérica.
- REYES DEL VILLAR, S., 2007. *El Centenario de Chile (1910). Relato de una fiesta*. Santiago: Globo.
- SALISBURY, R., 2000. Hispanismo versus Pan Americanism: Spanish Efforts to Counter U.S. Influence in Latin America before 1930. En D. SHEININ (ed.). *Beyond the ideal: Pan-Americanism in Inter-American affairs*. Westport-Connecticut: Praeger. pp. 67-77.
- SALVATORE, R. (comp.), 2005. *Culturas imperiales. Experiencia y representación en América, Asia y África*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- 2006. *Imágenes de un imperio. Estados Unidos y las formas de representación de América Latina*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- SCARFI, J. P., 2014. *El imperio de la ley: James Brown Scott y la construcción de un orden jurídico interamericano*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- 2017. *The Hidden History of International Law in the Americas: Empire and Legal Networks*. Nueva York: Oxford University Press.
- y A. TILLMAN (ed.), 2016. *Cooperation and Hegemony in U.S. - Latin American Relations: Revisiting the Western Hemisphere Idea*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- SHEININ, D. (ed.), 2000. *Beyond the ideal: Pan-Americanism in Inter-American affairs*. Westport (CT): Praeger.
- 1991. *Argentina and the United States at the Sixth Pan American Conference (Havana 1928)*. London: Institute of Latin American Studies.
- 1998. *Searching for authority: Pan Americanism, diplomacy and politics in United States - Argentine relations. 1910-1930*. New Orleans: University Press of the South.
- TERÁN, O., 1986. El primer antiimperialismo latinoamericano. En Ídem, *En busca de la ideología argentina*. Buenos Aires: Catálogos. pp. 85-97.
- TRILLO, M. T., 1998. *Artilugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930*. México: Fondo de Cultura Económica.
- USLENGHI, A., 2016. *Latin America at Fin-de-Siècle Universal Exhibitions. Modern Cultures of Visuality*. Londres: Palgrave.
- WIARDA, H. J. (ed.), 1986. *The Iberian-Latin American Connection; Implications for U.S. Foreign Policy*. Boulder (CO): Westview Press.
- ZÁRATE TOSCANO, V., 2010. Los hitos de la memoria o los monumentos en el Centenario de la independencia de México. Opera imaginaria en una obertura y tres actos. *Historia Mexicana*, 60, 1 (237). Los Centenarios en Hispanoamérica: la historia como representación, julio-septiembre, pp. 85-135.
- ZEA, L. y A. SANTANA (comps.), 2001. *El 98 y su impacto en Latinoamérica*. México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia - Fondo de Cultura Económica.
- ZUSMAN, P., 2011. Negociando representacionalmente el panamericanismo. Estados Unidos y Argentina en la Exposición Universal de Búfalo (1901). *Espaço e Cultura*, 29, pp. 22-34. UERJ.

LAS DERIVAS DE PAUL GROUSSAC COMO ARTICULADOR CULTURAL ENTRE EXPOSICIONES INTERNACIONALES, CELEBRACIONES Y EVENTOS PÚBLICOS, 1882-1911¹

PAUL GROUSSAC'S ITINERARIES AS A CULTURAL AMBASSADOR.
BETWEEN INTERNATIONAL EXPOSITIONS, CELEBRATIONS, AND PUBLIC EVENTS, 1882-1911

Paula Bruno²

Palabras clave

Exposiciones universales,
Guerra de 1898,
Nacionalismo,
Latinoamericanismo,
Vida intelectual

Recibido

22-6-2016

Aceptado

6-12-2016

Resumen

Este artículo versa sobre la actuación y las miradas de Paul Groussac en el marco de diferentes coyunturas de resonancia internacional, a saber: exposiciones continentales o universales (algunas de las que tuvieron lugar entre 1882 y 1911), el contexto de la guerra de 1898 entre España y Estados Unidos y el momento del Centenario de la Revolución de Mayo de 1910. A partir de su participación en estos eventos con proyecciones que excedían las fronteras nacionales, se analizan las formas en las que Groussac se posicionó o fue considerado un articulador o embajador cultural.

Key words

Universal exhibitions,
Spanish-American War,
Nationalism,
Latin Americanism,
Intellectual life

Received

22-6-2016

Accepted

6-12-2016

Abstract

This article focuses on Paul Groussac's performance and views in different contexts of international impact, such as: continental or universal expositions (some of which took place between 1882 and 1911), the 1898 war between Spain and the United States, and the *Revolución de Mayo* Centennial in 1910. Through Groussac's performance in these cross-borders events, the paper studies the ways in which Groussac played the role of a cultural ambassador (as well as the reasons that explain why he was portrayed that way).

1 La investigación en la que se basa este artículo cuenta con el apoyo de PICT 2014-2039, de la Agencia de Promoción Científica y Tecnológica (Argentina), titulado "Dimensiones culturales de los vínculos americanos. Actores, prácticas y escenarios de las relaciones entre Argentina, América Latina y Estados Unidos, 1889-1928", y del Proyecto Panamericano de Asistencia Técnica 2016 de la Agenda del IPGH 2010-2020, otorgado por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia (OEA) y titulado "Panamericanismo, latinoamericanismo y nacionalismos. Debates, encrucijadas y festejos identitarios, 1889-1928".

2 Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina. paugrabru@hotmail.com.

1. INTRODUCCIÓN

Este artículo versa sobre la actuación y las miradas de Paul Groussac en el marco de diferentes coyunturas de resonancia internacional, a saber: exposiciones continentales o universales (algunas de las cuales tuvieron lugar entre 1882 y 1911), el contexto de la guerra de 1898 entre España y Estados Unidos y el momento del Centenario de la Revolución de Mayo de 1910. A partir de su participación en estos eventos con proyecciones que excedían las fronteras nacionales, se analizan las formas en las que Groussac se posicionó o fue considerado un articulador o embajador cultural.

Exposiciones, festejos celebratorios y sucesos desatados en un contexto bélico tienen espesores diferentes. Sin embargo, en todos los casos, oficiaron como coyunturas especialmente densas a la hora de dinamizar identidades, proponer cristalizaciones de rasgos nacionales y construir representaciones sobre lo nacional, lo regional y lo internacional. En este sentido, se analizan, por un lado, eventos de “convivencia” entre las naciones: las exposiciones de Buenos Aires en 1882, París en 1889, Chicago en 1893 y Roubaix en 1911, y las celebraciones del Centenario de 1910. Por otro lado, se atiende un suceso bélico: la guerra de 1898 entre España y Estados Unidos, que ritmó un escenario de cambios casi cotidianos a escala mundial y generó especial interés en Argentina.

A lo largo de los años, luego de la inaugural Exposición Universal de Londres de 1851, las distintas ciudades que oficiaron de anfitrionas de exposiciones establecieron una suerte de competencia por mejorar y perfeccionar los mecanismos de exposición y celebración. Los gobiernos de las naciones participantes (estatales o provinciales) se ocupaban de acondicionar los pabellones, seleccionar los productos a exponer y reunir el material visual y libresco que los acompañaba. Las exposiciones no hicieron más que ampliar sus objetivos, mejorar sus infraestructuras y consolidar formatos que, en cada oportunidad, fueron reactualizados. Dado que la ciudad en la que se realizaba cada uno de estos eventos se convertía en un polo de atracción para el mundo, los gobiernos y otros organizadores comenzaron a plantear la necesidad de que, a su alrededor, se montaran eventos paralelos y complementarios: muestras artísticas, congresos o reuniones científicas y educativas y reuniones de carácter internacional en que se discutían asuntos geopolíticos de distinto alcance (Canogar 1992).

De este modo, ciencia, arte, naturaleza, producción y geopolítica convivían a la hora de encauzar ideas de nación, progreso, modernidad y competencia entre naciones. A su vez, el hecho de que el auge de las exposiciones universales coincidiera con el período que Eric Hobsbawm denominó “la era del imperio” ha permitido estudiar las exposiciones en clave de dominación imperial y colonial. En suma, las exposiciones no solamente eran escenarios para pensar y proyectar ideas de nación, también, y en consonancia con ello, oficiaban como arenas de enfrentamientos simbólicos en varios niveles del mapa mundial.

El contexto de 1898, por su parte, permite ver algunas facetas complementarias de estas querellas simbólicas. Como es sabido, a fines del siglo XIX se reconfiguraron las re-

laciones entre los estados americanos. La Primera Conferencia Panamericana, realizada en Washington en 1889, mostró las tensiones entre Estados Unidos y algunos países del continente –entre los que se destacó Argentina–, confirmadas poco después con la guerra de 1898 entre España y Estados Unidos. A partir de entonces, emergieron repertorios de ideas que revisaron las realidades continentales e internacionales. Panamericanismo, latinoamericanismo y otras definiciones afines o contrapuestas comenzaron a ser tópicos de los debates intelectuales en sus dimensiones jurídicas, geopolíticas y simbólicas (Granados y Marichal 2004, Marichal y Pita 2012). Si durante los años posteriores a la independencia algunos intelectuales y políticos habían encontrado en la nación del norte un ejemplo y un modelo a seguir en aspectos vinculados con la organización política, en el pasaje del siglo XIX al XX se desplegaron discursos que advirtieron en los Estados Unidos una amenaza latente para América Latina (Bruno 2013).

A su vez, el momento del Centenario proyecta luz particular sobre las relaciones entre naciones y las disputas entre sus respectivas representaciones (Ortemberg 2015). Dado que la formación de la nación argentina fue una de las preocupaciones centrales de la agenda intelectual y política del cambio de siglo, la cuestión de la identidad nacional, y el nacionalismo, son tópicos que varios estudios históricos tomaron como foco de interés (Barbero y Devoto 1983, Bertoni 2001). Esta agenda estuvo acompañada por circunstancias internacionales, como el imperialismo, según se indicó líneas arriba. Pero, por otro lado, la consolidación estatal configurada en 1880 impuso la necesidad de pensar una identidad homogeneizante, acentuada en la Argentina por el extraordinario impacto de la inmigración. Así, las relaciones entre inmigración y nación constituyeron un horizonte de inquietudes en varios miembros de las elites políticas e intelectuales, que devino cada vez más sistemático en la primera década del siglo XX y que se afrontó a través del sistema educativo, las festividades cívicas, las apelaciones al pasado y la construcción de la memoria oficial de la nación (Devoto 2002).

En suma, los eventos han sido seleccionados por considerarse coyunturas especialmente densas para dar encarnadura, por medio del seguimiento de una trayectoria, a debates hoy clásicos para pensar el cambio del siglo XIX al XX, como son los ligados a los siguientes universos de ideas: latinoamericanismo, panamericanismo, nacionalismo y antiimperialismo, entre otros. Se propone aquí, entonces, centrar la atención en eventos densos de interacción entre naciones para captar las dinámicas de los debates dados en varios escenarios de la vida intelectual. A la vez, el artículo pretende arrojar cierta luz sobre el papel de los protagonistas de esas coyunturas de proyecciones transnacionales. En cada uno de estos escenarios, diferentes personalidades representaron a sus países vistiendo trajes variables: miembros de legaciones o comités oficiales, invitados especiales, representantes de círculos profesionales o colectividades, entre los más destacados; pero también hubo otro tipo de figuras: visitantes, viajeros, curiosos, científicos, especialistas e informantes autoconvocados. Seguir los pasos de algunos itinerarios biográficos en estas coyunturas permite ver los puntos de superposición de circuitos oficiales y otros de carácter más informal.

2. GROUSSAC EN EXPOSICIÓN: 1882, 1889, 1893, 1911

En Buenos Aires en 1882, en París en 1889, en Chicago en 1893 y en Roubaix en 1911 se realizaron exposiciones continentales o universales, asociadas, además, a conferencias regionales o celebraciones conmemorativas de fechas patrias. En todas ellas, Paul Groussac tuvo participación o intervención.

Las contribuciones disponibles sobre las exposiciones universales realizadas en clave argentina o latinoamericana se pueden organizar en relación con los siguientes temas: el rol de las naciones a la hora de mostrar sus avances productivos (Di Liscia y Lluch 2009); las exposiciones como una forma de organizar el mundo conocido y convertirlo en una “enciclopedia visual” de “la modernidad latinoamericana en sus comienzos” (González Stephan y Adermann 2006, Adermann 2007); como una representación acabada de las formas de producción y consumo capitalista, en el que un público masivo se acercaba a consumir novedades y espectáculo (Pinto Rodríguez 2006); o bien como metáforas y anhelos de modernidad proyectados en la cultura del espectáculo decimonónica, mirada inspirada en las impresiones de Walter Benjamin sobre la exposición de París de 1889 (Uslenghi 2016).

En las exposiciones, el “problema de la representación nacional” (Di Liscia y Lluch 2009) abarcaba desde cuestiones étnicas hasta productivas (Fernández Bravo 2000). Qué mostrar y cómo hacerlo eran preocupaciones que iban de la mano para los gobiernos de las jóvenes naciones latinoamericanas en formación. Tales inquietudes eran engañosamente sencillas, pues ponían en juego varias decisiones, presupuestarias y administrativas, desde luego; pero también concernientes a quiénes convocar, fuera como representantes oficiales, fuera como, complementariamente, autores de los libros monumentales que se presentaban en los pabellones junto con productos y personas. Las polémicas suscitadas al respecto se daban en la Argentina en un contexto particular. Al igual que en otras naciones latinoamericanas, no había un gran número de expertos disponible para tareas que requerían saberes o habilidades particulares (Plotkin y Neiburg 2004, Bruno 2011, Plotkin y Zimmermann 2012).

Algunos ejemplos para ilustrar este punto. Hacia fines de la década de 1870, la expedición comandada por el general Julio A. Roca a Río Negro fue acompañada por una comisión de cuatro científicos (Cáceres Freyre 1979). Al regreso, se convocó a otros hombres de ciencia para redactar los textos sobre las muestras recolectadas de fauna y flora. Eduardo L. Holmberg fue uno de ellos; realizó los informes sobre arácnidos, y láminas para la sección zoológica, dejando reiterados testimonios de las desprolijidades de Adolfo Doering (a cargo de la caza de muestras *in situ*).³ Esto revelaba dos circunstancias: por un lado, la falta de mecanismos y protocolos; por otro lado, los problemas acarreados por el desdoblamiento de tareas, en el territorio y en

3 Véase *Informe Oficial de la Comisión Científica agregada al Estado mayor General de la Expedición al Río Negro (Patagonia). Realizada en los meses de abril, mayo y junio de 1879 bajo las órdenes del General D. Julio A. Roca* (con 16 láminas), Buenos Aires, Imprenta de Ostwald y Martínez, 1881, p. 4.

los gabinetes. Otro ejemplo en el mismo sentido: la realización de los censos devenía, a finales del siglo XIX, un desafío. El censo provincial de Buenos Aires, realizado en 1881, contó con una comisión cuyos miembros no siempre tenían un conocimiento pleno sobre las áreas de las que debían encargarse.⁴ En consecuencia, era usual que se convocara a figuras extranjeras, residentes en Argentina o no, práctica que en sí misma evidenciaba las dificultades para reclutar plumas con saberes y experticias (Bruno 2009a).

En suma, si para circunstancias como las expediciones militares o exploratorias y para las descripciones requeridas en los censos no era fácil ni evidente quiénes debían ser convocados, tampoco lo era qué personas debían ser las responsables de redactar los registros escritos de las exposiciones. Se trataba de libros destinados a mostrar las características físicas, económicas y sociales de cada uno de los países, provincias o estados representados. Estas publicaciones recibían varios nombres y contaban con formatos, contenidos y extensiones variables: álbumes, memorias descriptivas, folletos, catálogos y, desde ya, los censos, que oficiaban como uno de los formatos más monumentales a ser expuestos y eran ellos mismos una maqueta de cada país o provincia.

En 1882 se organizó en Buenos Aires una Exposición Continental Sud-Americana, proyectada por el Club Industrial Argentino, con patrocinio del gobierno nacional. Se realizó en la Plaza Miserere y participaron naciones como Alemania, Francia, Inglaterra, Brasil, Estados Unidos, Venezuela, Ecuador, Uruguay, Chile, Paraguay, México y Uruguay (Dosio 1998, Di Liscia y Lluch 2009).

En los medios de prensa y en las revistas se les otorgaba una atención especial a los escritos y libros presentados por las comisiones, evaluándose el compromiso de los países participantes a partir de los contenidos de los volúmenes pero también del esmero en su materialidad. Por ejemplo, se ponderó ampliamente el álbum de la República Oriental de Uruguay y, en cambio, se criticó el modesto folleto de Paraguay.⁵ A la vez, se señaló como una deficiencia notable que la propia Argentina no haya sido, en tanto país anfitrión de la exposición, un ejemplo a la hora de presentar una obra única de relieve:

La Exposición Continental que acaba de celebrarse en la Capital de la República, no ha producido una historia descriptiva del país [...] Con aquel motivo se publicaron una serie de obras geográfico-descriptivas de cada provincia, contribuyendo así a hacer conocer a estas dentro y fuera del país.⁶

4 *Censo General de la Provincia de Buenos Aires. Demográfico, Agrícola, Industrial, Comercial, & Verificado* el 9 de octubre de 1881 bajo la administración del Doctor Don Dardo Rocha, Buenos Aires, Imprenta de *El Diario*, 1883.

5 Los halagos al álbum de Uruguay pueden verse en *Nueva Revista de Buenos Aires*, Buenos Aires, Año II, Tomo V, 1882, pp. 126-143; y en *Anuario bibliográfico de la República Argentina*. Director: Alberto Navarro Viola, año II, 1883, p. 247. Las críticas al folleto presentado por Paraguay se encuentran en *Nueva Revista de Buenos Aires*, Buenos Aires, Año II, Tomo V, 1882, p. 335.

6 *Nueva Revista de Buenos Aires*, Buenos Aires, año II, tomo V, 1882, p. 172.

Entre estas obras, se destacaron las presentadas por Santa Fe y Córdoba. La primera fue realizada por Gabriel Carrasco;⁷ la segunda, por una comisión en la que se encontraba Paul Groussac.⁸ Con los materiales de este texto, el último publicó paralelamente un libro titulado *Ensayo Histórico sobre el Tucumán*.⁹ El autor, que había vivido en Tucumán entre 1871 y 1882, consiguió que su nombre resonara en Buenos Aires con la publicación de este volumen. Nicolás Avellaneda prodigó una gran cantidad de elogios a su trabajo, mientras que Adolfo Carranza lo defenestró señalando errores fácticos y juicios que consideraba falaces; destacaba: “el hecho de ser extranjero su autor, puede ser un título para suponerle imparcial, pero desgraciadamente no ha sido así y es no solamente inconveniente sino perjudicial el aceptarlo para la enseñanza de la juventud y el conocimiento de los demás pueblos”.¹⁰ Más allá de los contrapuntos, sin embargo, el texto fue muy bien recibido en algunos círculos: “el señor Pablo Groussac, ó mejor dicho, M. Paul Groussac, aunque nadie creería al leerlo que un francés es quien escribe, por la propiedad y galanura con que maneja el habla castellana [...] Se trata, pues, de todo un escritor, de un literato”. Se subrayaba, además, que el volumen debía ser considerado “un libro de historia argentina escrito por un europeo, es una verdadera novedad, y [...] se trata de una de esas obras que deben colocarse en la primera línea”.¹¹ Ésta fue la primera coyuntura, en lo que respecta a la carrera pública de Groussac, en la que su condición de extranjero se convirtió en elemento para ser evaluado positiva o negativamente.

Además de consagrarse como autor de textos históricos de relieve, Groussac tuvo una indiscutida proyección en un evento paralelo al de la exposición: el Congreso Pedagógico Internacional, que para algunos contemporáneos, como Ernesto Quesada, era uno de los eventos centrales, dado que permitía “discutir todas las cuestiones referidas a la enseñanza, que para los países del Nuevo Mundo tienen excepcionalísima importancia”.¹² Groussac participó de él, mientras ejercía el cargo de Director de la Escuela Normal de Tucumán, y defendió activamente el laicismo. Además, presentó un diagnóstico sobre el estado vigente de la enseñanza, junto a un proyecto para modifi-

7 Gabriel Carrasco, *Descripción geográfica y estadística de la Provincia de Santa Fe*, Buenos Aires, 1882.

8 Tal obra fue redactada por una comisión conformada por decreto del gobierno provincial, cuyos integrantes eran: Don Pablo Groussac, Dr. D. Juan M. Terán, D. Alfredo Bousquet, Dr. D. Javier F. Frías, D. Inocencio Liberani. En ella, Groussac estuvo a cargo de la redacción de los seis capítulos de la primera parte, dedicados a reseñar la historia de la provincia, y de los cinco de la segunda, destinados a sus aspectos geográficos. Véase AA.VV., *Memoria histórica y descriptiva de la Provincia de Tucumán*, Buenos Aires, Imprenta de M. Biedma, 1882.

9 Paul Groussac, *Ensayo histórico sobre el Tucumán*, en AA.VV., *Memoria histórica y descriptiva de la Provincia de Tucumán*, primera parte, Buenos Aires, Imprenta de M. Biedma, 1882.

10 Adolfo Carranza, Opiniones del Señor Groussac sobre Tucumán, en *Nueva Revista de Buenos Aires*, Tomo VI, 1882, p. 652.

11 *Anuario bibliográfico de la República Argentina*. Director: Alberto Navarro Viola, año II, 1883, pp. 59 y 360.

12 *Nueva Revista de Buenos Aires*, Buenos Aires, año II, tomo V, 1882, p. 375.

car las estructuras educativas de las provincias.¹³ El discurso llevó el título de *Estado de la educación común en la República, sus causas, sus remedios*¹⁴ y apareció publicado en el contexto de los debates, recibiendo buenos comentarios y menciones especialmente halagadoras; se lo consideró: “pieza literaria de primer orden, que pone de relieve las grandes imperfecciones de la educación primaria en la República Argentina, haciendo pasar ante los ojos del lector bellísimos cuadros que caracterizan la época y las costumbres de nuestras provincias”.¹⁵

Desde la perspectiva del propio Groussac, estas apariciones públicas en Buenos Aires en 1882 y estas publicaciones le permitieron acelerar la “lenta salida de la penumbra provincial”.¹⁶ Y así fue. De hecho, luego de un viaje por Europa y una estadía de poco más de un año en Buenos Aires a su regreso, a comienzos de 1885 fue nombrado Director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires (antes Biblioteca Pública) por Eduardo Wilde, Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública. La biblioteca central pasó a ser jurisdicción de la nación en 1884, junto al Museo Público y el Archivo General. Fue, entonces, en el contexto de un evento internacional, y mientras cumplió con una doble labor, donde Groussac terminó de convertirse en una figura con la visibilidad suficiente para ser considerado candidato para un cargo público de proyección nacional.

Ya como director de la Biblioteca Nacional, Groussac se convirtió en un personaje obvio a la hora de elegir un responsable para la elaboración de textos que representarían a la Argentina. Él mismo, además, escribió a lo largo de estos años una gran cantidad de libros históricos. Por su parte, supo transformar su rol de director de la Biblioteca Nacional y su origen étnico en marcas distintivas de sus quehaceres (Bruno 2005a).

Definido su perfil, entonces, Groussac estuvo involucrado en proyectos para varias exposiciones internacionales. En el marco de los preparativos argentinos para la Exposición Universal de París en 1889 –cuya fecha de realización coincidía con el centenario de la revolución–, se realizaron esfuerzos considerables para representar al país. La comisión para los festejos se organizó por decreto en 1886. Estuvo presidida por Antonio Cambaceres, y participaron Julio Victorica, Francisco Latzina y miembros de la Sociedad Rural, la Sociedad Científica Argentina, el Club Industrial, el Instituto Geográfico, entre otros. La comisión, además, estuvo en contacto con una delegación radicada en París, comandada por Eugenio Cambaceres (Di Liscia y Lluch 2009, Uslenghi 2016).

Para acompañar los productos y los objetos de exhibición, se prepararon varios libros. La financiación y la calidad de estas obras eran dos de las preocupaciones más se-

13 Véase *El Monitor de la Educación Común. Publicación oficial de la Comisión Nacional de Educación*, n.º 17, noviembre de 1882, pp. 184-190; n.º 7, s/m, 1882, pp. 203-222; n.º 8, s/m, 1882, pp. 470-478; n.º 16, s/m, 1882, pp. 501-510.

14 Paul Groussac, *Estado actual de la educación primaria en la República Argentina. Sus causas. Sus remedios*. Conferencia leída por P. Groussac en el primer Congreso Pedagógico celebrado en Buenos Aires, 1882, Buenos Aires, Imprenta y Litografía de M. Biedma, 1882.

15 *Anuario bibliográfico de la República Argentina*. Director: Alberto Navarro Viola, año II, 1883, p. 153.

16 Paul Groussac, *Los que pasaban*, Buenos Aires, Jesús Menéndez, Librero Editor, 1919, p. 51.

ñaladas por la comisión. En varias ocasiones, dependía exclusivamente de la voluntad de los realizadores llevarlas a buen puerto. Florentino Ameghino, por ejemplo, no dudaba en subrayar que la obra de su autoría que presentaría en la exposición se basaba en quince años de esfuerzos personales y que solamente había conseguido apoyo de la Academia Nacional de Ciencias en el último año de escritura.¹⁷

Algunas de las obras se habían proyectado con años de antelación. De hecho, en octubre de 1887, el director de la Biblioteca Nacional elevó a Antonio Cambaceres, presidente de la comisión argentina, un proyecto de obra a ser presentada en 1889 en el marco del faustoso evento internacional. El plan de la obra, que debía titularse *La República Argentina en 1888*, tenía como objetivo presentar un cuadro general de la vida del país ante el mundo. Estaba contemplado escribir, en el marco de esta pieza panorámica, un primer libro de carácter histórico titulado *Reseña histórica, política y social de la República durante un cuarto de siglo (1863-1888)*.¹⁸ Groussac argumentaba acerca de la importancia de contar con un escrito de estas características:

...creo, no obstante, que con presentar a la atención de los pueblos congregados en París, todas las muestras de nuestra riqueza natural y fabril, todos los datos demostrativos de nuestro proceso material y moral, quedaría incompleta la manifestación y en parte esterilizada la labor emprendida a no dar unidad y vida a los detalles aislados por medio de un libro sugestivo que fuera el resumen y clave de nuestra exposición.¹⁹

Aparece en este pasaje una idea destinada a perdurar en su prosa: la riqueza y el progreso material del país no se traducían automáticamente en civilización y cultura (Bruno 2009b). Prácticamente un año después, en agosto de 1888, Groussac envió una carta a Julio Victorica, comisario general de la comisión argentina, anunciando que no concretaría el proyecto y disculpándose. Presentaba como justificación principal la falta de tiempo para materializar la obra en los términos deseados. Esta es la primera vez que Groussac proyectó una obra general sobre la Argentina que no concretó.

Una vez en marcha la exposición, y al evaluar los libros expuestos en el pabellón argentino, se destacaron el trabajo de Florentino Ameghino sobre los mamíferos fósiles,²⁰ una memoria sobre minería y temas afines a cargo de Henry Davis Haskold²¹ y un libro demográfico y estadístico sobre la inmigración en Argentina a cargo de una

17 Florentino Ameghino, *Contribución al conocimiento de los mamíferos fósiles de la República Argentina*, p. VII.

18 Un breve artículo narra estos acontecimientos y presenta la documentación referida a los hechos que se encuentra en el AGN. Cf. M. Camacho, *El proyecto de un libro de Paul Groussac. Trabajos y comunicaciones*, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Departamento de Historia, 1969.

19 Carta de Paul Groussac al Señor Presidente de la Comisión Directiva Argentina de la Exposición de París, Antonio, C. Cambaceres, fechada el 21 de octubre de 1887, en: M. Camacho, M., art. cit.

20 Florentino Ameghino, *Contribución al conocimiento de los mamíferos fósiles de la República Argentina. Obra escrita bajo los auspicios de la Academia Nacional de Ciencias de la República Argentina para ser presentada á la Exposición universal de París de 1889*, Buenos Aires, Imprenta de Pablo Coni e Hijos, 1889.

21 Henry Davis Haskold, *Memoria general y especial sobre las minas, metalurgia, leyes de minas, recur-*

figura ya mencionada, que había sido especialmente renombrada en la Exposición Sud-Americana de Buenos Aires de 1882, Gabriel Carrasco.²² Sin embargo, entre las obras ausentes, se subrayó la carencia de un texto sobre la historia del país.²³

En su tierra natal, entonces, Groussac no tuvo rol alguno como representante de la Argentina en un evento internacional. La coyuntura en la que, en cambio, lo tuvo fue la Exposición de Chicago de 1893 (Martínez Moreno 1988.). Allí pronunció una conferencia sobre el gaucho como tipo social, que obtuvo amplia repercusión y le otorgó visibilidad y prestigio. Testimonio claro de ello es la publicación del texto en *La Nación*, donde se ensalza la figura del francés como embajador cultural de la Argentina en el evento.²⁴ Además, el folleto de la conferencia se imprimió en inglés bajo el título "*Popular Customs and belief of the Argentine Provinces by P. Groussac*". Paradójicamente, Groussac se refirió a un tópico afín al clima criollista cuando, en realidad, era un constante detractor de estas expresiones culturales (Prieto 1988). Sin embargo, los acentos y las modulaciones a los que apeló para referirse al gaucho no eran los usuales, ya que lo retrató como una figura de contornos románticos y aventureros: "un errante, un hijo pródigo del grupo social, un *outlaw*, como el Robin Hood de las viejas leyendas sajonas, ese gaucho tradicional y nómada, cuya larga aventura comienza en su nacimiento y no termina hasta su muerte".²⁵ Esta idealización, de todas formas, estaba basada en la certeza de la desaparición paulatina de este elemento social, ya que "muchos hijos de gauchos han sido educados en colegios y habitan en la ciudad".²⁶

Cuando Groussac conferenció en Chicago, ya había tenido la posibilidad de realizar una comparación entre Argentina y otros países de América Latina que había visitado. Esta ponderación del caso nacional con configuraciones sociales de otros países jóvenes, conocidos durante sus travesías, lo habían llevado a algunas conclusiones basadas en la observación de la América excolonial. Al respecto, sostenía que, pese a esfuerzos

son, ventajas, etc. de la explotación de minas en la República Argentina, Buenos Aires, Impr. del Courier de la Plata, 1889.

22 Gabriel Carrasco, *Causes et statistique de l'émigration & de l'immigration considérées principalement au point de vue de la République Argentine. Rapport présenté au Congrès international des sciences géographiques de 1889*, Paris, Impr. typ. P. Mouillot, 1889.

23 Para comentarios sobre el pabellón argentino en la exposición pueden consultarse: Alberty, *Guide dans Paris et l'exposition*, Paris, Sauvatre editeur, 1889, p. 39; Adolphe Démy, *Essai historique sur les expositions universelles de Paris*, Paris, Libraire Alphonse Picard et fils, 1907, p. 256 y 352.

24 El gaucho. Costumbres y creencias de las provincias argentinas. Conferencia dada en el Worl's Folk-Lore Congress de Chicago el 14 de julio de 1893, *La Nación*, 21 de octubre de 1893.

25 Paul Groussac, "El Gaucho" Conferencia pronunciada en World's Folk-Lore Congress de Chicago el 14 de julio de 1893. Recopilado en Paul Groussac, *El viaje intelectual. Primera serie*, Madrid, Librería Gral. de Victoriano Suárez, 1904. Fue también editada como folleto en inglés bajo el título *Popular customs and beliefs of the Argentine Provinces*, Chicago, 1893. A su vez, apareció traducida al francés en *Le Courier de la Plata* entre el 22 y el 25 de octubre de 1893. Compilado en *Travesías intelectuales de Paul Groussac. Op. cit.*, pp. 253-265; de acuerdo a esta edición, la cita textual en p. 148.

26 *Ibid*, p. 147.

sucesivos, no se había efectuado aún una ruptura definitiva con el pasado –considerado retrógrado– encarnado sobre todo en un aspecto: la presencia de las poblaciones originarias del territorio americano. Estas consideraciones surgieron de su sorpresa ante la notable presencia indígena en países como Perú y México.²⁷ El peso de ese componente social apareció para Groussac como una de las trabas fundamentales para el desarrollo de sociedades estables y vigorosas. No concibió la posibilidad de que lo que llamó “rebaños humanos que visten *poncho* o *zarape* y tienen una tinaja de chicha ó pulque por urna electoral” se convirtieran en un elemento social proclive al progreso.

Entonces, puesta en perspectiva con el resto de las naciones hispanoamericanas que observó, Argentina era un potencial ejemplo del camino correcto hacia el progreso: no sólo se había logrado generar una atracción inmigratoria, sino que la importante presencia de europeos que poblaba las pampas incultas había permitido paulatinamente la expulsión, o la europeización, de los gauchos. De este modo, se había completado lo que Groussac presentaba como un ciclo natural e ideal de doble “depuración”, comenzado con el “desalojo” de los indígenas, a cargo de los gauchos, y seguido por el aluvión inmigratorio. Quizás fue su propia condición de inmigrante la que alentó una mirada optimista sobre las ventajas de la inmigración. De hecho, los inmigrantes por él retratados en textos de ficción y otros escritos siempre aportaban elementos productivos y civilizadores. En tanto figuras de progreso social, no fueron percibidas en términos de conflictividad (Bruno 2011). De este modo, el tópico criollista del gaucho asumió tonos particulares en el marco de la conferencia: alejándose de una celebración de la esencia nacional telúrica y, en cambio, siendo un motivo para pensar los cambios demográficos argentinos.

En los festejos del Centenario de 1910, como se verá en la sección siguiente, Groussac proyectó otra obra general sobre la historia del país que no escribió. Poco después, fue comisionado para la Exposición de Roubaix de 1911 (incluso contó con un nombramiento de delegado especial, a pesar de haber estado prácticamente todo el año en Francia). Por entonces, se podía leer en un periódico francés:

Le Président de la République a signé, le 22 Mars dernier, un décret désignant M. Paul Groussac, Directeur de la Bibliothèque Nationale de Buenos-Ayres, comme Délégué Officiel à l'Exposition Internationale du Nord de la France [...] A cet effet, M. Paul Groussac devra publier un ouvrage succinct sur la République Argentine, sous le triple aspect physique, économique et sociologique. Cet ouvrage contiendra aussi une étude de l'influence française sur l'évolution argentine, depuis l'époque de l'Indépendance et de la collaboration des Français au développement et aux progrès du pays. Cet ouvrage, exposé dans la section correspondante du Pavillon Argentin, sera ensuite profusément répandu.²⁸

Esta tercera propuesta de escribir un libro monumental sobre la historia argentina para ser presentado ante el mundo, sin embargo, tampoco se concretó.

27 Para las observaciones generales acerca de Perú y México, cfr. Groussac, Paul, *Del Plata al Niágara*, Buenos Aires, Administración de *La Biblioteca*, 1897, *passim*.

28 Véase *Bulletin commercial et industriel de Roubaix*, 04/05/1911, p. 3.

3. GROUSSAC EN EL TEATRO DE LA VICTORIA EN 1898

El año 1898 puede pensarse como inflexión en la historia de las relaciones internacionales y de las percepciones que en Argentina se gestaron sobre su lugar en el mundo y, en particular, en el continente americano. Mientras el contexto internacional impuso la necesidad de definiciones, se repensaron las herencias culturales (Bruno 2012, López 2011). Por un lado, el agonizante imperio español llegaba a su fin; por el otro, surgían nuevas modalidades de intervención de los Estados Unidos en la zona insular del Caribe y el Pacífico y, aunque más indirectamente, sobre Latinoamérica en su totalidad. El precario equilibrio entre el Viejo y el Nuevo Mundo parecía inclinarse irrevocablemente hacia el segundo, capitaneado por su Norte.

Los atributos y defectos de este nuevo orden cristalizaron en la imagen de Estados Unidos como nación portadora de una fuerza arrolladora y, con ella, en representaciones que se volverían prototípicas, como la de un “mundo *yankee*” que condensaba todos los vicios del materialismo anglosajón, o el retrato de España como baluarte último y absoluto de la latinidad. En este clima, se operó una redefinición de la identidad latinoamericana, con un creciente tenor antinorteamericano.

El intelectual uruguayo José Enrique Rodó fue una voz paradigmática al respecto, al plantear pares de opuestos que entramaban en términos antinómicos las relaciones entre América Latina y Estados Unidos, como el de espíritu / materia (aunque no por ello concluyera en un retrato unilateralmente negativo del modelo estadounidense). A su vez, personajes como Rubén Darío o el propio Groussac, como enseguida se verá, comenzaron a postular ideas ligadas a lo que Oscar Terán denominó “el primer anti-imperialismo latinoamericano” (Terán 1986). El tópico del Calibán –retomando una imagen shakesperiana– condensó los aspectos del país del norte objeto de crítica: la grandeza material o los modales bruscos y superficiales de sus habitantes se concibieron como expresiones de un organismo bestial y avasallador (Ardao 1986, Fernández Retamar 1993 y 2000).

Paralelamente, otras voces recuperaron los legados hispánicos. Surgió una revalorización de Europa, sobre todo de corte cultural y espiritual, y la vertiente modernista enarboló la defensa de los valores latinos frente a los anglosajones, asociados al materialismo y la deshumanización (Bruno 2012, Cagni 1999, Pita González y Marichal 2012). Estas tendencias también trascendieron las fronteras nacionales. Como destaca Julio Ramos, a raíz de la circulación de ideas propiciada por la migración y los desplazamientos de algunos intelectuales (como, otra vez, Rubén Darío o José Martí), se fortaleció la postulación de una identidad latinoamericana que contrarrestara la omnipresencia norteamericana (Ramos 2001, Colombi 2004, Bergel 2012). Se configuró así una noción de latinoamericanismo opuesta a la de panamericanismo, propiciada de manera unidireccional por los Estados Unidos, y una fuerte resistencia al expansionismo estadounidense.

Finalmente, y a raíz de este papel protagónico de las elites intelectuales en la creación de identidades colectivas, latinoamericanistas o nacionalistas según los casos,

cobró forma la figura del “intelectual público” (Rama 1983 y 1987). Y sobre ello, una “modernización cultural” que habilitó la integración del universo letrado latinoamericano al occidental. La multiplicación de la prensa en diversos formatos (periódicos, panfletos, sueltos, gacetas populares, revistas) abrió espacios para el vínculo entre intelectuales y público, así como para la circulación y el consumo de ideas, al tiempo que la universidad atravesó una expansión que alentó la movilidad social y aumentó el número de estudiantes y potenciales profesionales (Altamirano 2004, Bruno 2014a). Por la conjugación de las reorientaciones en las ideas, y de la ampliación y la consolidación de instituciones, se fueron afirmando historiografías y literaturas, responsables de los relatos históricos fundantes, destinados a trazar las genealogías de la nación y a consolidar la simbología patria (Terán 1983 y 1987).

Este clima de cambio cultural enmarcó los sucesos de 1898. Fue un año en el que las definiciones geopolíticas internacionales, los imperativos regionales y las necesidades de forjar una identidad nacional confluyeron, gestándose en Argentina un clima de debate. Por ejemplo, Buenos Aires fue un escenario especialmente activo en las muestras de solidaridad con España. Los residentes peninsulares realizaron suscripciones patrióticas para construir un buque de guerra, se organizaron espectáculos artísticos con el fin de recaudar fondos y destacados personajes del mundo de las letras, entre los que sobresalió el ya mencionado Rubén Darío, se reunieron para dar forma a un “álbum literario hispanoamericano” en apoyo a la causa española.

Es especialmente relevante detenerse en uno de estos acontecimientos. El 2 de mayo de 1898 se realizó en el Teatro de La Victoria de Buenos Aires un acto patrocinado por el Club Español. En él participaron como oradores distinguidos protagonistas de la época: Roque Sáenz Peña, José Tarnassi y Groussac. Tarnassi presentó una oda al pueblo español y la guerra, mientras que Groussac y Roque Sáenz Peña analizaron la contienda entre Estados Unidos y España.

Roque Sáenz Peña apeló a tópicos más cercanos a la geopolítica y manifestó su oposición al panamericanismo propulsado por Estados Unidos, que ya había expresado en la Primera Conferencia Panamericana de 1889 (Freeman Smith 2000, McGann 1960, Morgenfeld 2011). Groussac, en cambio, asumió una perspectiva “culturalista”: los acontecimientos del 98 eran parte de una “crisis suprema de la civilización”, noción que, por cierto, estaba en sintonía con la mirada de la “generación del 98” española (Barriuso 2009). A juicio de Groussac, las fuerzas subyacentes al conflicto podían sintetizarse en un par de opuestos: “latinidad” vs. “yanquismo”.

Estas imágenes antagónicas –que formaban parte de un imaginario de época, como se apuntó más arriba– dieron paso en el discurso de Groussac a otras polaridades que reforzaban sus argumentos y que eran otras tantas muestras de una sensibilidad compartida con intelectuales contemporáneos: “bárbaros / civilizados”, “materialismo / espiritualismo”, “advenedizos de la historia / portadores de la tradición”, “cultura / naturaleza”.

De modo similar al de otros intelectuales, Groussac optó por recuperar la figura de España, defenestrada anteriormente en su prosa, apelando a los rasgos positivos

de su historia y su tradicional cultura, poniendo de relieve su rol civilizatorio durante los procesos de conquista y de colonización. La nación ibérica aparecía celebrada en tanto portadora de supremos ideales: nobleza, valor, hidalguía, altivez caballeresca, espiritualismo. En el mismo sentido, distinguidos letrados comenzaron a pensar la nación española desde otro lugar: ya no asumían a sus países como excolonias sino como incipientes naciones que podían relacionarse en pie de igualdad con España para afirmar, en este nuevo contexto, la anhelada unidad hispanoamericana por la que habían bregado insignes representantes de ambos continentes.

En otras palabras, el Groussac de 1898 articuló una franja representativa de los discursos antinorteamericanos. Sus consideraciones de entonces se basaban en observaciones que, en los años anteriores, había planteado en sus viajes, sobre todo en una travesía que concretó en 1893 (Chile, Perú, México, algunos puntos de América Central y Estados Unidos, itinerario que puede seguirse en el índice de *Del Plata al Niágara*) y en otra, de 1898 (nuevo viaje a Europa con estadías prolongadas en Francia y España). En esos relatos trazó opiniones sobre las configuraciones sociales de los países latinoamericanos, el ascenso del socialismo y el anarquismo y la presencia de estas corrientes políticas en la vida cotidiana europea, la grandeza material norteamericana y sus limitaciones, la decadencia de los centros urbanos europeos, las derivaciones de la igualdad social en Estados Unidos, el rol de la prensa en las sociedades modernas y un variado abanico de tópicos característicos del fin de siglo (Biagini 1996, Bruno 2005a). Es decir, estos textos habían reconfigurado su universo de referencias, hasta el momento polarizado y casi binario: Argentina como nación arquetípica del caótico nuevo mundo y Francia como sinécdote de la cultura europea.

En consecuencia, aunque Groussac no se pronunció de manera directa sobre las grandes transformaciones de fines del siglo XIX y la primera década del siglo XX argentino, lo hizo frente a un suceso internacional de envergadura, el conflicto bélico entre España y Estados Unidos de 1898, sobre la base de los materiales y las observaciones recopilados durante sus viajes.²⁹

Ahora bien, y este no es un punto menor, la voz de Groussac no fue escuchada como la de un intelectual hispanoamericano, sino que recibió la atención propia de un representante legítimo de la cultura francesa y, más generalmente, latina. Rubén Darío describió magistralmente esta puesta en escena:

En nombre de Francia, Paul Groussac [...] Los que habéis leído su última obra [*Del Plata al Niágara*], concentrada, metálica, maciza, en que juzga al yankee, su cultura adventicia, su civilización, sus instintos, sus tendencias y su peligro, no os sorprenderíais al escucharle en esa hora en que habló después de oírse la Marsellesa.

29 Véase Paul Groussac, España y Estados Unidos, conferencia pronunciada el 2 de mayo de 1898 en el evento patrocinado por el Club Español, a beneficio de la suscripción nacional española, realizado en el Teatro de la Victoria. El texto apareció publicado junto a los discursos que pronunciaron Roque Sáenz Peña y José Tarnassi con prólogo de Severiano Lorenti y fue compilado en *El viaje intelectual. Primera serie, op. cit.*

Sí, Francia debía de estar de parte de España. La vibrante alondra gala no podía sino maldecir el hacha que ataca una de las más ilustres cepas de la vena latina.³⁰

Esta elocuente cita muestra que Groussac, que circulaba por un mundo de las letras sólo escasamente definido en términos institucionales y profesionales, era constantemente reconocido como un francés afincado en Argentina y no como un hijo del país y hombre de letras. Argumenté ya, en otros trabajos, que su desempeño estuvo apuntado por una serie de posicionamientos que le permitieron autoconferirse legitimidad intelectual y convertirse en un personaje altamente visible. Varios rasgos de la esfera cultural del período que comprenden las últimas décadas del siglo XIX y la primera del XX fueron favorables para la construcción del lugar gravitatorio del “literato francés” y la voz de una “vibrante alondra gala”.

4. GROUSSAC ENTRE EL CENTENARIO ANHELADO Y EL CENTENARIO REAL DE 1910

Desde 1898, como se destacó en la sección anterior, los intelectuales comenzaron a ocupar lugares protagónicos en la creación de identidades colectivas, con repertorios que incluían intenciones latinoamericanizantes, pero sobre todo nacionalizantes.

El proceso de modernización cultural descripto, y la consecuente aparición del “intelectual público”, comenzaron a adquirir matices novedosos hacia los centenarios de las independencias latinoamericanas. En Argentina, de hecho, 1910 es una fecha generalmente aceptada para marcar una torsión en la historia de las ideas y de los intelectuales. Los distintos fenómenos que confluyeron en la modernización cultural dejaron sus marcas en la división del trabajo dentro del campo de la cultura y en la sucedánea especialización y profesionalización de disciplinas, ramas del saber y tareas intelectuales (Altamirano y Sarlo 1997, Losada 2006).

En consecuencia, hacia 1910, las figuras que eran consideradas anteriormente letradas comenzaron a encasillarse dentro de funciones más específicas: escritores, historiadores, periodistas, críticos profesionales, entre otras. Mientras ocurría esta profesionalización, se delimitaron más claramente los terrenos en los cuales los intelectuales podían desenvolver sus actividades, gracias a la emergencia de un mercado especializado, el surgimiento de la ideología de artista, o la génesis de la imagen del escritor, del periodista o del historiador profesional (Altamirano y Sarlo 1997). Estas tendencias se reforzaron por la configuración de instituciones (facultades, departamentos, institutos y cátedras), que dotaron a las disciplinas especializadas de un encuadre referencial visible y de mecanismos de funcionamiento constantes.

Por otro lado, la atención de los contemporáneos y de una cantidad notable de intelectuales del “momento Centenario” se vio interpelada por los programas y propuestas del nacionalismo cultural, los efectos del reformismo de comienzos del siglo,

30 Rubén Darío, El triunfo de Calibán, *Revista Iberoamericana*, Número especial: *Balance de un siglo [1898-1998]*, N° 184-185, 1998, versión electrónica *on line*.

la Ley Saénz Peña, o la expresión de nuevos actores sociales y de una sociedad plural, resumidos en la fórmula “cuestión social” (Halperin Donghi 1999, Falcón 2003).

No fue éste, sin embargo, el caso de Groussac. En la Argentina de 1910, su rol como intelectual fue, por lo menos, ambiguo. Si desde muy temprano, en 1896, había manifestado en uno de sus escritos de ficción cierta fascinación por los eventos internacionales e imaginado cómo sería el Centenario de mayo, en los hechos su papel fue bastante modesto.

Destaco aquí algunas de sus proyecciones respecto del gran evento celebratorio. En un texto titulado “El Centenario”,³¹ Groussac narra las impresiones de un personaje que entra en trance luego de fumar una sustancia suministrada por un sabio proveniente de Cracovia. Mientras éste se la preparaba al protagonista, lo hacía observar bellísimas imágenes de la gran exhibición parisiense de 1889 y le hablaba de la futura Exposición Universal de Buenos Aires. Una vez que estaba en estado alucinatorio, el personaje circulaba por las calles porteñas en el contexto de la celebración del Centenario. La ciudad parecía otra: se había convertido en un lugar que sintetizaba los ideales del progreso en cada uno de sus rincones: “¡estoy en Buenos Aires, en la Plaza de Mayo! Pero en otra Buenos Aires, embellecida y rejuvenecida, como si hubieran transcurrido muchos años desde mi ausencia: una Buenos Aires que me trae encontrados y lejanos recuerdos de Chicago y París”.³² Claramente, ambas referencias se filian con dos eventos internacionales fastuosos en los que Groussac participó (la Exposición de Chicago de 1893) o pretendió participar (la Exposición de París de 1889). Continuando con la trama de la ficción: mientras el protagonista de esta fantasía literaria paseaba sin rumbo, sintió una necesidad casi imperiosa de ser uno de los maestros de ceremonias del evento y sin saber cómo, ni sorprenderse por ello, se encontró en el estrado oficial: “cerca del grupo de magnates, ministros, generales, diplomáticos, congresales, funcionarios, dominando el vasto hemicírculo que parece empedrado de cabezas humanas”.³³

En función de los argumentos presentados en este apartado, y asumiendo el riesgo de sugerir que el personaje de ficción del texto mencionado revela las intenciones de su autor, es interesante señalar que en este relato conviven varios elementos referidos en estas páginas: la importancia otorgada por Groussac a la Exposición de París de 1889 y a la de Chicago de 1893, la relevancia de los festejos del Centenario y, ahora, el anhelo de ser parte activa de este último evento entre los protagonistas, y no entre los espectadores.

El papel que Groussac pensaba para los hombres de letras en el Centenario era protagónico. Como se lee en la ficción aquí comentada, llegado el momento en el que Domingo Faustino Sarmiento y Bartolomé Mitre se convirtieran en “estatuas de presi-

31 “El Centenario” es una utopía anticipatoria que apareció en una primera versión en 1886 en *La Nación*. Luego fue reescrito y se publicó en *La Biblioteca*, Tomo V, 1897, pp. 287-305. Compilado en Bruno 2005b, pp. 253-265; de acuerdo a esta edición, la cita textual en p. 259.

32 *Ibid.*, p. 295.

33 *Ibid.*, p. 298.

dentes y próceres argentinos en sus pedestales de mármol”³⁴ y en el que los caudillos intelectuales fueran sepultados definitivamente, debían consolidarse nuevas figuras intelectuales alejadas de la política y sus necesidades. De cumplirse su programa y sus prescripciones, en tanto portador de la esencia civilizada europea, en los festejos del Centenario los hombres de letras compartirían el estrado oficial junto con los “magnates, ministros, generales, diplomáticos, funcionarios”.³⁵ Cerca de ellos, pero como letrados soberanos de su propio espacio, sin implicarse directamente en ninguno de aquellos roles; igualmente lejos de las muchedumbres que de los dirigentes.

¿De qué forma podía Groussac tener un papel central y visible en los festejos del Centenario de la Revolución de 1810? Quizás con la pretensión de alcanzarlo, en el contexto de la preparación de los festejos, elevó un proyecto para escribir una obra histórica sobre la Argentina que fue discutido en la Cámara de Diputados. El diputado Antonio Piñero presentó un esquema en el que se proponía la escritura y publicación de un libro que daba cuenta de la Argentina desde 1810 hasta 1910 en variados aspectos. Al respecto, el diputado señalaba las dificultades que podían presentarse para encontrar un autor decidido a emprender una tarea de tal envergadura y señalaba que, afortunadamente, se había enterado de que el director de la Biblioteca Nacional estaba ya preparando un trabajo que reunía las condiciones pretendidas.³⁶ Piñero justificó su elección con varios argumentos, que iban desde una exaltación de las dotes del escritor (concisión, exactitud y claridad) hasta una reafirmación de la conveniencia de que fuera él quien se ocupara del trabajo, dada su inserción en una institución estatal vinculada con la cultura y su posición privilegiada de acceso a las fuentes de información. Finalmente, se pedía para Groussac un pago que lo incentivara a llevar a cabo la concreción de la obra, jamás realizada.³⁷

En este segundo plan de obra histórica totalizante sobre la Argentina, la importancia otorgada a la historia de la nación es más destacada. Se proponían dos libros de temáticas históricas, el primero titulado *El territorio y sus primitivos habitantes*, y el segundo *El génesis histórico*. Este último abordaría el período abierto con la llegada de los españoles a las tierras americanas y finalizaría con una reseña de la evolución política desde 1880 hasta 1910. Realizar una obra histórica general como la que se proponía escribir hubiese sido, sin duda, un espaldarazo para ubicarse en un pedestal prestigioso. Groussac sabía que ésta era una posibilidad única, dada su experiencia en la Exposición

34 *Ibid.*, p. 259.

35 *Ibid.*, p. 261.

36 Cuando fue publicada la conferencia sobre el gaucho que Groussac pronunció en Chicago, el autor aclaraba en una nota que tenía una obra en preparación sobre la República Argentina. Aunque, posiblemente, A. Piñero haya hecho referencia a ese supuesto trabajo en marcha, recuérdese que el proyecto original parece haber sido concebido por Groussac en 1888, durante las preparaciones de la Exposición de París de 1889.

37 La presentación del proyecto se encuentra en *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, tomo III de 1908, Sesiones de Prórroga, 8 de febrero de 1909, pp. 817-828; allí se detalla el plan de la obra de Groussac.

Continental de 1882 y su lucimiento en la Exposición de Chicago de 1893. Sin embargo, no escribió este libro ni ocupó un rol central en 1910.

La concreción de su utopía celebratoria en el contexto real de 1910 quizás hubiera convencido a Groussac de que su paso por la Argentina había tenido ecos civilizadores. Sin embargo, el destino le tenía preparado un rol menos obvio. En los festejos oficiales solamente aparece ocupando un rol en tanto miembro de la colectividad francesa en Argentina.³⁸ Fue en otro registro, diferente de los programas y las celebraciones oficiales, en el que tuvo un papel central: en el marco de la visita de Georges Clemenceau, del que devino interlocutor privilegiado.

La visita de Clemenceau no formó parte de los programas oficiales del Centenario. La invitación al estadista no fue cursada por autoridades nacionales, personalidades de los circuitos universitarios, ni figuras intelectuales de talla. Fue, en cambio, el empresario teatral Faustino Da Rosa –un cantante lírico de origen portugués afincado en Argentina– quien lo sedujo para que realizara una “*tournee de conférences*”. Clemenceau tenía la intención de visitar Buenos Aires en el contexto de mayo de 1910 y Da Rosa consideró traerlo durante la primera mitad del año; pero finalmente, al último le pareció más prudente tomar distancia de ese mayo que sería un mes de agitada agenda celebratoria.

En la guía programa de los festejos oficiales del Centenario, de todas formas, se anunciaba ya la llegada de Clemenceau. Allí se lee un aviso de la programación del Teatro Odeón: “en el mes de julio dará seis conferencias en este teatro el ilustre estadista francés Mr. GEORGES CLEMENCEAU”.³⁹ Aunque fuera de programa, el nombre de Clemenceau se asocia usualmente a 1910 por la publicación de sus notas sobre América del Sur (Bruno 2014b). Éstas vieron luz pública en *L'illustration* en los primeros meses de 1911 y el mismo año, con agregados considerables, formaron parte del libro publicado por Hachette: *Notes de voyage dans l'Amérique du sud: Argentine, Uruguay, Brésil*.⁴⁰

En este libro, Clemenceau describió a Groussac como un civilizador y subrayó que bajo su mandato la biblioteca se había convertido en un recinto de nodal importancia cultural a la altura de sus homólogos europeos;⁴¹ señalaba como un gran mérito que

38 Groussac aparece mencionado en los documentos oficiales del Centenario como uno de los miembros de la comisión de la colectividad francesa en Argentina que se ocuparía de la construcción de un monumento en homenaje a la relación entre ambas naciones. Véase *Guía-Programa de los Festejos Oficiales del Centenario, 1810-1910*, Buenos Aires, Talleres Heliográficos de Ortega y Radaelli, 1910, p. 35.

39 *Guía-Programa de los Festejos Oficiales del Centenario, 1810-1910*, Buenos Aires, Talleres Heliográficos de Ortega y Radaelli, 1910, p. 174.

40 Georges Clemenceau, *Notes de voyage dans l'Amérique du sud: Argentine, Uruguay, Brésil*, París, Hachette, 1911. El libro fue inmediatamente traducido al inglés y también al español. La versión en inglés, publicada en Nueva York y Londres, por G. P. Putnam's sons, se titula: *South America Today. A study of conditions, social, political and commercial in Argentina, Uruguay and Brazil* (Clemenceau, 1911b). La versión en español –traducida por Miguel Ruiz– fue publicada en 1911 por Cabaut y Cía. Editores, bajo el título *Notas de viaje por América del Sur. Argentina - Uruguay - Brasil*.

41 Véase en Georges Clemenceau, *Notes de voyage dans l'Amérique du Sud. Argentine, Uruguay, Brésil*, Hachette et cie., París, 1911, p. 72.

bajo la gestión de su compatriota se había logrado que un edificio destinado en primera instancia a la Lotería Nacional se convirtiera en un recinto de gran valor cultural a la altura señalada.

Por su parte, luego que Clemenceau elevó una denuncia en Buenos Aires contra una compañía de teatro que interpretó su pieza *Le voile de bonheur* sin su permiso, Groussac se movilizó para redactar una ley de propiedad intelectual y artística. El proyecto, presentado por los diputados Carlos Carlés y Manuel Carlés, quienes sostenían que representaban gratamente “el encargo de amigos y maestros, célebres en ciencias, artes y respetos sociales”,⁴² fue aprobado y pasó a la Cámara de Senadores, donde fue Joaquín V. González, senador por La Rioja, quien prestó su voz a la hora de exponer el proyecto, argumentando que la Argentina había sido presionada por destacados intelectuales franceses a tener su propia ley de propiedad científica y literaria.⁴³ La ley 7092, redactada por Groussac, y primera ley de propiedad intelectual de la Argentina, fue finalmente aprobada.

Luego de estos hechos, en una carta desde Río de Janeiro, Clemenceau se refería a Groussac como “mi querido amigo” y acusaba recibo del texto, en español y francés, de la ley de propiedad literaria.⁴⁴ Posteriormente, Clemenceau bregó por la designación de Paul Groussac como Oficial de la Legión de Honor en 1911.⁴⁵

5. CONSIDERACIONES FINALES

A lo largo de su trayectoria, Groussac tuvo un rol bidireccional como articulador o embajador cultural. Como se destacó, en reiteradas oportunidades, autoridades lo convocaron para que participara en eventos de proyección transnacional: participó en la Exposición Continental de Buenos Aires en 1882, se le solicitó una obra histórica monumental sobre la Argentina para ser presentada en la Exposición Universal de París de 1889, fue delegado por la Argentina en la Exposición Universal de Chicago de 1893, y fue enviado especial en la Exposición Internacional de Roubaix en 1911. En los eventos en torno a la guerra de 1898 entre Estados Unidos y España, a la vez, Groussac tuvo una intervención con ecos latinoamericanos. La presencia de su pluma fue también demandada en el marco del Centenario de la Revolución de Mayo y, aunque no escribió la obra histórica para ser exhibida durante los festejos, ese año publicó un texto sobre las Islas Malvinas destinada al mundo diplomático internacional.⁴⁶

En un sentido complementario, fue reconocido por autoridades políticas e intelectuales de Francia como un embajador de la cultura gala en las pampas. Así, Geor-

42 *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, 24/08/1910, pp. 89-95.

43 *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, 14/09/1910.

44 Archivo General de la Nación, *Fondo Paul Groussac*, Legajo N° 1: Correspondencia recibida (1881-1929), manuscrito del emisor.

45 Puede verse al respecto *Le Petit Parisien*, 04/01/1911, p. 2.

46 Paul Groussac, *Las Islas Malvinas*, Buenos Aires, Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, 1936.

ges Clemenceau describió a Groussac como un civilizador y bregó por su designación como Oficial de la Legión de Honor en el contexto del Centenario de 1910, la Sorbona lo recibió afectuosamente para que dictara una conferencia sobre Santiago de Liniers y en 1926 se realizó allí un homenaje para ensalzar su labor en Argentina.

Los hechos apenas reseñados parecen sugerir que Groussac fue una voz sistemáticamente escuchada en contextos de configuración o revisión de identidades nacionales, regionales y continentales. Sin embargo, sus miradas no siempre se inscribieron en los climas corales, hecho que presenta un desafío a la hora de evaluar su rol como articulador cultural.

En el marco de la Argentina, debe considerarse que hacia fines del siglo XIX, en el contexto de consolidación estatal del país, se llevó a cabo la construcción de la nacionalidad y que ésta estuvo signada por rasgos específicos y particulares. Las dinámicas sociales del período estuvieron acompañadas por realidades internacionales, pero también por circunstancias internas; entre ellas se destacan la presencia y los efectos generados por la inmigración masiva en el país, el comienzo de una nueva etapa en la construcción de las naciones y el nacionalismo en Europa, signada por el imperialismo, y el reequilibrio de poderes en el continente americano. De este modo, el desafío por el que atravesaron las elites se dirigió hacia diferentes frentes: “construir la nación supuso prioritariamente lograr, a través de un dificultoso proceso, los acuerdos políticos mínimos, la imposición del orden, el armado institucional, jurídico y administrativo; también, dotarla de un punto de partida legítimo y de una historia” (Bertoni 2000, p. 18).

De este modo, en las últimas décadas del siglo XIX y hasta el Centenario de la Revolución de Mayo de 1810, se configuró un movimiento con preocupaciones nacionales –y hasta nacionalistas–. Aunque éste fue un clima bastante generalizado, algunos intelectuales argentinos mostraron escaso interés por estas discusiones (Bruno 2011). Groussac, de hecho, fue un crítico constante de los autores que escribían al servicio de intenciones nacionalizantes. En la primera década del 1900, mientras parte de los hombres de cultura dedicaron obras centrales para pensar las formas de la identidad nacional, hizo gala de estar en contra de estas decisiones intelectuales y se encargó de apuntar que “toda la historia sudamericana, fundada en versiones personales que no pasaron por el tamiz de la crítica, se convierte más y más en una mitología sin grandeza ni elegancia”.⁴⁷ En consonancia con esta afirmación, marcó un camino a seguir por las nuevas generaciones de historiadores dispuestos a realizar relatos históricos no ligados a la búsqueda de antecedentes u orígenes gloriosos, que estaban más vinculados a la leyenda que a la realidad. Para ello recomendó un buen uso de los métodos de la crítica histórica y un abandono de las pasiones exacerbadas:

Tal es, á mi corto entender, el criterio que habrá de adoptar el historiador argentino que in-
tente apartarse del camino trillado por sus beneméritos predecesores [...] debería, además,
si aspirara á realizar una obra de ciencia duradera, despojarse de todo arrebato apasionado,

47 Paul Groussac, Las ‘Bases’ de Alberdi y el desarrollo constitucional, en *Id., Estudios de Historia Argentina*, Buenos Aires, Jesús Menéndez Librero Editor, 1918, p. 288.

de toda digestión del amor propio nacional que no resistiera al frío examen de los hechos. *La musa de la historia no es la lisonja patriótica, sino la verdad inflexible y serena.*⁴⁸

Esta frase resume la concepción que él mismo tuvo de las formas de hacer la historia. Las operaciones culturales nacionalizantes se presentaron ante Groussac como una sucesión de falsedades. Que varios hombres de cultura de la Argentina se dedicaran a pensar la nación como tarea patriótica le resultó especialmente chocante. Sus diatribas contra las obras de Ricardo Rojas y Ricardo Güiraldes así lo demuestran.⁴⁹

En este punto se manifiesta una tensión en relación a los ejes analizados en el artículo. Como se señaló, las exposiciones continentales, regionales e internacionales fueron pensadas como maquetas del mundo conocido y escenarios para que las naciones mostraran sus logros materiales y culturales; en un contexto de escasez relativa de plumas a ser convocadas, la ecuación permite pensar que el hecho de que los gobiernos y las comisiones creadas para las exposiciones convocaran a Groussac para que escribiera obras a ser presentadas en los eventos internacionales parecía una demanda bastante obvia, dado su rol de Director de la Biblioteca Nacional. Sin embargo, las demandas no entraban en sintonía con las prédicas del propio Groussac a la hora de pensar cómo contar la nación (Halperin Donghi 1980). Fue, además, altamente crítico con los hombres de letras que se ocupaban de ensalzar la nación, hecho que quizás, explica, en parte, la falta de realización de las obras. Como demostró en su conferencia de Chicago, partir de temas de color local no era para él sinónimo de abonar las líneas del llamado nacionalismo cultural. Debe considerarse, entonces, que Groussac se diferenció de algunas coordenadas generales y que su perfil se diferencia de otros, en el contexto de la vida intelectual del cambio de siglo XIX.

Ahora bien, esa distancia a la hora de participar de la creación de relatos celebratorios de la nación argentina contrasta con su participación en los eventos de 1898 y con sus opiniones expresadas en los debates sobre el avance norteamericano. Para sintetizar el clima dominante de este contexto, se puede sostener que las lecturas de corte más culturalista asociadas al regeneracionismo de la “generación del 98” española (García 2002) y antinorteamericanas de algunos intelectuales argentinos sintonizaban con las resistencias de los delegados formales de Argentina en la Primera Conferencia Panamericana (1889), cuyos argumentos descansaban, generalmente, en cuestiones ligadas a nociones de jurisprudencia y derecho internacional contrarias al panamericanismo propuesto por la nación del norte (Boersner 1990, Cockcroft 1996). La asociación ar-

48 Paul Groussac, *Santiago de Liniers*, op. cit., p. 130. El subrayado es mío.

49 Para las críticas a Rojas: Paul Groussac, Prefacio; y Esteban Echeverría. La *Asociación de Mayo* y el ‘Dogma Socialista’, en Id., *Crítica Literaria*, Buenos Aires, Jesús Menéndez e hijo, Libreros Editores, 1924, pp. 13-14 y 269. Groussac lo define como autor de una “copiosa historia de lo que orgánicamente, nunca existió”, refiriéndose a su obra monumental sobre la historia de la literatura argentina. Sobre *Don Segundo Sombra* de Ricardo Güiraldes, Groussac sentenció: “un libro cimarrón, escrito por un hombre de buena sociedad. A través del chiripá, se le veía el smoking”. Cfr. Ernesto Barreda, Paul Groussac. Interesantes circunstancias de una entrevista, en *Nosotros*, n.º 242, p. 38.

mónica de estas voces quedó ejemplarmente escenificada en el evento del Teatro de La Victoria de Buenos Aires. Frente a la contienda entre “yanquismo” y “latinidad”, postulada en estos términos por el propio Groussac, la vieja metrópoli española se convirtió en baluarte de los ideales y los valores latinos, portadora de rasgos tradicionales que Hispanoamérica debía sumar a su genealogía. Su voz marcó un rumbo a la hora de pensar América Latina en el cambio de siglo. Sin embargo, en este contexto, sus contemporáneos no escucharon su voz como la de un hombre de letras latinoamericano, sino como la de un portador natural de los valores de la latinidad por recuperar.

Por su parte, debe considerarse que su actuación en el contexto del Centenario tuvo matices ambiguos. Por entonces, algunos intelectuales afrontaron, en tanto voces públicas, la tarea de dar sentido a un ideario nacionalista (Vázquez-Rial 1996, Gutman y Reese 1995). Se destacan entre ellos las figuras de Ricardo Rojas, Manuel Gálvez y Leopoldo Lugones (Devoto 2002). Varios autores sostienen que los dos últimos percibieron el momento del Centenario como el de una crisis de valores, entendida en términos de decadencia. En ese marco, mostraron su inconformismo con la realidad de su tiempo por medio de tópicos compartidos: críticas al progreso material, la inmigración masiva, la corrupción política y la democracia y presentaron propuestas para detener la decadencia y la disgregación nacional. Frente a este diagnóstico, la apelación a lo hispánico y la puesta en valor de lo autóctono –el elemento criollo, el interior, el gaucho–, aparecieron como elementos pasibles de ser procesados en relatos oficiales sobre la nación desde los cuales cimentar una identidad cohesionada y aglutinante.

Mientras que ciertas voces de intelectuales presentaron un interés sistemático a la hora de pensar la nación, otros miembros de las elites, por su parte, expresaron también públicamente sus preocupaciones frente a un país configurado por un número considerable de inmigrantes. De este modo, el momento del Centenario de la revolución fue escenario de la confluencia de programas y propuestas del nacionalismo cultural, de los efectos del reformismo de comienzos del siglo, la Ley Saénz Peña, y de la llamada “cuestión social”. En este contexto, las representaciones propuestas por los intelectuales fueron, en algunos casos, performativas (al pensar programas educativos, escribir ensayos prescriptivos sobre el “deber ser” del ser nacional argentino, entre otras opciones) y, en otros, asumieron giros críticos, melancólicos y hasta conservadores (Terán 2001, Bruno 2011). Groussac no es fácil de encuadrar en estas coordenadas, aunque ciertamente no estuvo en el centro de la escena para pensar en proyectos y planes, más allá del plano oficial e institucional, colaboró con la primera ley de propiedad artística y literaria de la nación.

La actuación de Groussac en los eventos analizados permite ver hasta qué punto en cada uno de esos acontecimientos de proyección internacional se superponían, sin mayores problemas, circuitos formales –estatales e institucionalizados– e informales –en los que acciones individuales podían tener un eco inmediato e impacto sobre la vida política o cultural de un país–. Se puede pensar, entonces, a partir del estudio de diferentes articuladores culturales, en las dimensiones dinámicas del entramado de

contactos de proyección transnacional. Desde los roles cambiantes de actores como Groussac puede, en suma, seguirse una serie de derroteros y derivas y visualizar la yuxtaposición de circuitos estatales, étnicos y políticos; hecho que permite dinamizar, a su vez, ideas preconcebidas o demasiado acabadas acerca de qué significaron en el contexto del cambio de siglo ese abanico de grandes conceptos que se utilizan de manera fructífera en la historiografía, como nacionalismo y latinoamericanismo, por ejemplo.

BIBLIOGRAFÍA

- ALTAMIRANO, C. 2004. Entre el naturalismo y la psicología: el comienzo de la 'ciencia social' en la Argentina. En Federico NEIBURG y Mariano PLOTKIN (comps.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*. Paidós: Buenos Aires, 2004. pp. 31-65.
- (dir.), 2008. *Historia de los intelectuales en América Latina. Vol. I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Jorge Myers (ed.). Buenos Aires: Katz.
- y B. SARLO, 1997. La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos. En: *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires: Ariel. pp. 161-199.
- ANDERMANN, J. y B. GONZÁLEZ-STEPHAN (eds.), 2006. *Galerías del progreso: Museos, exposiciones y cultura visual en América Latina*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- 2007. *The Optic of the State. Visuality and Power in Argentina and Brazil*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- ARDAO, A., 1986. Panamericanismo y latinoamericanismo. En: L. ZEA (ed.) *América Latina en sus ideas*. México: Unesco - Siglo XXI. pp. 157-171.
- BARBERO, M. y F. DEVOTO, 1983. *Los Nacionalistas*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- BARRIUSO, C., 2009. *Los discursos de la modernidad: nación, imperio y estética en el fin de siglo español*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- BERGEL, M., 2012. América Latina, pero desde abajo. Prácticas y representaciones intelectuales de un ciclo histórico latinoamericanista. 1898-1936. *Cuadernos de Historia*, n.º 36, pp. 7-36.
- BERTONI, L. A., 2001. *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- BIAGINI, H., 1996. *Fines de siglo. Fin de milenio*. Buenos Aires: UNESCO / Alianza.
- BOERSNER, D., 1990. *Relaciones internacionales de América Latina. Breve historia*. Caracas: Editorial Nueva Sociedad.
- BRUNO, P., 2005a. *Paul Groussac. Un estratega intelectual*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica/ Universidad de San Andrés.
- 2005b. *Travesías intelectuales de Paul Groussac*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- 2007. Entre el ideal mundo letrado francés y la gran aldea argentina. Paul Groussac y su obra. En: R. SALVATORE (comp.). *Los lugares del saber. Contextos locales y redes transnacionales en la formación del conocimiento moderno*. Rosario: Beatriz Viterbo. pp. 369-400.
- 2009a. La vida letrada porteña entre 1860 y el fin-de-siglo. Coordinadas para un mapa de la elite intelectual. *Anuario IEHS*, n.º 24, pp. 338-369.
- 2009b. Paul Groussac. Hombre de cultura y 'Renán quejoso de su gloria a trasmano'. *Revista de Historia de América*, n.º 139, enero - diciembre, pp. 61-133.
- 2011. *Pioneros culturales. Biografías de una época, 1860-1910*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- 2012. Mamuts vs. hidalgos. Lecturas de Paul Groussac sobre Estados Unidos y España en el fin-de-siglo. En A. PITA GONZÁLEZ y C. MARICHAL SALINAS (comps.) *Pensar el antiimperialismo. Ensayos de historia intelectual latinoamericana 1900-1930*. México: El Colegio de México - Universidad de Colima. pp. 43-68.

- 2013. Estados Unidos como caleidoscopio. Ensayo sobre las observaciones de viajeros y diplomáticos del fin de siglo. *Revista Complutense de Historia de América*, n.º 29, pp. 2 3-38.
- (dir.), 2014a. *Sociabilidades y vida cultural. Buenos Aires, 1860-1930*. Buenos Aires: Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes.
- (coord.), 2014b. *Visitas culturales en la Argentina, 1898-1936*. Buenos Aires: Biblos.
- CÁCERES FREYRE, J., 1979. Los científicos de la expedición militar del General Julio A. Roca de 1879. *Logos*, n.º 15, pp. 91-125.
- CAGNI, H., 1999. *La guerra hispanoamericana. Inicio de la globalización*. Buenos Aires: Olcese Editores.
- CANOGAR, D., 1992. *Ciudades efímeras: exposiciones universales, espectáculo y tecnología*. Madrid: Julio Ollero Editor.
- COCKCROFT, J., 1996. *América Latina y los Estados Unidos. Historia y política país por país*. México: Siglo XXI.
- COLOMBI, B., 2004. *Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina (1880-1915)*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- DEVOTO, F., 2002. *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- DI LISCIA, M. y A. LLUCH (eds.), 2009. *Argentina en exposición: ferias y exposiciones durante los siglos XIX y XX*. Sevilla: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- DOSIO, P., 1998. *Una estrategia del Poder: la Exposición Continental de 1882*. Buenos Aires: FFyL, Universidad de Buenos Aires.
- FALCÓN, R., 2003. *Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*, Nueva Historia Argentina, tomo VI. Buenos Aires: Sudamericana.
- FERNÁNDEZ RETAMAR, R., 2000. *Todo Calibán*. La Habana: Editorial Letras Cubanas.
- FREEMAN SMITH, R., 2000. América Latina, los Estados Unidos y las potencias europeas. En L. BETHELL (ed.) *Historia de América Latina. Vol. 7. América Latina: Economía y Sociedad, 1870-1930* (pp. 73-105). Barcelona: Crítica.
- GRANADOS, A. y C. MARICHAL (eds.), 2004. *Construcción de las identidades latinoamericanas: Ensayos de historia intelectual, siglos XIX y XX*. México: El Colegio de México.
- GUTMAN, M. y Th. REESE, 1995. *Buenos Aires 1910. El imaginario para una gran capital*. Buenos Aires: Eudeba.
- HALPERIN DONGHI, T., 1980. "La historiografía: Treinta años en busca de un rumbo". En: E. GALLO y G. FERRARI (comps.), *La Argentina del Ochenta al Centenario*. Buenos Aires: Sudamericana, pp. 829-840.
- 1999. *Vida y muerte de la República Verdadera (1910-1930)*. Buenos Aires: Ariel.
- LÓPEZ, C., 2011. Los intelectuales argentinos frente a la independencia cubana de 1898: último bastión imperialista y nuevo status colonial. *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, año 13, n.º 26, pp. 3-25. Universidad de Sevilla.
- LOSADA, L., 2006. La alta sociedad, el mundo de la cultura y la modernización en la Buenos Aires del cambio del siglo XIX al XX. *Anuario de Estudios Americanos*, vol. 63, n.º 2, pp. 171-193.
- MARTÍNEZ MORENO, J., 1988. La exposición mundial colombina de Chicago, 1893. *Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras*, vol. 16, pp. 153-168.
- MCGANN, Th., 1960. *Argentina, Estados Unidos y el sistema interamericano, 1880-1914*. Buenos Aires: Eudeba.
- MORGENFELD, L., 2011. *Vecinos en conflicto: Argentina y Estados Unidos en las conferencias panamericanas (1889-1955)*. Buenos Aires: Continente.
- NEIBURG, F. y M. PLOTKIN (comps.), 2004. *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en Argentina*. Buenos Aires: Paidós.
- ORTEMBERG, P., 2015. Geopolítica de los monumentos: los próceres en los centenarios de Argentina, Chile y Perú (1910-1924). *Anuario de Estudios Americanos*, enero - junio, n.º 72, 1. pp. 321-350.
- PINTO RODRÍGUEZ, J., 2007. Las exposiciones universales y su impacto en América Latina. *Cuadernos de Historia. Departamento de Ciencias Históricas. Universidad de Chile*, n.º 26. pp. 57-89.

- PITA GONZÁLEZ, A. y C. MARICHAL (comps.), 2012. *Pensar el antiimperialismo. Ensayos de historia intelectual latinoamericana 1900-1930*. México: El Colegio de México / Universidad de Colima.
- PLOTKIN, M. y E. ZIMMERMANN (comps.), 2012. *Los saberes del Estado*. Buenos Aires: Edhasa.
- PRIETO, A. 1988. *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires: Sudamericana.
- RAMA, Á., 1983. La modernización literaria latinoamericana (1870-1910). *Hispanérica. Revista de literatura*, n.º 12(36). pp. 3-19.
- 1987. *La ciudad letrada*. Montevideo: Arca.
- RAMOS, J., 1989. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- 2001. Hemispheric Domains: 1898 and the Origins of Latin Americanism. *Journal of Latin American Cultural Studies*, n.º 10(3). pp. 237-251.
- SALVATORE, R. D. (ed), 2007. *Los lugares del saber. Contextos locales y redes transnacionales en la formación del conocimiento moderno* (pp. 327-367). Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- SCARFI, J. P. y O. PREUSS, 2013. Relaciones internacionales, identidades colectivas y vida intelectual en América Latina, 1810-1945, *Revista Complutense de Historia de América* (Universidad Complutense de Madrid), n.º 39, pp. 15-21.
- SHEININ, D., 1991. *Argentina and the United States at the Sixth Pan American Conference (Havana 1928)*. London: Institute of Latin American Studies.
- TERÁN, O., 1986. El primer antiimperialismo latinoamericano. En *En busca de la ideología argentina*. Buenos Aires: Catálogos. pp. 85-97.
- 1987. *Positivismo y nación en la Argentina*. Buenos Aires: Puntosur.
- 2000b. *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la "cultura científica"*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- 2005. El espiritualismo y la creación del anti-imperialismo latinoamericano. En: R. D. SALVATORE (ed.) *Culturas imperiales: Experiencia y representación en América, Asia y África*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora. pp. 301-314.
- USLENGHI, A., 2016. *Latin America at Fin-de-Siècle Universal Exhibitions. Modern Cultures of Visuality*. Palgrave.
- VÁZQUEZ-RIAL, H. (dir.), 1996. *Buenos Aires, 1880-1930. La capital de un imperio imaginario*. Madrid: Alianza.

PANAMERICANISMO Y NACIÓN LA PERSPECTIVA DE SAMUEL G. INMAN

PAN-AMERICANISM AND NATION. SAMUEL G. INMAN'S OUTLOOK

Alexandra Pita González¹

Palabras clave

Inman,
Conferencias
Panamericanas,
Conmemoraciones

Recibido

22-6-2016

Aceptado

6-12-2016

Resumen

Panamérica es un término político utilizado en un ámbito diplomático más que un signo de identidad. Por tanto, no tiene el mismo peso simbólico de otros conceptos (como *Latino*, *Ibero* o *Hispanoamérica*). Sin embargo, las Conferencias Panamericanas de 1910 y 1923 coincidieron con la celebración de conmemoraciones relevantes (de independencia fundamentalmente pero también del Congreso de Panamá realizado por Simón Bolívar). Como mostramos en este trabajo, a través de la perspectiva de Samuel Guy Inman (estadounidense que estudió y participó en buena parte de dichos encuentros), las conmemoraciones tuvieron un papel menor y su incorporación en los debates fue utilizado para forzar a Estados Unidos a discutir temas pendientes en la agenda regional, como la Doctrina Monroe y la hegemonía de los Estados Unidos en la Unión Panamericana.

Key words

Inman,
Pan American
Conferences,
Commemorations

Received

22-6-2016

Accepted

6-12-2016

Abstract

Rather than an identity sign, *Panamérica* is a political term used in a diplomatic field. Therefore, it doesn't have same symbolic weight as other concepts (like *Ibero* or *Latin America*). However, the Pan American Conferences in 1910 and 1923 coincided with the celebration of relevant commemorations (of independence mainly, but also of the Bolivar's Congress of Panama). As we show in this work through the Samuel Guy Inman's outlook (an American who studied and participated in most of those meetings), the commemorations played a minor role and its incorporation into the discussions was used to force the United States to discuss pending issues in the regional agenda, as the Monroe Doctrine and the United States hegemony in the Pan American Union.

INTRODUCCIÓN

Los signos de la identidad se encuentran en el lenguaje por lo que sus significados pueden encontrarse en palabras, términos, conceptos y acciones. El *Panamericismo* no es la excepción, aunque tiene grandes diferencias con aquellos otros que

1 Universidad de Colima, México. apitag@uclm.mx.

han disputado simbólicamente su lugar: el *Latino*, *Ibero* o *Hispanoamericanismo*. El primero remite a todos los países del continente americano, mientras que los otros excluyen a Estados Unidos. Además, mantienen una relación distinta en cuanto al vínculo entre el nuevo y el viejo mundo, puesto que Panamérica no incluye las antiguas metrópolis coloniales, mientras las otras formas lo hacen. De hecho, Panamérica fue el último concepto en surgir porque su filiación no se relacionaba con la herencia del pasado sino con el futuro. Fue incorporado al ámbito de las relaciones internacionales a fines del siglo XIX y principios del XX de manera limitada, al asociarse con las conferencias que iniciaron, a instancias del gobierno estadounidense, en Washington en 1889 y continuaron durante la primera mitad del siglo XX. En su origen se remitía casi exclusivamente a las acciones tomadas en las Conferencias o en la oficina que poco después se llamó Unión Panamericana y terminó ampliando sus márgenes de acción hasta convertirse, al finalizar la Segunda Guerra Mundial, en la actual Organización de Estados Americanos (OEA). No se constituyó, por tanto, en un signo de identidad, sino en un término político utilizado para remitirse al ámbito diplomático donde las negociaciones eran más prácticas y menos simbólicas.

Con esta breve enunciación no pretendemos adentrarnos en una historia de los conceptos de la identidad regional, sino solo introducir una idea que sirvió de guía en este trabajo para pensar la relación entre el panamericanismo y los discursos nacionales entre 1910 y 1923, lo que constituye el objeto de estudio de este trabajo. Partimos de la hipótesis según la cual si el panamericanismo era una arena de negociación de política regional –por lo que las imágenes, ideas, términos y representaciones relacionadas a ella no compitieron con la de las Naciones preestablecidas sino por el contrario–, su existencia se afirmó sobre las identidades nacionales, respetando sus respectivas historias y héroes oficiales.

Por lo tanto, en el marco de la Unión Panamericana, las conmemoraciones de las independencias de los países latinoamericanos no fueron utilizados para enfrentar –simbólicamente hablando– una serie de batallas de representaciones. Al contrario, las Conferencias Panamericanas fueron, al igual que otros ámbitos, escenarios performativos en los que se puso en marcha una serie de acciones simbólicas para festejar los centenarios. Esto se debía a que tanto los Estados involucrados como los Estados Unidos, que lideraban la Unión Panamericana, compartían el interés político de recordar aquello que podía considerarse un punto de acercamiento: su carácter de naciones independientes que se liberaran del yugo colonial europeo para iniciar tardía pero decididamente un camino hacia la modernidad. El peso del siglo XIX se hacía sentir con fuerza para desmarcarse de la herencia de la colonia. Por ello, como veremos en las siguientes páginas, no es casual que las figuras y fechas celebradas fueron conciliatorias, que aún el Congreso de Simón Bolívar se haya recordado como un evento americano al que todos fueron invitados a participar, ni que junto a Bolívar se colocara al Presidente Monroe con su doctrina o a Henry Clay. Así, la década de 1820 se convertía, a través de este recuerdo, no en un momento de tensiones regionales sino de manifestaciones de un americanismo compartido. No es extraño tampoco que en estas celebraciones se recordara a Cristóbal Colón,

no para rescatar la conquista española sino para remarcar el espíritu aventurero y tenaz del descubridor, para recuperar el sentido renacentista y utópico del Nuevo Mundo.

Al hacerlo, apoyamos la idea de otros investigadores especializados en el análisis de los centenarios de que los festejos implementados por los gobiernos latinoamericanos entre 1909 y 1930 buscaron afianzar sus identidades nacionales y, al mismo tiempo, sirvieron para acercar –o distanciarse– de otros Estados. Esto permitió que se posicionaran en la esfera regional e internacional en momentos donde aún existían disputas por territorios limítrofes y recién despegaba la lucha del predominio continental marcado por los nacionalismos armamentistas. Permitió también que se fomentaran estatuas y cultos cívicos que servían tanto al interior del país como un discurso nacionalizante y al exterior, como un medio para forjar alianzas internacionales (Ortemberg 2015, pp. 322, 345-346).

Sin embargo, planteamos que, pese a este encuentro de intereses entre Nación y panamericanismo, preguntarse por el valor de las conmemoraciones en las Conferencias permite ver otra serie de estrategias puestas en marcha, aquellas donde no se puede separar el peso de lo simbólico de lo político, porque ambas esferas interactuaron según las necesidades de los actores en su contexto. Por este motivo, en el presente ensayo se pretende mostrar cómo se entrelazó este juego de intereses y de qué manera se puso de manifiesto en las Conferencias Panamericanas realizadas en Buenos Aires (1910) y Santiago de Chile (1923). Para ello examinamos las observaciones del estadounidense Samuel Guy Inman (1877-1965), personaje clave en las relaciones entre América Latina y los Estados Unidos durante la primera mitad del siglo xx.

En tanto misionero protestante, Inman vivió en México por casi diez años (antes y durante la revolución) y a partir de ese momento comenzó a visitar con regularidad los países latinoamericanos. Fruto de estas experiencias fue la publicación de numerosos libros, artículos y panfletos, en los que, además de crear una representación positiva de estos países, comenzó a detectar que el panamericanismo era un tema espinoso que dificultaba las buenas relaciones entre ambas Américas. A partir de la década de 1920, participaría de todas las Conferencias Panamericanas, no como diplomático sino como observador / informador para distintos medios de comunicación, como representante de la Universidad de Columbia o de la Comisión de Cooperación con América Latina y, en la década de 1930, como asesor de la delegación de Estados Unidos, gracias al giro que dieron en esta época las relaciones interamericanas debido a la política de la buena vecindad impulsada por el presidente Roosevelt (a la cual Inman apoyó rotundamente). Esto lo convirtió en un especialista del interamericanismo, dictando numerosas conferencias y cursos sobre el tema en Universidades de Estados Unidos y de América Latina. Sus acciones y opiniones nutrieron esa diplomacia informal de las ideas que actuaba de manera simultánea en distintos escenarios y tipos de redes (intelectuales, políticas, diplomáticas y religiosas).

Por todo esto, recuperar las observaciones de Inman permite entender cómo los centenarios pueden ser analizados como una pieza del complicado juego de estrategias interamericanas que no deben verse solo desde la historia de las relaciones internacio-

nales como un ámbito diplomático donde dirimir cuestiones políticas y económicas, sino también como un espacio donde se manifiestan las tensiones que existieron en la construcción de una identidad colectiva, americana.

Para ello, desarrollaremos, en un primer apartado, cómo el tema de los centenarios en la Conferencia realizada en Buenos Aires (1910) fue significativo para Inman, porque trajo a debate el viejo y espinoso tema de la Doctrina Monroe. En el apartado posterior, dedicado a la Conferencia de Santiago (1923), señalamos cómo el interés por los Centenarios de las independencias casi desaparece, para dar paso a la celebración de Simón Bolívar como figura representativa de un panamericanismo que busca reconciliarse con el pasado hispanoamericano.

I. CENTENARIOS Y DOCTRINA MONROE EN TIEMPOS DE PROSPERIDAD

La Primera Conferencia Panamericana, realizada en Washington en 1889, no modificó las relaciones entre los países del continente pero dio inicio a una serie de encuentros, conocidos como Conferencias Panamericanas, que con regularidad se realizaron en distintas capitales del continente para discutir asuntos de interés. Durante una primera etapa, que recorre de la I a la IV Conferencia, se privilegió la búsqueda de algunos acuerdos políticos y económicos que mostraban hasta qué punto para los Estados Unidos la Unión Panamericana debía mantenerse como una unión aduanera, como estrategia para consolidar su dominio económico en la región. Por ello, las Conferencias se convirtieron en escenarios de “la lucha inter imperialista y de los conflictos entre países centrales y dependientes” (Morgenfeld 2011, p. 15).

Inman no participó de estas Conferencias pero tuvo una importante inmersión en la realidad latinoamericana como misionero protestante en el norte de México desde 1905 hasta 1914.² Fruto de estas experiencias fue su primer escrito, titulado *The crucial hour*. En él, nada menciona del Panamericanismo, aunque se preocupe por cambiar la imagen que se tiene de estos países en los Estados Unidos para abandonar la idea de que se trataba de naciones no civilizadas sin progreso ni signos de modernidad, puesto que, de hecho, seguían el mismo camino que los Estados Unidos, solo que más lentamente. Reconoce que el cincuenta por ciento de su población es iletrada, pero el restante está compuesto por verdaderos líderes con un alto nivel cultural en el ámbito de la ciencia, la literatura, el gobierno y la educación. Por ello, confía en que, a través de ellos, pueda el protestantismo acercarse a un pueblo predominantemente católico (Inman 1908).

2 Sintetizando esta etapa, podemos decir, a grandes rasgos, que primero se ubicó en la ciudad de Monterrey, donde colaboró en la reorganización de la congregación. Participó de la escuela, de la casa del evangelista y de la imprenta. Con regularidad salía a visitar, junto Enrique Westrup, todos los pequeños poblados y comunidades en ese estado (Nuevo León y el límite de Coahuila). Al poco tiempo (1908), se trasladó a la ciudad de Piedras Negras, donde inició un plan más ambicioso al fundar el Instituto del Pueblo. Dada su estratégica ubicación, esta ciudad se convirtió en el núcleo de los revolucionarios, motivo por el cual Inman estableció una amistad personal con quienes poco después asumirían la presidencia: Madero y Carranza. El Instituto se convirtió de hecho en cuartel durante la revolución.

Poco después, nuestro personaje se convertiría en un especialista del panamericanismo y estudiaría lo sucedido en las Conferencias. Al escribir sobre la Cuarta (Buenos Aires, julio de 1910), Inman dedicó una parte considerable de su reflexión a relatar un debate relacionado a los centenarios, aspecto que curiosamente no aparece en ningún otro documento de dicha reunión. De hecho, las actas de la Conferencia se limitan a registrar escasa información al respecto: que los delegados se pusieron de pie a modo de respeto y para rendir homenaje cada vez que se recordaba el centenario de independencia de aquellos países que lo conmemoraban ese año; que para efectivizar dicha conmemoración se resolvió la publicación de una obra artística en que figurasen, a manera de facsímil, las actas de las independencias de todos los países, una reseña histórica de los “magnos sucesos conmemorados y las efigies de los próceres de la emancipación” (solicitando el apoyo de los gobiernos) y que se erigiera en Buenos Aires un edificio apropiado para exhibir de manera permanente los “productos del suelo y de la industria de todas ellas, con el nombre de exposición pan-americana de productos” (Conferencias Internacionales Americanas 1910, pp. 175-177).

No encontramos la edición facsimilar de dichas actas pero sabemos que algunos países publicaron voluminosas obras sobre sus conmemoraciones (las de México y Argentina son significativas por el despliegue de recursos que llevaron a publicaciones de sendos volúmenes dedicados al tema). Por su parte, el boletín de la Unión Panamericana rescató en el año siguiente solo lo referente al centenario de la independencia de Venezuela, porque los actos conmemorativos aún no se habían llevado a cabo, por lo que transmitían el programa elaborado por el gobierno para ello (Pan American Union 1911, pp. 978-979). Como informó el embajador de México en Washington tras sostener una plática privada con el Secretario de Estado de aquel país, esto se debía a que Estados Unidos buscó que la Conferencia se diera “sin sobresaltos”, por lo que se habían preocupado por que el programa aprobado no abordara “ninguna cuestión política que pueda dividir y solo hemos dejado los asuntos que puedan provocar una unión mayor entre las repúblicas de América” (Nájera 2002, p. 101).

En cambio, Inman se ocupó de registrar una serie de encuentros relacionados con las conmemoraciones, los cuales se realizaron durante los días de la Conferencia a través de reuniones privadas realizadas fuera del recinto oficial del encuentro, entre algunos delegados latinoamericanos. Sin exageraciones ni exabruptos, Inman logró captar que en la reunión de 1910 el ánimo general era propicio para el acercamiento con los Estados Unidos, entre otras cosas porque se celebraba nada más ni nada menos que el inicio de la independencia con respecto a España. Sin embargo, como él mismo había descrito al tratar las Conferencias anteriores, existía una constante preocupación de los países latinos del continente por el “eterno debate” del arbitraje, el cual ocupó buena parte de las conferencias anteriores en torno al proyecto conocido como la Doctrina Drago sobre la resolución de controversias en caso de reclamaciones pecuniarias sin el uso compulsivo de la fuerza, sino mediante un arbitraje obligatorio (Inman 1924, pp. 6-20). Estaba al tanto que, desde la Primera Conferencia, el tema del arbitraje se

convirtió en un eje de discusión pero fue entre la segunda y la tercera que se manifestó claramente la postura de Argentina a través de lo que se conoce como Doctrina Drago, la cual rechazaba el uso de la fuerza para el cobro compulsivo de las deudas. La respuesta de Washington remarcó que la Doctrina Monroe protegía de intrusiones siempre y cuando se hubieran pagado las deudas. Esta postura se profundizó en 1904, cuando el presidente Roosevelt planteó el corolario por el cual su país estaba facultado para intervenir en los países del continente con el fin de recomponer el orden. En la Conferencia de Rio, el tema no generó controversias porque se acordó que fuera tratado en la reunión de La Haya (Morgenfeld 2011, pp. 118-119 y 127).

Posiblemente, estos antecedentes le permitieron comprender mejor las tensiones en la reunión de Buenos Aires, aunque no realizó una relación explícita entre ambos debates. De hecho, al explicar el origen de estas reuniones privadas solo mencionó que se debían a un texto escrito poco antes por Joaquín Nabuco, anterior embajador de Brasil en Estados Unidos (de 1905 a 1910, cuando murió en Washington), quien había acariciado la idea de presentar a la conferencia de Buenos Aires una moción para que todos los países reconocieran que la Doctrina Monroe había sido beneficiosa para ellos. Nabuco había sido el presidente de la III Conferencia Pan Americana realizada en Rio de Janeiro en 1906, donde se dio un intenso debate sobre el papel de los Estados Unidos en el continente, especialmente a partir del Corolario Roosevelt a la Doctrina Monroe. Esto marcó una ruptura entre Nabuco y otro diplomático brasileño, Manuel Oliveira Lima, quien es etiquetado como antiimperialista por las ideas expresadas en su libro *Panamericanismo. Monroe, Bolívar y Roosevelt* (1907), en donde se opone a su hegemonía hemisférica. En cambio, Nabuco era un admirador de los Estados Unidos, un declarado monroista, al estar convencido de que el panamericanismo era indispensable para acercar a Brasil con el vecino del norte. Para él, el libro *A ilusão americana* de Eduardo Prado (1893) inducía al público brasileño una desconfianza enorme hacia los Estados Unidos, a quien consideraba el único aliado posible en el continente porque el otro, el latinoamericano proveniente de la América española, es "independiente y solitario", caracterizado por su anarquía, guerra civil y caudillismo (Bethell 2012, pp. 63-64).

A partir de esto, es comprensible que Nabuco haya redactado una declaración formal, texto que esperaba fuera leído en el pleno de la conferencia sin cambio alguno. Ante su muerte ocurrida poco antes del Congreso, el ministro brasileño en Argentina, Da Gama, decidió no hacer caso a los deseos de Nabuco y presentó el pedido a consideración de Argentina y Chile. Tras pedir su apoyo, Da Gama aclaró que la proposición sería presentada solo si tenían la certeza de que sería aprobada por todos. La resolución escrita por Nabuco decía lo siguiente:

El largo periodo que ha transcurrido desde la declaración de la Doctrina Monroe nos permite reconocer en ella un factor permanente para mantener la paz internacional en el continente americano. Por esta razón, mientras estamos celebrando los centenarios de los primeros esfuerzos hacia la independencia, América Latina envía a su gran hermano, la nación del norte, una expresión de su agradecimiento por la noble y desinteresada acción que ha sido en gran beneficio de todo el nuevo mundo. (Inman 1924, p. 25)

Era esperable que fuera un escrito políticamente correcto no solo en la forma sino en el contenido. No es extraño, entonces, ni que considerara al país del norte como el gran hermano ni su agradecimiento por la Doctrina. Menos lo era que considerara a ésta una acción para mantener la paz interamericana y que esto, a su vez, se asociara con los ideales independentistas de América Latina. No era esta la primera vez que Inman señalaba que en las Conferencias existía una preocupación latente por las implicancias de esta Doctrina. Al mencionar la conferencia anterior realizada en Río de Janeiro, comentó que Haití expresó su preocupación sobre el tema, al solicitar que los Estados Unidos aclarara los alcances de aquella para disipar el temor latente entre estos países de que el vecino del norte realizara futuras anexiones en el continente. Indirectamente, esto se relacionaba también con la preocupación planteada previamente por Argentina, a través de la Doctrina Drago, para reprobar el uso de la fuerza para el cobro compulsivo de una deuda pública.

Retomando la propuesta de Brasil en Buenos Aires, el representante de Chile no estuvo conforme con ella y lanzó una contrapropuesta en la que se recuperaba la representación de los Estados Unidos como el gran hermano que vigila y protege, pero aclaraba que la Doctrina Monroe solo sería aceptada si garantizaba que Europa no podía reconquistar estas tierras. Es decir, la Doctrina era positiva en tanto y en cuanto garantizara la soberanía ante todos, incluyendo implícitamente los deseos anexionistas de los Estados Unidos:

Desde las independencias de las naciones de América han proclamado de este modo su derecho a excluir intervenciones europeas en sus asuntos internos y por lo tanto, no puede proceder a futuras colonizaciones en el territorio del nuevo mundo. Estos principios claramente formulados y solemnemente expresados por el presidente Monroe en 1823, constituyen un factor para garantizar la soberanía de las naciones de este continente. Porque Latinoamérica celebrando sus cien años de aniversario de su independencia, envía ahora a la gran nación hermana del norte su expresión de su adhesión a esta idea de solidaridad, como en el pasado ella se unió en la proclamación de esos principios y los sostuvo para el beneficio de todo el nuevo mundo. (Inman 1924, p. 26)

Estas palabras tampoco fueron las definitivas. Los representantes de Chile y Brasil redactaron entonces otra declaración, que se suponía lograba combinar ambas propuestas:

El largo periodo que ha transcurrido desde la declaración de la Doctrina Monroe nos permite reconocer en el un factor permanente hacia la paz externa en el continente americano. Dio solemne y concreta expresión a los ánimos de América Latina desde el inicio de su independencia política. Por esta razón, mientras celebramos el centenario de esos primeros esfuerzos hacia la independencia, las naciones representadas en la cuarta conferencia panamericana envían a su gran hermana nación del norte la expresión de su adhesión a esa noble y desinteresada acción, como una consecuencia beneficiosa para el nuevo mundo. (Inman 1924, p. 26)

La preocupación era mantener la paz externa del continente, por lo que, si bien se borró la mención a los deseos de reconquista europea, se dejaba en claro que ésta era la única defensa que debía ejercer los Estados Unidos en la región. Es interesante también advertir cómo la Doctrina se convierte en una manifestación *a posteriori* de

deseos previos de la independencia, creando un lazo imaginario entre los líderes independentistas y el presidente James Monroe. De hecho, la independencia pasa a un segundo plano, siendo reemplazada como objeto por la Doctrina Monroe.

Esta última versión se presentó a la delegación de Argentina que la aprobó (salvo dos de sus integrantes) y a Chile, cuyos representantes, pese a haber participado de su redacción, terminaron por rechazarla porque temían que, si no se redactaba mejor, darían una falsa interpretación a los países europeos. De nueva cuenta se modificó el texto para terminar afirmando lo siguiente:

Sobre las celebraciones de los centenarios de los primeros esfuerzos a favor de una independencia política, las naciones representadas en la cuarta conferencia panamericana envían a su gran hermana nación del norte la expresión de su agradecimiento, y grabara la convicción de que la declaración contenida en el mensaje del presidente Monroe significaba el ánimo de toda América y contribuyo efectivamente a garantizar sus independencias. (Inman 1924, p. 27)

Los centenarios y los países participantes de la Conferencia aparecieron como protagonistas de un mensaje oficial que, en un tono soso, recordaba una parte de la historia: los esfuerzos por la independencia y, al mismo tiempo, el mensaje del presidente estadounidense. Lo significativo se concentró en la interpretación de la Doctrina como una respuesta de un solo país que concentraba empero el sentir americano. Con ello, sin mencionarlo, se abrió al debate lo que veremos en el siguiente apartado al abordar la posibilidad, o mejor dicho, los intentos por hacer extensiva la Doctrina Monroe, convirtiéndola en un principio de todos los países del continente, no exclusivo de los Estados Unidos.

Como atinadamente percibió Inman, la situación era bastante complicada. La delegación de Estados Unidos consulto sobre el asunto y dejó claro que, mientras para América Latina era muy aceptable hacer suya la Doctrina Monroe, no era igual para los Estados Unidos para quienes era una premisa nacional. Además, anticipando el final, afirmaban que su presentación en la Asamblea generaría disenso, por lo que consideraban mejor no hacer la presentación (de ninguna de todas las versiones que se discutieron). Por su parte, pese al ímpetu inicial, la delegación brasileña asumió que no sería fácil conseguir una mayoría absoluta a su propuesta, porque, aunque todos estuvieran de acuerdo con los factores esenciales de la resolución, no todos convendrían la forma que adoptó por escrito. Por ello, su delegación no presionaría para presentar este proyecto, y ninguna otra delegación lo presentó, quedando la discusión inconclusa en espera de nuevos espacios de intercambio. Así, mientras todos los países ahí representados acordaran que la Doctrina Monroe sería entendida como fue formulada en 1823, porque esto respondía al “ánimo del Nuevo Mundo” en ese entonces, se evitarían susceptibilidades con Europa y entre los países americanos. Sin embargo, otros representantes desearon que, al explicarse el tenor de esta Doctrina en su sentido actual, se limitara la hegemonía de los Estados Unidos (Inman 1924, pp. 25-27).³

3 Es interesante señalar cómo fue transmitido este intento de Brasil en Argentina y en Estados Unidos. El diario *La Prensa* escuchó el rumor de las reuniones que estaban sosteniendo delegados de Brasil, Chile y Argentina –las que aparentemente tenían el visto bueno de Estados Unidos– y decidió entrevistar al

II. DE UNA LIGA AMERICANA Y SUS PRÓCERES EN TIEMPOS DE CRISIS

La V Conferencia debía realizarse en el año 1914, pero el inicio de la Primera Guerra Mundial hizo que se aplazara por tiempo indeterminado o al menos hasta que la Gran Guerra terminara. La contienda tuvo un gran impacto por varios motivos y en diferentes niveles. Es evidente que los países americanos no fueron ajenos al impacto político, económico y social que implicó el inicio de este conflicto. Tampoco lo fueron a la crisis con que inició la posguerra, no solo por los efectos económicos sino por el cuestionamiento del orden político y social existente, que se conjugaba con las ideas emanadas de la revolución rusa y de la mexicana.

Se suponía que una consecuencia positiva de la guerra sería el fin de los anteriores nacionalismos y el nacimiento de un internacionalismo. Para ello se creó la Sociedad de Naciones, la cual, influenciada por los catorce puntos del presidente Woodrow Wilson, buscaba instaurar una diplomacia abierta a través de organismos internacionales donde se dirimieran diferencias por una vía pacífica de negociación. Sin embargo, las acciones tomadas por las potencias europeas llevaron a nuevos problemas, por lo que el ambiente internacional, poco dispuesto a tolerar una larga espera, llevó a que el ámbito de las negociaciones fuera más tenso.

A inicios de la década de 1920, un número importante de países latinoamericanos participaron de esta Sociedad, mientras mantenían su pertenencia a la Unión Panamericana. México era la excepción. La revolución trajo aparejado nuevos conflictos con Estados Unidos, el cual utilizó, entre otros medios, el hecho de no reconocer sus gobiernos como medida de presión. Según los criterios de la Unión Panamericana, sus participantes debían ser representantes diplomáticos reconocidos por el gobierno de Washington. Por este motivo, México no participó de la Conferencia realizada en Santiago de Chile en 1923. A esta ausencia se sumó otra, en la Sociedad de Naciones. México no había sido invitado a participar (o al menos no recibió la invitación que esperaba), a lo que se agregó otra diferencia más significativa: el gobierno mexicano se negaba a aceptar la cláusula en la que se aceptaba que la Doctrina Monroe era parte del Pacto de la Sociedad de Naciones (Herrera 2014).

En este contexto de crisis pero también de posibilidades para realizar modificaciones, no fue extraño que el principal debate de la Conferencia de Santiago giró en torno a las propuestas latinoamericanas de crear una Liga de Naciones Americanas o, en su defecto, de modificar la Unión Panamericana para que su pertenencia no dependiera del reconocimiento de los Estados Unidos. En ambos casos, se cuestionaba el *status quo* vigente. Tampoco lo fue el hecho de que Inman hubiese modificado su postura para volverse más crítico del panamericanismo. Durante el lapso de tiempo entre la

presidente de la delegación estadounidense para preguntarle. Por su parte, el *Washington Post* también se hacía eco de estas discusiones extraoficiales pero aclaró que la iniciativa de Brasil buscaba extender la Doctrina Monroe y que no encontró apoyo por parte de Argentina y Chile, a quienes les preocupaba que sus socios comerciales europeos se sintieran lastimados de algún modo. Cf. Morgenfeld 2011, pp. 147-148.

anterior conferencia y ésta, la vida de Inman tuvo cambios importantes: vivió en México hasta 1914, cuando las difíciles relaciones entre ambos países terminó en la invasión del puerto de Veracruz –con la consecuente salida de muchos estadounidenses del territorio mexicano–. A su regreso a Nueva York, prosiguió en el campo misional al asumir como secretario ejecutivo del Comité de Cooperación en América Latina, cargo desde el cual lanzaría un ambicioso plan para reorganizar la iglesia protestante en estos países, a partir de una propuesta de cooperación que se alejaba, en parte, de las directrices tomadas en la Conferencia reunida en Panamá (1916). En ella, tuvo una participación destacada para reorganizar las misiones protestantes en América Latina. Para fomentar este acercamiento, se basaba en el principio de que era indispensable y realizable la cooperación entre ambas Américas, porque anglosajones y latinos compartían ideales comunes que hacían posible un acercamiento para acordar y solucionar sus problemas (Inman 1916).

De estas experiencias surgió su primer libro, *Christian Cooperation* (1917), dedicado a la labor misionera, sin referencias a la otra cooperación que realizaba el gobierno estadounidense por ese entonces a través de la Unión Pan Americana. Sin embargo, no dejó de advertir en sus viajes la presencia de una actitud hacia los Estados Unidos, a los que se asociaba con los intereses anglosajones en contraposición de los latinos, vistos los primeros como materialistas y los segundos como idealistas. En este sentido, menciona la labor de propaganda emprendida por el argentino Manuel Ugarte. Le preocupó que esta mirada crítica limitara el desarrollo de las misiones protestantes, pues podían ser consideradas como otro tipo de imposición de los Estados Unidos para fomentar el panamericanismo. Sin embargo, como detectó el autor, esta actitud había cambiado ligeramente gracias al idealismo del presidente Woodrow Wilson y el ingreso de este país a la guerra, lo cual llevó a otros Estados a solidarizarse continentalmente, abandonando la neutralidad y reinterpretando la Doctrina Monroe como un argumento de justicia internacional (Inman 1917).

Convencido de la necesidad de que debían detenerse las intervenciones militares en el continente para crear un verdadero interamericanismo, Inman publicó *Intervention in México* (1919), con el que procuraba convencer a la opinión pública norteamericana de las verdaderas causas de la revolución y evitar una nueva intervención. El libro tuvo gran impacto en la opinión pública, por lo que el misionero fue sospechoso de ser un colaborador encubierto del gobierno mexicano, siendo llamado a declarar en tres ocasiones durante el año de 1919, frente al Subcomité del Senado de Estados Unidos a cargo de Albert B. Fall, el cual oficialmente investigaba los daños sufridos por los ciudadanos estadounidenses en México pero respondía, en realidad, a los intereses del sector que apoyaba la intervención armada en el país. Esto convirtió a Inman en un defensor público de la revolución mexicana junto con otros intelectuales norteamericanos “radicales” como Herschel Brickell, Carleton Beals y Waldo Frank, quienes utilizaron su capacidad en los medios de comunicación para modificar la imagen estereotipada que se tenía en Estados Unidos de los latinoamericanos (Williams 2001, pp. 86-90).

Un año después, como parte de las labores del Comité de Cooperación con América Latina, se fundó la revista *La Nueva Democracia*, en la que asumió como director desde su inicio en 1920 hasta 1939. En ella se criticaba la expansión de los Estados Unidos en América Latina a través del militarismo abierto y del movimiento panamericano. Este perfil antiimperialista y las numerosas redes que construyó Inman en sus viajes permitió que la publicación tuviera numerosos colaboradores latinoamericanos. A esto se sumó su labor como profesor de la Universidad de Columbia, donde dictó varios cursos sobre relaciones interamericanas.

Desde este mirador, observaba con preocupación el delicado balance entre los países americanos, lo que expresó en un artículo poco antes de la reunión en Santiago. Para él era claro que, a medida que se acercaba dicho encuentro, aumentaba la crítica contra el imperialismo norteamericano entre sectores intelectuales y estudiantiles de América Latina, de modo que crecía su escepticismo respecto a un progresivo entendimiento entre estas naciones. En especial, era consciente del llamado que había hecho en octubre de 1922 el intelectual argentino José Ingenieros en su discurso titulado "Por la Unión Latino Americana", en el que, tras criticar rotundamente el imperialismo yanqui en todas sus formas (diplomacia del dólar, intervenciones militares y panamericanismo), hacía un llamado a realizar una unidad defensiva de las naciones latinas como única medida de contrapeso para frenar a los Estados Unidos. De hecho, el discurso de Ingenieros fue publicado íntegro en *La Nueva Democracia* y tanto la revista como su director mantuvieron un contacto permanente con Ingenieros en los meses siguientes, para alentar a que en *Renovación*, publicación que apareció en 1923 para sistematizar la campaña lanzada en el discurso, se cuestionara el panamericanismo. Esta campaña se agudizó durante los meses previos a la Conferencia.

Inman asistió a la Conferencia como corresponsal del *Public Ledger* de Filadelfia, gracias a la recomendación hecha por Leo Rowe, presidente de la Unión Panamericana, pero no integró la delegación oficial de su país. Pese a esto, como el periódico estaba acreditado para cubrir el evento, tuvo acceso a los delegados y los comunicados oficiales. Inman aprovechó esta circunstancia para entregarles a cada uno una copia de *La Nueva Democracia* y mantener conversaciones privadas con ellos, en las que se presentaba como un representante del espíritu idealista de su país. Se sintió capaz de expresar sugerencias y puntos de vista, asistiendo al trabajo de los delegados a la hora de elaborar los reportes. Esta seguridad se vio reforzada cuando el presidente de Chile, Arturo Alessandri, le confesó, en una entrevista personal, que el discurso oficial de la conferencia se inspiró en su libro *Problems in Pan Americanism* de 1921 (Woods 1962, pp. 164). Esta referencia convirtió a Inman en alguien muy solicitado en Santiago de Chile, por lo que durante su estadía dictó numerosas conferencias. En la Universidad de Chile dictó una titulada "Aspiraciones comunes del continente americano". Su presentador, el profesor Ricardo Montaner Bello, lo definió como un espíritu libre, emprendedor, con una voluntad fuerte y una actividad intelectual incansable para decir las verdades que considera necesarias para mejorar las relaciones americanas en

un futuro. Halagó su erudición y su atinada interpretación de la realidad continental, según la cual existían dos Américas que podían complementarse. Al tocarle el turno al estadounidense, este expresó que su país no era perfecto y se había apartado del buen camino varias veces, pero que estos desvíos habían sido en contra de la voluntad de la mayoría, porque los ciudadanos desean la justicia y no buscan imponer sus riquezas materiales para impedir el desarrollo espiritual de los otros pueblos. Denunció la guerra de 1847 como un acto brutal y señaló que fue a partir de ella que comenzó la feroz crítica antiestadounidense. Confiaba, empero, en que más allá de estos malentendidos del pasado debía consolidarse la unidad americana, porque –decía– Dios los creó juntos y esta se constituyó como la única esperanza de la humanidad en el aspecto político y económico. Sobre la Doctrina Monroe, expresó que Roosevelt había declarado que debía ser continental y no unilateral, haciéndose responsables los países más desarrollados como Brasil y Estados Unidos. A su vez, Wilson había asegurado que era una advertencia a Europa pero no un protectorado implícito (Inman 1923).

Tras haber concluido la Conferencia Panamericana, Inman se trasladó a Buenos Aires, donde intercambiaría opiniones sobre el evento con José Ingenieros.⁴ Su interés por exponer con claridad lo acontecido en la Conferencia lo llevó también a aceptar la propuesta del presidente de Chile para que publicara un “estudio franco” sobre ella. Como observador imparcial, ayudaría a dilucidar si el encuentro había sido un éxito o un fracaso. En esta obra, Inman señaló que la Conferencia había despertado un gran interés ante una posguerra que se mostraba “desesperanzada” de Europa y “amenazada” por el militarismo creciente; una civilización que buscó, a través de la Liga de las Naciones, una salida que poco después encontró límites, entre otras cosas, porque Estados Unidos no se incorporó. En cambio, los países latinoamericanos se integraron en el mundo y en el mercado internacional como una “rica doncella, mimada, halagada y solicitada”, por poseer una riqueza y un territorio vasto aún por explotar y codiciado por las potencias. Por ello, aunque no pasó desapercibido para él el hecho de que los países hegemónicos de América Latina (Chile, Brasil y Argentina) se ocuparon del tema armamentista en la Conferencia,⁵ dedicó mayor espacio a analizar el proyecto de creación de una Liga de Naciones Americanas (Inman 1924, 5-8, 11). En este y en otros trabajos, Inman expresó que este tema había sido tratado de manera paralela en las sesiones oficiales y en reuniones privadas sostenidas en la casa del embajador de México en Chile, Sebastián Lerdo de Tejada. Ahí se discutía la posición que tomarían en la

4 CEDINCI, FJI, Serie A.6.1, doc. 55, folios 1, Nueva York, 1 de marzo de 1923. Samuel Guy Inman a José Ingenieros. SAA/8-4/2.2.177.

5 Inman reconoció que el fallido acuerdo en torno al tema del desarme militar fue uno de los motivos por los que se consideró que la Conferencia en general había fracasado. Sin embargo, planteó que el tema interesaba solo a Argentina, Brasil y Chile. Estados Unidos ya había decidido sobre el asunto en la conferencia de Washington en 1922. Las otras naciones americanas no se mostraron interesadas. Las discusiones entre los tres países del ABC fueron llevadas con mucha discreción y la única presentación pública fue durante el último día de la conferencia. Las sesiones secretas terminaron por acordar que no habría una decisión final sobre el desarme. Inman, 1965, pp. 97-98.

conferencia al siguiente día, por lo que el gran ausente terminó siendo la persona más importante de la Conferencia (Inman 1965, p. 101). El proyecto de la Liga había sido expuesto con anterioridad (1919) por el uruguayo Baltazar Brum. Inman no se pronunció a favor o en contra de él, aunque aclaró que no consideraba que existiera contradicción en que la mayoría de los países latinoamericanos perteneciera a la Sociedad de Naciones y simultáneamente a la Unión Panamericana. De hecho, la sutil manera de presentar el asunto permite inferir que era consciente de la importancia política que tenía esta doble pertenencia para América Latina, al otorgarle la posibilidad de ejercer un balance (a su favor) en las disputas continentales.

En cambio, señaló que para Estados Unidos la propuesta no tenía el mismo sentido. Sus instrucciones eran claras: hacer lo menos posible y oponerse a que se diera en el ámbito de la Conferencia ni un solo paso que permitiera o adelantara su concreción. Los delegados de este país fueron nombrados un mes antes de su partida y no hubo tiempo para preparar correctamente una postura. La mayoría no sabía español, pero el secretario de Estado les dijo que no era necesario y que “lo más importante era demostrar a los latino-americanos el aprecio en que se les tenía”. A este error se sumó otro, en opinión de Inman: la delegación de su país estaba compuesta por técnicos en comercio y militares, mientras los países latinoamericanos incluían a destacados abogados especializados en derecho internacional. El principal temor era que los latinoamericanos buscaran dismantelar la actual Unión Panamericana para crear una nueva y que ésta fuera más igualitaria. Esta actitud fue calificada por Inman como torpe, porque provocó que los latinoamericanos reagruparan fuerzas para presentar otra propuesta: la del representante de Costa Rica, Alvarado Quiroz, quien sugirió ampliar la Unión para que sus integrantes no tuvieran que ser previamente aceptados por los Estados Unidos, aun cuando la sede permaneciera en Washington; afirmó, a su vez, que la Doctrina Monroe era unilateral, por lo que solo a ellos competía seguir siendo el único responsable. El único acuerdo al que se llegó fue que la Unión Panamericana debía estar compuesta por diplomáticos acreditados en Washington y el Secretario de Estado de ese país seguiría presidiéndola, pero se dejaba abierta la posibilidad de que, si un gobierno no tenía esta representación, podía solicitar a la Unión obtener una representación especial. Aunque no se podía admitir oficialmente, México había ganado la batalla, al tiempo que Inman se convertía en un importante impulsor del interamericanismo que debía reemplazar el anterior panamericanismo (Inman 1924, pp.11, 16-18, 63-65, 75).⁶

Ahora bien, la agenda de la Conferencia no se agotó con el tema de la Liga. También resolvió que se erigiera en la ciudad de Panamá una estatua al libertador Simón Bolívar a fin de conmemorar su iniciativa de reunir un congreso panamericano en 1826 y que se convocara a una conferencia en esa ciudad al cumplirse su centenario con el objetivo de “estudiar los grandes problemas del Nuevo Mundo”. Para ello se esperaba

6 Un análisis pormenorizado de la actuación de los delegados y del embajador mexicano en torno a este tema, puede encontrarse en Thorntorn 2015.

contar con la cooperación de todos los países pero en especial de Panamá, el cual debería hacerse cargo de las gestiones necesarias para que se llevase a la práctica. La estatua del Libertador debía simbolizar el “gran principio que encarnan las Conferencias Panamericanas”. Junto a este prócer, se decidió ubicar a otros dos para mantener el tono ecuaníme que incluía tanto el pasado colonial (y su relación con España) como el vínculo con los Estados Unidos. Por ello, la conferencia resolvió también que se honre la memoria de Cristóbal Colón erigiendo un faro monumental en la ciudad de Santo Domingo, capital de la República Dominicana, el cual sería construido con la cooperación de los gobiernos que lo deseen. Formuló la propuesta al Congreso el delegado de la República Dominicana, Tulio M. Cestero, la cual fue aceptada por unanimidad, aunque la edificación tuvo que esperar.⁷ Las causas de esta aprobación escapan al objetivo de este trabajo, puesto que su análisis nos llevaría a una interpretación historiográfica de los usos y silencios de la figura de Colón en las naciones americanas. Menos conocido aún es para nosotros el hecho de que Colón haya sido parte de la construcción de identidad de los Estados Unidos desde el siglo XVII, cuando los colonos comenzaron a identificarse menos con su metrópoli y más con esa tierra nueva americana (Manuel 2013, p. 138). Menos sencillo es comprender por qué la Conferencia de Santiago resol-

7 En 1927 el asunto fue confiado a la Unión Panamericana, contribuyendo el gobierno de la República Dominicana con una cantidad importante de los gastos para lanzar un concurso mundial de arquitectos con el fin de elegir el mejor proyecto de monumento - faro. El arquitecto norteamericano Albert Kelsey viajó en representación de la Unión al país caribeño para estudiar el lugar y redactar las bases del concurso, el cual se abrió en septiembre de 1928. Se estableció que el certamen se desarrollaría en dos etapas, una llevada en Madrid para seleccionar los mejores diez anteproyectos y otra a celebrarse en alguna ciudad latinoamericana para determinar cuál de ellos sería el ganador. El concurso fue difundido en español, francés e inglés, el jurado (elegido por los propios concursantes) designó a Raymond Hood por Estados Unidos, Eliel Saarinen (finlandés que representaba a Europa) y Horacio Acosta y Lara (uruguayo, por Sudamérica). Las bases especificaban el monto del premio y los otros requisitos técnicos (altura máxima, materiales de construcción, un museo, una sala de conferencias, una biblioteca y la decisión de que se trasladaría al faro el sepulcro neogótico donde se guardaban los restos de Colón). Además, el proyecto debía incluir un faro que sirviera de guía a los barcos y a las aeronaves, una pista de despegue, un embarcadero y un puerto. Pero lo más complejo es que la arquitectura debía representar en el monumento “un simbolismo panamericanista de fácil lectura” que respetara “las tres civilizaciones americanas: la indígena, la colonial y la moderna”. El terreno en la ciudad de Santo Domingo era vasto. A la fase de Madrid se presentaron casi dos mil arquitectos para cuatrocientos cincuenta y cinco anteproyectos, de los cuales, después de la exposición, se eligieron los diez finalistas entre los que no había ningún latinoamericano. Los españoles Joaquín Vaquero y Luis Moya quedaron en representación de España e Hispanoamérica. La fase final se realizó en Rio de Janeiro en octubre de 1931, resultando ganador el proyecto del británico J. L. Gleave, segundo lugar para D. Nelson y E. Lynch y, en tercer lugar, los españoles. Aunque los trabajos de construcción se iniciaron en 1932, los efectos de la crisis económica hicieron que se detuvieran sin terminar los cimientos. En 1937 se intentó retomar el proyecto y para ello se realizó un vuelo denominado “Pro faro de Colón”, organizado por aviadores militares de Cuba y República Dominicana para recorrer los cielos del hemisferio occidental. Este vuelo de buena voluntad hacía un llamado a los países latinoamericanos para que colaboraran en el proyecto. (Urribarres, en <http://www.urrib2000.narod.ru/ArticPanam.html>). Décadas después, en 1986, se decidió retomar el monumento de Gleave para la conmemoración del Quinto Centenario del Descubrimiento, concluyendo la obra en 1992. La nueva obra perdió su aspecto simbólico original al ser actualizada por el arquitecto dominicano Teófilo Carbonell (Egaña 2012, pp. 78,79, 85 y 90).

vió agregar a este homenaje al estadounidense Henry Clay, a quien se decidió erigir en Washington un monumento en su honor por haberse “consagrado al apostolado de la paz, del derecho y de la justicia entre las naciones de América” (Conferencias Internacionales Americanas 1923, p. 270-271, 283, 284).

Ahora bien, de las tres figuras, fue la de Bolívar la que mayor revuelo causó en lo inmediato. El monumento al Libertador fue construido en la Plaza de Bolívar como un regalo de las naciones americanas a la ciudad de Panamá para conmemorar el Congreso de 1826. Se develó durante el Congreso Panamericano Conmemorativo del de Bolívar realizado en la ciudad de Panamá (junio de 1926). A él asistieron casi todos los países del continente, Gran Bretaña y Holanda como observadores y España como invitado de honor. Aunque se trataba de una conferencia conmemorativa en donde se habló del prócer, se fundó una universidad con su nombre –la que nunca tuvo efecto– y se recomendó crear un congreso permanente de Bolívar (cuya siguiente sesión sería convocada por el gobierno de Venezuela al cumplirse los cien años de su muerte), se aprovechó para retomar el tema de la creación de una Sociedad de las Naciones de América.

Al igual que en la Conferencia de Santiago, las discusiones fueron tan álgidas sobre la equidad de las pequeñas y grandes naciones, la jurisdicción de ellas en la Liga, sus métodos y procedimientos, que no se llegó a ninguna conclusión. A eso se sumó la existencia de otras propuestas, como la libertad de los presos políticos y la propuesta de Nicaragua de trasladar la sede de la Unión Panamericana a la ciudad de Panamá. La delegación de Estados Unidos se abstuvo de participar en proyectos o discusiones que tuvieran implicaciones de tipo político, por lo que las propuestas quedaron sin solución. En cambio, se aprobó la realización de un monumento al estadounidense Henry Clay en la ciudad de Panamá, reforzando lo aprobado anteriormente en la Conferencia Panamericana reunida en Santiago, pero cambiando el sitio donde se ubicaría: Panamá en lugar de Washington (República de Panamá 1937). El delegado que lo propuso, Alfonso Robledo, elogió a Clay porque defendió en los Estados Unidos los derechos de los países latinoamericanos durante sus guerras por la independencia. No se oponía al principio de neutralidad pero esgrimía la necesidad de reconocer las nuevas naciones como independientes de España, porque éstas eran justas y seguían los principios que habían señalado los norteamericanos en su independencia. A su labor se debe también el mensaje del presidente Monroe en 1823, el cual fue visto de manera positiva como un dique de contención a las intervenciones europeas (Robledo 1926, pp. 199-202).

Esa inclusión no era extraña en ese contexto, aunque fue duramente criticada por estudiantes, intelectuales y organizaciones latinoamericanistas. El presidente de la Unión Latino Americana, Alfredo Palacios, recibió la invitación del gobierno de Panamá para que participara de dicho encuentro conmemorativo. La invitación fue rechazada porque iba en contra de los principios de Bolívar, acusando al gobierno de Panamá no solo de contrariar los deseos del Libertador de lograr una confederación de las excolonias hispanas, sino también de enmascarar el estado de coloniaje en el que se encontraba Panamá con respecto a los Estados Unidos. Tanto la invitación como el

rechazo fueron difundidos en *Renovación*, hecho que sirvió para levantar nuevamente una fuerte crítica contra el panamericanismo, sus conferencias y, en este caso, sus “falsas” conmemoraciones (Pita 2016).

Los discursos oficiales del evento no hacían más que integrar en el panamericanismo toda la historia de los proyectos de unidad continental, anulando las diferencias pasadas y presentes. Por ello, al sintetizar lo ocurrido en el Congreso de 1926, el estadounidense Henry Collings relataba que el congreso de 1826 había contado con la participación de Norte y Sudamérica y que su poco éxito se debió a que los delegados habían sido diezmados por la fiebre amarilla que asoló la ciudad de Panamá. Se omitió el problema de la falta de invitación inicial a Estados Unidos y el hecho de que la Confederación planeada por Bolívar había sido concebida para resolver problemas de las excolonias hispanoamericanas. Se minimizaban las diferencias entre ambas Américas (la hispana y la anglosajona) al asumir que se debía a que “difieren en temperamento y actitud frente a la vida”. Pero Panamá entiende a ambas, por lo que está destinada a servir como centro interamericano de intercambio (Collings 1926, pp. 197).

Inman escribió también sobre esta Conferencia no solo para resaltar el papel de Bolívar, sobre el que trató en otras ocasiones, sino para mencionar entre otras cosas, que las discusiones de la Conferencia de Santiago seguían vigentes.⁸ Anotó que la idea provino del delegado de Guatemala, Máximo Soto Hall, quien convenció a los demás participantes de la Conferencia reunida en Santiago de que era indispensable erigir un monumento a Bolívar en Panamá como parte de la celebración del centenario del

8 Para Inman, Bolívar era un personaje trascendental para la historia del panamericanismo, como el representante de la América Latina junto al estadounidense a Henry Clay, quien, a su parecer, compartió con Bolívar los deseos de una “solidaridad continental”, rota posteriormente por las acciones del vecino del norte tras la guerra de 1848. A estos “grandes americanos” Inman agrega el presidente Monroe, porque fue quien reconoció que este continente estaba separado de Europa no solo por los océanos sino por una historia pasada y los anhelos de alcanzar una independencia para conformarse en repúblicas. Inman no ocultó el hecho de que Bolívar no había invitado inicialmente a los Estados Unidos a participar de Congreso de Panamá, pero rechazó rotundamente la interpretación que vio en esto un acto de una profunda enemistad. Prefirió la del prof. W. R. Shepard, quien explicó que esto se debió a que Bolívar no creía que los países latinoamericanos estuvieran listos para seguir a los Estados Unidos en su constitución federal. Para sustentar esto, citó un pasaje de la carta de Jamaica según la que, mientras sus compatriotas no adquieran las virtudes y los talentos políticos que distinguen a sus hermanos del norte, el sistema político popular estaría distante (Inman 1921, pp. V, 98, 105-106). En 1826, Bolívar quiso poner en práctica las aspiraciones de otros líderes independentistas en el congreso de Panamá, el cual fracasó por la falta de apoyo de los gobiernos, los que estaban demasiado ocupados con sus problemas internacionales o temían que el congreso sirviera para las ambiciones personales del libertador. Los resultados fueron escasos y hasta el propio Bolívar pareció perder la fe en el proyecto, pero éste fue la semilla de otros eventos que se realizarían en el transcurso del siglo XIX, convirtiéndose en el origen hispanoamericano de las Conferencias Panamericanas. Al trazar esta línea de continuidad, mencionó que la ausencia de Estados Unidos se relacionó a que las acciones tomadas (filibusteros en Centroamérica, guerra con México) lograron que los otros americanos temieran tanto por la reconquista española como por la expansión estadounidense. Por su parte, para el país del norte la guerra civil redujo el desprecio que tenían de sus vecinos del sur, disminuyendo la actitud altiva del destino manifiesto. La llegada de James Blaine como Secretario de Estado, quien quiso continuar con las ideas de su predecesor Henry Clay, hicieron factible que Estados Unidos liderara el proceso (Inman 1924, pp.1-6).

congreso de 1826. El gobierno panameño tomó la propuesta, apoyándola para enfatizar que lo que se recordaba era el proyecto hemisférico e interamericano de Bolívar, para lo que designó una comisión que arreglara el Congreso Conmemorativo. Durante la primera sesión de dicho evento, se develó el monumento a Bolívar ubicado en la Plaza de Bolívar, junto a centenares de niños y niñas que desfilaron junto a la estatua de bronce del Libertador (obra del escultor español Mariano Benlliure). Sin embargo, el momento más impresionante de la conmemoración, para Inman, fue la ceremonia que se realizó en la Sala Capitular del Colegio La Salle, cuando el secretario de Relaciones Exteriores de aquel país, Ricardo Alfaro, inició a la misma hora y en el mismo sitio que un siglo atrás, un momento de silencio junto a un retrato de Bolívar, mientras todos los delegados rendían tributo en su memoria. Pese a la carga emotiva del evento, los delegados presentes no perdieron de vista las discusiones de la Conferencia de Santiago. Por ello, el representante de Colombia declaró que el mejor tributo a Bolívar era la creación de una Liga de Naciones Americana, al tiempo que el de Panamá presentaba una resolución –que de algún modo continentalizaba la Doctrina Monroe sin mencionarlo–, al proponer adoptar como principio americano el que “cualquier acto de agresión contra uno de ellos, violando la universalidad reconocida de los principios del derecho internacional era una ofensa para todos los demás”. El tema, candente aún en la mente de muchos representantes, fue retomado por el delegado de Perú, Enrique Castro Oyanguren, quien expresó que

...era imposible negar que el arbitraje, la cooperación mutua, la mediación obligatoria, la garantía de la integridad territorial, que hoy han comenzado a ser aceptados como una doctrina internacional en las deliberaciones de Ginebra y Locarno, fueron consagrados en el oscuro y pequeño Congreso de Panamá, cuyas decisiones fueron recibidas con desdén por los diplomáticos de la Santa Alianza y los Congresos de Viena y Verona. (Inman 1965, p. 108)

Posiblemente, debido a que los debates seguían abiertos, el Congreso decidió como puntos de encuentro aprobar la erección del monumento a Henry Clay, adoptar un tributo a Francia, expresar su agradecimiento a Canning de la Gran Bretaña, a los estadounidenses Jefferson, John Quincy Adams y Monroe, así como a los soldados británicos que lucharon en la guerra de independencia. Recomendaban también que se publicara una serie de estudios históricos en inglés, portugués y español de los trabajos más representativos de ambas Américas (Inman 1965, pp. 106-108).

CONCLUSIÓN

La Conferencia Panamericana de Buenos Aires comenzó en julio de 1910, poco después que se celebraba el pronunciamiento del Cabildo de Mayo de 1810 que dio inicio a una insurrección. Esto no fue una coincidencia. La Unión Panamericana apoyó el espíritu conmemorativo de ésta y de las otras naciones americanas que festejaban en ese año sus centenarios de independencia, porque estos cumplían una función performativa. Como escenarios teatrales donde se representaba las naciones independientes, los

símbolos patrios y sus héroes, las conmemoraciones fueron útiles para alimentar el orgullo de un tipo de nación diseñada por Estados deseosos de mostrar en el ámbito internacional aquellos pocos signos de modernidad alcanzados y dejar claro que sus países habían entrado definitivamente en la era del progreso. En este marco, las conmemoraciones sirvieron a las partes como una muestra de que la Unión Panamericana no pretendía minimizar las historias oficiales nacionales sino que, por el contrario, respetaría su glorificación festiva porque esto conduciría a un acercamiento y una disminución de las tensiones de temas políticos candentes que habían sido planteados ya en las Conferencias anteriores sin una resolución favorable para todos.

Así, la Conferencia reunida en Buenos Aires terminó sin sobresaltos – como deseaba la secretaría de Estado de Estados Unidos– porque fracasó el intento por incluir, a través de las conmemoraciones del centenario, un tema difícil que no quería ser tratado por todos de manera abierto, como era la Doctrina Monroe. El que se hubiera intentado agregar a la agenda oficial no es poca cosa, como tampoco lo es el argumento que se utilizó para justificarlo. No es casual el que se haya relacionado la Doctrina Monroe con el pasado patrio para celebrar las historias independentistas y sus héroes, porque, al retomar en 1910 las palabras expresadas más de 100 años atrás por el presidente estadounidense James Monroe, se intentaba continentalizar la doctrina y, con ello, restarle poder como herramienta imperialista en manos solo de los Estados Unidos. Tampoco lo era el hecho de que, al abordar el tema de los centenarios y las conmemoraciones, los delegados involucrados en la puesta en escena (no por casualidad Brasil, Argentina y Chile) fueran cautos con la utilización de los términos que hacían alusión a la identidad regional, refiriéndose una y otra vez al Nuevo Mundo en lugar de utilizar términos que pudieran excluir a sus vecinos del norte como los de Hispano, Ibero o Latinoamérica.

Al recuperar el término e identificarlo con el de América, se intentaba actualizar la utopía renacentista para que el “continente de la libertad y la esperanza” fuera el (único) elemento legítimo al que podía aludir la Unión Panamericana. Es interesante señalar cómo, al no poder reescribir una historia común del siglo XIX en la cual se anularan las intervenciones armadas, el bandidaje y la influencia hegemónica de los Estados Unidos con América Latina, la vía para encontrar una conciliación se efectuara a través de figuras específicas. Como menciona la publicación realizada por Argentina para conmemorar su independencia, Cristóbal Colón fue un hombre “resuelto y genial” porque descubrió un continente que tuvo durante cuatro siglos un destino: fusionar las razas europeas en un espacio donde hay paz y concordia, el cual “ha servido de campo neutral para llegar a la más grande concepción política de los tiempos actuales” (Urien 1910, p. 2). No por casualidad este personaje fue recordado en la Conferencia de 1923, cuando era evidente que había un aumento significativo de las tensiones políticas y diplomáticas entre ambas partes. Aunque el monumento y el faro dedicado a honrarlo tuvo una construcción accidentada, Colón se convirtió en una figura común para la identidad americana en permanente construcción.

Un caso similar en cuanto a su peso simbólico, pero distinto en cuanto a la apropiación del pasado, fue el de Simón Bolívar. Que se lo haya conmemorado dedicándole una Conferencia específica en la ciudad de Panamá en 1926 diluyó en la historia las enemistades y recelos que se tuvo hacia los Estados Unidos en 1826. Por ello, no era extraño que la Conferencia de 1923 le dedicara un homenaje a Bolívar, como así también al estadounidense Clay, ni que, al hacerlo, se reescribiera la historia de la década de 1820 para poner en sintonía la Doctrina Monroe con el llamado de Bolívar. Pese a esto, es evidente que la Conferencia de Santiago no volvió sobre la experiencia anterior de utilizar el tema de las conmemoraciones para abordar la continentalización de la Doctrina Monroe. Los debates políticos entre las partes se concentraron, por una parte, en frenar la propuesta de la Liga de las Naciones Americanas y la reorganización de la Unión Panamericana. No es casual que Inman haya dedicado tanto espacio a señalar el cómo y el porqué se sucedieron estas disputas, al tiempo que olvidaba mencionar que, en esa misma Conferencia, se dispuso celebrar el Congreso Anfictiónico realizado por Simón Bolívar en 1826, personaje e iniciativa de la cual trató en varios escritos pero no en ese momento. Por lo visto, no fue el único. Los pocos datos que tenemos sobre ese homenaje llevan a pensar que tuvo incluso menor repercusión que los de los festejos de 1910. El contexto diplomático de la década de 1920 estaba demasiado ocupado en reaccionar ante peligros políticos inminentes y, si bien no se anuló dentro de las Conferencias Panamericanas las referencias a celebraciones y homenajes, estos pasaron a jugar un lugar de menor importancia. Sin embargo, el peso simbólico de las conmemoraciones no fue descartado, sino que se mantuvo latente en esta década para reorientarse en la siguiente en un nuevo sentido: dotar a la Unión Panamericana de una bandera, un himno, una fecha cívica (el 14 de abril).

Cabe una última reflexión relacionada con la funcionalidad de estudiar este tipo de temas desde un personaje particular. Inman fue un articulador o mediador de redes diplomáticas, políticas e intelectuales a nivel continental, abarcando así ambas Américas. ¿Fue un agente informal del expansionismo o la hegemonía de los Estados Unidos? Es difícil dar una respuesta sencilla. Es evidente que no comulgó con las iniciativas del Departamento de Estado pero es cierto que su saber fue puesto al servicio de acercar a los latinoamericanos a los vecinos del norte, o al menos aminorar su enemistad, y que Estados Unidos nunca pensó en abandonar su hegemonía. Cabría preguntarse, entonces, como lo ha hecho Ricardo Salvatore, hasta qué punto la difusión de un determinado saber es un dispositivo de poder del imperio (Salvatore en Scarfi 2014, pp. 11-17). Pensando esto en función de la relación entre el panamericanismo y los discursos nacionales, es posible interrogarse sobre la manera en que este tipo de articuladores sirvieron de puentes comunicantes para intentar que, dentro de la Unión Panamericana, pudieran incorporarse silenciosamente, sin causar demasiada tensión, temas como el de los festejos nacionales; es decir, cómo hacer compatible un discurso nacional con otro regional.

BIBLIOGRAFÍA

- BETHELL, Leslie, 2012. Brasil y América Latina. *Prismas, Revista de Historia intelectual*, n.º 16, pp. 53-78.
- COLLINGS, Harry T., 1926. Congress of Bolívar. *The Hispanic American Historical Review*, vol. 6, n.º 4, nov., pp. 194-198.
- CONFERENCIAS INTERNACIONALES AMERICANAS 1889-1936. Biblioteca digital Daniel Cosío Villegas (Consultado el 1 de agosto de 2016). Disponible en: http://biblio2.colmex.mx/coinam/coinam_1889_1936/base2.htm
- EGAÑA CASARIEGO, Francisco, 2012. El viaje de los arquitectos Luis Moya y Joaquín Vaquero a Rio de Janeiro. El desenlace del concurso para el Faro de Colon (1931) *Liño. Revista de Historia del Arte*, n.º 18, pp. 77-90. (Consultado el 11 de septiembre del 2016). Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/3964217.pdf>
- HERRERA, Fabián, 2014. *México en la Sociedad de Naciones, 1931-1940*. México: Secretaría de Relaciones Exteriores.
- INMAN, Samuel Guy, 1908. *The Crucial Hour in Latin America*. Indianapolis (IN): Christian woman's Board of Missions.
- 1916. A notable Pan-American Conference. *The Outlook*, 29 de marzo, pp. 750-755.
- 1917. *Christian Cooperation in Latin America*. New York: Comité on Cooperation In Latin America.
- 1921. *Problems in Pan Americanism*. New York: George H. Doran Co.
- 1924. *Pan-American Conferences and their results*. Austin (TX): reprinted from The Soutwestern Political and Social Science Quartely, vol. IV, n.º 4.
- 1923. *Aspiraciones Comunes del Continente Americano*. Santiago de Chile.
- 1924. *Hacia la solidaridad americana*. Madrid: Daniel Jorro editor,
- 1965. *Inter-American Conferences 1826-1954: History and Problems*. Washington D.C.: University Press.
- NÁJERA, Guillermo, 2002. IV Conferencia Panamericana (Buenos Aires, 1910). La Visión sobre la IV Conferencia. En Carlos MARICHAL (dir.), *México y las Conferencias Panamericanas 1889-1938. Antecedentes de la globalización*. México: Secretaria de Relaciones exteriores.
- MANUEL, Carme, 2013. Colón en Estados Unidos. *EREBEA, Revista de Humanidades y Ciencias Sociales*, n.º 3, pp. 135-169.
- MORGENFELD, Leandro, 2011. *Vecinos en conflicto. Argentina y Estados Unidos en las Conferencias Panamericanas (1880-1955)*. Buenos Aires: Peña Lillo y Ediciones Continente.
- ORTEMBERG, Pablo, 2015. Geopolítica de los monumentos: los próceres en los centenarios de Argentina, Chile y Perú (1910-1924). *Anuario de Estudios Americanos*, enero - junio, n.º 72, 1, pp. 321-350.
- PAN AMERICAN UNION, 1911. *Boletín*, vol. 32 (enero - junio).
- PITA, Alexandra, 2017. Latinoamericanismo versus Panamericanismo. El debate de una red intelectual en torno a la celebración del Congreso de Panamá (1926). En: Liliana WEINBERG, *Integración latinoamericana por la cultura*. México: UNAM.
- REPÚBLICA DE PANAMÁ, 1937. *Congreso Pan-Americano Conmemorativo del de Bolívar, 1826-1926*. Panamá, Imprenta Nacional. (Consultado el 1 de octubre del 2016) Disponible en: http://www.prensa.com/cultura/Congreso-Bolivariano_0_1796070535.html.
- ROBLEDO, Alfonso, 1926. Elogio a Henry Clay, *The Hispanic American Historical Review*, vol. 6, n.º 4, nov., pp. 199-202.
- SCARFI, Juan Pablo, 2014. *El imperio de la ley. James Brown Scott y la construcción de un orden jurídico interamericano*. Buenos Aires: FCE.
- SALVATORE, Ricardo, 2014. Prólogo. En J. P. SCARFI, *El imperio de la ley. James Brown Scott y la construcción de un orden jurídico interamericano*. Buenos Aires: FCE.
- THORNTON, Christy, 2015. Sovereignty and Solidarity: The Mexican Revolution and the Origins of the Postwar Order, 1919-1948. Ph.D. Thesis, New York University.
- URIEN, Carlos María, 1910. *La República Argentina en 1910. Estudio Histórico, Físico, Político, Social y Económico, publicado bajo los auspicios de la h. Comisión del Centenario de la Independencia Argentina y de la Junta de Historia y Numismática Americana*. Buenos Aires: Maucci Hermanos.
- URRIBARRES, Rubén. *El vuelo panamericano pro faro de Colón 1937*. (Consultado el 12 de octubre del 2016). Disponible en <http://www.urrib2000.narod.ru/ArticPanam.html>.
- WILLIAMS, Virginia, 2001. *Radical Journalists, Generalist Intellectuals, and U.S.-Latin American Relations*. Lewiston (NY): E. Mellen Press.
- WOODS, K. F., 1962. Samuel Guy Inman: His Role in the Evolution of Inter-American Cooperation. Ph.D. diss., American University.

HEREDEROS DE BALBOA

ESPAÑA Y LA CONSTRUCCIÓN DE IDENTIDADES EN CALIFORNIA Y PANAMÁ A COMIENZOS DEL SIGLO XX¹

BALBOA'S HEIRS. SPAIN AND IDENTITY CONSTRUCTION IN CALIFORNIA
AND PANAMA AT THE BEGINNING OF THE 20TH CENTURY

Javier Moreno Luzón²

<i>Palabras clave</i>	<i>Resumen</i>
Nacionalismo, Identidades, Conmemoraciones, Panamá, California, España	Entre 1909 y 1916, diversas conmemoraciones y exposiciones conectaron la apertura del Canal de Panamá con la herencia hispánica. El centenario del descubrimiento del Océano Pacífico en 1513 produjo un mito versátil, el de Vasco Núñez de Balboa, precursor del Canal y símbolo de la hidalguía española. Así, fue empleado en varias construcciones identitarias: California lo integró en su búsqueda de singularidad dentro de Estados Unidos, marcada por sus orígenes en el imperio español; Panamá lo convirtió en héroe nacional y nexa con la comunidad hispanoamericana. Ambos casos reclamaron la presencia de España para legitimar esas nuevas identidades, pero las respuestas españolas fueron diferentes: mientras la colaboración resultó fácil en Panamá, en California sólo fue apoyada por los liberales que deseaban superar la crisis de 1898 y modernizar el país. Los métodos nacionalizadores, las representaciones culturales y los actores implicados muestran el carácter transnacional, poco estudiado hasta ahora, de estos procesos históricos.
<i>Recibido</i> 22-6-2016 <i>Aceptado</i> 6-12-2016	
<i>Key words</i>	<i>Abstract</i>
Nationalism, Identities, Commemorations, Panama, California, Spain	Between 1909 and 1916, several commemorations and expositions connected the Panama Canal opening to the Spanish heritage. The centennial of the Pacific Ocean discovery in 1513 produced a versatile myth: that of Vasco Núñez de Balboa, Canal predecessor and symbol of Spanish nobility. Therefore, it was used in some identity-building processes: Californians integrated it in the search of singularity within the United States through their origins in the Spanish empire; in Panama, he became a national hero and a link to the Hispanic American community. Both cases claimed the presence of Spain to legitimize these new identities, but the Spanish answers were diverse: while the collaboration was easy in Panama, in California was only supported by Spanish Liberals willing to overcome the national crisis of 1898 in order to modernize their country. Nationalization methods, cultural representations, and involved actors show the transnational character of these historical processes, usually underestimated by scholars.
<i>Received</i> 22-6-2016 <i>Accepted</i> 6-12-2016	

1 Este artículo forma parte del proyecto de investigación HAR2012-37963-Co2-01 (Gobierno de España). Agradezco su ayuda a Miguel Rodríguez, David Marcilhacy, Pablo Ortemberg, Félix Chirú, Pamela Radcliff, Alda Blanco, Stephen Jacobson y Alberto Martín del Valle. El texto se benefició también de una Beca Complutense Del Amo en UCSD.

2 Universidad Complutense de Madrid, España. jamoreno@cps.ucm.es.

*Tu nombre el Genio y el Valor entraña:
Lo dice el mar que descubriste ansioso
Y la gloria inmortal que diste a España.
¡Lo dice tu cadalso ignominioso!*³

El 25 de septiembre de 1913, para celebrar el cuarto centenario del descubrimiento del Océano Pacífico, un mensaje telegráfico pidió a los barcos que navegaban por él que arriaran las banderas en honor de su descubridor, el adelantado Vasco Núñez de Balboa. Era una iniciativa del comité que en San Francisco (California) organizaba festejos con ese motivo.⁴ Al día siguiente, el remolcador *Gatún* atravesó las primeras esclusas del Canal de Panamá, que preparaba su inauguración y que, al unir el Atlántico y el Pacífico, anunciaba profundos cambios en el comercio mundial. Ambos hechos, la conmemoración y la apertura del Canal interoceánico, se hallaban estrechamente vinculados, pues el héroe español simbolizaba, a juicio de los contemporáneos, la gran empresa del siglo xx.

Diversos actos rememoraron, en aquellas fechas, la hazaña de Balboa, que había explorado el istmo de Panamá en 1513 hasta encontrar el llamado Mar del Sur. En algunos de sus países ribereños, los emigrantes españoles animaron fiestas para ensalzar el acontecimiento, como una velada literario-musical en la Universidad de Chile y una sesión de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.⁵ La República de Panamá declaró festivo el 25 de septiembre y ese día se colocó en su capital la primera piedra de la exposición nacional destinada a honrar a Balboa, con España como invitada. En presencia del presidente, desfilaron las fuerzas de policía, se bendijeron los terrenos, un ministro elogió la figura del adelantado y se repartieron recuerdos y cerveza marca *Balboa*. Aquella noche, la colonia española orquestó la correspondiente velada.⁶

Mayor envergadura alcanzaron las celebraciones en el estado norteamericano de California, donde se oficializó asimismo el *Balboa day*. San Diego, junto a la frontera con México, contempló una cabalgata en homenaje al descubridor, llena de figurantes vestidos de conquistadores e hidalgos españoles, al final de la cual miles de personas se concentraron en el parque de la ciudad, bautizado como Parque Balboa. Allí se vertió agua del Pacífico y tierra procedente del Canal de Panamá sobre el lugar donde debía dedicarse una estatua al personaje. Más al norte, en San Francisco, Balboa en persona arribó a puerto a bordo de una carabela y fue recibido por la reina de las fiestas, descendiente de una familia española, proclamó su descubrimiento y fue aclamado por la multitud al recorrer calles y salones engalanados con banderas rojas y amarillas.⁷

3 M. T. Collazos, *A Balboa*, en Méndez Pereira y Martínez (1916, p. 197).

4 *San Diego Union* y *Morning Enterprise* (Oregon City), 26.9.1913.

5 *Revista de la Real Academia Hispano-Americana* (Cádiz), nº 14 (1913), pp. 178-93. *El descubrimiento del Pacífico y la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*. México: Fomento, 1913.

6 *Diario de Panamá*, 23-26.9.1913. *Abc*, 31.10.1913.

7 *San Diego Union*, 27.9.1913. *The San Francisco Call*, 22.10.1913.

Estos espectáculos públicos contrastaban con la modestia de las conmemoraciones en la propia España. En septiembre hubo una función en la Real Sociedad Geográfica, en Madrid; otra en la Casa de América, de Barcelona, alentada por los empresarios catalanes; y un banquete en San Sebastián, la corte de verano. Aunque los eventos principales se desarrollaron unos meses más tarde en Sevilla, que proyectaba ya su exposición hispanoamericana y que acogió una muestra de documentos sobre la América colonial y un congreso de historia y geografía al que llegaron expertos de varias nacionalidades.⁸ No hubo, pues, manifestaciones multitudinarias, a diferencia de lo que venía ocurriendo desde 1908 con el fin de recordar la Guerra de la Independencia. Balboa no merecía en su patria el mismo trato que los héroes y heroínas que, cien años atrás, habían luchado por la libertad nacional.

En este caso, la cuestión era otra: encontrar un papel adecuado para España en la coyuntura internacional marcada por la inauguración del Canal de Panamá, que –no era un secreto para nadie– consagraba la hegemonía de Estados Unidos sobre el continente americano, o al menos sobre el Caribe y Centroamérica. Un dominio iniciado con la guerra hispano-norteamericana de 1898. Las élites políticas y culturales españolas no tuvieron que esforzarse demasiado para hallar ese papel, pues, como había ocurrido pocos años antes, con ocasión de los centenarios de las independencias de Argentina o México, recibieron continuas demandas transatlánticas para participar en múltiples fastos (Moreno Luzón 2010). En lugares tan distintos como California y Panamá proliferaban esfuerzos para construir identidades que cohesionaran y realzasen sus respectivas comunidades. Fuera para mostrar su importancia frente a otros estados norteamericanos, o para cimentar una república recién nacida, en ambos territorios se reivindicaba la genealogía española y se requería el respaldo del antiguo imperio.

El uso que, en las dos sociedades, se hizo del pasado hispánico ofrece ejemplos claros y significativos de construcción identitaria. En ambas se elaboraron y difundieron mitos históricos con métodos parecidos –exposiciones enciclopédicas, monumentos y arquitecturas historicistas, festivales variopintos y abundante material impreso– por parte de diversos actores, aunque en una pesaron más los dirigentes locales y la sociedad civil, y en otra, el gobierno y los inmigrantes. Más aún, en torno a la exaltación del logro de Balboa y de otros episodios de la conquista española, pudo constatar la naturaleza transnacional de los discursos y las prácticas nacionalistas (Thiesse 2006); no sólo por las similitudes entre ellos, sino también porque California, Panamá y España se conectaron a través de iniciativas que se influían mutuamente y que se veían condicionadas por los movimientos globales alrededor del Canal, a través de las redes que tejían la diplomacia, la emigración o los intelectuales, pero también de las alusiones a una historia común, que exigía la presencia foránea en los eventos domésticos. Frente a enfoques centrados tan sólo en actuaciones estatales encerradas en las respectivas

8 Real Decreto (RD) 26.3.1913 (*Gaceta* 9.4.1913). Sucesivas Reales Órdenes (RROO) dispusieron la cooperación de los centros docentes, la recogida de documentos y las licencias a profesores para asistir al Congreso (*Gaceta* 9.7 y 8.9.1913 y de 13.2.1914).

fronteras, estas experiencias ponen de relieve la complejidad y los nexos transnacionales de los proyectos nacionalizadores.

Los españoles de entonces –desde el rey o los diplomáticos hasta los artistas y académicos, sin olvidar las colectividades en América– aprovecharon de forma muy desigual las oportunidades que les ofrecían semejantes requerimientos. En sus respuestas pesaron las divisiones internas y los rescoldos de la derrota frente a Estados Unidos, expectativas muy ambiciosas respecto a sus posibilidades en la nueva coyuntura y la constatación de que, pese a la retórica imperante del nacionalismo regeneracionista, España tan sólo podía aspirar a mantener cierto prestigio en el plano cultural, como progenitora de pueblos y como foco inconfundible de estereotipos neorrománticos, aunque no, en absoluto, como potencia económica o política. Así se constató al estallar la Gran Guerra, ante la cual el gobierno español mantuvo una frágil neutralidad, fruto de la impotencia.

1. SALVAR EL PASADO DE ESPAÑA

Tras la fulminante debacle del 98, las relaciones de España con América mejoraron de forma repentina. Por sorprendente que resultase, la antigua metrópoli se acercó a sus excolonias por dos caminos: de un lado, y ya sin la sombra del imperialismo español en Cuba y Puerto Rico, algunas repúblicas latinoamericanas reclamaron los vínculos hispánicos como una seña de identidad frente al empuje de Estados Unidos; de otro, las élites españolas vieron en ese acercamiento una especie de compensación por aquellas pérdidas y una ayuda en la ingente tarea de regenerar el país y resituarlo en la arena internacional. En ese marco, la conmemoración de las epopeyas americanas, iniciada en 1892 con el cuarto centenario del descubrimiento, acompañó a la exaltación de la *raza*, una comunidad transnacional imaginada que compartía lengua, cultura y hasta psicología, en la que España ocupaba un lugar privilegiado, el de la *madre patria* que se reconciliaba con sus hijas (Marcilhacy 2006). Ese fue el argumento dominante entre quienes defendieron la paradójica participación española en las fiestas patrias que, a partir de 1909, celebraron la independencia del continente (Moreno Luzón 2010). Más difícil parecía encajar una aproximación al enemigo *yanqui*.

Cuando comenzó a vislumbrarse el centenario de Núñez de Balboa en 1913 y se difundió la noticia de que Estados Unidos quería estrenar el Canal en esa misma fecha, algunas voces se elevaron para pedir que España encabezara la conmemoración. Por ejemplo, la del periodista liberal Mariano de Cavia, partidario de propuestas nacionalizadoras –como la *centenariomanía*– para fortalecer el nacionalismo español y, de paso, frenar la emergencia de otros movimientos nacionalistas en Cataluña o el País Vasco. Cavia animaba a los españoles, empezando por el ejército, a no quedarse atrás.⁹ Sin embargo, el centenario quedaría reducido a unos cuantos eventos académicos y

9 M. de Cavia, El día de Balboa, *El Imparcial*, 21.2.1913.

a la publicación, por parte de historiadores y ensayistas, de obras biográficas sobre el descubridor del Pacífico.

En todas ellas, como en los resúmenes de la prensa, se repetían tópicos ya muy consolidados sobre la figura de Balboa. Aunque se añadieran datos y pruebas documentales, se asumían las impresiones que, basadas en las crónicas coetáneas y en la recuperación romántica de Manuel Quintana, lo convertían en un hombre superior, admirado y también objeto de las envidias que condujeron a su trágico final. Quintana lo definía como “domador de los montes, pacificador del istmo y descubridor del Mar Austral” (Quintana 1946 [1807], p. 293). Frente a él se perfilaba su antagonista, el gobernador Pedrarias, quien, consumido por el odio, lo perseguía hasta conseguir su ejecución: el joven hidalgo salido de la nada, valiente, aventurero y con excepcionales cualidades, frente a frente con el aristócrata inepto y cruel, viejo y rencoroso. Ese era el esquema, casi inamovible (Aram 2008).

Las biografías del centenario no discreparon de este canon. La más importante, encargada por la Real Academia de la Historia al americanista Ángel de Altolaquíre, reconocía trazas negativas en la conquista, como la sed de oro que excitaba a los españoles o las intrigas entre ellos, pero no cuestionaba su grandeza. El autor enfatizaba “el valor temerario de los españoles o su resistencia física para sobrellevar el hambre, la fe y las fatigas de las penosas jornadas” (Altolaquíre 1914, p. XCIV); penalidades que, gracias a su fe y a su patriotismo, culminaban con el avistamiento trascendental del Mar del Sur. En este y en otros relatos, los indígenas sentían cariño y respeto por los conquistadores y ni siquiera sus perros, que descuartizaban a los que se resistían, eran demasiado crueles; más aún, decía Altolaquíre, si se les comparaba con los modernos torpedos submarinos. La gesta de Balboa se comparaba con la de Aníbal en los Alpes y su nombre se igualaba al de Cristóbal Colón, los dos grandes descubridores de su época.

Entre los parabienes sobresalían los del integrismo católico, que denunciaba el desinterés general por la efeméride y la conectaba con la defensa de la religión y de la monarquía tradicional. Uno de sus periódicos afirmaba que “Vasco Núñez de Balboa es nuestro”, pues sus mismos principios “dirigieron sus actos, que revelan la difusión de la civilización cristiana y el bien de su patria”. El jefe de la derecha carlista, Juan Vázquez de Mella, abundaba en esa equivalencia al recordar que lo primero que había hecho Balboa al ver el mar había sido “arrodillarse junto a su capellán y dar gracias a Dios”. La evangelización de América se alzaba como la clave de la conquista. En el extremo contrario del arco político, un medio republicano coincidía en lamentar la pobreza del centenario y concluía que “la España pletórica y rebosante de los tiempos de Vasco Núñez es un erial que mueve a pena. Castilla cría a los hombres, los mata y los olvida”.¹⁰

El congreso histórico de Sevilla remarcó la importancia del descubrimiento de Balboa, erigido en epítome de una raza, la hispana, cuya virtud esencial era la hidalguía, es decir, la nobleza y la generosidad. Más allá de su retrato, se trataba de contrarrestar

10 *El Siglo Futuro*, 25-26.9.1913. *El Liberal*, 26.9.1913.

los ataques a la labor colonizadora de España y de sublimarla como una empresa humanitaria, que había tratado bien a la población indígena y que por ello contrastaba con la barbarie anglosajona. Pese a que algunas ponencias, como la del historiador progresista Rafael Altamira, pidieron una historia más profesional, los fines de aquella reunión se resumían en un canto a la hermandad hispanoamericana y en la búsqueda de herramientas en el pasado para revitalizar el patriotismo español. En definitiva, aquello no era sino una pieza más en los afanes regeneracionistas del día.¹¹

El argumento más socorrido, ante la culminación del Canal, consistía en señalar los precedentes españoles del proyecto de comunicar ambos océanos; es decir, no consentir que se le arrebatase a España la honra de haber pensado en esa conexión antes que nadie. Un libro titulado precisamente *Los precursores españoles del canal interoceánico* convalidaba ese mérito, que iba de Balboa a los científicos del siglo XVIII y que pasaba por las exploraciones de Hernán Cortés. Es decir, que los norteamericanos se limitaban a realizar planes concebidos por españoles. Un amplio plantel de escritores y políticos, del catedrático Miguel de Unamuno al presidente conservador Eduardo Dato, refrendaban la misma idea, que remachaba el novelista republicano Benito Pérez Galdós: “Titanes de la raza, sublimes Caballeros de la Quimera, vislumbraron la comunicación interoceánica, hoy realizada por los Estados Unidos” (Pérez y Nougues 1915, s.p.). Completaba estas preocupaciones otro biógrafo de Balboa, que exhortaba a sus paisanos en el pueblo extremeño de Jerez de los Caballeros a responder al *día de Balboa* de los *yanquis* con una estatua: “que ni un solo jerezano quede sin aportar su óbulo [sic] al monumento que se ha de erigir a Vasco Núñez de Balboa” (Ruiz de Obregón 1913, p. 185). Ante la avasalladora presencia norteamericana, había que salvar el pasado de España.

2. CALIFORNIA ESPAÑOLA

Mientras España debatía cómo superar su crisis nacional, en la costa pacífica de Estados Unidos, entre los años noventa del siglo XIX y su entrada en la Primera Guerra Mundial, las élites políticas y económicas de California erigieron una construcción identitaria que entroncaba con el pasado colonial español. Se trataba de una identidad compleja, a la vez norteamericana, californiana y específica del sur del estado; local por las peculiaridades de cada ciudad –no era lo mismo San Francisco que San Diego– y regional, ya que a veces abarcaba el suroeste del país. Es decir, una variante del nacionalismo estadounidense desarrollada en una coyuntura crucial para California, de patente crecimiento, que culminó con las perspectivas comerciales abiertas por el Canal de Panamá en 1914 y se integró en los planes imperiales de la potencia emergente (Schmidt-Nowara 2008).

Este esfuerzo hispanófilo apenas se vio afectado por la contienda de 1898 y se acentuó y consolidó a su término. Una amplia moda española, centrada en las artes, afectó a todo el país, con mayor intensidad, a su franja meridional (Kagan 2010). En California,

11 *Congreso de Historia y Geografía Hispanoamericanas*. Madrid: Jaime Ratés, 1914.

la búsqueda de raíces propias conllevó la creación de una suerte de pasado fantástico español, ensoñación neorromántica de una edad de oro colonial poblada por caballeros hidalgos, señoritas hermosas, frailes paternales e indios sumisos. Una sociedad armónica y feliz, al son de guitarras y castañuelas, que contrastaba con un presente convulso y en continuo movimiento, inventada por hombres blancos que marginaban no sólo a los indígenas sino también a los mestizos hispanos (Kropp 1999). En el centro de ese imaginario se ubicaba la genealogía hispánica, que distinguía a California de los estados hegemónicos en el país, los de su costa oriental, con sus orígenes ingleses y protestantes. Porque las tierras californianas habían recibido antes que ninguna otra en Estados Unidos la impronta cristiana, poco importaba que fuera católica, en una trayectoria que arrancaba de los exploradores de la costa en el siglo XVI y que se consolidaba con las misiones franciscanas en el XVIII. En vísperas de la inauguración del Canal, a esa narración se añadió el mito de Vasco Núñez de Balboa, su precursor. Los herederos de Balboa se unían a los de Plymouth Rock y Virginia en una civilización que encabezaría el mundo.¹²

Emergió así una fuerte identidad californiana en la que España –la de la vieja monarquía imperial pero también la contemporánea, depositaria de ese legado civilizador– representaba un papel protagonista. Se aseguraba que California era española, pues allí seguían vivas sus antiguas tradiciones, e incluso que era España, sin más. De ese modo se establecían vínculos entre los conquistadores de antaño, los misioneros de ayer y los empresarios y profesionales de hoy, aunque estos fueran en su mayoría angloamericanos, en un relato salpicado de héroes y acontecimientos fundacionales. Para ello se emplearon los útiles característicos de las construcciones nacionales. La historia hispánica de California se representaba en novelas, ensayos y discursos que reproducía la prensa, sobre todo alrededor de conmemoraciones que daban lugar a exposiciones, edificios de estilo español, monumentos y fiestas con numerosas alusiones a España, donde se empleaban arquetipos bien establecidos sobre ella, exóticos y orientalistas. Las celebraciones, muy intensas entre 1909 y 1916, traían consigo continuas llamadas a España para que participase en ellas y las dotara así de una mayor legitimidad, algo importante a juicio de sus organizadores. Pero la respuesta española fue irregular y problemática, por la falta de recursos disponibles y por la pugna en sus sectores dirigentes de alternativas contradictorias.

2.1. DE CONMEMORACIONES, HÉROES Y BAILARINAS FLAMENCAS

Entre las iniciativas pensadas para apuntalar la identidad hispánica californiana, tuvo una especial relevancia la restauración de las misiones que, entre San Diego y San Francisco, componían el llamado Camino Real. Un ambicioso proyecto en el que, con fines políticos y turísticos, se embarcaron asociaciones progresistas y personajes cruciales

¹² *San Diego Union*, 27.9.1913.

en la recuperación del pasado español, como el escritor Charles Lummis. Incansable adalid de la conquista, sobre la cual publicó ya en 1893 un libro con el significativo título de *The Spanish Pioneers*, Lummis la creía mucho mejor que la angloamericana, que no se había preocupado por convertir a los indios, sino que los había eliminado sin compasión (Thompson 2001). Por ello, a la vez que reivindicaba la cultura indígena, promovía la reconstrucción de las fundaciones franciscanas (Starr 1986). En aquellos años se arreglaron carreteras para abrir paso al automóvil y se señaló el Camino Real con campanas, símbolo de esa historia idealizada. Al mismo tiempo, se publicitaron las misiones como los monumentos más antiguos de Estados Unidos, testimonio de la llegada de la civilización occidental y comparables a las catedrales europeas. Se extendía el *estilo misión* en la arquitectura californiana y los turistas se imaginaban a sí mismos como continuadores de aquellos empeños cristianos (Kropp 1999).

La fiebre misionera expandió el culto a fray Junípero Serra, superior mallorquín de los frailes que habían establecido los primeros centros religiosos, al cual se dedicó, en 1913, una fiesta estatal californiana: el 24 de noviembre, *Serra day*, en el segundo centenario de su nacimiento.¹³ También se le levantaron monumentos en distintas ciudades, como la cruz que colocó en Riverside el empresario Frank Miller, dueño del cercano y extravagante Hotel Mission Inn, santuario del pasado hispánico que yuxtaponía, a modo de pastiche, edificios inspirados en España. El paraíso franciscano presidido por Serra, en el que padres e indios vivían en paz y armonía, daba cuerpo a obras de teatro como la muy representada *The Mission Play*, de John Steven McGroarty (Starr 1986). Con el tiempo, se colocó a Serra al mismo nivel que a los padres fundadores de la nación.

Junto con este culto, la hispanofilia se dejó notar en San Francisco, que celebró su recuperación tras el devastador terremoto de 1906 con una serie de fastos y conmemoraciones que condujeron a la exposición universal de 1915, unida a la apertura del Canal. En octubre de 1909, el protagonista fue el descubridor de aquella bahía ciento cuarenta años antes, el militar catalán Gaspar de Portolá, interpretado por el hijo de un inmigrante español. Los programas festivos se ilustraban con imágenes de conquistadores y mujeres hispanas con abanicos y flores en el pelo. Su eje consistió en un desfile de escenas que contaban la historia de la ciudad, como las misiones, la fiebre del oro y la llegada del ferrocarril. Aunque los toques hispánicos no impedían el recuerdo triunfal de 1898. De hecho, en otro de los números del festival, los veteranos de esta guerra exhibieron por las calles de San Francisco la bandera norteamericana más grande que se había visto hasta entonces.¹⁴

Cuatro años después, el segundo *Portola Festival* incluyó el centenario de Balboa y estuvo protagonizado por *Queen Conchita*, Conchita Sepúlveda, descendiente de una notable familia de la época colonial, que, entre banderas e himnos españoles, convertía

13 *Press Democrat*, 9.10.1913.

14 G. MacGowan, The 1909 Portolá Festival, en http://www.sfcityguides.org/public_guidelines.html?article=635&submitted=TRUE&srch_text=&submitted2=&topic (consultado el 1.11.2016).

en su consorte al descubridor. Los medios subrayaban la gracia y la belleza arquetípica de la reina, de piel morena y cabello negro, cuyo nombre evocaba la soleada España. En la inevitable cabalgata histórica, la carroza de la Sociedad Benéfica Española ocupó un lugar preferente.¹⁵ El precursor del Canal se presentaba como el único de los exploradores españoles que había tratado a los indios con justicia y piedad; Balboa encarnaba “el espíritu del descubrimiento”, a “un hombre hecho de la pasta de los líderes americanos”. Su importancia para San Francisco resultaba evidente, no sólo porque había divisado el Pacífico sino también porque, sin los españoles, California no habría poseído ese “abandono alegre” que la singularizaba y atraía al turismo. Los rasgos del carácter hispánico, se afirmaba, corrían por la sangre californiana.¹⁶

Las marcas de esa identidad en construcción eran aún más visibles en San Diego, una ciudad pequeña y agitada por conflictos laborales y por la vecindad de la revolución mexicana, que también cultivó sus conmemoraciones y planificó una exposición para 1915. En sus festejos se enfatizaban dos ideas fundamentales: por allí había entrado la civilización a suelo norteamericano y los conquistadores españoles tenían sus dignos herederos en los emprendedores que ahora regían la zona. Desde 1892 celebraba al primer europeo que había pisado aquellas tierras en el siglo XVI, Juan Rodríguez Cabrillo (Bokovoy 2005). En 1911 se puso la piedra fundacional de la exposición, se recordó la primera misa cantada por Serra y se montaron complicadas representaciones históricas. El rey Cabrillo presidió el festival y se emparejó con la reina Ramona, trasunto de la protagonista de una famosa novela que dos décadas antes había recreado la California mexicana. Esta vez, los *tableaux vivants* mostraban a Balboa (metido hasta las rodillas en el Mar del Sur, el estandarte de Castilla en una mano y la espada en la otra), Cortés, Cabrillo, Serra y sus frailes, y hasta el dios Neptuno oficiando la boda entre ambos océanos. El paso de las misiones recordaba a la prensa la Semana Santa de Sevilla. Según una publicación de la época, así se “revivía el viejo estilo español de la California despreocupada y amante del placer”, plena de música, color y alegría (Black 1913, s.p.).

En 1913, San Diego celebró el Carnaval Cabrillo con tres días de fiesta y abundantes entretenimientos públicos, en los que los colores y los aires musicales españoles impregnaron los espacios urbanos. Se revivió el desembarco de 1542 y se rindieron honores al humanitario Balboa, unido en una trilogía heroica a Cabrillo y Serra. Bien conectadas con el nuevo presidente demócrata Woodrow Wilson, las élites sandieguinas disfrutaron de sus favores. Un enviado presidencial alabó la desinteresada colonización española, guiada por el espíritu cristiano, y una orden suya cedió en Point Loma, un saliente sobre el océano, el terreno para construir un colosal monumento a Cabrillo. Era la primera tierra nunca vista por un hombre civilizado en la costa del Pacífico de Estados Unidos, el Plymouth Rock del oeste. Por último, se elevó en Presidio Hill, donde había estado Serra, una sencilla cruz con los ladrillos de la misión inicial. Custodiaron

15 Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares (AGA) Estado 54/8122.

16 *The San Francisco Call*, 21-23.10.1913 (cita el 22).

la ceremonia soldados españoles vestidos de rojo y amarillo y, en hábitos frailunos, los *Knights of Columbus*, miembros de una organización nacional católica en auge.¹⁷

Detrás de este programa conmemorativo y monumental, estaba la efímera Orden de Panamá, fundada en 1912 para recordar “las hazañas de los españoles” y preservar su patrimonio en “la tierra del amanecer, la tierra de los deseos de corazón”. La presidía el magnate inmobiliario David Collier, uno de los reinventores de San Diego y director de la exposición. Sus miembros, unos quinientos, vestían a la española, con cascos y espadas, y, asesorados por Lummis, se organizaron y adoptaron nombres de acuerdo con los del Consejo de Indias en la época de Carlos V. Vasco Núñez de Balboa mereció el título de “first Gallant Admiral of the Order of Panama”.¹⁸

El recorrido conmemorativo desembocó en las dos exposiciones californianas abiertas en 1915 y asociadas al Canal: la *Panama-Pacific Exposition* de San Francisco, gigantesca y respaldada por el gobierno federal; y la más modesta *Panama-California Exposition* en San Diego, con un carácter propio, regional e hispano. La de San Francisco desplegaba los éxitos de la urbe reconstruida y de toda la nación imperial, en medio de cantos a la amistad y la paz que contrastaban con la brutal guerra iniciada en Europa meses antes.¹⁹ En sus pabellones se empleaba el estilo internacional que caracterizaba esta clase de muestras, pero con algunas alusiones hispánicas. No se dejaba de lado el marchamo español del sueño del Canal, pues las figuras de Colón y Balboa decoraban los certificados y premios oficiales (Moore 2013). En el recinto se plantaron sendas estatuas de Francisco Pizarro y Cortés y participaron artistas procedentes de España, algunos de ellos premiados, entre los que predominaban temas como los tipos populares y las gitanas y toreros (como los de José María López Mezquita), vistas de ciudades (las de Sevilla de Gonzalo Bilbao) y paisajes: el gran triunfador español fue Eliseo Meifrén, con varios mallorquines. También presentaron motivos españoles norteamericanos de la talla de John Singer Sargent, con patios y gitanas.²⁰ A falta de otras capacidades, España aparecía como un referente histórico lejano y como una mediana potencia artística, con una personalidad muy acusada y reconocible bajo la mirada neorromántica.

Frente al cosmopolitismo sanfranciscano, en San Diego se pretendía que el ambiente fuera por completo español y, en combinación con trazas latinoamericanas e indígenas, sirviese de núcleo para configurar una identidad peculiar en el sur de California y en el conjunto del suroeste, prioridad para los promotores de la exposición, hombres de negocios angloamericanos como Collier, G. Aubrey Davidson, del Southern Trust and Commerce Bank, y el magnate John Spreckels, dueño del periódico *San Diego*

17 Archivo Histórico Nacional, Madrid (AHN) Exteriores H-1483. *San Diego Union*, 7 y 26.9.1913.

18 Citas en *Official Program Carnaval Cabrillo*. San Diego: Order of Panama, 1913. AHN Exteriores H-1483.

19 *The Panama-Pacific International Exposition celebrating the Opening of the Panama Canal*. San Francisco: s.e., 1912.

20 *Official Catalogue*. San Francisco: Wahlgreen, 1915.

Union y de la compañía de ferrocarriles Southern Pacific. Así, y como rezaba un folleto de presentación, en el parque Balboa “vivirían de nuevo” el mismo descubridor y los exploradores de aquella costa (Kropp 1999, p. 210).

Desechado el estilo misión por demasiado sencillo y poco evocador, el encargo recayó en Bertram G. Goodhue, arquitecto experto en estilos historicistas y, en concreto, en el arte colonial de la Nueva España, autor asimismo del Hotel Washington en Colón, la ciudad de Panamá ubicada junto a la entrada atlántica del Canal. Goodhue se inspiró en la arquitectura española, con predominio del barroco churrigueresco y del plateresco y una mezcla de motivos peninsulares y mexicanos a la que sumaba toques moriscos de azulejos, fuentes y vegetación exhuberante. La exposición se articulaba en torno a un eje central que arrancaba del puente Cabrillo, que buscaba el efecto dramático del de Alcántara en Toledo, a lo largo del paseo llamado El Prado y hasta el sitio previsto para la estatua de Balboa, que nunca se hizo. El edificio más llamativo, el de California, tenía forma de catedral barroca y en su fachada reunía a los personajes de la historia que quería contarse: Serra y otros franciscanos, Cabrillo, Portolá y los reyes de España Carlos V y Felipe III; dentro, un friso retrataba la conquista española y a Balboa tomando posesión del océano (Bokovoy 2005).

La arquitectura, más o menos lograda, trataba de crear una población ideal y pintoresca, con misterio y encanto, “como un cuento de hadas” donde los *castles in Spain* se hiciesen realidad, la ciudad que soñaron Cabrillo y los padres franciscanos, “the magic city of Old Spain”.²¹ Ese efecto se conseguía no sólo con los edificios sino también con el ambiente de los cafés –el Alhambra o el Cristóbal– y las calles vigiladas por los guardias de Balboa. Allí se exhibían trovadores con guitarras y bailarinas andaluzas provistas de castañuelas, como salidas de la ópera *Carmen*, *senoritas* convertidas en iconos sexuales y estrellas de la exposición, de nombre *La Felicia* o *La Belle Sevilla*, “con todo el fuego y la gracia peculiares de España”. También actuó el famoso tenor Florencio Constantino, quien entonó canciones vascas que, según decía, habían oído los misioneros del siglo XVIII. La *Spanish troupe*, alma de la exposición, hizo que el belicoso expresidente Theodore Roosevelt, que poco antes había estado en España, disfrutara con sus canciones. Hubo farsas llamadas *bodas españolas* y un espectáculo titulado *El harén del sultán* se cerró por indecente (Kropp 1999, p. 254). Mientras tanto, las exhibiciones complementarias repasaban la cultura de los nativos y reproducían a pequeña escala el Canal.²²

La españolización de la muestra avanzó cuando en 1916, tras el cierre de la de San Francisco, se transformó en internacional: llegaron numerosas piezas y se montó una galería de artistas españoles junto a las de otros países, con cuadros de temática taurina de Francesc Galofre Oller o Meifrén.²³ La *Panama-California Exposition* fue todo un

21 *American Review of Reviews*, vol. 51/5, 5.1915, pp. 587-590.

22 *San Diego Union* 3.5, 1.6., 28.7., 12 y 25.8 y 2.11.1915 y 22.3.1916, cita en *Los Angeles Times*, 6.6.1915.

23 *San Diego Union*, 16.4 y 15.7.1916.

éxito, atrajo entre tres y cuatro millones de visitantes y supuso el arranque de la popularización del estilo colonial español como el característico de California (Bokovoy 2005).

2.2. LAS DUDAS DE ESPAÑA

El interés norteamericano hizo que a los gobiernos de Madrid les llovieran las invitaciones para participar en los diversos eventos californianos relacionados con el Canal de Panamá; sobre todo tras la llegada a la presidencia de Wilson, admirador de los descubridores, que quería mejorar los flujos comerciales con América Latina y también con España. Pero esas invitaciones tropezaban con un dilema español acerca de un posible encuentro con Estados Unidos. Por una parte, la desconfianza tras el *desastre* del 98 todavía estaba a flor de piel y los sectores conservadores, celosos de la castiza identidad católica, cultivaban los estereotipos acerca de un pueblo preso de los males modernos, como la obsesión por ganar dinero y el maquinismo (Fernández de Miguel 2012). Tampoco ayudaba el movimiento hispanoamericanista, transversal en el panorama político, que solía contraponer la raza anglosajona a la hispánica. Por otra, cundía asimismo una admiración algo ingenua hacia los avances norteamericanos y la voluntad de aprender de ellos (Niño 2005). Algunos elementos liberales, monárquicos o republicanos, elogiaban a un país que encarnaba la modernidad, querían asociarse a él en bien de la economía española –a través del comercio o del turismo– y, los más informados, aprovechar la moda hispánica para estrechar lazos culturales. En este grupo se encontraban las gentes próximas a la Institución Libre de Enseñanza, el principal núcleo intelectual progresista, unos cuantos políticos y el rey Alfonso XIII, autoproclamado regenerador de España.

Los diplomáticos españoles asistieron a las celebraciones de California, siempre como representantes del monarca. Así, en 1909 fue a San Francisco, a las fiestas de Portolá, el ministro plenipotenciario en Washington, el marqués de Villalobar, aunque el gobierno español no envió el buque de guerra que se le había solicitado. Su sucesor, Juan Riaño y Gayangos, pertenecía a una familia de la Institución Libre de Enseñanza y comprendía a la perfección la relevancia de estas ocasiones. Fue el invitado de honor en el Carnaval Cabrillo de 1913 en San Diego, donde ocupó un puesto preferente y sus discursos se aplaudieron como “la primera vez, desde hace generaciones, que la voz del rey de los españoles se oyó oficialmente” en suelo californiano.²⁴ Riaño, que después recorrió el Camino Real, consideró un gran éxito esta visita y anunció que la mejora de los vínculos culturales daría paso a un futuro auge mercantil gracias al Canal. Por otra parte, el cónsul en San Francisco, miembro honorario de la Orden de Panamá, protagonizó el centenario de Balboa, en el que leyó un mensaje de Alfonso XIII muy alabado por la prensa local.²⁵

²⁴ Cita en *San Diego Union*, 26.9.1913.

²⁵ AHN Exteriores H-1483. *The San Francisco Call*, 21-22.10.1913.

Los informes de la diplomacia captaban con claridad la razón de aquellas llamadas: los californianos se atribuían un “origen semi-latino” y se sentían orgullosos de sus raíces hispánicas, que distinguían a su estado de otros de la unión. Como afirmaba Riaño, allí habían concedido a España una posición privilegiada porque simbolizaba “ideas tan sagradas para un pueblo nuevo como las de descendencia y vinculación de origen con los conquistadores y civilizadores primitivos, única aristocracia que posee el Occidente de este vasto Continente”. Así, desde comienzos de 1912 los responsables de la gran exposición de San Francisco reclamaron la participación española, “por razones históricas y de familia”. Una comisión norteamericana visitó Madrid, pero de entrada no obtuvo más que una respuesta ambigua.²⁶

La insistencia hizo, no obstante, que el gobierno enviase a Estados Unidos, en misión especial, a Benigno de la Vega-Inclán, marqués de la Vega-Inclán, comisario regio de Turismo, senador liberal y hombre clave en la política cultural de la época. Muy próximo al rey, servía de puente entre la corte, la Institución Libre de Enseñanza y el mecenas norteamericano Archer M. Huntington, fundador de la Hispanic Society de Nueva York y propagandista de la cultura española. Encargado de explorar la posibilidad de levantar un pabellón español en San Francisco, Vega-Inclán viajó antes a San Diego, donde vio el parque Balboa, y desde allí siguió el Camino Real en peregrinación por las misiones. Contó con la ayuda de los diplomáticos españoles, de Collier –a quien agasajó luego en España– y de la Southern Pacific, que puso un tren a su servicio.²⁷ Le prometieron reconstruir las misiones aún en ruinas y establecer en ellas centros de cultura española, bibliotecas y escuelas. Y puso asimismo una placa en el monumento a Serra erigido por Miller, cuyo hotel le pareció un “baratijo de antigüedades”. En su recepción “dieron vivas al king Alfonso y tocaron el Himno de Riego con compás de cakewalk y creyendo que era la marcha real”, la música oficial española: “reminiscencias de la revolución mejicana”, opinó el marqués.²⁸

A juicio de este enviado, California, sobre todo la meridional, “e(ra) absolutamente España y est(aba) por España”. Confirmaba de ese modo sus esperanzas, pues aquellas simpatías permitirían “un dominio espiritual” español y, a partir de ahí, una acción más práctica y remuneradora para España. En sus informes, Vega-Inclán subrayaba la vertiente monárquica de su viaje: en toda la región no sólo se conocía ya el nombre de España sino que se tenía “en alto concepto la persona de su Rey”.²⁹ Una imagen confirmada por la prensa norteamericana, ya que hasta *The New York Times* había hablado a su llegada de aquel “clear headed and progressive king of Spain” que traería a San Francisco una selección nunca vista del arte en tiempos de los Reyes Católicos.

26 AHN Exteriores H-3222. Citas en Riaño a Vega-Inclán, 25.1.1913; y Riaño a ministro de Estado, 27.1.1912.

27 AGA Presidencia 51/4056. *San Diego Union*, 4.1 y 29.9.1913.

28 Citas en Archivo Vega-Inclán, Madrid (AVI), FD1466 Diario de viaje 2.1.1913; y Archivo General de Palacio, Madrid (AGP) 12367/40 Vega-Inclán al rey, 8.1.1913. El *Himno de Riego* tenía connotaciones progresistas y era utilizado por los republicanos.

29 Citas en Vega-Inclán al rey, 3.1.1913, AGP 12367/40; y Vega-Inclán a presidente del Consejo, s.f., AGP 15592/1.

Desde luego, la ciudad californiana recibió al marqués como a un jefe de Estado, allí conoció a la colonia española y la sede de la exposición y se especuló sobre su pabellón y sobre una semana dedicada a España en la que podrían verse, en vivo, nobles de la vieja Castilla.³⁰

De vuelta en la costa oriental, el delegado de España visitó al presidente William Taft –quien alabó a los españoles que trabajaban en Cuba y en el Canal–, que le pareció “más Sancho Panza que don Quijote”, y al recién elegido Wilson, “entre diplomático y leguleyesco”: a ambos confirmó que, pese a las sugerencias norteamericanas, Alfonso XIII no viajaría a Estados Unidos. No dejó de dar su opinión experta sobre obras españolas en las colecciones de algunos magnates, ante los cuales se vio exhibido “como una foca” en un “vértigo de festines”. En realidad, su viaje valió principalmente para acordar que la legación de España en Washington se transformara en embajada, la única con esa categoría en toda América.³¹ Sin embargo, el marqués no se comprometió a nada respecto a la *Panama-Pacific Exposition*, por miedo a que un paso adelante sentara mal a otros países por su ligazón con el Canal, y dejó entreabierto la posibilidad de acudir a San Diego. Terminaron de decidirlo en contra de San Francisco las reservas del banquero J. P. Morgan, que le dio buenas palabras pero no quiso pagar el esfuerzo español. A juicio del marqués, como al de Huntington, suponía un gasto tan arriesgado como excesivo.³²

No terminó ahí el tira y afloja entre estadounidenses y españoles. Wilson, lejos de rendirse, mandó representantes a Europa para persuadir a los diversos gobiernos, incluido el de Madrid, para que fueran a San Francisco. Se negaron tanto el británico, molesto por las tarifas discriminatorias establecidas para el Canal, como el alemán. En España abogaban por la participación el embajador Riaño y otros asesores del Ministerio de Estado, que veían en la pérdida de las colonias no una desgracia sino “el primer paso para su regeneración económica y para su prosperidad innegable”, algunos comerciantes y las élites locales de ciudades como Sevilla, que aspiraba a promocionar su propia exposición.³³ También intervinieron a favor de la causa el político catalanista Francesc Cambó y la colonia española en la ciudad californiana. Por falta de fondos, el ejecutivo rechazó la invitación; pero el mismo Alfonso XIII revocó la negativa en vísperas del estallido de la Gran Guerra, convencido por los argumentos nacionalistas acerca de los precedentes hispanos del Canal y del estilo renacimiento español que aún se barajaba para la feria. En el verano de 1914 se habló, como cosa hecha, de un futuro pabellón diseñado por el arquitecto regionalista Ricardo Velázquez, con una fuente del célebre escultor Mariano Benlliure. Incluso se aprobó el crédito correspondiente.³⁴

30 Cita en *The New York Times*, 29.12.1912. *The San Francisco Call*, 7 y 14.1.1913.

31 Citas en AVI FD1466 Diario de viaje 24 y 27.1.1913. *The New York Times*, 28.1.1913. *Evening Star*, 28.6.1913.

32 AGP 15592/1. AVI FD1466.

33 Cita en informe s.f. al ministro de Estado, AHN Exteriores H-3219. AGA Presidencia 51/03479.

34 AHN Exteriores H-3222. *The New York Times*, 7.8.1914. *La Época*, 15.7.1914.

El agravamiento de la situación en Europa hizo, sin embargo, que no se volviese a hablar más del asunto: en definitiva, España no estaría en San Francisco. Siguió un rumbo distinto, aunque con resultados semejantes, el convite para que la monarquía española se sumara a la inauguración del Canal. Una gran parada naval, con el presidente en vanguardia, debía salir de Virginia y, tras atravesar la gran obra, terminar en San Francisco a tiempo para abrir la exposición. Durante meses, el gobierno de Madrid se resistió y pronto asomaron los agravios de 1898, puesto que los organizadores contaban con barcos estadounidenses que habían tomado parte en los combates coloniales. Pero cedió a las presiones, a las que se unió el propio Wilson, y prometió enviar el acorazado *España*, joya de la nueva armada construida tras el *desastre* (Montero Jiménez 2011). De todos modos, el avance de la guerra europea hizo que los fastos previstos para 1915 nunca se celebraran.³⁵

Más aún, desde San Diego solicitaron que España figurara de algún modo en la *Pacific-California Exposition*, consagrada, decía el presidente de su comité al embajador, “a celebrar los logros de la civilización española en el hemisferio occidental”. El cónsul en el estado asistió a la apertura, pero costó mucho tiempo que el rey enviara, como quería la organización, una bandera española para izarla en un sitio preferente, “como emblema del país cuyos logros a favor de la Cristiandad y civilización la Exposición está dedicada a conmemorar”. Tras un año de dejadez, en el que el monarca se olvidó de la cuestión, cuando la muestra se reinauguró en marzo de 1916, se colocó finalmente el pabellón, con honores militares y mientras sonaba una campana en recuerdo de las misiones.³⁶

En estas largas negociaciones, representaron un papel destacado algunos miembros de la pequeña comunidad española de San Francisco, muy activos, como sus compatriotas en toda América, a la hora de reafirmar su identidad como descendientes de los conquistadores y para defender a España frente a quienes la acusaban de tener una escasa capacidad productiva. Entre ellos sobresalían personajes emparentados con la buena sociedad californiana, como los ingenieros Juan Cebrián, madrileño, y Eusebi Molera, catalán, incansables en su reivindicación del pasado español, animadores del festival Portolá y promotores de monumentos a Serra y a Cervantes, este último en 1916, en el tercer centenario de su muerte (Varela-Lago 2008).³⁷

Por último, el rescate de la historia colonial española en Estados Unidos sintonizó con las preocupaciones del regeneracionismo español. Facilitó este nexo el historiador Rafael Altamira, un hombre de la Institución Libre de Enseñanza, delegado de España en el congreso sobre el Pacífico que acogió la exposición de San Francisco. Allí habló de la labor civilizadora de los españoles que, de Balboa en adelante, habían perseguido las metas de Colón y realizado notables avances científicos: a España debía reconocérsele

35 AHN Exteriores H-2442.

36 Cita en Davidson a Riaño, 8.12.1914, AGA Estado 54/8139. AHN H-3222. *San Diego Evening Tribune*, 18.3.1916.

37 AHN Exteriores H-3222.

al menos la primacía en la concepción de la idea del Canal. Más allá de estas razones ya conocidas, Altamira sostuvo que entre los españoles de ayer y los norteamericanos de hoy existía una profunda afinidad, pues compartían las mismas cualidades: “la fortaleza en el sufrimiento, la serenidad en el peligro, la energía en la lucha, el empuje en el avance, la valentía y desprecio de las dificultades en todo momento”. En cierto modo, las realizaciones contemporáneas de Estados Unidos encontraban su mejor precedente en los “profesores de energía” hispanos, lo cual proporcionaba una buena base para la colaboración futura (Altamira 2008 [1915], pp. 123 y 133).

Con la vista puesta en la regeneración de España, Altamira escribió un elogioso prólogo a la edición española del libro de Charles Lummis, titulada *Los exploradores españoles del siglo XVI*, pagada por Cebrián y traducida por Arturo Cuyás, que había vivido en Nueva York y creó la rama autóctona de los *boy-scouts*, los Exploradores de España. Molera había regalado la obra al rey durante una audiencia en la que le contó las ventajas de participar en la exposición de San Francisco. Para todos ellos, la recuperación del país dependía del cultivo, sobre todo entre los jóvenes, de las antiguas virtudes perdidas y ahora recogidas por los norteamericanos. Coincidían en el mismo tratamiento escritores nacionalistas como Julián Juderías, autor de un conocidísimo ensayo contra la *leyenda negra* antiespañola, volcado al inglés gracias a Cebrián; y Mariano de Cavia, que se descubría ante Lummis, a quien, como a otros hispanistas como MacGroarty, condecoró Alfonso XIII.³⁸ Altamira sintetizaba estas opiniones cuando decía que los españoles debían conocer sus glorias e imitar a sus antepasados para que aquellas brillantes condiciones “reaparezcan si es que se desvanecieron, o se aviven, si es que continúan pero desmayadamente o con escasas manifestaciones, en el fondo espiritual de nuestra raza” (Lummis 1916, p. 32). De esa forma, la búsqueda de una identidad hispánica por parte de los californianos podía coadyuvar al renacimiento de España.

3. LA REPÚBLICA DE BALBOA

El Canal de Panamá no sólo consagró el predominio imperial de Estados Unidos en América, sino que también sacudió la situación geopolítica del istmo donde se excavó: en 1903 surgió allí una nueva República, escindida de Colombia y subordinada de inmediato a la gran potencia del norte, que gobernó directamente la zona del Canal. Este Estado recién nacido tuvo que dotarse de una identidad nacional propia sobre la base de las peculiaridades panameñas, decantadas durante el siglo anterior, y recurrió para perfilarla a una matriz hispánica. Con ese fin convirtió a Vasco Núñez de Balboa, supuesto precursor del Canal, en un verdadero héroe nacional, a la vez que buscaba la complicidad de España en sus programas conmemorativos. A diferencia de lo ocurrido con California, en este caso las autoridades españolas, empezando por el rey, acudieron a la cita sin prevenciones y sin que la Gran Guerra cancelara su compromiso.

38 *La Lectura*, 1.1916; *El Imparcial*, 29.5.1916.

3.1. CONSTRUCCIÓN NACIONAL E HISPANISMO EN PANAMÁ

La construcción nacional que siguió a la independencia en Panamá fue asumida por un puñado de políticos e intelectuales entre los que sobresalía Belisario Porras, presidente de la República de 1912 a 1916 y de 1918 a 1924. Aunque se había opuesto a la escisión bajo el paraguas norteamericano, Porras se reconcilió con Estados Unidos y promovió al tiempo un discurso nacionalista que combinaba el énfasis en el progreso material con referencias a los clásicos y al hispanismo. Con él colaboraron convencidos hispanoamericanistas formados en Colombia y deslumbrados por España, donde algunos ocuparon cargos diplomáticos, como el poeta Ricardo Miró o el historiador Juan B. Sosa, delegado panameño en el congreso de Sevilla y autor de manuales escolares oficiales (Szok 2001). Si, por una parte, dotaron al Estado de infraestructuras, prestando una especial atención a las educativas, por otra, pusieron en pie el edificio nacional acudiendo a la mitificación del pasado, en una obra política que recordaba la del régimen mexicano de Porfirio Díaz.

El nacionalismo panameño necesitaba, para empezar, de algunos símbolos oficiales, como la bandera, inventada entre 1903 y 1904; el himno, compuesto por un español y adoptado en 1906; y la fiesta nacional del 3 de noviembre, día de la independencia. También de instituciones culturales como las academias, el teatro nacional, los archivos o el Instituto nacional, donde estudiaban las élites. Decididos a refutar las acusaciones de no ser más que títeres de Estados Unidos, los nacionalistas manejaban dos tesis fundamentales: la nación se había constituido como una comunidad hanseática, comercial y liberal, enfrentada desde antiguo al conservadurismo proteccionista colombiano; y, lejos de carecer de identidad definida, pertenecía a la comunidad hispanoamericana, a la raza hispánica, cuya lengua defendía con ardor. Así afrontaban la dependencia externa y contenían las convulsiones sociales ocasionadas por el Canal, que atrajo a una población multiétnica difícil de controlar (Szok 2001). Su uso del hispanismo se asemejaba al de Puerto Rico, donde, a partir de 1898, se recurrió también a él como escudo frente a los colonizadores norteamericanos (Schmidt-Nowara 2008).

La reivindicación de la herencia hispánica se reflejó en todas las artes y articuló una coherente política pedagógica, conmemorativa y monumental (Chirú Barrios 2011). Al mismo tiempo, la prensa panameña prestaba una atención constante a España, con noticias sobre las idas y venidas del rey, política o sucesos, la guerra de Marruecos y fundaciones culturales como las de Vega-Inclán, y desde luego las corridas de toros, pues los toreros españoles visitaban con regularidad el país.³⁹ En ese contexto, la figura de Núñez de Balboa se erigió en emblema indiscutible de Panamá, porque subrayaba su relieve dentro del imperio español, en la ruta hacia el Perú, lo cual reafirmaba asimismo su pertenencia a la comunidad hispánica; y enlazaba esa función con su deriva contemporánea: el istmo era, ante todo, una zona de tránsito, la puerta del comer-

39 Véase, por ejemplo, *Diario de Panamá*, 23.2 y 4.3.1916.

cio mundial. Además, Balboa había sido su primer gobernador. El héroe castellano se transformaba pues en el padre fundador de la patria, que bautizaba con su nombre una ciudad, la moneda y hasta la cerveza local, un modelo cuya gesta glosaban los textos escolares. En una biografía de 1934, publicada en Madrid por el educador panameño Octavio Méndez Pereira, el descubridor vislumbraba el Canal y se preguntaba quiénes eran aquellos norteamericanos, “fornidos y rubios, rapados y simples como niños gigantes, que han traído maquinarias y palas monstruosas y compuertas enormes, que se abren y se cierran matemáticamente” (Méndez Pereira, pp. 202-203).

El centenario de Balboa se marcó así en rojo en el calendario con dos proyectos de largo alcance: una exposición nacional y un gran monumento. Según el decreto presidencial que la convocaba, la muestra había de “enaltecer y honrar la memoria del ilustre descubridor del Océano Pacífico” y estrechar los lazos con la *madre patria* y con los hermanos hispanoamericanos. Ese lenguaje grandilocuente exhortaba a “laborar por la hegemonía de la raza” y a que la España moderna emprendiese “una conquista espiritual de sus antiguas dominaciones”.⁴⁰ Sus trabajos proporcionaron un ensanche a la capital y aspiraban a mostrar al mundo el progreso de la república, estación mercantil junto al Canal. Criticada por quienes acusaban al presidente de derrochar recursos públicos y retrasada varias veces, la feria se inauguró en febrero de 1916. En la ceremonia correspondiente, Porras expresó su “gratitud hacia el valiente Balboa, considerándolo como el primero de los grandes progenitores de este pueblo”.⁴¹ La exposición panameña se nutrió de piezas procedentes de la de San Francisco y a ella sólo acudieron, además de España, Cuba y Estados Unidos, que exhibió su poderío con armas, modelos de barcos y diques y abundante información sobre la zona canalera.⁴²

Hubo otras conmemoraciones hispanófilas, como el centenario de Cervantes en 1916, festejado con juegos florales que remarcaban la importancia de conservar el idioma y con planes para erigir una estatua al escritor que encarnaba el espíritu de la raza, o el de la fundación de Panamá la Vieja en 1919 (Chirú Barrios 2011). Pero el fruto más logrado de este programa fue el monumento a Balboa, idea de Porras y Sosa en el municipio de la capital ya en 1909, relanzada por el Estado en 1913 y sólo culminada once años después, en un acto que sirvió de despedida al presidente. En él, Porras relató con detalle sus peripecias y su ignominiosa ejecución, lo puso como ejemplo para la juventud panameña y lo retrató como un superhombre nietzscheano, trasunto de su propio liderazgo colosal: “un conductor de pueblos que tiene confianza en sí mismo, que domina el ambiente, no por la violencia, sino por el magnetismo de su persona”. El decreto que señalaba aquella inauguración como un día de júbilo nacional recordaba, de nuevo, el significado nacionalista del descubrimiento del Pacífico, “pues desde

40 Citas en Decreto 17.6.1913 y *Boletín Oficial de la Exposición Nacional de Panamá*, nº 2, 1.5.1915, p. 57.

41 AHN Exteriores H-3219. *Discurso pronunciado por el Señor Presidente...con motivo de la apertura de la Exposición Nacional de Panamá*, Panamá, Imprenta Nacional, 1916, p. 4.

42 *Diario de Panamá*, 19.1, 6 y 12.2 y 11.3.1916.

entonces quedaron en evidencia la configuración y situación de nuestro territorio y se puso de manifiesto nuestro destino”.⁴³

3.2. LA POSITIVA RESPUESTA ESPAÑOLA

En contraste con las dudas que suscitó en España la adhesión a las exposiciones y fiestas norteamericanas relacionadas con el Canal, la llamada de Panamá fue atendida de un modo casi incondicional. Había que dar la bienvenida a un nuevo miembro de la comunidad hispánica, que además otorgaba a la vieja metrópoli un papel protagonista a través del cual se hacía presente, aunque sólo de forma simbólica, en la gran vía interoceánica. A ello contribuyeron con entusiasmo los españoles residentes en la república, encuadrados en asociaciones como el Centro Español y la Sociedad Española de Beneficencia que presidía su principal dirigente, Gervasio García, músico y empresario. En la colonia había grandes desigualdades y discrepancias acerca del estado, decadente o en proceso de regeneración, de su patria española.⁴⁴ Pero en su seno marcaban el paso las élites comprometidas con los afanes nacionalistas, que promovieron, en sintonía con el gobierno panameño, el monumento a Cervantes, la fiesta de la raza cada 12 de octubre y, por supuesto, el culto a Balboa. En una carta a Alfonso XIII, le aseguraban que “estas hermosas páginas de nuestra Historia Patria son para nosotros el máximo estímulo para trabajar con fe dentro de nuestra modesta esfera, cooperando de este modo en hacer grande a nuestra España”.⁴⁵

Los responsables de la exposición nacional hicieron todo lo posible por homenajear a la *madre patria*. Su bandera reproducía la mitad superior del pabellón panameño y la inferior del español. Único país europeo invitado, España aceptó ese papel desde el comienzo. Cuando el estallido de la guerra europea puso en peligro la participación en este tipo de eventos, los diplomáticos panameños en Madrid se movilizaron, con la ayuda de políticos conservadores y del catalanista Frederic Rahola, presidente de la Casa de América de Barcelona, para evitar la deserción. Mientras renunciaban a ir a San Francisco, las autoridades españolas reafirmaban su decisión de no faltar a la cita de Panamá, más barata y menos problemática, por el protagonismo que concedía a la España neutral.⁴⁶

De manera que se procedió a construir un pabellón permanente, pensado como futura sede de un museo comercial. Según el comisario regio nombrado para la ocasión, con eso “podría triplicarse en poco tiempo la importación allí de productos españoles

43 *Diario de Panamá*, 15.4.1916 y 20.9.1913. Citas en *Inauguración del monumento erigido en la ciudad de Panamá al Adelantado Vasco Núñez de Balboa...* Panamá: Imprenta Nacional, 1924, p. 19; y Decreto 19.9.1924.

44 *Diario de Panamá*, 15 y 19.9.1913.

45 Cita en los españoles de Panamá al rey, 12.10.1913, AHN Exteriores H-3219.

46 AHN Exteriores H-3219. Informe, 8.3.1916, Archivo Belisario Porras, Panamá (ABP). Relaciones Exteriores, Cartas, T. VI.

y conquistar PARA SIEMPRE nuestra supremacía comercial que otras naciones europeas acabarían por obtener a costa de nuestro descuido”. La presencia española era tan relevante que, para facilitarla, la apertura de la feria se retrasó varias veces, aun a costa de no coincidir con la oficial del Canal. El delegado eligió el proyecto del edificio de acuerdo con las sociedades de emigrantes, no sin una agria polémica desatada por los perdedores del concurso, que le acusaron de “prevaricador, dilapidador del capital español” y “mal caballero cobarde”. El pabellón, de estilo renacentista y decorado con los escudos de las provincias españolas, las efigies de Colón y Balboa y las carabelas, se dio por acabado en la primavera de 1916, poco después de la inauguración del conjunto.⁴⁷

No obstante, los productores españoles brillaron por su ausencia. Su falta de entrega podía achacarse a las complicadas condiciones creadas por la contienda mundial, pero estas no impidieron que tomaran el relevo los artistas de la Asociación de Pintores y Escultores, quienes lograron llevar a Panamá una buena selección de sus obras. Con nuevos retrasos, discusiones y dificultades, que se resolvieron gracias a la intercesión del rey, llegaron a tiempo de recibir a miles de turistas norteamericanos que visitaban el Canal. Entre las piezas premiadas figuraban una *bailadora* flamenca de Mariano Benlliure, pinturas de tema castellano –como *El jorobado de Burgohondo*, de Eduardo Chicharro– y un retrato de la infanta Isabel, tía del monarca, de López Mezquita. Una visión panorámica de España, de sus paisajes y tipos, lo más característico y peculiar del país. En resumen, a la hora de representar a España, y como había ocurrido ya en California, lo cultural se impuso a lo económico.⁴⁸

En cuanto al monumento a Balboa, los planes panameños confluyeron con los españoles, pues la Casa de América catalana había propuesto algo parecido (Marcilhacy 2006). El proyecto se encauzó en 1913, cuando Belisario Porras escribió a Alfonso XIII para pedirle su ayuda en el alzamiento de una estatua colosal, como la de la Libertad en Nueva York, plantada en la entrada del Canal para que fuera “saludada eternamente por las banderas de todas las naciones” como “un símbolo de la solidaridad de la raza”. El rey quiso encabezar, junto al presidente, una suscripción pública que movilizó a diversas instituciones dentro y fuera de España. El Centro de Cultura Hispanoamericana, de raigambre liberal, recogió fondos de ayuntamientos españoles, mientras los cónsules panameños hacían otro tanto en varias ciudades. Pero quienes llevaron la voz cantante fueron el Ministerio de Estado y la Unión Iberoamericana, organismo semioficial y portavoz de los hispanoamericanistas. Si la Unión puso a trabajar a sus delegaciones, la diplomacia española trató de implicar a los gobiernos latinoamericanos: encontró obstáculos insalvables en los que recelaban del Canal, con el de Colombia a la cabeza, y al final sólo se adhirieron los de Argentina, México y Guatemala. La lista de suscriptores, en la que aparecían más españoles que panameños, revelaba la fuerza que

47 Cita en informe de Motta, s.f., AGA Estado 54/17184. También 54/17248. Cita en Motta a ministro de Relaciones Exteriores, 17.7.1915, ABP. Relaciones Exteriores, Cartas, T. IV.

48 AGA Estado 54/17184 y 54/17248. AGP 16230/47. *Diario de Panamá*, 1.9.1916.

había alcanzado en España la vertiente americana del españolismo regeneracionista (Chirú Barrios 2011, pp. 210-211).⁴⁹

La escultura monumental se encargó a dos artistas españoles de prestigio en América: Benlliure, estrella del academicismo y autor de otras obras parecidas –como la ofrecida a Bolívar en suelo panameño–, y Miquel Blay, presidente de la junta de relaciones artísticas con aquel continente (Vilallonga 2008). Su tamaño final nada tenía que ver con las fantasías iniciales, y tampoco se colocó en la puerta del Canal, sino en el barrio de la exposición de la capital, como parte del plan nacionalizador que integraba también el monumento a Cervantes. Pero su valor quedaba bien claro: allí se retrataba al hidalgo español por excelencia, epítome de las cualidades hispánicas, en una versión conservadora que olvidaba su condena por parte de Pedrarias. En pleno triunfo, un arrogante Balboa portaba el pendón de Castilla en una mano y la espada en la otra, invertida para que se viera bien la cruz. A sus pies, en torno a un globo terráqueo se enlazaban las razas del mundo, mientras en el pedestal se tallaban los escudos de los países comprometidos y placas con las cartas cruzadas entre Porras y Alfonso XIII (Marcilhacy 2006). Su desvelamiento en 1924 no consiguió, contra los deseos panameños, que el rey emprendiera su prometido y nunca realizado viaje a América. Pero el enviado español dejó un inequívoco mensaje nacionalista: “la magna Hispania se levanta vigorosa, y pide el puesto que le corresponde en el banquete de la civilización”.⁵⁰

CONCLUSIONES

En torno a la culminación del Canal de Panamá, entre 1909 y 1916, diversas conmemoraciones y exposiciones trataron de dar sentido histórico a un acontecimiento que ratificaba la hegemonía imperial de Estados Unidos en América y abría infinitas posibilidades a las poblaciones costeras del Océano Pacífico. El cuarto centenario de su descubrimiento en 1513 decantó un mito versátil, el del explorador Vasco Núñez de Balboa, empleado por varios países como una herramienta útil en sus respectivas construcciones nacionales. Héroe humanitario y trágico, representaba sobre todo la hidalguía, compendio de coraje, generosidad y nobleza, que se atribuía a la antigua monarquía hispánica. Considerado de manera unánime el gran precursor del Canal, se consagró como un modelo para las gentes de comienzos del siglo xx, desde los hombres de negocios californianos que decían compartir sus virtudes hasta el Estado panameño, que lo convirtió en padre fundador de la patria, pasando por sus admiradores españoles, empeñados en la regeneración nacional después del *desastre* de 1898. Los herederos de Balboa eran legión.

En California, el centenario de Balboa se integró en un amplio ciclo conmemorativo que reivindicaba el pasado colonial del estado, sello aristocrático de distinción frente

49 Cita en Porras al rey, despacho 17.2.1913, AGA Estado 54/17248. AHN Exteriores H-2574. AGP 15785/6.

50 AHN Exteriores H-1674. Cita en *Inauguración del monumento*, cit., p. 33.

a la costa oriental del país. Descubridores, conquistadores y frailes franciscanos habían traído la civilización occidental –con su marca indeleble, el cristianismo– a territorio norteamericano y componían un paraíso perdido y armónico que había que evocar. Así lo hicieron sus legítimas continuadoras, las élites políticas y empresariales de San Francisco o San Diego, en festivales y grandes ferias. En Panamá, el mito sirvió a la urgente necesidad de edificar una identidad nacional que diese cohesión a la nueva república y refutara las acusaciones acerca de su excesiva dependencia respecto a Estados Unidos. Balboa simbolizaba el destino geográfico del país y su alineación con la familia hispanoamericana, como también se encargaron de resaltar, a un nivel mucho más modesto, muestras y monumentos nacionales. Si en un caso actuaron sobre todo asociaciones y poderes locales, en el otro sobresalió la labor del Estado, con la ayuda de la colectividad de emigrantes españoles.

Pero, por diferentes que fueran, ambos territorios compartían no sólo el gusto por la *centenariomanía* y las exhibiciones, sino también algo más, revelado a través del culto a Balboa y a otros personajes de la conquista: la apelación a España, al prestigio que proporcionaba aquella historia idealizada y a un conjunto de rasgos culturales estereotipados y juzgados positivos en términos neorrománticos, como la alegría de vivir o la belleza femenina. Esa amalgama, mezcla de prosapia nobiliaria castellana y tipismo andaluz, daba substancia a las identidades americanas contemporáneas y exigía la presencia de España en las celebraciones ultramarinas, como una *madre patria* que, desprovista de todas sus colonias en la guerra hispano-norteamericana de 1898, resultaba tan atrayente como inofensiva. Además, trazaba una genealogía blanca en medio de sociedades multiétnicas y mestizas.

Todo ello ponía de relieve la cualidad transnacional de las construcciones identitarias, nacionales o territoriales. En ellas se utilizaban los mismos instrumentos, festivos o pedagógicos, oficiales y de la sociedad civil, monumentales e impresos, elitistas o abiertos a la participación de la ciudadanía. Pero, más allá de este fenómeno universal, comprobado una y otra vez por los estudiosos del nacionalismo y sus variantes, esa cualidad se volcaba en múltiples contactos y transferencias entre países, personalizadas por actores diversos. Emigrados, comerciantes, historiadores, artistas y diplomáticos de unos estados colaboraban en la nacionalización de otros. Y no era sólo una cuestión de relaciones culturales. Se trataba de proporcionar reconocimiento, verosimilitud y legitimidad a esos procesos nacionalizadores. Que los delegados españoles sobresalieran en las cabalgatas californianas o que el rey y las sociedades hispanoamericanistas de España encabezaran la suscripción pública para erigir una estatua al héroe nacional panameño no son sino ejemplos de una dinámica mucho más amplia, poco destacada hasta ahora en la literatura académica.

La respuesta de España ante tanto requerimiento externo fue oscilante y dubitativa. Los sectores liberales de la intelectualidad y de los cuadros políticos y funcionariales aspiraban a impulsar la modernización del país mediante una estrategia que combinara el fomento del orgullo patrio, la apertura internacional y la prosperidad económica.

Con ese fin, la vertiente hispanoamericana de la identidad española, en auge al iniciarse el siglo, no les parecía incompatible con la aproximación a Estados Unidos, aun a costa de olvidar con rapidez la humillación del 98. Para el ala más conservadora de la sociedad española, en cambio, la derrota había apuntalado un antiamericanismo que no permitía tales expansiones. Así pues, no fue casual que los principales personajes implicados en el aprovechamiento de la moda española en California –Riaño, Vega-Inclán, Altamira– se hallaran próximos a la Institución Libre de Enseñanza. El caso de Panamá no ofrecía, por sus dimensiones y por el consenso hispanoamericanista vigente, tantos problemas.

Destacaba, en aquel entorno, el papel representado por Alfonso XIII, tanto en Estados Unidos como en Panamá. Con una imagen favorable en los medios americanos, el rey sintonizaba con los círculos proestadounidenses y se veía a sí mismo como cabeza de la comunidad hispanoamericana. En consecuencia, alentaba las colaboraciones, tomaba iniciativas y desbloqueaba asuntos atascados en los engranajes administrativos y políticos, como la presencia española en la exposición internacional de San Francisco, arruinada al final con el pretexto de la guerra europea, y en la nacional de Panamá, esta sí lograda pese a los obstáculos burocráticos que se le oponían. Sólo él, al frente de los asuntos exteriores, podía responder a las apelaciones de los presidentes Belisario Porras y Woodrow Wilson, ambos muy interesados en captar la benevolencia española.

Por último, las especulaciones desatadas con motivo del centenario de Balboa, acerca de los enormes beneficios que traerían para España el Canal y sus eventos anexos, quedaron en pura retórica. Los implicados soñaban con que los lazos culturales inflaran los flujos comerciales, pero, a la hora de la verdad, los españoles no fueron capaces de proyectar una mínima solvencia económica, sino que hubieron de conformarse con el papel que les tenían reservado en América: el de un referente histórico y una compañía exótica, vinculada a las artes y al folclore. Una nación identificada no con el progreso en un mundo cada vez mejor comunicado, sino con la herencia de los conquistadores y el sonido de las castañuelas.

BIBLIOGRAFÍA

- ALTAMIRA, R., 2008 [1915]. La huella de España en el Pacífico. En: *La huella de España en América*. Salamanca: Universidad de Salamanca, pp. 107-135.
- ALTOLAGUIRRE, A., 1914. *Vasco Núñez de Balboa*. Madrid: Patronato de Huérfanos de Intendencia.
- ARAM, B., 2008. *Leyenda negra y leyendas doradas en la conquista de América*. Madrid: Marcial Pons.
- BLACK, S. F., 1913. *San Diego County, California*. Chicago: Clarke, vol. 1.
- BOKOVOY, M. F., 2005. *The San Diego World's Fairs and Southwestern Memory, 1880-1940*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- CHIRÚ BARRIOS, F. J., 2011. *Conmemoraciones y monumentalidad: las políticas de la memoria en Panamá, 1903-1931*. Tesis doctoral. San José: Universidad de Costa Rica.
- FERNÁNDEZ DE MIGUEL, D., 2012. *El enemigo yanqui. Las raíces conservadoras del antiamericanismo español*. Zaragoza: Genuève.

- KAGAN, R. L., 2010. The Spanish Craze in the United States: Cultural Entitlement and the Appropriation of Spain's Cultural Patrimony, ca. 1890 - ca. 1930. *Revista Complutense de Historia de América*, vol. 36, pp. 37-58.
- KROPP, P. S., 1999. "All Our Yesterdays": The Spanish Fantasy Past and the Politics of Public Memory in Southern California, 1884-1939. Tesis doctoral. San Diego: University of California.
- LUMMIS, C. F. 1916. *Los exploradores españoles del siglo xvi. Vindicación de la acción colonizadora española en América*. Barcelona: Araluce.
- MARCILHACY, D., 2006. *Une histoire culturelle de l'hispano-americanisme (1910-1930)*. Tesis doctoral. París: Université de Paris III.
- MÉNDEZ PEREIRA, O., 1934. *Núñez de Balboa. El tesoro de Dabaibe*. Madrid: Nuestra Raza.
- MÉNDEZ PEREIRA, O. y C. J. MARTÍNEZ, 1916. *Elementos de Instrucción Cívica*. Panamá: Esto y Aquello.
- MONTERO JIMÉNEZ, J. A., 2011. *El despertar de la gran potencia. Las relaciones entre España y los Estados Unidos (1898-1930)*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- MOORE, S. J., 2013. *Empire on Display: San Francisco's Panama-Pacific International Exposition of 1915*. Oklahoma: University of Oklahoma Press.
- MORENO LUZÓN, J., 2010. Reconquistar América para regenerar España. Nacionalismo español y centenario de las independencias (1910-1911). *Historia Mexicana*, vol. LX (1) 237, pp. 561-640.
- NIÑO, A., 2005. Las relaciones culturales como punto de reencuentro hispano-estadounidense. En: L. DELGADO y M. D. ELIZALDE (eds.), *España y Estados Unidos en el siglo xx*. Madrid: CSIC, pp. 57-94.
- PÉREZ, M. y P. NOUGUÉS, 1915. *Los precursores españoles del canal interoceánico*. Madrid: Hernando.
- QUINTANA, M. J., 1946 [1807]. Vasco Núñez de Balboa. En *Obras completas*. Madrid: Atlas, pp. 281-300.
- RUIZ DE OBREGÓN, Á., 1913. *Vasco Núñez de Balboa*. Barcelona: Maucci.
- SCHMIDT-NOWARA, C., 2008. Spanish Origins of American Empire: Hispanism, History, and Commemoration, 1898-1915, *The International History Review*, vol. XXX 1, pp. 32-51.
- STARR, K., 1986. *Inventing the Dream. California through the Progressive Era*. Nueva York: Oxford University Press.
- SZOK, P. A., 2001. "La última gaviota". *Liberalism and Nostalgia in Early Twentieth-Century Panamá*. Westport: Greenwood.
- THIESSE, A.-M., 2006. Les identités nationales, un paradigme transnational. En A. DIECKHOFF y C. JAFFRELOT (dirs.), *Repenser le nationalisme. Théories et pratiques*. París: Sciences Po, pp. 193-226.
- THOMPSON, M., 2001. *American Character. The Curious Life of Charles Fletcher Lummis and the Rediscovery of the Southwest*. Nueva York: Arcade.
- VARELA-LAGO, A. M., 2008. *Conquerors, Immigrants, Exiles: The Spanish Diaspora in the United States (1848-1948)*. Tesis doctoral. San Diego: University of California.
- VILALLONGA, B., 2008. Mecenazgo político y estatuaría monumental: la obra de Miquel Blay en Panamá. *Diálogos*, vol. especial, pp. 2156-2178.

LAS CICATRICES DE AYACUCHO

ESPAÑA EN LA CELEBRACIÓN DE UN CENTENARIO HISPANOAMERICANO¹

AYACUCHO'S SCARS. SPAIN IN THE CELEBRATION OF A HISPANIC AMERICAN CENTENNIAL

Ascensión Martínez Riaza²

Palabras clave

Perú,
España,
Centenario de
Ayacucho,
Diplomacia,
Cultura,
Discurso

Recibido

22-6-2016

Aceptado

6-12-2016

Resumen

El Gobierno de Primo de Rivera (1923-1930) rechazó la invitación oficial del Perú para participar en el Centenario de la batalla de Ayacucho en 1924, enturbiando las buenas relaciones logradas desde el Tratado de Paz y Amistad de 1879. La propuesta indaga en las posibles razones y examina cuál fue la presencia final de España. Se plantea cómo se movió el juego de la diplomacia; ahonda en la decisión de Leguía de acudir a académicos y artistas españoles para dar realce a la celebración y cómo éstos respondieron; se introduce en cuál fue la aportación de la colonia española; y por fin se incide en cómo, a pesar del desplante del Gobierno español, en las ceremonias de Ayacucho se desplegó un discurso hispanista que interpretaba la independencia como resultado de una emancipación en la que los hijos rompieron la tutela política de la madre patria, pero continuaron manteniendo vínculos a través de la pertenencia a una comunidad hispanoamericana en la que se daba a España un lugar preeminente.

Key words

Perú,
Spain,
Ayacucho
Centennial,
Diplomacy,
Culture,
Discourse

Received

22-6-2016

Accepted

6-12-2016

Abstract

When Primo de Rivera's government (1923-1930) rejected Peru's official invitation to participate in the Ayacucho Centennial in 1924, it cast a pall over the cordial relations established since the 1879 treaty of Peace and Friendship. The article discusses the possible reasons for this decision and describes how Spain eventually became involved in the proceedings. It explains the diplomatic maneuvers concerning this matter; Leguía's decision to request the presence of Spanish scholars and artists to enhance the celebration, and their replies; the contribution of the Spanish colony; and finally, how a Hispanist discourse deployed during the Ayacucho ceremonies, despite the affront given by the Spanish government, interpreted independence as the result of an emancipation in which the offspring broke the political tutelage of their mother country, but continued to maintain ties through their membership in a Hispanic American community in which Spain held a preeminent position.

1 Este artículo surge del Proyecto de Investigación «Donde la política no alcanza. El reto de diplomáticos, cónsules y agentes culturales en la renovación de las relaciones entre España e Iberoamérica, 1880-1939», HAR2014-59250R, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad de España.

2 Universidad Complutense de Madrid, España. amriaza@ghis.ucm.es.

INTRODUCCIÓN

Las relaciones entre España y el Perú tejidas durante la Restauración y la República Aristocrática después de la firma del Tratado de Paz y Amistad del 10 de agosto de 1879 se intensificaron durante el Oncenio de Leguía (1919-1930) y la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930) con la gestión de una diplomacia más profesional y preparada junto a la firma de convenios y acuerdos institucionales, aunque siguió siendo la cultura el catalizador de iniciativas promovidas por individuos y círculos minoritarios con escaso impacto popular (Martínez Rianza 1994a). Fueron las manifestaciones simbólicas (conmemoraciones y celebraciones) las que en determinadas coyunturas permitieron medir la capacidad de respuesta o el interés de la comunidad política y cultural y de los medios de comunicación.³ En el Oncenio coincidieron dos acontecimientos especialmente significativos en la construcción del nacionalismo peruano: el Centenario de la proclamación oficial de la independencia en 1921 y el de la última victoria militar frente a los ejércitos realistas, la batalla de Ayacucho, en diciembre de 1924.⁴ Leguía capitalizó las dos celebraciones convirtiéndolas en un escaparate de sus logros y tratando de ofrecer a la sociedad, particularmente a la limeña, un motivo de diversión y esparcimiento. De hecho, las agendas estuvieron saturadas de inauguraciones de obras públicas y monumentos, ceremonias civiles y religiosas, paradas militares y festejos, tales como estrenos teatrales, declamación de poemas o corridas de toros (Sotela 1927, pp.16-76; Orrego 2014, pp.74-87 y 93-103).⁵ Si en el Centenario de la Independencia Leguía se encontraba en una fase de consolidación tras el golpe que había propiciado y que le había llevado a la presidencia el 4 de julio de 1919, en 1924 volvía a acudir a una manifestación simbólica no solo para reafirmarse en el orden interno, tras haber impuesto su reelección, sino también para consolidar su posición en la región invitando a las repúblicas americanas, con excepción de Chile debido al conflicto de límites que mantenían desde la Guerra del Pacífico. Ortemberg, en una propuesta novedosa, entra en la vertiente geopolítica de los centenarios, particularmente en la manera en que el Perú, Chile y Argentina movieron sus peones para afirmar su posición regional (2015 y 2016). Asistieron, finalmente, embajadas y misiones de treinta países, incluidos europeos, asiáticos y uno africano. Pero solo acudió un presidente, el mandatario de Bolivia, Bautista Saavedra (Sotela 1927, pp.137-142; Ortemberg 2016, p.153).

3 Para la utilización de las conmemoraciones como herramienta de nacionalismo y legitimación de gobiernos, Moreno Luzón y Gutiérrez Viñuales 2012, pp.11-21.

4 Estudios historiográficos sobre el Oncenio coinciden en la escasa atención prestada a un tiempo crucial en la historia del Perú contemporáneo: Irurozqui 1994, Drinot en prensa.

5 Martuccelli Casanova atiende a los cambios urbanísticos y a la erección de monumentos en el contexto del proyecto modernizador de la Patria Nueva, 2006, pp.259-272; Chaupis Torres, que incurre en algunas imprecisiones en las referencias que consulta, añade discursos y el tratamiento que se dio al Centenario en los números extraordinarios que dedicaron las revistas culturales *Varietades* y *Mundial*, 2015, pp.135-139.

La participación de España no estuvo a la altura de las expectativas. Las peticiones para que Alfonso XIII asistiera como invitado de honor fueron desechadas por los gobiernos de turno y tampoco las delegaciones que finalmente representaron a la exmetrópoli tuvieron relevancia especial. En el escenario español, el éxito del pronunciamiento de Primo de Rivera de 13 de septiembre de 1923 estuvo propiciado por el descrédito de los gobiernos de la Restauración y su incapacidad para hacer frente a la inestabilidad social, la cuestión catalana y los frentes externos, como la guerra en Marruecos. En un principio, se presentó como un régimen de transición, necesario para erradicar los malos hábitos de la política, restablecer el orden y recuperar el prestigio en África. Sin embargo, a lo largo de 1924, con el aval público de Alfonso XIII, se fueron dando pasos para perpetuar la Dictadura. Se iba imponiendo “la modernización autoritaria” que refiere González Calleja (2005). Política y cultura se entrelazaron en los planes del Directorio. La historiografía reciente coincide en que hubo un cambio en relación con Hispanoamérica, que se convirtió en objetivo destacado de la acción exterior. Se trataba de incrementar el prestigio en el continente y de configurar un bloque unido, bajo liderazgo español, de cara a las aspiraciones de conseguir un puesto permanente en el Consejo de la Sociedad de Naciones.⁶

Más que la diplomacia, la cultura fue plataforma para avanzar en la conformación de una comunidad hispanoamericana, con el añadido de que la política expansionista de los Estados Unidos motivó que algunas repúblicas miraran hacia España que, tras la pérdida de sus últimas colonias, había abandonado sus veleidades imperiales. Sepúlveda diferencia las dos corrientes del hispanoamericanismo que se configuraron a finales del siglo XIX y las dos primeras décadas del XX. Por un lado, el hispanoamericanismo progresista que trataba de convertirse en un elemento dinamizador para regenerar a España mediante su proyección americana, que anteponía la lengua y la cultura a la historia y la religión y que perdió fuerza en los años veinte (Sepúlveda 1994, pp.93-136 y 2005, pp.123-153). Por otro lado, el panhispanismo, que sería doctrina oficial del primorriverismo y que descansaba en cuatro pilares: un fuerte componente nacionalista, la reivindicación del pasado colonial español, la exaltación de la religión católica y la defensa de un orden jerárquico hegemónico por España (Sepúlveda 1994, pp. 67-90 y 2005, pp. 99-121).⁷

Con vistas a la celebración de Ayacucho, Leguía renovó sus intenciones de dar a España un lugar preeminente y cursó invitación al rey Alfonso XIII, con el deseo de que, si su asistencia no fuera posible, el Gobierno enviara una embajada oficial que estuviera al nivel, si no lo superara, de la que concurrió en 1921. Los representantes diplomáticos des-

6 Martínez de Velasco incide en cómo para lograrlo se reformó y profesionalizó el cuerpo diplomático, ampliando la representación de España en aquellas repúblicas (1977 y 1980). Pereira Castañares sistematiza los instrumentos empleados para hacer efectivo ese liderazgo; por un lado, los cambios en el Ministerio de Estado, por otro, el aumento de la representación diplomática y consular (1986); Del Arenal retoma y ratifica estas aportaciones (2011, pp.26-27).

7 Es también la opinión, entre otros, de Sueiro (1992, p.143) y González Calleja (2005, pp.125-127).

tacados en Madrid y Lima se movieron en ese sentido, pero el Directorio militar no solo optó por declinar la invitación sino se abstuvo de organizar ningún acto en España que recordara la batalla de Ayacucho, “la desgraciada batalla”, como la llamaron los oficiales realistas que capitularon en la Pampa de la Quinua el 9 de diciembre de 1824. No hubo una declaración formal y pública que explicara las razones, pero en el trasfondo estaban las “cicatrices de Ayacucho”, la última derrota de los ejércitos españoles en el continente americano, que persistían abiertas en la memoria de los militares en el poder y de personajes de influencia en la vida política, lo que explica que el Directorio prefiriera evitar la participación en una celebración que se anunciaba dedicada a ensalzar a los vencedores, con Bolívar y Sucre a la cabeza. Había otros motivos: cuando llegó la invitación oficial, el régimen enfrentaba problemas de envergadura, entre ellos el separatismo catalán y la guerra en Marruecos que, a mediados de año, entraba en una situación crítica.

AYACUCHO Y EL JUEGO DE LA DIPLOMACIA

Cuando el ministro de Relaciones Exteriores del Perú, Alberto Salomón, anunciaba que el presidente había decidido celebrar el aniversario de Ayacucho, adelantaba que “se invitaría especialmente a nuestra Madre Patria”. Su sucesor, César A. Elguera, daba un paso adelante personificando la invitación en el rey de España.⁸ La representación diplomática de ambos países se activó entonces para conseguir que se concretara la presencia oficial española. Las dos legaciones ostentaban, en ese momento, un marcado carácter familiar. En Lima era ministro residente, desde el 17 de junio de 1919, Jaime de Ojeda Brooke, y secretario, su hermano Gonzalo, hijos de Emilio de Ojeda Perpiñán que había ocupado la Legación de junio de 1884 a julio de 1888 y de diciembre de 1890 a agosto de 1894. En Madrid, el hermano del presidente, Eduardo S. Leguía, presentaba credenciales el 27 de mayo de 1924, y desde antes era primer secretario el cuñado del presidente, Guillermo Swayne y Mendoza.

En la manera de tratar la participación en el Centenario, la diplomacia española mostró una doble cara. Tanto Jaime como Gonzalo de Ojeda eran decididos partidarios de que España estuviera representada y explicaron sus razones. En el Ministerio de Estado (ME), por el contrario, las autoridades competentes entendieron que con la misión enviada al Centenario de la independencia ya se había cumplido con creces y, además, no tenía sentido asistir a la celebración de lo que había sido una derrota de las armas españolas. Haciéndose eco de las noticias oficiales, el 26 de diciembre de 1923, Jaime de Ojeda en despacho al ME daba cuenta de que se iba a celebrar con solemnidad el Centenario de la batalla de Ayacucho, “último hecho de armas de importancia de la guerra de la independencia sudamericana”, y que se pensaba invitar solamente a España –se barajaba el nombre del cardenal Benlloch– y a los países hispanoameri-

8 Memoria del Ministerio de RREE, 1923, Lima, Imprenta La Opinión Nacional, 1923; Perú. Ministerio de Relaciones Exteriores. Memoria que el Ministro de Relaciones Exteriores Dr. César A. Elguera presenta al Congreso Ordinario de 1924. Lima, Casa Editora “La Opinión Nacional”, p. LXXIII.

canos.⁹ El ministro consideraba que sería “altamente conveniente que España hiciera algo en esa circunstancia que podría ser incluso enviar a un miembro de la casa real”.¹⁰

Siguiendo el protocolo, se hizo cargo del asunto el conde de Montefuerte, de la Sección Informante del ME, quien emitió un dictamen desfavorable. Según su argumento, España había venido rindiendo homenaje a los héroes más o menos importantes de la lucha de la independencia americana, “festejando con aquellos pueblos hermanos centenarios de su liberación de la Metrópoli olvidando, para ello, rencores y agravios”, y asistido “a conmemoraciones de hechos bélicos de aquella epopeya, muchos de ellos sin importancia real, pero hiperbólicamente cantados para forjar una historia” hasta el punto que, de seguir a ese paso, “no va a quedar escaramuza por festejar ni guerrillero por glorificar”. Opinaba que ya se había cumplido con el Perú con el envío de la misión Viñaza a las fiestas de la Independencia, “hecho que fue corolario de la desgraciada batalla de Ayacucho”, y que no tenía sentido en tan poco tiempo conmemorar la causa de tal independencia, lo que además sentaría un precedente “y no podríamos rehuir, sin dificultad, otras invitaciones para fiestas similares que para recuerdo de hechos de armas de mayor o menor monta se celebren”. Y no se podía pensar en que asistiera el cardenal Benlloch, porque acababa de concluir su visita al Perú. Por eso creía conveniente que se le exigiera al ministro en Lima que tratara de “rehuir” [sic] la invitación.¹¹ El subsecretario del ME Fernando Espinosa de los Monteros dilató su respuesta a Ojeda hasta el 9 de mayo. Entonces, haciendo suyo el dictamen, le solicitaba que “con su tacto habitual” procurara rehuir la invitación porque el Gobierno entendía que ya había festejado con toda solemnidad y de manera oficial el Centenario de la Independencia del Perú y, por lo tanto, se creía relevado de hacerlo en el de Ayacucho.¹²

Simultáneamente, en Madrid, tras presentar credenciales, Eduardo S. Leguía se apresuraba a escribir a Espinosa de los Monteros para que hiciera llegar a Alfonso XIII la carta autógrafa fechada el 14 de febrero, por la cual el presidente de la República del Perú “invita a Su Majestad el Rey Alfonso XIII a concurrir, personalmente si fuera posible, a solemnizar las festividades con que mi gobierno se propone celebrar el primer centenario de la batalla de Ayacucho”. El mismo día 6 de junio, el subsecretario le respondía que había cumplido el encargo. Pero no se limitó a ello, sino que se permitió dar su opinión al marqués de Torre de Mendoza, entonces secretario personal de Alfonso XIII, en el sentido de que Ojeda debía evitar que España fuera invitada, “por

9 El cardenal Benlloch había realizado a finales de 1923 una visita por diferentes países hispanoamericanos comisionado por Pío XI y el rey de España. Para la estancia en Lima, Linares Málaga (rec.) 1924; Martínez Riaza 1994b, pp.352-355; Domínguez Méndez 2013, pp. 218-233.

10 Jaime de Ojeda al subsecretario del ME, Lima, 26 de diciembre de 1923, Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (AMAE), Correspondencia Embajadas y Legaciones, H 1680.

11 El conde de Montefuerte al subsecretario del ME, s.f, AMAE, Política H 2603, cit. Martínez de Velasco 1981, pp.190-191.

12 El subsecretario del ME Espinosa de los Monteros al ministro en Lima, Madrid, 9 mayo de 1924, AMAE, Correspondencia Embajadas y Legaciones H 2603.

entender que si está muy bien que España celebre y festeje la Independencia del Perú es ya quizás un poco excesivo que festeje y celebre también el Centenario de la batalla de Ayacucho".¹³ No era el único con esa opinión, la trama del Centenario se extendía a Londres donde ejercía como embajador Alfonso Merry del Val, amigo personal de Espinosa de los Monteros, e igualmente partidario de quedar al margen del evento. Le escribía con motivo de la intención del encargado de Negocios del Perú Rivera Shreiber y de las otras repúblicas bolivarianas de celebrar el Centenario. Aunque como diplomático debía ser cauto, confesaba: "nunca me ha gustado celebrar los fastos nacionales hispano-americanos y menos me ha de agradar el festejar la de aquella malhadada batalla por motivos obvios". Y, sin más, pedía instrucciones al ME.¹⁴ En una nota no oficial, Espinosa de los Monteros hacía a Merry del Val la crónica de lo sucedido desde que hacía algún tiempo Jaime de Ojeda les había anunciado el propósito del gobierno peruano de invitar a España y cómo se le instruyó que hiciera lo posible para que no se efectuara, porque España ya había hecho bastante con enviar la Misión del conde de Viñaza al Centenario de la Independencia "y que pedirnos que conmemorásemos la última vez que peleamos y fuimos derrotados en la que fue América Española era, aun reconociendo la buena intención del Gobierno del Perú, cosa demasiado fuerte". El problema era que Ojeda no había encontrado el modo de evitar la invitación, lo que era explicable dada su posición. De otro lado, hacía aproximadamente un mes que se había recibido la nota de Leguía invitando al rey pero "como si la invitación no nos hizo gracia, una vez hecha no había manera de rechazarla," y por eso Alfonso XIII contestó que circunstancias especiales le privaban de asistir pero que se haría representar por el ministro en Lima con carácter de embajador extraordinario.¹⁵

Era Gonzalo de Ojeda, en calidad de encargado de negocios por ausencia de su hermano ministro, quien recibió la notificación del 9 de mayo y, aunque adelantaba que daría fiel cumplimiento a las órdenes, se permitía hacer una serie de consideraciones. El gobierno peruano se proponía que enviaran embajadas todos los países de habla española. Se daba por hecho que España se haría representar, por eso se le preguntaba continuamente si ya había sido designada la persona o personas o si el gobierno había dado por buena la invitación que el ministro de RREE, señor Salomón, había cursado a la Infanta Doña Eulalia, hija de Isabel II, en su encuentro en París. En tales circunstancias, le parecía que la ausencia de España produciría mala impresión en la opinión general y en el presidente Leguía. Además, se vería afectada la ya débil influencia de España en América y cabía el peligro de que se interpretara como una muestra de indiferencia o de desafecto de España hacia sus antiguos dominios y no por su verda-

13 Minuta del subsecretario del ME al marqués de Torre de Mendoza, Madrid, 9 de junio de 1924, AMAE Correspondencia Embajadas y Legaciones H 2603.

14 Merry del Val al subsecretario del ME, Londres 21 de junio de 1924, AMAE Correspondencia Embajadas y Legaciones H 2603.

15 Espinosa de los Monteros a Merry del Val, Madrid 30 de julio de 1924, AMAE Correspondencia Embajadas y Legaciones, H 2603.

dero motivo que era de orden material. Le preocupaba cómo lo recibiría el Perú que siempre había mostrado su afecto, recientemente simbolizado en el regalo de la magnífica sede para la Legación y en el “nobilísimo gesto” que había tenido el presidente de mandar erigir un monumento a los restos de los españoles que sucumbieron en el Perú durante la guerra de la independencia y la jornada del Callao, que al fin y al cabo habían sido sus enemigos. Había que introducir también el factor geoestratégico, pues todos los países tenían sus miradas puestas en América, incluso algunos como Italia no perdían ocasión “para conquistar simpatías y mercados”. Ojeda creía necesario contrarrestar estos riesgos, a lo que la ausencia de una embajada de España no ayudaría.¹⁶ A finales de agosto, se concretó entonces la decisión del rey de que Jaime de Ojeda fungiera como su Embajador Extraordinario y se le destinara un crédito de tres mil pesetas para los gastos que pudieran originarse.¹⁷ Con un escueto cablegrama, el 10 de diciembre se le pedía a Ojeda que transmitiera al presidente del Perú el saludo del rey y el gobierno con motivo “del Centenario celebrado por país amigo en el cual España tiene el honor de estar representada”.¹⁸

Por su parte, Eduardo S. Leguía había impulsado gestiones para asegurar la presencia oficial de España en Lima. El 26 de septiembre, informó al ministro de Relaciones Exteriores que se había entrevistado en diferentes ocasiones con el subsecretario de Estado y con Primo de Rivera, y consideraba el rechazo como una muestra de la apatía de España en lo que tenía que ver con el acercamiento hacia América:

Infortunadamente en todas esas conferencias recibí la misma invariable respuesta, tanto del subsecretario como del Presidente del Directorio. Ninguno aludió siquiera en el curso de nuestras discusiones como pretexto del retraimiento a la situación económica de este país, y ambos se concentraron siempre a insistir como única disculpa en que España creía haber evidenciado su afecto al Perú enviando un buque de guerra y una embajada especial a la celebración del Centenario del año 1921, y que en tal virtud solo podía ahora investir a su Ministro en Lima con el carácter de Embajador Extraordinario.¹⁹

Al finalizar el año, Jaime de Ojeda hacía balance de unas fiestas en las que se habían sucedido, sin interrupción con ceremonias, actuaciones y agasajos en las que habían rivalizado en “esplendidez” el gobierno peruano y las embajadas extranjeras, especialmente las americanas. Todo ello amenizado por “millares” de discursos encaminados a ensalzar los méritos de Bolívar, Sucre y San Martín. El ministro había hecho un gran esfuerzo por asistir, a pesar de su situación delicada derivada de la escasa participación de España y

16 Gonzalo de Ojeda encargado de Negocios, Legación de España en Lima, 2 de Julio de 1924. AMAE Correspondencia Embajadas y Legaciones H 2603.

17 El subsecretario del ME. Fernando Espinosa de los Monteros a Jaime de Ojeda, Madrid 30 de agosto de 1924, AMAE Política, H 1680, cit. Martínez de Velasco, 1981, p.194.

18 El subsecretario de Estado del ME al ministro en Lima, Madrid 10 de diciembre de 1924, AMAE Política H 1680.

19 Eduardo S. Leguía, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario al ministro de Relaciones Exteriores Perú, Madrid 26 septiembre de 1924, Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú (AMRREE), Sección Diplomática, Legación del Perú en España, 5-13 A.

de la muy desfavorable impresión que ello había producido. De otro lado, su falta de recursos le había impedido corresponder pero aun así iba a dar un banquete para los elementos oficiales españoles y los intelectuales que habían ido invitados por el Perú.²⁰

Descartada la vía de la diplomacia, el gobierno del Perú decidió acudir a intelectuales y artistas de prestigio que dieran prestancia a la celebración. Eduardo S. Leguía contactó a Ignacio Zuloaga, Eduardo Gómez Baquero, Julio Romero de Torres, Luis Araquistáin, Azorín, Santiago Ramón y Cajal, Antonio Machado, Ramón del Valle Inclán, Manuel González de Hontoria, Gabriel Alomar, Vicente Gay, Adolfo Bonilla San Martín, Eugenio D'Ors, Ramiro de Maeztu, Luis Torres Quevedo, Niceto Alcalá Zamora, Julio Camba, Rafael Altamira (que en una larga nota alegaba que sus obligaciones como Juez Permanente de Justicia Internacional le impedían la asistencia, pero que se adhería a la conmemoración), Gregorio Marañón (que expresaba su gran amor a la república peruana en la que tenía queridos discípulos), Mariano Benlliure (autor de la escultura de San Martín ganador del concurso del gobierno peruano en 1907) y Miguel de Unamuno (que daba como razón el que estaba exiliado en París). Lamentablemente, todos ellos, excepto Gay y Camba, excusaron su asistencia.²¹ *El Sol*, periódico editado en Madrid y crítico con el régimen, ya había publicado algunos de los nombres el 16 de octubre de 1924 (Martínez Rianza 1994a, p.284).

La prensa española de opinión dio escasa cobertura al evento. *El Sol* fue el que más se preocupó por los asuntos hispanoamericanos, pero las relaciones con el Oncenio se hicieron tensas y el Centenario de Ayacucho casi provocó un incidente diplomático. A finales de octubre, el editorial "A lo que obliga Ayacucho" mostraba su sorpresa ante la "débil representación" española, de la que se hacía eco la prensa peruana. Para el autor, las guerras de independencia fueron guerras civiles, revoluciones políticas que buscaban una meta universal, como lo era la soberanía de los pueblos. No había, por lo tanto, desdoro en celebrar la batalla de Ayacucho, donde junto con el general Sucre había vencido también la España liberal. Sin embargo, añadía que no era precisamente afecto a las libertades el presidente Leguía, quien, según carta de un distinguido universitario peruano que se publicaba en Costa Rica, distaba mucho del ideal de Ayacucho: había deportado a Haya de la Torre y expulsado a veinte estudiantes de la Universidad del Cuzco, se había suprimido varias revistas y encarcelado a estudiantes disidentes.²² La respuesta del ministro Leguía fue más que airada. En el día enviaba para su publicación una carta al director de *El Sol*, Félix Lorenzo. Aclaraba que la deportación de Haya de la Torre se debía a la campaña antigubernamental que, al amparo de una supuesta inmunidad universitaria, venía realizando; la expulsión de una decena de estudiantes del Colegio Nacional de Ciencias del Cuzco (no de la Universidad) había sido, según él, una

20 El ministro de España en Lima al presidente del Directorio militar, Lima 27 de diciembre de 1924, AMAE, Correspondencia Embajadas y Legaciones H 2603.

21 Eduardo S. Leguía, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario al ministro de Relaciones Exteriores, Madrid 6 de noviembre de 1924, AMRREE Legación del Perú en España 5-13 A.

22 *El Sol*, 25 de octubre de 1924.

medida disciplinaria que nada tenía que ver con la política. En cuanto a la persecución de la prensa, cualquiera podía constatar que se publicaban periódicos manifiestamente hostiles hacia el presidente. En lo que atañía al Centenario de Ayacucho, recordaba que el Perú quería rendir un homenaje a España invitando a un grupo selecto de escritores y artistas para que fueran sus huéspedes de honor.²³

Cuando ya en los días de Ayacucho el gobierno español cerraba todas las puertas comunicando al ministro que no pensaba organizar ningún acto para conmemorar el Centenario de Ayacucho, Eduardo S. Leguía resumió que con su actitud “el Gobierno español contempla, si no con desdén por lo menos con indiferencia cuanto respecta a su decantado espíritu hispanoamericano”.²⁴

LOS INVITADOS DE LEGUÍA. DE LA «INVISIBILIDAD» DE CAMBA AL COMPROMISO HISPANOAMERICANISTA DE JIMÉNEZ DE ASÚA Y GAY

La negativa de la mayoría de los intelectuales y artistas invitados en una primera instancia redujo la presencia en Lima al periodista Julio Camba y a los académicos y juristas Luis de Jiménez Asúa y Vicente Gay y Forner.²⁵ Todos ellos viajaron juntos. Se reunieron en Cherburgo y el 19 de noviembre de 1924 embarcaron en el *Majestic* que les conduciría a Nueva York, desde donde zarparían el 27 de noviembre en el *Santa Ana*, un buque de la Grace Lane para atracar en el Callao la tarde del 8 de diciembre.²⁶ Significativamente, apenas dejaron testimonio de su asistencia a las ceremonias oficiales y a las fiestas organizadas con motivo del Centenario al que habían sido invitados. Julio Camba escribió cinco artículos que publicaría *El Sol* (1925), Jiménez de Asúa explicó su experiencia en *El Derecho Penal en la República del Perú* (1926) y Gay escribió en *El Imperio del Sol. En torno a los orígenes y formación del Perú moderno. En el Centenario de la batalla de Ayacucho* (1926) (Martínez Riaza 1994a, p.284). En Lima, Camba se mantuvo en silencio, en un estado de “invisibilidad” quizás premeditada o posible producto de la indiferencia de un personaje altivo que no pensó que debiera retribuir de algún modo a sus anfitriones. Jiménez de Asúa y Gay sí se implicaron en

23 *El Sol*, 26 de octubre de 1924.

24 Eduardo S. Leguía, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario al ministro de Relaciones Exteriores Perú, Madrid, 10 de diciembre de 1924, AMRREE, Legación del Perú en España 5-13 A.

25 Los dos últimos fueron reconocidos “oficialmente” por el gobierno español. Pasados los festejos, Jaime de Ojeda transmitió al ministro de Relaciones Exteriores el agradecimiento por las atenciones prestadas a ambos durante el Centenario, Jaime de Ojeda al Sr Alberto Salomón, ministro de Relaciones Exteriores, Legación de España en Lima, Barranco 24 de abril de 1925. *Boletín del Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú*, 1925. Según Orrego, siguiendo a Basadre, España estuvo representada por el poeta y novelista Villaespesa, 2014, pp.93 y 118.

26 La prensa española recogió escuetamente noticias del viaje: ABC de 9 de diciembre 1924 incluía una nota de agencia fechada en Panamá el 8 de diciembre 1924 sobre el paso de los tres miembros de la embajada española y el 14 de diciembre anunciaba que habían llegado “a esta capital los intelectuales españoles Sres. Jiménez de Asúa, Gay y Camba”.

actividades paralelas, particularmente en el Tercer Congreso Científico Panamericano y en la preparación de un Congreso de intelectuales iberoamericanos. ¿A qué pudo deberse la invitación de Leguía? Julio Camba era un periodista de éxito que publicaba en numerosos medios de comunicación. Los años veinte fueron especialmente productivos y aumentaron su prestigio y popularidad. Desde 1920, colaboraba en *El Sol* con sus "Crónicas de Camba" que le reportaron buenos ingresos (González Soriano 2015, pp.10-82; Revilla Guijarro 2002). Su "retribución" al Perú sería marginal y se retrasaría, porque "el prolífico" Camba no publicaría ningún artículo en la prensa española entre noviembre de 1924 y septiembre de 1925. Se concretó en cinco artículos que aparecieron en *El Sol* los días 7 noviembre, 8 noviembre, 21 noviembre, 24 noviembre y 9 diciembre de 1925 bajo el título genérico "Un viaje al Perú". No eran inéditos porque ya los había publicado en el diario *La Nación* de Buenos Aires (González Soriano 2015, pp. 347-371). Consistían en unos breves relatos de viaje, a modo de divertimento, que se detenían en el momento en que arribó al Callao sin mencionar ninguno de los actos del Centenario, ni atender a temas sociales, culturales o políticos que dieran a los lectores un pulso sobre la realidad del Perú. Solo en el primero, "Los indios y los perforantes" relataba cómo trató de convencer, sin éxito, al pintor Ignacio Zuloaga para que aceptara la invitación acudiendo a la imagen de un país atractivo, "único en la Tierra".²⁷ Era el Camba distante y displicente que pasó por Lima sin que Lima pasara por él, sin que el Perú del Centenario de la batalla de Ayacucho le mereciera siquiera unas líneas de las tantas que escribió.

El catedrático de Derecho Penal de la Universidad Central de Madrid, Luis Jiménez de Asúa, fue un hombre comprometido con la opción republicana. Hasta el regreso de América, a comienzos de 1925, procedente del Perú y Argentina no se manifestó públicamente en contra de la dictadura primorriverista. Sería en 1926, tras volver de un nuevo periplo americano, cuando mostró abiertamente sus discrepancias, lo que le valió el confinamiento y su renuncia a la cátedra en los meses finales del régimen (García Queipo de Llano 1987, pp. 223-224 y 512-516).²⁸ En cuanto a las razones que le llevaron al Perú, desvelaba que, a finales de octubre de 1924, recibió una carta del doctor Víctor M. Maúrtua agradeciéndole el artículo que había publicado en *La Prensa* de Buenos Aires sobre el nuevo Código penal peruano y adelantándole que iba a tratar de que lo invitaran al Tercer Congreso Científico Panamericano a celebrarse en Lima bajo auspicio del gobierno. En los primeros días de noviembre, recibió una nota del ministro del Perú en Madrid invitándolo, junto con un grupo selecto de la intelectualidad y arte españoles, a asistir al Centenario de la batalla de Ayacucho, la cual se cruzó con la propuesta formal para participar en el Congreso Científico Panamericano, porque

²⁷ *El Sol*, 7 de noviembre de 1925.

²⁸ Durante la Segunda República fue diputado e intervino en la elaboración de la Constitución de 1931 y otras leyes importantes. En 1939 se exilió a Buenos Aires y llegó a ser presidente de las Cortes y presidente interino de la República en el exilio, *Diccionario de Catedráticos Españoles de Derecho (1847-1943)* Universidad Carlos III de Madrid, <http://www.uc3m.es/diccionariodecatedraticos>.

los organizadores creían que era indispensable contar con los sabios europeos que se habían distinguido en estudios concernientes a América, y Jiménez de Asúa se encontraba entre ellos. Decidió, entonces, aceptar ambos ofrecimientos (Jiménez de Asúa 1926, pp. 5 y 73).

Vicente Gay y Forner era catedrático de Economía y Hacienda Pública. Se vinculó a comienzos de siglo con instituciones académicas americanas, visitó varias repúblicas y promovió los estudios americanistas desde la Sección de Estudios Americanistas de la Universidad de Valladolid que había fundado. Partidario de Primo de Rivera, ocupó distintos cargos en la última etapa del régimen.²⁹ En su caso, las posibilidades de asistencia estuvieron sujetas al permiso del Ministerio de Instrucción y Bellas Artes del que dependía y fue gestionado desde el ME a instancias de la Legación del Perú en España.³⁰

Se trataba de dos intelectuales de perfil muy distinto que habían transitado y transitarían por caminos ideológicos y políticos paralelos. Su manera de entender la relación de España con Hispanoamérica coincidiría en algunos supuestos y diferiría en otros, ya que Jiménez de Asúa se alineó en la corriente del hispanoamericanismo progresista, mientras Gay avaló la formulación conservadora de la Dictadura. Tampoco compartieron su opinión sobre Leguía. El ser invitado oficial no impidió a Jiménez de Asúa denunciar la política universitaria del Oncenio que había derivado en una lucha abierta entre el gobierno, los estudiantes y los profesores de Lima. Como protesta, el rector de San Marcos no asistió al Congreso Científico Panamericano, que fue presidido por un político, el ministro de Relaciones Exteriores Alberto Salomón. Profesores que sí asistieron, como Óscar Miró Quesada, dejaron su medalla en la puerta del recinto (Jiménez de Asúa 1926, p. 91). En el otro extremo, Gay no ocultaba su admiración por el presidente, con el que tuvo varios encuentros en los que Leguía le hizo manifestaciones explícitas de hispanismo. En la primera ocasión, cuando el ministro Ojeda lo presentó como profesor español, el mandatario puntualizó que “en el Perú los españoles eran peruanos”. Y en esa tónica, días más tarde en una parada militar, el presidente señaló al agregado naval español en Washington, Adolfo Solás, que “si hubiese venido un general español, habría mandado como general en jefe a las tropas peruanas” (Gay 1926, p. 80). Gay valoraba positivamente los logros de Leguía, sin el que no se podía entender el Perú moderno, y alababa su formación en el mundo de los negocios junto con su experiencia como ministro de Hacienda, así como su cordialidad y cercanía (Gay 1926, pp. 331-338).

29 Fue admirador del fascismo italiano, se manifestó contra la Segunda República y se le desposeyó de su cátedra. Buscó refugio en Burgos, donde el gobierno rebelde de Franco le confió en enero de 1937 la Delegación de Prensa y Propaganda. Durante los últimos años se alejó de la política y se dedicó a la academia y la investigación; *Diccionario de catedráticos Españoles de Derecho (1847-1943)*, Universidad Carlos III de Madrid <http://www.uc3m.es/diccionariodecatedraticos>.

30 Eduardo S. Leguía al Excmo. Sr. Don Fernando Espinosa de los Monteros, subsecretario de Estado Legación del Perú en España, Madrid 23 de octubre de 1924; y Espinosa de los Monteros al secretario del Ministerio de Instrucción y Bellas Artes, 29 de octubre de 1924, AMAE Política H 2603.

Al margen de los fastos del Centenario, los dos académicos buscaron foros más pragmáticos para relacionarse con otros colegas e intelectuales y expresarse a partir de allí sobre la relación de España con América. Esos escenarios fueron el Tercer Congreso Científico Panamericano, que sesionó del 20 de diciembre de 1924 al 6 de enero de 1925, y la reunión preparatoria de un Congreso Libre de Intelectuales Iberoamericanos. Jiménez de Asúa daba la máxima importancia a un Congreso cuya historia se remontaba a 1898, cuando bajo el nombre de Congreso Científico Latinoamericano se había reunido por primera vez en Argentina, y que pasaría a denominarse Panamericano al sumarse los Estados Unidos. A petición de los delegados de Chile, el Tercer Congreso estaba programado para celebrarse en Lima en 1921 con motivo del Centenario de la independencia, pero se había postergado. Jiménez de Asúa llegaba al Congreso Científico con una invitación formal, a título individual, y por su intermediación, y atendiendo a la petición que le hiciera Gay durante el viaje, también este último estuvo presente (Jiménez Asúa 1926, p. 73). El jurista español se incorporó a la sección de Ciencias Jurídicas, en la subsección de Derecho Penal, y se le honró con la oportunidad de abrir la sesión con un tema de su preferencia, "Las nuevas direcciones biológicas en la ciencia penal". Además, defendió una ponencia sobre el "aborto autorizado" y se ocupó de clausurar la subsección el 3 de enero de 1925 (Jiménez de Asúa 1926, pp.73-86). El Congreso le permitió a Gay entablar amistad con sabios de ambas américas y establecer vínculos culturales, que confiaba darían resultado a futuro (Gay 1926, pp. 297-298).

Juntos participaron en una de las reuniones preparatorias del Congreso Libre de Intelectuales Iberoamericanos (según la referencia el nombre varía) que tuvo lugar el 30 de diciembre en el Hotel Bolívar. El intelectual peruano Edwin Elmore condujo la sesión en la que tuvieron oportunidad de difundir iniciativas americanistas que se desarrollaban en España, por ejemplo las de la Universidad de Valladolid.³¹ El proyecto había partido del colombiano Baldomero Sanín Cano en enero de 1923 y fue asumido por Elmore, quien promovió la formación de un circuito integrado por intelectuales de distintos países, con fuerte presencia de Cuba. Los contactos se prolongaron al menos hasta diciembre de 1925 y en su paralización incidió el asesinato de Elmore por José Santos Chocano.

El Centenario de Ayacucho fue plataforma desde la que Jiménez de Asúa y Gay se manifestaron sobre la independencia y el sentido de la derrota final; y, en un plano más amplio, sobre el hispanoamericanismo y el panamericanismo. Compartieron la manera de entender la batalla de Ayacucho y, por ende, la independencia de la América española, que fue una emancipación, es decir, el resultado de una maduración que España propició preparando a sus hijas para la vida independiente. Jiménez de Asúa nunca pensó que un español pudiera sentir repugnancia en asistir a los festejos con que América conmemoraba el término del poder colonial. La batalla de Ayacucho que puso fin a la dominación de España no fue estrictamente un combate: "en los llanos de Ayacucho tuvo lugar un nacimiento. El 9 de diciembre de 1824 le nació a España el hijo peruano,

31 La noticia se publicó en *El Comercio*, Lima, 31 de diciembre de 1924.

demasiado crecido ya para permanecer en el seno de la Madre". España sintió entonces el dolor del parto, pero ahora contemplaba con orgullo a los hijos que nacieron de ella, por eso ir al Centenario de Ayacucho no era ir a celebrar una derrota, sino a alegrarse del aniversario de un natalicio (Jiménez de Asúa 1926, p.5). Gay daba su versión de cómo se llegó a Ayacucho, aunque consciente de su situación de invitado del Perú y al tiempo de hombre leal al gobierno español, se iba por la tangente: "Lógica y noblemente humano ha sido, pues, que el gobierno español estuviese representado en el Centenario y que yo me sintiese honrado al ser invitado por el gobierno del Perú a los festejos". Se alineaba en la teoría de la emancipación, un proceso en el que el hecho militar no fue sustancial, porque lo importante fue que se trató de un triunfo de la vida, el grito de un hijo "cuyo primer bautismo es el de la sangre de la madre dolorida" (Gay 1926, p.73).

Hispanoamericanismo y panamericanismo no eran sino dos caras de la misma moneda en cuyo epicentro estaba España y su posición en relación a las repúblicas americanas. El hispanoamericanismo se sustentaba en valores espirituales en los que ambos creían (lengua, historia, tradiciones), aunque les separaba la inclusión de la religión católica: para Jiménez de Asúa, un elemento prescindible. Coincidían en la actitud crítica hacia el panamericanismo liderado por los Estados Unidos, que se cimentaba en criterios territoriales, económicos y políticos que apenas soslayaban sus propósitos expansionistas. En la inauguración de la sección de Derecho, Jiménez de Asúa se lamentaba de que España no estuviera oficialmente representada, a pesar de sus aportaciones a los estudios penales y que, por una razón geográfica en la que todo motivo espiritual estaba ausente, se hubiera permitido al delegado de Haití hablar en francés, mientras que "no pudo hacerse oír el recio acento español del país que fundó la más antigua Universidad del continente austral, que descubrió y colonizó estas tierras de América, al que llaman los hispanoamericanos la 'Madre Patria'", y Gay lo repetía prácticamente en los mismos términos (Jiménez de Asúa 1926, pp. 93-94; Gay 1926, p. 297). Con todas sus armas discursivas, Gay defendía la acción de España en el Perú, al punto de que omitía el tiempo prehispánico para argumentar que su formación política comenzaba con la Conquista, continuaba con la colonización y seguía a partir de la independencia. Y en esa secuencia reivindicaba la importancia de "las inmortales Leyes de Indias" en la construcción del Perú moderno, un legado que no había aportado ninguna otra nación colonizadora. Como avanzó en su libro *Leyes del Imperio Español* (1924), había una diferencia sustancial entre separación, cese natural y jurídico de una relación voluntaria, y emancipación, un fenómeno biosociológico en el que los hijos adquieren madurez y personalidad para vivir independientes (Gay 1926, pp.145-150). Tras unas disquisiciones lingüístico-filosóficas sobre los significados de "pan" se ocupaba del sentido que podría tener un panamericanismo circunstancial fundado en criterios geográficos e intereses económicos, "porque el panismo o unidad racial no es un valor geográfico sino un valor "históriconacional"". Una prueba de sus limitaciones y carencias era que no incorporaba la religión, indispensable en la modelación de una comunidad de valores (Gay 1926, p.293).

Los delegados en el Congreso dieron protagonismo a Leo S. Rowe, presidente de la Unión Panamericana, un organismo al que se aproximaban de distinta manera. Jiménez de Asúa censuraba la prepotencia de Rowe, que se permitió enumerar cuáles eran las obligaciones de las repúblicas americanas: eliminar el riesgo de cualquier agresión contra el continente; evitar que se introdujera el principio europeo de “balanza o equilibrio de poder”; defender el principio de igualdad de todos los Estados americanos; y que cada república pusiera a disposición de las demás sus avances en la resolución de problemas sociales y económicos. Lo que Rowe pedía a sus “incautos oyentes” era que se mantuvieran inactivos ante los avances del imperialismo norteamericano, tanto en su dimensión económica como territorial. Ponía ejemplos de la manera en que los Estados Unidos maniobraron para evitar alianzas entre repúblicas iberoamericanas y alertaba sobre el protagonismo que, en las conclusiones del Congreso, se daba a la Unión Panamericana, confiándole, por ejemplo, el nombramiento de cinco historiadores americanistas para que redactaran un texto de historia destinado a la segunda enseñanza (Jiménez de Asúa 1926, pp. 94-97). Por su parte, Gay presentaba una imagen más atemperada y distante de Rowe, “figura de gran magnetismo personal, gran conocedor de toda América y cultivador entusiasta del americanismo”, que le invitó a visitar la institución en Washington. Gay describía las espectaculares instalaciones, aportando un profuso aparato gráfico, y daba un breve apunte sobre su historia, organización y funciones. Se trataba de una institución internacional mantenida por veintiún repúblicas americanas con el propósito de promover el comercio y las relaciones pacíficas, cuya dirección estaba a cargo de una Junta de Gobierno formada por el ministro de Estado de los Estados Unidos y los diplomáticos de los gobiernos hispanoamericanos destinados en Washington (Gay 1926, pp. 362-366).

Jiménez de Asúa mantuvo posteriormente contacto con algunos de los promotores de la celebración del Congreso de Intelectuales, en especial con Edwin Elmore. Su asesinato por el poeta oficial del régimen, José Santos Chocano, mereció su entera repulsa. En el artículo “El Crimen de Lima. Elmore y Chocano”, publicado en el periódico *La Libertad* el 8 de septiembre de 1926, volvía atrás en el tiempo y recordaba su asistencia a algunos de los festejos con que se conmemoró “la batalla que cancelaba nuestro poderío colonial americano”. Le llamó la atención el torneo poético, hueco y banal que sostuvieron Chocano (que leyó su *Canto del Hombre-Sol*), el colombiano Guillermo Valencia y el argentino Leopoldo Lugones, que mostró una agresividad impropia hacia España. El mexicano José Vasconcelos entró en escena denostando a Chocano y Lugones: dos bufones con aspiraciones de poetas, y acusando a Chocano de defender las tiranías. Elmore dio la razón a Vasconcelos y provocó la agresión de Chocano, que el 31 de octubre de 1925, en un encuentro en la redacción del diario *La Crónica*, le disparó. Jiménez de Asúa los confrontaba: Elmore representaba al intelectual preocupado por el hispanoamericanismo como estandarte de los valores comunes de los países de raíz ibérica y había sido instigador de los preparativos del congreso libre de trabajadores intelectuales iberoamericanos; Chocano, al margen de su poesía decadente, tenía una

personalidad enfermiza, una megalomanía desbordante y era conocido por sus episodios conflictivos.³² A la vuelta del Perú, Gay fue recibido por el rey, al que explicó los pormenores del Congreso Científico Panamericano y le trasladó cuál era “el momento espiritual de Lima durante el Centenario”. Alfonso XIII elogió a Bolívar, de quien admiraba su dimensión internacional y su proyecto del Congreso de Panamá, que anunciaba lo que luego se intentaría en la Liga de Naciones. Sobre todo reconocía la manera en que entendió que se debía formar una comunidad de los pueblos de la América española, no solo con vínculos espirituales sino también jurídicos e institucionales. Para Gay esa era la clave, que se vincularan los pueblos de Iberoamérica desligándose de los EEUU, que se servían del panamericanismo para imponer sus criterios económicos, políticos y territoriales (Gay 1926, pp. 299-300).

ESPAÑA EN LAS REPRESENTACIONES, LA PRAXIS Y LOS DISCURSOS DE AYACUCHO

LAS REPRESENTACIONES DE AYACUCHO

En el amplio espectro de las representaciones, el presidente Leguía dio, una vez más, un espacio específico a los españoles. Estuvieron en las celebraciones el poeta y escritor Francisco Villaespesa, a quien por sus éxitos Leguía encargó una obra de teatro “a medida”, *El Sol de Ayacucho*, y el pintor Julio Vila y Prades, requerido por el presidente para realizar dos murales conmemorativos. Ya trabajaba entonces en la capital el arquitecto y escultor Manuel Piqueras Cotolí, responsable de obras de referencia en los centenarios. A pesar del interés del presidente, el proyecto de erigir un monumento a los soldados españoles caídos en la Independencia y el combate del Dos de Mayo de 1866 quedó en el acto simbólico de la colocación de la primera piedra en el Cementerio General de Lima.

Francisco Villaespesa (1877-1936) es tratado por la historiografía como máximo exponente del modernismo en España, de cuya renovación poética fue el más temprano portavoz y principal artífice (Andújar Almansa y López Bretones 2004). Vivió su edad dorada en el Madrid del cambio de siglo hasta que las nuevas tendencias literarias lo fueron relegando. En 1917 decidió probar fortuna en América. Salvo los meses de febrero a junio de 1921 en que estuvo en España para montar la compañía teatral que representaría su obra *Bolívar*, Villaespesa pasó más de catorce años recorriendo países hispanoamericanos. Comenzó a principios de mayo de 1917, con la llegada a La Habana camino de México, y terminó a comienzos de 1931, cuando por razones de salud regresó a la Península desde su residencia en Río de Janeiro (Valles Mingo 2014, p.27; García Morales 1987, p.48). En Hispanoamérica buscó el favor de los gobernantes y un nuevo público que le devolviera el aplauso perdido. Contaba con una trama relacional de escritores

32 *La Libertad*, Madrid, miércoles 8 de septiembre de 1926 consultado en www.filosofia.org/hem/192/9260908.htm. Después retomaría el incidente en *Política, Figuras y Paisajes* (1927) y en *Crónica del Crimen* (1929). Ortemberg se refiere también a este acontecimiento (2016, p.163).

de fama, entre los que se encontraban el nicaragüense Rubén Darío, el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, el argentino Leopoldo Lugones y el peruano José Santos Chocano. En México escribió y estrenó *Hernán Cortés*, el primero de los poemas dramáticos de una trilogía que se continuaría con *Bolívar*, escrito en Venezuela, para terminar con *El Sol de Ayacucho* presentado en el Teatro Forero el 11 de diciembre, con asistencia de Leguía, el presidente de Bolivia, representantes de los países invitados y miembros de la elite limeña. Se mantuvo en cartel hasta el día 18 y después pasó al Teatro Ideal del Callao. De ahí se inició una gira que pasó por Arequipa y después, Bolivia, Chile, Argentina y Uruguay, terminando en Río de Janeiro en diciembre de 1928 (Valles Mingo 2014, p. 45).

La representación mereció críticas dispares: *El Comercio* del 22 de diciembre de 1924 la consideró un gran éxito, como también el español Esteban Cáceres, residente en el Perú desde hacía treinta años y autor de dos ediciones de *España en el Perú* (1923 y 1924), un libro escrito para su mayor gloria con la intención de enaltecer por igual el legado de España y el progreso de la República.³³ Cáceres mantenía una antigua amistad con Villaespesa y daba testimonio de su entrada triunfal en la ciudad de los virreyes [sic] “en medio de las aclamaciones delirantes del pueblo que lo aclamaba sin cesar” porque conocía que el poeta se había dedicado a propagar “las glorias inmarcesibles de España y la Raza” (Cáceres 1924, pp. 232-235).

Los comentarios laudatorios contrastaban con el del costarricense Rogelio Sotela que registraba que la obra no recibió el aplauso unánime de los espectadores porque no fue bien entendido que Bolívar fuera representado como un hombre común, con un pañuelo atado a la cabeza y bebiendo leche (Sotela 1927, p. 85). El hecho es que no se editó en Lima sino en Santiago de Chile en 1925. Valles Mingo sugiere que, en el plano simbólico, *El Sol de Ayacucho* mostraba las naciones americanas como cachorros de la misma “leona” –la madre patria– y que Bolívar luchaba, no contra España, sino contra sus gobiernos y la decadencia de la Monarquía (2014, pp. 56-57). En los días que permaneció en Lima, Villaespesa asistió a la fiesta que el Ateneo de Lima preparó a escritores españoles y americanos el día 23 de diciembre y a la cena organizada por la Legación española el primero de enero de 1925 (Valles Mingo 2014, p. 43.)

Al inicio de la década de 1920, el valenciano Julio Vila y Prades (1873-1930) era un pintor de éxito. En 1905 comenzó a viajar por América dándose a conocer y recibiendo encargos. Requerido por Leguía, que conocía su obra, llegó a Lima por primera vez en la navidad de 1922. El presidente estaba interesado en que realizara dos pinturas murales en relación con el Centenario de Ayacucho y aceptó la propuesta del pintor de que uno de ellos representara la batalla de Ayacucho y el otro inmortalizara el Centenario, con símbolos y personalidades que asistieron a la celebración. Durante los seis meses que permaneció en el Perú, realizó bocetos y recabó información; y de vuelta a España, en el otoño de 1923, comenzó a trazar las primeras ideas. Volvió a Lima junto con su fa-

33 Las dos ediciones de *España en el Perú*, la segunda editada en homenaje al Centenario de Ayacucho, contaron con el apoyo moral y material de Leguía que le había obsequiado un retrato con dedicatoria y había adquirido para el Estado un número considerable de ejemplares (Cáceres 1924, pp.7-9).

milia a comienzos de diciembre de 1924 y recogió apuntes sobre los asistentes a las fiestas. De regreso, según su hija Carmen Vila Artal, “ejecutó el fabuloso rompecabezas del Diorama Acto de la Conmemoración de la batalla de Ayacucho” (1974, s.p.). Para junio de 1926, la obra estaba terminada y se exponía en Madrid en el Ministerio de Fomento, al que acudieron a admirarla Alfonso XIII, Primo de Rivera y varios ministros. En Lima, este gesto fue entendido como una muestra de amistad, aunque Vila Artal no deja de lamentar la ausencia oficial de España en el Centenario.³⁴ Vila y Prades hizo personalmente la entrega del primer encargo en Lima en septiembre de 1926; y el Diorama se ubicó en el Museo Bolivariano. De inmediato, se recluyó para cumplir la segunda parte del contrato, el mural de la Batalla de Ayacucho. Avanzó intermitentemente a lo largo de 1927, alentado por la noticia de que le había sido concedida por el gobierno peruano la condecoración de la Orden del Sol.³⁵ A pesar de su voluntad, no pudo terminar la pintura, interrumpida por su muerte el 9 de julio de 1930.³⁶

El cordobés Manuel Piqueras Cotoí (1885-1937) había llegado a Lima en julio de 1919, contratado como profesor de la Academia Nacional de Bellas Artes, y se abrió camino en el campo de la arquitectura y la escultura, dejando su impronta en el llamado “estilo neoperuano”, síntesis de lo prehispánico y lo hispano. Durante el Oncenio, su prestigio se vio recompensado con encargos de importancia, entre ellos varios vinculados a los centenarios. En 1921 se le encomendó, con miras al Centenario de la Independencia, la reconstrucción de la fachada del Palacio de Gobierno, destruida por un incendio, y el trazado de la Plaza de San Martín, centro emblemático del Centenario presidido por la estatua de San Martín, escultura realizada por el español Mariano Benlliure. No había dejado de trabajar cuando el Centenario de Ayacucho lo devolvió al primer plano de la actualidad. Además de presidir una de las secciones del Tercer Congreso Científico Panamericano, concluyó las obras de la fachada de la Escuela Nacional de Bellas Artes y, sobre todo, diseñó y supervisó la arquitectura y la decoración del Salón de Recepciones del Palacio de Gobierno, que se inauguraría el 9 de diciembre. Su gran realización, que comenzaría a tomar forma en 1926, fue el Pabellón Peruano en la Exposición Iberoamericana de Sevilla de 1929.³⁷

34 La prensa española se hizo eco de la visita del Rey y de miembros del gobierno reproduciendo imágenes del cuadro mural: *La Esfera*, 19 de junio de 1926; *Revista Hispanoamericana de Ciencias, Letras y Artes*, año V, nº 38, Madrid, junio 1926; *ABC*, 21 de octubre de 1927.

35 El diario *ABC* se hacía eco de la distinción: “Vila Prades, el ilustre pintor valenciano uno de los maestros de la paleta que ha sabido llevar a América luminosas muestras de escuela española, ha sido objeto de una merecida distinción por el gobierno peruano. Por su encargo pintó hace meses Vila Prades un cuadro de gran tamaño destinado al Parlamento, reproduciendo el acto conmemorativo del centenario de Ayacucho”, *ABC*, 21 de octubre de 1927.

36 *ABC*, 11 de noviembre de 1928 publicaba fragmentos del Diorama en proceso de ejecución; Villegas Torres parte de Vila Artal añadiendo documentos del ministro del Perú en España Eduardo S. Leguía y prensa española, 2013, pp.268-274. <http://eprints.ucm.es/23154/1/T34818>.

37 El *Catálogo Manuel Piqueras Cotoí (1885-1937)*, 2003, reúne varios trabajos que rescatan al artista español en sus distintas dimensiones, ver Wuffarden, pp.44-45 y García Bryce, pp.120-122; Gutiérrez Viñuales retomó su biografía y trayectoria, 2011, pp.189-211.

La erección de un monumento a los españoles caídos en la Guerra de Independencia y el Dos de Mayo de 1866 se había puesto sobre el tablero durante la visita del cardenal Benlloch en noviembre de 1923, cuando el ministro de Guerra Benjamín Huamán de los Heros presentó el proyecto al Congreso el 12 de ese mes. Era otra oportunidad que España no debía desperdiciar; por eso, Jaime de Ojeda sugirió al subsecretario del ME enviar para el evento a un alto representante de la marina española que podría ser el Agregado Naval en Washington o Buenos Aires o, mejor aún, alguna prestigiosa figura de la Armada.³⁸ En esta ocasión se dispuso que se trasladara Adolfo Solás, agregado naval de la embajada de España en los Estados Unidos. El 12 de enero se reunieron, entonces, en el Cementerio General de Lima, el presidente de la república y su gobierno, los presidentes de las Cámaras, una representación de la Marina y del Ejército, el personal de la Legación y el Consulado de España, miembros de la colonia y mucho público para proceder a la colocación de la primera piedra, ceremonia que fue cerrada con los discursos del ministro de la Guerra, Solás, y Leguía, que expresó su admiración por la Marina Española.³⁹

Para dar cuerpo al proyecto, el gobierno de Leguía había convocado un concurso para la construcción del monumento. La manera en que se concibió ponía en evidencia el interés en que la obra fuera realizada por un escultor español. Por eso, apenas se difundió en el Perú, el peso de las gestiones recayó en Eduardo S. Leguía, quien se preocupó de presentar las bases en los medios de comunicación. Se hizo eco la *Revista Hispanoamericana de Ciencias, Letras y Artes*, que entendía el gesto como una nueva muestra del sincero afecto de la “hermosa República hermana” hacia España, y por eso “con verdadero júbilo hacemos pública esta reciente prueba de devoción hacia la madre patria, que tan elocuentemente anula la leyenda negra que nuestros enemigos tejieron en derredor del nombre de España”.⁴⁰ La convocatoria especificaba el número y la cuantía de los premios, las normas que debían seguir los candidatos y el plazo para entregar los proyectos. También se indicaba la ubicación en el Cementerio General de Lima, aunque más tarde el presidente cambió de opinión y se decantó porque se erigiera en alguna plaza pública, lo que supuso una modificación en las bases que provocó confusión entre los candidatos, los cuales solicitaron que se ampliara el plazo de entrega. Llegó diciembre y en Lima no se contaba con ninguna propuesta. En Madrid, a comienzos de 1925, todo estaba dispuesto para que la Academia de San Fernando recibiera los proyectos, pero hasta finales de mayo no viajaría al Perú la maqueta de Lorenzo Coullaut Valera. Según Villegas Torres, que aporta la correspondencia de Eduardo S. Leguía con su gobierno, se presentaron solo cuatro bocetos, cuando en las bases constaba que serían cinco los que podrían optar al premio. El ministro anunció que serían enviados al Perú, aunque opinaba que no reunían las condiciones requeridas en cuanto

38 Jaime de Ojeda al subsecretario ME, Lima 6 de noviembre de 1924, AMAE Correspondencia Embajadas Legaciones H 1680.

39 Jaime de Ojeda al Presidente del Directorio militar, Lima de 16 enero de 1925, AMAE Política H 2603.

40 *Revista Hispanoamericana de Ciencias, Letras y Artes* año III, nº 17, Madrid, septiembre de 1924, pp. 46-47.

a nivel artístico (Villegas Torres 2013, pp. 425-433). Finalmente todo quedó en fuegos de artificio porque el concurso nunca se resolvió y el monumento nunca se construiría.

LA VERTIENTE PRÁCTICA DE AYACUCHO.

LA FERIA EXPOSICIÓN DE PRODUCTOS HISPANO-PERUANOS

La elite de la colonia española se había implicado en el Centenario de la Independencia y como muestra de amistad había obsequiado al Perú un Arco Neomorisco que se levantó en la entonces Avenida Leguía y fue entregado a la municipalidad de Lima el 29 de julio de 1924, cuando ya la programación del Centenario de Ayacucho estaba en curso. Si entonces se optó por una aportación simbólica encabezada por el Casino Español y la Sociedad Española de Beneficencia, en esa ocasión la elite de la colonia liderada por la Cámara Española de Comercio del Perú se decidió por una alternativa práctica. Simultáneamente a las ceremonias oficiales, aunque en un segundo plano, el Oncenio programó exposiciones de productos hispanoamericanos cuya organización debía correr a cargo de los países participantes. España hizo su apuesta y entre los días 19 y 31 de diciembre tendría lugar la Feria-Exposición de Productos Hispano-Peruanos (Martínez Riaza 2006, pp. 348-349). El origen estuvo en una propuesta de fabricantes catalanes que llegó a Lima y Leguía incorporó como parte de las actividades del Centenario. Para mostrar una vez más su afecto a España, dio instrucciones a su ministro en Madrid para que trasladara al Gobierno de S. M. la invitación oficial del Perú. Paralelamente, los promotores consiguieron apoyo del ministro de España, Jaime de Ojeda, el cónsul general en Lima-Callao, Antonio Pinilla Rambaud, y la Cámara Oficial Española de Comercio del Perú.

La Junta Nacional del Comercio Español en Ultramar (JNCEU) tomó las riendas en España y logró que el Ministerio de Estado aceptara la invitación del Gobierno del Perú.⁴¹ El 15 de junio, entró en el proyecto el Ministerio de Trabajo, Comercio e Industria, que con el informe favorable del Ministerio de Estado declaró oficial la concurrencia española a la Feria. La maquinaria se puso en funcionamiento: se inició una campaña de propaganda entre los posibles expositores, se abrieron créditos, se nombró delegado del gobierno a D. Rodolfo Gozalvo, comerciante español establecido en el Perú, se solicitó a la Compañía Trasatlántica, que en ese tiempo llegaba al Callao (Martínez Riaza 2002), el transporte gratuito de los muestrarios, y se buscó el concurso de los organismos directivos de la Feria Internacional de Muestras de Barcelona y de la Exposición Iberoamericana de Sevilla, además de las Cámaras Oficiales de Comercio, Industria y Navegación. Todo quedó regulado en las reales órdenes del 29 de julio. La JNCEU procedió a redactar un reglamento que unificara la concurrencia de los productos y exportadores españoles y las normas a que debían ajustarse los envíos. La Compañía

41 Se constituía el 12 de julio de 1923 en el marco de las resoluciones del Primer Congreso del Comercio Español de Ultramar. Dependía del Ministerio de Trabajo, Comercio e Industria para desarrollar las relaciones entre productores y comerciantes peninsulares y los establecidos en América y Filipinas, JNCEU, Reglamento 22 octubre de 1923. Madrid: Gráficas Reunidas.

Trasatlántica, en su deseo de contentar al Gobierno e intensificar el comercio español con América, concedió toda la capacidad que fuera precisa para el transporte de mercancías y un flete gratuito en el *Manuel Arnús*, a zarpar el 10 de septiembre, y si fuera necesario, aportaría otro buque adicional.⁴² Para dejar registro de la magnitud de la empresa, el jefe superior de Comercio y Seguros Sr. Iranzo promovió la publicación de un *Catálogo* con el repertorio de los expositores españoles y los artículos que se exhibirían. En la introducción presentaba la Feria-Exposición como “una oportunidad magnífica para que los amores de Perú y España destaquen como aroma de flores hermosas” en el marco de la conmemoración de la batalla de Ayacucho, “librada entre leones unidos por la nobleza de cuna”. El acicate había sido la invitación del Gobierno de la República Peruana, que así favorecía “vivir la grandiosa unidad espiritual de ambos pueblos contribuyendo al esplendor de los homenajes ofrecidos a la gloria de los genios de la raza”.⁴³

En la prensa española, *ABC* fue el diario que en mayor medida atendió el evento. El 3 de julio, antes incluso de la publicación del *Catálogo*, adelantaba el estado de los trabajos de organización y los organismos que estaban involucrados bajo el liderazgo de la JNCEU, aportando información sobre el reglamento y algunos detalles relacionados con el transporte y los gastos consiguientes.⁴⁴ Más adelante se ocupaba de los preliminares dando noticia del almuerzo en que se reunieron el subsecretario de Trabajo, el jefe superior de Comercio y Seguros y el Sr. Prats de la comisión permanente de la JNCEU. El objeto era despedir a Jaime de Ojeda, Embajador Extraordinario de España ante el gobierno del Perú con motivo de la conmemoración de la batalla de Ayacucho, y al Sr. Gonzalbo Aguilar, delegado del gobierno español en la Feria.⁴⁵ Por fin, en un rincón perdido de la sección “Informaciones y noticias del extranjero”, se mencionaba la “Inauguración de la Feria Hispano Peruana”, “bajo la Presidencia de Leguía y con asistencia del gobierno y el cuerpo diplomático y consular, misiones extranjeras y representación de diversas clases sociales”.⁴⁶ La revista de la Unión Iberoamericana se limitaba a reproducir el listado de casas y productos españoles que figuraban en el *Catálogo* y a hacer notar que lo hacía porque era deber de la asociación coadyuvar al fomento de las relaciones comerciales iberoamericanas.⁴⁷

En España, el Consulado General del Perú en Barcelona, que era centro neurálgico de la vida económica y comercial española, atribuiría a la Feria un rotundo éxito, tanto por la calidad de los productos expuestos como porque en el Perú todo lo español tenía una

42 La intensa campaña de propaganda despertó el interés de un número tan elevado de exportadores que fue necesario contar con el segundo envío de muestrarios en el *Buenos Aires*, que zarpó de Barcelona el 10 de octubre. *El Sol*, 19 de septiembre de 1924.

43 *Feria-Exposición de Productos Hispano-Peruanos. Catálogo Oficial de la sección española*. Lima, diciembre de 1924, pp. 7-12.

44 *ABC*, 3 de julio de 1924.

45 *ABC*, 8 de septiembre de 1924.

46 *ABC*, 24 de diciembre de 1924.

47 *Unión Iberoamericana*, año XXXVIII, noviembre-diciembre de 1924, pp. 102-103.

favorable acogida. A la apertura asistió el Jefe del Estado que fue recibido por el Sr. Jaime de Ojeda, ministro plenipotenciario de España, el Sr. Rodolfo Gonzalbo Aguilar, delegado del gobierno español en la Feria Exposición, y por los representantes de las distintas casas comerciales. Le secundaba Eduardo S. Leguía que se atribuía el éxito de la Feria, una actividad que formaba parte de la misión que tenía encomendada de no solo afianzar los vínculos de afecto y amistad sino también de desarrollar las relaciones comerciales. Desde Madrid, el 20 de enero de 1925, hacía su propio balance de un certamen que se había desarrollado con ocasión del Centenario de Ayacucho en el que la industria española había tenido “tan brillante representación que inspiraría a los gobiernos de España y el Perú para desarrollar nuevas iniciativas de mutua y trascendental importancia para el futuro”.⁴⁸ Por el contrario, la Cámara Oficial Española de Comercio del Perú, que reunía a la elite económica de la colonia, no quedó satisfecha con los resultados y responsabilizó a la JNCEU de haber actuado con una mezquindad que contrastaba con la generosidad del propietario de la Compañía Transatlántica. Entre las causas de lo que consideraba un fracaso, la Junta Directiva de la Cámara señalaba la falta de tiempo y la precipitación con que se preparó la Feria que hizo que apenas concurrieran doscientos expositores y que no se mostraran productos novedosos y atractivos; la escasa difusión en los medios de comunicación que hizo que muchos potenciales expositores no se enteraran y quedaran al margen; y el hecho de que tampoco el escenario fuera el más apropiado porque la imposibilidad de contar con los locales del Club Nacional, como se preveía, relegó la muestra al convento de los agustinos, que no reunía las condiciones.⁴⁹

EL HISPANISMO EN LOS DISCURSOS DE AYACUCHO

Siguiendo la tradición, el año 1924 se abrió con la recepción que el presidente de la República ofrecía al cuerpo diplomático acreditado en el Perú. En su nombre tomaba la palabra el nuncio de Su Santidad, quien centró su intervención en la efemérides de Ayacucho que despuntaba cuando aún resonaban los ecos del gran Centenario de la proclamación de la independencia. A finales de ese año, se cumpliría la primera centuria

...de aquella gran jornada en que estos bravos hijos de los leones de Castilla –por usar la frase escultural que profirió el eminentísimo señor cardenal Benlloch en una de sus geniales improvisaciones durante su corta pero inolvidable y gratisima visita a estas hospitalarias playas– altivos como sus progenitores y deseosos de plena emancipación, sacudiendo la melena se arrancaron de los brazos de la madre cariñosa, que llevada por su amor, luchaba aun por mantenerlos estrechados contra su pecho siempre hidalgo y magnánimo.⁵⁰

48 *El Perú. Revista Mensual. Órgano de Propaganda del Consulado General del Perú en Barcelona*, nº 3, Barcelona, febrero de 1925, p. 4 y pp. 6-8.

49 Memoria de la Cámara Oficial Española de Comercio del Perú, 1925 en *Boletín de la Cámara Oficial Española de Comercio en el Perú*, nº 10-12, Lima, agosto de 1925, pp. 2-4, en Martínez Riaza 2006, p. 347.

50 César Elguera, Oficial Mayor de Relaciones Exteriores, s.f., AMAE Correspondencia Embajadas y Legaciones H 1680; cit. Martínez de Velasco 1981, p.190.

El 6 de diciembre comenzaban las actividades del Centenario y, en la mayoría de los discursos que acompañaron, España era incorporada como epicentro de la comunidad a la que las repúblicas hispanoamericanas pertenecían y se la reconocía como la madre de la que los hijos se habían legítimamente emancipado sin que se cortaran los vínculos espirituales (*El Perú en el Centenario de Ayacucho...*, 1925, s.p.). Al menos no hubo expresiones antiespañolas, con la excepción de la arenga agresiva del argentino Leopoldo Lugones que entendía que había llegado para América “la hora de la espada” (Ortemberg 2016, p.162). El 9 de diciembre, en la inauguración del monumento a Sucre, Pedro Arcaya, jefe de la Embajada de Venezuela, mencionaba, sin denostarlo, a Pablo Morillo, el oficial realista que comandó en 1815 la gran expedición enviada por Fernando VII, responsable del brutal asedio a Cartagena de Indias (Sotela 1927, p.16). Hasta Francisco Pizarro encontraba su lugar en la inauguración del Panteón de los Próceres el 10 de diciembre, cuando en la entrega que hizo de su estandarte y de la espada de Bolívar, el representante venezolano, sin ocultar la crueldad y dureza de la conquista, rescataba su resultado, “la transmisión del alma de España a las dormidas razas de la América” (Sotela 1927, p.75).

Pío Max Medina era senador por Ayacucho y había sido ministro de Fomento y Obras Públicas hasta mayo de 1924. En *Ayacucho. Homenaje a la magna empresa de la emancipación política en el centenario de la batalla del 9 de diciembre de 1824* componía una historia de las gestas libertadoras del Perú desde Tupac Amaru, que abría y cerraba con una interpretación hispanista del significado de Ayacucho, culminación del acontecimiento más importante de su tiempo, símbolo de un pasado épico y arranque del porvenir de unas naciones que en el Centenario renovaban su unión y solidaridad. Para Medina el 9 de diciembre era una fecha de “amor a la raza, que suscita nuevas relaciones y torna más estrechos los vínculos de cariño entre los pueblos de la gran comunidad que tiene por su rango, lugar de verdadera primacía en la Historia. Al decir esto, nos referimos a la Madre Patria” (Medina 1924, p. VI). Era momento de rendir tributo a una metrópoli que había preparado a los americanos para la libertad, dejándoles el legado de una comunidad de valores que se celebraba en el Día de la Raza,

En la áurea fecha de hoy, vayan junto con nuestros saludos a España, la descubridora del Nuevo Mundo, y a todas las naciones que se han asociado a la nuestra, para la magna celebración del centenario de la batalla de Ayacucho, nuestros fervientes votos por la obra de solidaridad bien entendida, por la consolidación de afectos e intereses de los pueblos unidos por eternos lazos morales y de tradición imborrables llamados a transformar, en un futuro no muy lejano, las condiciones en que se desenvuelve actualmente la vida política de los Estado (Medina 1924, p. 205).

De entre todos los discursos, sobresale el que pronunció Leguía al recibir de Jaime de Ojeda la escueta nota autógrafa de Alfonso XIII, refrendada por Primo de Rivera, en que nombraba al ministro residente “Embajador en Misión Extraordinaria”. Ni el rey ni Ojeda se preocuparon por dar contenido a sus intervenciones. El embajador se limitó a mostrar su agradecimiento por la misión que el monarca le había conferido y dedicaba apenas unas frases a valorar la unidad moral existente entre dos pueblos que

habían vertido en Ayacucho la sangre que “venía de un solo corazón” y transmitir el orgullo que sentía España por haber sido progenitora del Perú. Por otro lado, deslizaba el hecho de que la presencia de su país, por razones que no tenían que ver con el amor y la gratitud de la madre hacia la hija, no era tan brillante como lo había sido en 1921. La nota de Alfonso XIII era aún más escueta y distante, tras presentar a Ojeda con todos sus títulos y condecoraciones pedía a Leguía que le recibiera con todo el crédito que merecía su designación. El presidente de la república sí se empleaba a fondo en una pieza discursiva que contenía todos los tópicos de la retórica hispanista, comenzando por afirmar que Ayacucho no podía reputarse como una derrota de España sino como un acto inherente a la historia del hombre, el de la emancipación de quienes rompen la tutela política pero conservan la herencia de sus antepasados. En Ayacucho culminó una inevitable crisis de crecimiento y la capitulación fue una carta que proclamaba la pujanza del genio español en una multiplicidad de hijas liberadas por un descendiente de vascos, Bolívar. Todo en América permanecía unido a la madre patria,

Para arrancarnos a España del alma necesitaríamos quitarnos de la conciencia su religión, de la vida sus costumbres, de la memoria sus tradiciones, de los labios la más hermosa de las lenguas modernas y de las venas esa impetuosa sangre que animó a los héroes que, partiendo de las fronteras de un reino donde se oía la trompeta del palacio Real, no solo reintegraron el suelo perdido de la patria, sino que conquistaron todos los mares y todos los continentes del planeta, llegando en su marcha triunfal hasta el Imperio del Sol, en donde Pizarro renovó las hazañas de don Pelayo y el Cid (*El Perú en el Centenario de Ayacucho... 1925*, pp.143-148).

A MODO DE BALANCE

La iniciativa partió de Leguía. Como en el Centenario de la Independencia, el presidente mostró un interés especial en que, en la celebración del de Ayacucho, España estuviera representada, cursando, como en aquella ocasión, invitación personal a Alfonso XIII o, en su defecto, a una Embajada de alto nivel. El rey y el gobierno del Directorio militar prefirieron “rehuir” la proposición y mirar hacia otro lado, declinando ocupar el lugar preminente que se le adjudicaba como correspondía a la madre patria en un momento especialmente simbólico.

No hubo ninguna declaración oficial que explicara tal decisión. Sin duda, incidieron los problemas internos que enfrentaba el Directorio militar, pero en el trasfondo había una razón que se dirimió entre personas de alta responsabilidad del Ministerio de Estado y que no debía llegar a conocimiento del gobierno del Perú: no tenía sentido asistir a la celebración de lo que fue la “desgraciada batalla”, la última derrota de las armas españolas en sus dominios continentales. La respuesta oficial se sustentó en motivos económicos y en el hecho de que España ya había participado con una misión especial en el Centenario de la independencia.

No lo entendieron así los representantes diplomáticos, Jaime y Gonzalo de Ojeda Brooke, que en varias ocasiones presentaron al Ministerio sus argumentos. Uno de ellos

era la actitud de Leguía, que había dado pruebas de su afecto y amistad obsequiando, con motivo del Centenario de la Independencia, la sede de la Legación española e introduciendo en la agenda del de Ayacucho la colocación de la primera piedra del monumento a los soldados españoles caídos en la Independencia y en el Combate del Dos de Mayo de 1866. En un plano más general, entendían que había que considerar que en Lima se reunirían representantes de prácticamente todas las repúblicas americanas, lo que daría a España la oportunidad de ganar en influencia. Por el contrario, la falta de participación podría ser interpretada como una muestra de indiferencia. Sus razones no fueron atendidas y finalmente Alfonso XIII se limitaría a nombrar a Jaime de Ojeda como su Embajador Extraordinario y a enviar un escueto telegrama de felicitación.

La vía alternativa del gobierno peruano, la invitación a intelectuales y artistas de prestigio, solo fue aceptada por el periodista Camba y los académicos Gay y Jiménez de Asúa. Ninguno de los tres prestó atención especial a las actividades del Centenario, pero Jiménez de Asúa y Gay aprovecharon la estancia para asistir al Tercer Congreso Científico Panamericano y a una reunión preparatoria de un Congreso de intelectuales iberoamericanos. Para ambos, el Centenario fue motivo de reflexión sobre el sentido de la Independencia y el hispanoamericanismo y su contraparte el panamericanismo.

De nuevo Leguía buscó a artistas españoles, que dejaron impronta en las representaciones de Ayacucho. El mural de la Batalla del pintor Vila y Prades pasó a una de las salas del Museo Bolivariano y el escritor Villaespesa tuvo la oportunidad de estrenar *El Sol de Ayacucho* con todos los honores en el Teatro Forero. En el orden de las realizaciones prácticas, en la Feria-Exposición de Productos Hispano-Peruanos el presidente se hizo con el timón y otra vez cursó invitación al gobierno que dejó el asunto en manos del Ministerio de Trabajo, la Junta Nacional de Comercio Español en Ultramar y, en Lima, de la Legación y la Cámara Oficial Española de Comercio del Perú. A pesar del desaire del gobierno de Primo de Rivera, los discursos del Centenario de Ayacucho, con los de Leguía en primer plano, fueron un despliegue de hispanismo, de culto a España, de entender la independencia no como una separación sino como una emancipación y de fomentar los lazos espirituales de la comunidad hispanoamericana de la que la madre patria era la raíz.

El Centenario de Ayacucho recibió escasa cobertura en España. Apenas unas voces aisladas se dejaron oír a través de la prensa, particularmente *El Sol*, y de conferencias en espacios restringidos como la Unión Iberoamericana. En el trabajo no se abordan los gestos puntuales que trataron de dar protagonismo a la efemérides, como el de la Federación de Estudiantes Hispanoamericanos. Desde luego, el Centenario no tuvo impacto social alguno, como tampoco lo había tenido en 1825 la “desgraciada batalla” de Ayacucho que puso fin a la presencia española en los dominios continentales de la Corona. Los españoles tenían otras prioridades y América quedaba lejos en la distancia y en sus preocupaciones. El Directorio militar de Primo de Rivera enfrentaba crisis de muy diversa índole y su interés quedó, en este caso, en poco más que una declaración de intenciones y propaganda retórica.

FUENTES IMPRESAS Y BIBLIOGRAFÍA

- ANDÚJAR ALMANSA, J., J. L. LÓPEZ BRETONES (eds.), 2004. *Villaespesa y las poéticas del modernismo*. Almería: Universidad de Almería.
- CÁCERES, E., 1924. *España en el Perú: homenaje al Centenario de la batalla de Ayacucho*. Lima: La Opinión Nacional.
- CAMBA, J., 1925. Un viaje al Perú. *El Sol*, 7, 8, 21 y 24 de noviembre y 9 diciembre.
- CHAUPIS TORRES, J., 2015. Patria y nación: Leguía durante el Centenario de la Batalla de Ayacucho. *Investigaciones Sociales*, vol. 19, nº 34, pp. 131-141.
- DEL ARENAL, C., 2011. *Política exterior de España y relaciones con América Latina. Iberoamericanidad, europeización y atlantismo en la política exterior española*. Madrid: Fundación Carolina - Siglo XXI.
- DOMÍNGUEZ MÉNDEZ, R., 2013. El viaje del cardenal Benlloch por Iberoamérica en 1923. Los intereses de España e Italia en la correspondencia diplomática del Archivo Segreto Vaticano. *Confluente, Revista di Studi Iberoamericani*, vol. 5, nº 1, pp. 218-233.
- DRINOT, P., (en prensa). La Patria Nueva de Leguía a través del siglo xx, en P. DRINOT (ed.). *La Patria Nueva: Economía, Sociedad y Cultura*. Lima: Editorial Horizonte. Disponible en Academia.edu.
- Feria-Exposición de Productos Hispano-Peruanos. Lima, diciembre de 1924. *Catálogo Oficial de la sección española*, 1924. Madrid: Gráficas Reunidas S. A.
- GARCÍA BRYCE, J., 2003. La arquitectura de Manuel Piqueras Cotoí, en *Manuel Piqueras Cotoí (1885-1937) Arquitecto, escultor y urbanista entre España y el Perú*. Lima: Museo de Arte, pp.119-133.
- GARCÍA MORALES, A., 1987. El americanismo en la poesía de Francisco Villaespesa. *Andalucía y América en el siglo xx: Actas de las VI Jornadas de Andalucía y América*, II. Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos, pp.45-58.
- GARCÍA QUEIPO DE LLANO, G., 1987. *Los intelectuales y la Dictadura de Primo de Rivera*. Madrid: Alianza.
- GAY Y FORNER, V., 1926. *En el Imperio del Sol: en torno a los orígenes y formación del Perú Moderno. En el Centenario de la batalla de Ayacucho*. Madrid: Blass.
- GONZÁLEZ CALLEJA, E., 2005. *La España de Primo de Rivera. La modernización autoritaria 1923-1930*. Madrid: Alianza.
- GONZÁLEZ SORIANO, J. M., (ed.), 2015. *Julio Camba. Constantinopla seguido de un viaje al Perú*. Sevilla: Renacimiento.
- GUTIÉRREZ VIÑUALES, R., 2011. Manuel Piqueras Cotoí. Ancestralidad y modernidad en el arte peruano. En *Andalucía y América. Patrimonio artístico*. Granada: Universidad de Granada, pp. 189-211.
- IRUROZQUI, M., 1994. El Perú de Leguía. Derroteros y extravíos historiográficos. *Apuntes (Lima)*, nº 34, pp. 85-101.
- JIMÉNEZ DE ASÚA, L., 1926. *Derecho Penal de la República del Perú*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- 1927. *Política, figuras y paisajes*. Madrid: Mundo Latino.
- 1929. *Crónica del crimen*. Madrid: Historia Nueva.
- LINARES MÁLAGA, F. E., (rec.), 1924. *El cardenal Benlloch en el Perú: reseña completa de las recepciones, discursos, ceremonias religiosas, homenajes y fiestas sociales*. Lima: Imprenta y Litografía Scheuch.
- Manuel Piqueras Cotoí (1885-1937) Arquitecto, escultor y urbanista entre España y el Perú*, 2003. Lima: Museo de Arte.
- MARTÍNEZ RIAZA, A., 1994a. Las buenas relaciones de dos regímenes autoritarios. El Perú y España durante el Oncenio (1919-1930). En P. GARCÍA JORDÁN, M. IZARD, J. LAVIÑA (coords.). *Memoria, creación e historia. Luchar contra el olvido*. Barcelona: Universitat Barcelona, pp.273-291.
- 1994b. El Perú y España durante el Oncenio. El hispanismo en el discurso oficial y las manifestaciones simbólicas (1919–1930). *Histórica*, vol. XVIII, 2, pp. 335-363.
- 2003. La Compañía Trasatlántica en el Perú. Intereses diplomáticos y comerciales en la génesis y desarrollo de una empresa arriesgada (1899-1935)". *Anuario de Estudios Americanos*. Tomo LX, I, pp.157-182.
- 2006. "A pesar del gobierno". *Españoles en el Perú, 1879-1939*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

- MARTÍNEZ DE VELASCO, A., 1977. Política exterior del gobierno de Primo de Rivera en Iberoamérica. *Revista de Indias*, nº 149-150, pp. 788-798.
- 1980. La reforma del cuerpo diplomático por Primo de Rivera. *Revista Internacional de Sociología*, T. XXXVIII, nº 35, julio - septiembre, pp. 409-442.
- 1981. Relaciones hispano-peruanas durante la dictadura de Primo de Rivera: El Centenario de Ayacucho. *Quinto Centenario*, vol. 2, pp. 175-194.
- MARTUCCELLI CASANOVA, E., 2006. Lima, capital de la Patria Nueva: el doble Centenario de la independencia del Perú. *Apuntes* (Bogotá), vol. 19, nº 2, pp. 256-273.
- MEDINA, P. M., 1924. *Ayacucho: homenaje a la magna empresa de la emancipación política en el Centenario de la batalla del 9 de diciembre 1824*. Lima: Torres Aguirre.
- MORENO LUZÓN, J. y R. GUTIÉRREZ VIÑUALES (eds.), 2012. *Memorias de la independencia. España, Argentina y México en el primer centenario (1908-1910-1912)*. Madrid: Acción Cultural Española.
- ORREGO, J. L., 2014. ¡Y llegó el Centenario! Los festejos de 1921 y 1924 en la Lima de Augusto B. Leguía. Lima: Ed. Titanium.
- ORTEMBERG, P., 2015. Geopolítica de los monumentos: los próceres en los centenarios de Argentina, Chile y Perú (1910-1924). *Anuario de Estudios Americanos*, 72, 1, enero-junio, pp. 321-350.
- 2016. Los centenarios de 1921 y 1924, desde Lima hacia el mundo: ciudad capital, experiencias compartidas y política regional. En A. LOAYZA PÉREZ (ed.). *La Independencia peruana como representación. Historiografía, conmemoración y escultura pública*. Lima: IEP, pp. 135-165.
- PEREIRA, J. C., 1986. Primo de Rivera y la diplomacia española en Hispanoamérica: el instrumento de un objetivo. *Quinto Centenario*, vol. 10, 1, pp. 131-156.
- El Perú en el Centenario de Ayacucho. Recopilación efectuada por la Secretaría del Señor Presidente de la República de los discursos publicados en las ceremonias conmemorativas* (prólogo de Luis Ernesto Denegri), 1925. Lima: Ed. Garcilaso.
- REVILLA GUIJARRO, A., 2002. *Periodismo y literatura en la obra de Julio Camba*. Pontevedra: Diputación de Pontevedra.
- SEPÚLVEDA MUÑOZ, I., 1994. *Comunidad cultural e hispanoamericanismo, 1885-1936*. Madrid: UNED.
- 2005. *El Sueño de la Madre Patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo*. Madrid: Fundación Carolina - Marcial Pons.
- SOTELA, R., 1927. *Crónicas del Centenario de Ayacucho en Lima*. San José de Costa Rica: Imp. María V. de Lines.
- SUEIRO, S., 1992. Retórica y realidades del Hispanoamericanismo en la Dictadura de Primo de Rivera. *Mélanges de la Casa de Velázquez*, nº 28, pp.143-159.
- VALLES MINGO, R. 2014., *La actividad y la producción literaria de Francisco Villaespesa en México (1917-1919)*. Tesis Doctoral leída en Almería 28/03/2014. Editorial Universidad de Almería, Colección: tesis doctorales (edición electrónica) google.<http://books.google.com/la-actividad-y-la-produccion-literaria/html>
- VILA ARTAL, C., 1974. Julio Vila y Prades, mi padre. En *Julio Vila y Prades, 1973-1930*. Madrid: Sala de Exposiciones de la Dirección General del Patrimonio Artístico y Cultural, s.p.
- VILLAESPESA, F., 1925. *El Sol de Ayacucho*. Santiago de Chile: Nacimiento.
- VILLEGAS TORRES, F., 2013. *Vínculos artísticos entre España y Perú (1892-1929): elementos para la construcción del imaginario nacional peruano*. Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid, <http://eprints.ucm.es/23154/1/T34818>.
- WUFFARDEM, L. E., 2003. Manuel Piqueras Cotoí, Neoperuano de ambos mundos. En *Manuel Piqueras Cotoí (1885-1937) Arquitecto, escultor y urbanista entre España y el Perú*. Lima: Museo de Arte, pp. 21-60.

RESEÑAS

Raúl Fradkin y Jorge Gelman, 2015.

Juan Manuel de Rosas. La construcción de un liderazgo político.

Buenos Aires: Edhasa. 475 p.

1

La joven pisó el umbral de aquella puerta y tuvo que recurrir a toda la fuerza de su espíritu, y a su pañuelo perfumado, para abrirse camino por entre una multitud de negras, de mulatas, de chinas, de patos, de gallinas, de cuanto animal ha criado Dios, incluso una porción de hombres vestidos de colorado de los pies a la cabeza, con toda la apariencia y las señales de estar, más o menos tarde, destinados a la horca, que cuajaba en el zaguán y parte del patio de la casa de doña María Josefa Ezcurra, cuñada de don Juan Manuel Rosas, donde la bella joven se encontraba.

José Mármol, *Amalia*.¹

Mire, aquí está la bandera inglesa que yo he enseñado a respetar [...] a este pueblo yo lo he montado, le he apretado la cincha, le he clavado las espuelas, ha corcoveado; no es él el que me ha volteado...

Palabras de Rosas al embajador Gore, el día de su refugio en la embajada inglesa de Buenos Aires, en Lucio V. Mansilla, *Rosas*.²

Un problema relativo al estudio de los conflictos del pasado es el de saber si el resultado fue inevitable consecuencia del curso de los acontecimientos o una alternativa impuesta por la superioridad de alguna de las fuerzas en lucha o, simplemente, efecto del azar. En la historia argentina, uno de los ejemplos más destacados de lo que acabo de afirmar –tanto por su valor historiográfico como por

su eco persistente en la vida política del país–, es el de la victoria de Juan Manuel de Rosas sobre los unitarios, primero, y sobre los federales doctrinarios, después, acontecimientos que hacen necesario interrogarse sobre las posibilidades truncadas por la derrota de una de las partes en pugna, de manera de poder juzgar sobre la inevitabilidad y el sentido de lo ocurrido.

Como puede comprobar el lector por las dos citas del epígrafe, el menosprecio hacia el pueblo por parte de esas dos figuras antagónicas de la política argentina no era muy distante. Sin embargo, su relación con la entonces llamada *plebe* tuvo características diferentes. Frente al desprecio que profesaban muchos de los unitarios y de los miembros de la generación del 37 hacia los sectores populares, se distinguía el cultivo de una estrecha relación de Rosas con ellos, relación con algunos tintes igualitarios pero que, como lo trasunta el texto del epígrafe, estaba destinada a disciplinarlos. Así lo había explicado Rosas en 1829 en sus muy conocidas confesiones al enviado oriental Santiago Vázquez al referirse a “los hombres de las clases bajas, los de la campaña, que son la gente de acción” y al peligro de “que esa clase se sobrepusiese y causase los mayores males, porque Ud. sabe –le decía el flamante gobernador de Buenos Aires– la disposición que hay siempre en el que no tiene contra los ricos y superiores.”

1 J. Mármol, 1953 [1855]. *Amalia. Novela histórica americana*. 5ª edición. Buenos Aires: Sopena, p. 56.

2 L. V. Mansilla, 1925 [1898]. *Rosas. Ensayo histórico-psicológico*. Buenos Aires: La Cultura Argentina, p. 131.

Sin embargo, el matiz de distancia que transmiten estas palabras no correspondería a la permanente actitud afectuosa y protectora que Rosas, y también su esposa, Encarnación Ezcurra –algunas de cuyas cartas a su esposo han tentado la analogía con Eva Perón–, mostraron hacia “los de abajo”. Esta modalidad del estilo político de Rosas, que unía fácilmente el cálculo político a la conducta afectuosa, es uno de los asuntos más tratados en este libro, asunto en el que sobresale, a la par de rica información, el enfoque tendiente a evitar las deformaciones provenientes de las tomas de partido facciosas en pro o en contra del personaje. Pero tampoco emerge de todo ese panorama la figura de un representante del pueblo sino de alguien que busca controlarlo y, asimismo, utilizarlo en las contiendas con sus enemigos políticos.

1.

Como lo advierten los autores, este libro es y no es una biografía en sentido estricto. Su propósito es intentar ubicar a Rosas en el entramado de relaciones sociales y económicas de su tiempo para poder interpretar mejor las distintas facetas no tanto de su personalidad como de su acción política. En este cometido, el libro ofrece al lector una valiosa reunión de los resultados que la historia económica y social argentina ha logrado en las últimas décadas por medio de investigaciones serias que contrastan con las versiones facciosas de historiadores adversos al personaje como también con las del revisionismo histórico. Por ejemplo, en la descripción del complejo mundo de relaciones entre estancieros y trabajadores rurales el lector puede encontrar una

nueva visión de la economía y de la sociedad rural, en muchos aspectos muy distinta de algunos estereotipos provenientes de la literatura militante del siglo XIX. La relación del mismo Rosas con trabajadores de sus campos muestra así pormenores que los muestran como poseedores de cierta capacidad de negociación y no como pasivas víctimas de opresión. Por otra parte, hay asuntos descuidados por la historiografía de la primera mitad del siglo XIX que reciben un notable tratamiento, como, por ejemplo, las transformaciones, desde 1821 en adelante, en la justicia de la campaña de Buenos Aires, cuyo análisis constituye una de las invaluables contribuciones de esta obra a la historia social rioplatense de esos años.

En cuanto a la estrategia con la que Rosas va construyendo su acceso al poder, el detalle de los recursos con que se afirma en él e impone sus condiciones, no sólo a sus adversarios sino a sus mismos partidarios, el libro ofrece nuevas revelaciones, las que a veces anulan viejas interpretaciones y otras las convalidan, pero siempre con un apoyo en investigación de archivos, que es una de las cualidades más importantes de este trabajo. De ese tipo de información, desgranada en varios de los capítulos, emerge la figura de un frío e implacable ejecutor de los pasos tácticos que consideró indispensables para arribar al completo dominio del poder. Se trata de un largo proceso de imposición de su voluntad, tanto a los distintos sectores de la plebe, desde los trabajadores rurales y urbanos hasta las “naciones” africanas, como también a los sectores medios rurales y urbanos, y asimismo a la capa más alta de la sociedad porteña; un proceso

que, más allá de Buenos Aires, fue también el de sometimiento de las élites de gran parte del Río de la Plata.

No está ausente del libro la controvertida relación de Rosas con Inglaterra, distinguiendo en ella lo que concernía a la hostilidad de algunos gobiernos británicos y de sus representantes diplomáticos, del apoyo de la próspera comunidad comercial británica instalada en Buenos Aires desde los primeros años de vida independiente. De la información ofrecida, surge la imagen de una firme defensa por parte de Rosas de los intereses de Buenos Aires frente a las potencias europeas, que él revistió hábilmente del carácter de causa americana –criterio no compartido por varias provincias afectadas en su economía por la política porteña–, pero sin quebrantar su perdurable alianza de mutuo beneficio con Inglaterra, la que no pudo siquiera ser destruida por el bloque de 1845-1850.

2.

Pese a estos méritos, un enfoque no acertado de esta obra es la afirmación de que la política de Rosas adquirió auténticos atributos nacionales, ni –como se expone hacia el final del libro– que “aún sus peores enemigos reconocieron en Rosas a la persona que supo reconstruir el orden social en una sociedad que había sido profundamente alterada, conmocionada, por el fin del orden colonial y el proceso revolucionario, así como sentar las bases de un nuevo orden político en Buenos Aires y en lo que sería luego la Argentina...” (p. 383). Si bien algunos de sus enemigos, y aún algunos historiadores, manifestaron opiniones similares, tal tipo de afirmaciones implica convalidar como mérito la in-

terrupción de procesos políticos, en 1831 y en 1833-35, que se proponían asentar constitucionalmente el orden social, propósitos que escollaron ante la férrea resistencia de Rosas.

Luego de 1832, ante la emergencia de un fuerte movimiento por la organización constitucional en el seno de las propias fuerzas federales porteñas, se asiste a un fenómeno no inédito en la historia política. Se trata del momento en el que el representante de un sector social privilegia su personal ejercicio del poder sobre los intereses que representaba. Así ocurrió cuando Rosas enfrentó a los federales doctrinarios que buscaban ordenar legalmente el uso del poder y los derrotó. Quizás, un examen de las particularidades del lenguaje político de la época, especialmente relativo a la distinción entre *dictadura* –institución considerada entonces legítima, denominada *facultades extraordinarias*– y *tiranía* –término apropiado para la suma del poder público–, puede ser útil ante este giro de los acontecimientos. Porque como surge de los mismos datos expuestos en el libro, los procesos electorales exigidos por Rosas para legitimar su permanencia en el poder, dadas las condiciones de manipulación y de ejercicio del terror que los condicionaban, carecían del valor que se atribuye a los mecanismos electorales como manifestación de la voluntad del pueblo “por libre consentimiento”.

En el Río de la Plata, como en otros lugares de Hispanoamérica, el proceso abierto por las independencias implicó la adopción de soluciones políticas –régimen representativo con división de poderes y federalismo– que habían sido

elaboradas en muy distintos contextos constitucionales, particularmente los de las excolonias inglesas. El esfuerzo por implantarlas, desde 1813 en adelante, chocó contra pautas políticas provenientes de su antigua constitución de raíz hispana. La fragilidad de los intentos innovadores se hizo evidente, en los años '20, en la acción del propio partido que parecía encarnarlas, el unitario, con su intolerancia hacia las posturas confederales de la mayoría de las provincias y la ruptura de la legalidad al derrocar al gobierno legítimo de Buenos Aires y ejecutar a su gobernador, Manuel Dorrego. Sin embargo, derrotado el partido unitario, dentro de las fuerzas llamadas *federales*, se renovaron los intentos de respaldar constitucionalmente el orden social, protagonizados primero por las provincias de Corrientes y Santa Fe, en 1831, y luego, dentro de la propia Buenos Aires, por los llamados federales doctrinarios. Reprimidos en forma cruenta, esos intentos desaparecerían hasta el derrocamiento de Rosas. Es por esto que juzgo que la sustancia política de los conflictos desatados desde el seno de la Liga del Litoral en adelante requieren, a mi juicio, mejor análisis que el realizado en esta obra.

Por otra parte, es imprescindible advertir que la debilidad de los demás Esta-

dos rioplatenses, en buena parte efecto de la política económica de Buenos Aires, condicionaría la frustrante historia del federalismo y del régimen representativo argentino desde 1853 hasta el presente. Porque, como hemos explicado en otro lugar,³ mientras la fundación del Estado federal norteamericano fue consecuencia de negociaciones entre los Estados, en el caso argentino fue producto de la voluntad de un militar victorioso, Urquiza, sobre los débiles Estados provinciales obligados a abandonar sus pretensiones confederales en el Acuerdo de San Nicolás –con excepción del único Estado fuerte, Buenos Aires, que, en defensa de su soberanía, impugnó el Acuerdo, conservando durante diez años su independencia–.

Pese a esto, el esfuerzo que implica la reunión de una notable masa de información y el de analizarla con inteligencia, ofreciendo así, en muchos aspectos, una visión innovadora de la historia rioplatense, hacen de este libro, cuyas múltiples facetas no es posible reflejar adecuadamente en este espacio, un importante hito en la historiografía de la primera mitad del siglo XIX argentino.

3 J. C. Chiamonte, 2016. *Raíces históricas del federalismo latinoamericano*. Buenos Aires: Sudamericana.

José Carlos Chiamonte
Universidad de Buenos Aires / CONICET

François Godicheau y Pablo Sánchez León (eds.), 2015.
Palabras que atan. Metáforas y conceptos del vínculo social en la historia moderna y contemporánea.
 Madrid: Fondo de Cultura Económica - Université
 Bordeaux Montaigne. 438 p.

2

Tributarios de la influencia de la historia conceptual koselleckiana, los trabajos incluidos en la compilación, centrados en el análisis de metáforas y conceptos sin fijar jerarquizaciones entre ambos, buscan comprender cuál es la manera en que el vínculo social se estableció en la historia moderna y contemporánea. Es el resultado de la labor de equipos interdisciplinarios de profesionales de América y Europa: con el abordaje del vínculo social sin definiciones normativas, desde una perspectiva histórica, para evidenciar su valor cultural cambiante y su cercanía al desarrollo de metáforas y conceptos.

El primer trabajo, de Javier Fernández Sebastián, invita a reflexionar sobre la oportunidad que brinda a la labor historiográfica la relación bidireccional entre metáforas e historia: un campo de estudio delimitado desde las últimas décadas en una apuesta que, en opinión del autor, promete sólidas ventajas a la historia, a pesar de la desconfianza con la que han sido consideradas por los historiadores. La metaforicidad es remarcada como “inherente” a la escritura de la historia, su aliada y un objeto de estudio que merece sistematicidad en su análisis. Ofrece un recorrido vasto de lecturas que incluyen a Langlois, Seignobos, Nietzsche, Hayden White, Ricoeur y los regímenes de metaforicidad aportados por Peter Burke y

Johan Huizinga en torno a las metáforas políticas.

Eric Marquer se pregunta acerca del uso filosófico de las metáforas como marco y fuente de invención conceptual, para lo cual toma como primer ejemplo el *Leviatán* como conjunto de conceptos, red de metáforas y transferencias de sentido. Ese “estatuto de la metáfora” que encuentra en Hobbes le permite recorrer un conjunto de invenciones conceptuales en su obra, como la noción de “persona”, al igual que Galileo, Baudelaire, Gracián o Tesauro le permiten incursionar en la coherencia de las metáforas y su relación con las definiciones. Constituye un examen completo que incluye a la metáfora para considerar el vínculo social en los incansables intentos por definir algunas de sus formas como nación, pueblo, contrato o Estado.

El primer trabajo a partir de un único autor pertenece a Sandro Landi, quien toma a Maquiavelo para rescatar las metáforas del vínculo político y religioso en su paralelismo entre el cuerpo humano y el cuerpo político, a la luz del interés reciente por las metáforas médicas y del humor. Rescata así el uso de *fidelidad*, *amor*, *afección* o *malos humores*, para remarcar el empleo extensivo de metáforas en reflexiones sobre la fe, entendida como política religiosa. Su propuesta promueve la posibilidad de reformular cuestiones ins-

criptas en el horizonte conceptual, como aquellas ligadas a la opinión pública y su formación en el siglo XVIII.

En el cuarto trabajo, Miguel Saralegui también aborda a un pensador singular, para analizar la manera en que la metáfora constituye “el alma de la fiesta” en las reflexiones hobbesianas. Identifica las metáforas del conocimiento o políticas: la tranquilidad en el estado de naturaleza como un lapso entre borrascas, el honor del soberano identificado con el sol, las leyes como barreras de un camino, la política como el deporte del tenis o metáforas de infecciones para acompañar a la gran metáfora de la obra: la del cuerpo; un cuerpo con ojos, oídos y circulación sanguínea, proclive a “males mortales” (metáforas de la hidrofobia, epilepsia, malaria, lombrices intestinales y ascárides), como infecciones políticas. El desarrollo se enriquece con consideraciones del platonismo, la simetría matemática en Hobbes, las disquisiciones de Schmitt, Kant y otros pensadores a propósito de la metáfora del cuerpo.

Dardo Scavino plantea la necesidad de recurrir a metáforas para superar la dificultad de pensar el lazo social que, desde la divinidad antigua al sujeto moderno, se traduce como un estatuto del pensamiento metafísico. Es el presupuesto que presenta el autor para indagar acerca del origen de la sociedad. Desde las metáforas para referir al “uno” empleadas por Platón, apela a todo tipo de reflexiones, pasando por Tomás de Aquino, Giordano Bruno, Pico della Mirandola e incluso Da Vinci o Boticelli, hasta llegar a Leibniz y su concepción moderna del hombre como generador del lazo social. Allí cobra fuerza la idea

de imposibilidad de comunidad sin sujetos miembros que la presuponen y actúan en tal sentido. El cambio de principio unificador del demiurgo hacia el espectador lo expone transitando por Hume, Locke o Kant, para llegar a Heidegger como promotor del giro en la tradición metafísica hacia la posmodernidad, con atención al lazo lingüístico, a la palabra que nombra a la cosa otorgándole unidad.

Luis Fernánd Torres analiza las metáforas del vínculo social y político en los umbrales de la modernidad tardía. Se centra en la metáfora del cuerpo originada en la filosofía griega y mantenida hasta el siglo XIX, cuando el Antiguo Régimen cerró su ciclo con las profundas transformaciones revolucionarias a partir del último tercio del siglo XVIII. Recorre los cambios en metáforas como la del edificio social y político, de los rayos de luz, del juego de espejos y del río que arraiga las tierras como reflejo de una concepción de jerarquías naturales. Refiere al reemplazo de las metáforas organicistas por las mecanicistas bajo el influjo del conocimiento científico, la Ilustración y nuevos conceptos como libertad, igualdad o emancipación. La noción de Kosseleck de conceptos históricos dotados de expectativas y objetivos es recuperada para remarcar el corolario de incertidumbre que rodeó al nuevo léxico en la proliferación de distintas visiones de la política. Y el resultado principal: la metáfora del cuerpo y su sustitución por nuevos conceptos que promovieron significados múltiples e incertidumbres, eliminando la idea de permanencia, clave para toda comunidad política.

El trabajo de Isidro Vanegas es el primero en referir a un escenario particu-

lar: Nueva Granada en su transición de la monarquía a la república entre 1780-1816. Explora los fundamentos del vínculo social de los neogranadinos en el orden monárquico y su posterior ruptura con la reconstrucción revolucionaria, con una concepción en la que el vínculo social era impensable fuera del régimen político, por medio de la monarquía o la república: lo político como axial e instituyente. Vanezas enfatiza la desigualdad jerárquica, fundante del vínculo social monárquico con garantía en el monarca. Para la etapa revolucionaria recorre, entre otras nociones, la metáfora del caos infernal, el ideal de igualdad, el ciudadano o la necesidad de adopción expresa y personal del vínculo social para su existencia como tal.

François Godicheau se pregunta sobre el significado de las metáforas organicistas utilizadas contra el anarquismo a fines del siglo XIX, su significación en la concepción del orden social y su relación con las políticas sociales y de orden público. Explora las metáforas como recurso discursivo para combatir la desagregación social. El trabajo expone numerosos ejemplos en los que metáforas, discursos, acontecimientos y autores se asocian para ilustrar el propósito del autor, como los debates políticos con las opiniones del liberal ortodoxo Joaquín María López, los discursos en las Cortes de Cádiz, el pensamiento de Donoso Cortés sobre la dictadura militar como garantía contra el caos o metáforas como “dique poderoso”, “ideas fatales”, “cáncer” o “plaga”, por citar algunos ejemplos.

Pedro José Chacón Delgado escoge analizar la metáfora de la limpieza de sangre en el origen del nacionalismo vasco

para lo cual ofrece un recorrido del uso del concepto de raza desde el siglo XVI. A partir de allí el trabajo alude a un extenso marco de referencias que incluye a los regeneracionistas españoles en la crisis de 1898 y su noción de degeneración de la raza; el tradicionalismo español; la idea de limpieza de sangre y raza en los vascos presente desde el siglo XV; el concepto de preservación como sinónimo de evitar la mezcla o “contagio” con otras sangres; el rechazo al “idioma de Cervantes” frente al “Euskera”; el fuerismo vasco y el carlismo como indicios de pre-nacionalismo vasco. Para comprender la ruptura ideológica que, a su parecer, supuso el nacionalismo vasco respecto del tradicionalismo español del que emergió, Chacón Delgado no olvida considerar la importancia de las anteiglesias, en contraposición con las villas, como pueblos generadores y fundadores de la auténtica república vizcaína aún antes de la Bizcaya Señorial.

Pablo Sánchez León explora la trayectoria española de la metáfora conceptual de la fraternidad como legado de la Revolución Francesa. Desde el contexto del liberalismo isabelino como mito prístino a recuperar –en términos políticos coincidente con la primera Constitución Liberal (1812-1814) y el Trienio Liberal (1820-1823)–, el trabajo muestra la significación de la metáfora en distintas culturas políticas. Indaga sus cambios ante las nuevas ideologías en los inicios del siglo XX; las ideologías escatológicas del cambio revolucionario, de un mundo diferente, de la movilización social, socialismo, anarquismo y los lenguajes políticos reaccionarios que zanjaron concepciones clasistas con recurso a dicotomías expli-

cativas. Esas son algunas de las cuestiones abarcadas con interesante análisis de fuentes que permiten ilustrar sobre el rol de la fraternidad como instrumento discursivo aplicable a programas de acción, aquellos que la convirtieron en una forma de acción política más allá de un concepto asociado a la pertenencia a un grupo.

Brice Chamouleau enfoca el vínculo social a partir de las apropiaciones y rupturas en España de la metáfora gay “salir del armario”, como indicadora de la aparición en la esfera pública y de la emergencia de sujetos que devienen en ciudadanos, sujetos de derecho en igualdad de condiciones formales respecto de los demás en la España contemporánea. Resulta interesante el análisis del “armario” como metáfora para referir al estatus que desplaza a un individuo al ámbito de lo secreto para luego continuar con la salida de ese armario como institución que configura la emergencia del vínculo social en la unión con otros pares. A partir de ello, explora el vínculo social en varios aspectos y momentos de la historia española reciente, con énfasis en lo que denomina la producción de subalternidad de “voces ciudadanas” olvidadas por la memoria democrática de los años 1970 a 1990.

Iñaki Iriarte López considera las metáforas en su conexión con la poética, el vínculo social y la religión. Un trabajo interesante en su desarrollo al partir de la metáfora como una licencia literaria propia de poetas y oradores que buscan emocionar y manipular el lenguaje con falta de rigor,

de naturaleza oscura bajo la concepción aristotélica, para transitar la visión posterior del pensamiento occidental al respecto: Nietzsche, Derrida, Ricoeur, entre otros. Su reflexión da paso a indagar la relación entre religión, lenguaje, poesía, metáforas y vínculos sociales generadores de comunidades de sentido; en especial, la manera en que la poesía fue invocada en la religión a fin de trascender lo individual y expresar vínculos colectivos.

Por último, Nere Basabe trata el concepto de vínculo social en la Ilustración francesa, la Revolución y la Restauración entre 1789 y 1815. El principal valor del trabajo es detenerse en la aparición de campos semánticos fundamentales para períodos posteriores, especialmente dicotomías profundas (como derechos - obligaciones) que influirán en la aparición de otra clase de pensamiento como el anti-ilustrado o reaccionario. Dichos conceptos que dotaron de nuevos sentidos al de vínculo social serían la base para formulaciones teóricas muy importantes, como las del campo sociológico en el siglo XIX.

En suma, un libro indispensable en tanto herramienta teórico-metodológica que puede aplicarse a múltiples contextos que contengan el vínculo social como eje o complemento de reflexión; sobre todo útil para aquellos interesados en cuestiones que ponen en diálogo la historia europea, americana y argentina. Un conjunto de trabajos con exhaustiva bibliografía actualizada y rigor el análisis que pone a la metáfora como objeto novedoso para la interpretación.

Adriana N. Milano
Universidad Nacional de Rosario

Leandro Losada, 2015.

Marcelo T. de Alvear. Revolucionario, presidente y líder republicano.

Buenos Aires: Edhasa. 352 p.

Por varios motivos, el libro sobre Marcelo T. de Alvear escrito por Leandro Losada significa una contribución digna de celebración. En primer lugar, el trabajo viene a enriquecer el género de la biografía, que tuvo un desarrollo tardío en nuestro país y que, en sus cristalizaciones más consistentes, tendió a concentrarse en personalidades del siglo XIX. En segundo lugar, la obra arroja una nueva luz sobre un personaje que, pese a su indudable relevancia, ha sido desatendido por la historiografía, quedando su figura asociada al retrato que de él bosquejaron sus opositores partidarios. Por último, y quizá más relevante, la vida de Alvear le permite a Losada problematizar diferentes aspectos de la Argentina en el tránsito del siglo XIX al XX. Principalmente, hay una cuestión que el autor coloca en el centro de su análisis: los efectos del proceso de democratización política y social que tuvo lugar en nuestro país a partir de mediados de la década del 10. Específicamente, Losada se pregunta cómo un hombre de la elite percibió, significó y afrontó dicho proceso. La elección de este interrogante como vía de entrada para reconstruir la vida del segundo presidente radical se comprende a partir de las preocupaciones del autor, quien es una referencia ineludible en el campo de la historia de las elites argentinas. Recordemos que, en sus dos primeros trabajos de largo aliento, Losada analizó la conformación histórica de este ac-

tor social;¹ recientemente, junto con Roy Hora, reconstruyó el devenir de una familia de la elite a lo largo del siglo XIX.² La aproximación a Marcelo T. de Alvear, por lo tanto, constituye una última reducción de escala en esta tan prolija como fértil línea de investigación.

Ahora bien, si, por un lado, Alvear le permite a Losada avanzar en la problematización de las elites, por otro lado, constituye un "objeto" que plantea otras dimensiones no del todo reductibles a tal temática. En efecto, dado que Alvear fue un hombre público de primera relevancia, dar cuenta de su vida implica también atender a las peripecias de la política. Losada se entromete con mucha eficacia en esta cuestión. Por ello el libro es de gran utilidad para comprender mejor diversas trazas de la política argentina posterior a la Ley Sáenz Peña. Particularmente, constituye un aporte indispensable para el conocimiento de procesos centrales atinentes a la Unión Cívica Radical. La dimensión política, con todo, no sólo es abordada bajo la perspectiva político-

1 L. Losada, 2008. *La alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle Époque. Sociabilidad, estilo de vida e identidades*. Buenos Aires: Siglo XXI Iberoamericana. Y L. Losada, 2009. *Historia de las elites en la Argentina. Desde la conquista hasta el surgimiento del peronismo*. Buenos Aires: Sudamericana.

2 R. Hora y L. Losada, 2015. *Una familia de la elite argentina. Los Senillosa, 1810-1930*. Buenos Aires: Prometeo.

partidaria: Losada, en efecto, también analiza el tipo de figura pública que construyó Alvear y la relación que entabló con distintos sectores de la sociedad. Además, el autor considera la dimensión de las ideas y dedica muy relevantes páginas a la dilucidación del vocabulario político vigente en la Argentina de entreguerras y al uso que de él hizo Alvear. Por todo ello, en esta biografía, las herramientas provistas por la historia social, la historia política y la historia intelectual confluyen productivamente. La reconstrucción de “la vida” de Alvear opera como una puerta de entrada para reflexionar tanto sobre las transformaciones que nuestro país atravesó en las primeras décadas del siglo xx como sobre las persistencias que enmarcaron tales cambios.

El libro se estructura en introducción, siete capítulos y epílogo. El primer capítulo presenta a Alvear considerando las características del sector social al que perteneció: la alta sociedad tradicional. Recordado sobre ese trasfondo, Alvear aparece como alguien que, en términos generales, se adecuó a las normas socioculturales prescriptas por su mundo social.

Los dos capítulos siguientes se centran en el análisis de la gestión presidencial. El capítulo 2 examina, principalmente, las políticas públicas impulsadas por Alvear. ¿Qué concepción del Estado y de la sociedad evidencian éstas? Ante todo, Losada nos presenta a un gobernante “moderado”, que, dentro de los marcos de un liberalismo dominante, admitió algunos giros heterodoxos. En este sentido, el autor subraya, por un lado, la sintonía con el clima de época vigente en el viejo mundo y, por otro lado, el apego de Alvear a una

cosmovisión muy característica de nuestras elites políticas (en particular, Losada menciona la continuidad con el reformismo del cambio de siglo y con el proyecto fundacional de la generación del 37), según la cual la sociedad debía y podía construirse “desde arriba”. El autor retoma aquí el argumento de Tulio Halperin Donghi,³ para quien la idea presente en Alvear de una iniciativa estatal autónoma respecto a la disputa política de masas es lo que permite situarlo en continuidad con la forma de hacer política propia de la “república posible”. Y es lo que explica sus enormes dificultades para adaptarse a la lógica democrática vigente desde la sanción de la Ley Sáenz Peña. Dichas dificultades redundaron en el fracaso de la mayoría de las iniciativas impulsadas. Las reformas económicas, institucionales y sociales más ambiciosas, en efecto, cayeron en su mayor parte en desgracia. Losada analiza cada una de estas áreas, brindando un sistemático panorama de conjunto. A nuestro criterio, pueden señalarse dos aspectos que el autor deja pendientes de una mayor exploración. El primero respecto a la política militar: los motivos que estuvieron detrás del fortalecimiento de las Fuerzas Armadas durante el período son todavía objeto de debate. El segundo punto en cuanto a la incidencia efectiva que tuvieron las políticas económicas: Losada observa tales políticas para analizar sus presupuestos “ideológicos”, pero no sabemos en qué medida ellas tuvieron que ver con la prosperidad que en esos años experimentó el

3 T. Halperin Donghi, 1999. *Vida y muerte de la república verdadera, 1910-1930*. Buenos Aires: Ariel.

país. En este sentido, puede considerarse que la simultánea publicación por Edhasa del libro de Pablo Gerchunoff⁴ constituye un gran acierto editorial.

El capítulo 3 analiza el período presidencial desde el ángulo político-partidario. El autor busca allí desentrañar la dificultosa relación de Alvear con Yrigoyen, subrayando las oscilaciones como nota saliente. Desde un principio, nos dice Losada, Alvear buscó diferenciarse de su antecesor. Lo hizo construyendo una nueva figura presidencial y apuntalando el antipersonalismo. Pero Alvear nunca dio el paso de la independencia a la disidencia. El capítulo explora los diferentes episodios que suscitaron tensión y se pregunta por las razones que llevaron a Alvear a no romper con el personalismo. En este punto, Losada nos devuelve la imagen de un político incapaz de sortear los dilemas que suponían ser el sucesor de un gran caudillo. Las continuas ambigüedades hicieron que Alvear se ganara la desconfianza tanto de los fieles a Yrigoyen como de los opositores a él. Este hecho, sumado al escaso éxito de las iniciativas impulsadas, conducen al autor a realizar un balance negativo de la gestión presidencial. Según Losada, la decisión de Alvear de abandonar el país al concluir su mandato pudo deberse a que él mismo estaba descontento con los resultados alcanzados.

Los tres siguientes capítulos se concentran en los años 30, período en el que Alvear se desempeñó como líder de la UCR en un contexto por demás difícil:

luego de ser desplazado del poder, el radicalismo debió asumir la pesada tarea de reconstruirse en el llano y desde la oposición. Losada sigue con mucha minucia las peripecias de ese complejo recorrido. La mayor disponibilidad de fuentes primarias para estos años le permite al autor captar más directamente los puntos de vista de su biografiado.

El capítulo 4 analiza la relación de Alvear con Uriburu y reconstruye la sinuosa historia que lo condujo a erigirse en líder partidario. Luego examina la posición de Alvear frente a las estrategias que entonces se debatían en el interior de la UCR: concurrencia, abstención y revolución. Merece destacarse, en este punto, la precisión con la que el autor logra ubicar a Alvear. Durante largo tiempo, la historiografía académica tendió a tomar muy acriticamente los argumentos planteados por la historiografía partidaria ligada a la Intransigencia. Ello la condujo a reproducir la idea de un Alvear “concurrencista”, que desde un principio habría sido afín a la integración al régimen postrevolucionario. Losada muestra, por el contrario, que, hasta 1934, Alvear avaló la abstención. Pero esto no significa que el nuevo jefe del radicalismo hubiese apoyado en su conjunto las salidas más disruptivas. Pues, aunque mantuvo contactos con los líderes revolucionarios, todo indica que Alvear se opuso a la alternativa armada. Una abstención sin revolución (que no era ni más ni menos que el lugar en el que las circunstancias habían depositado a la UCR) pareció ser la alternativa por él sostenida en los primeros años de gobierno de Justo. Las dificultades que se derivaron de allí, y que redundaron en un regreso al

4 P. Gerchunoff, 2016. *El eslabón perdido. La economía política de los gobiernos radicales (1916-1930)*. Buenos Aires: Edhasa.

terreno electoral, son reconstruidas en el libro con gran rigor analítico.

El capítulo 5 muestra, en primer lugar, cómo Alvear edificó, en la década de los treinta, una figura pública diferente a la del decenio anterior. La principal novedad estuvo dada por un activo proselitismo. En las largas giras que realizó por el país, Alvear reforzó su apego a la tradición radical. Pero no todo fue continuidad con el pasado: paralelamente, en efecto, Alvear subrayó algunos rasgos distintivos de “su” partido radical, entre los cuales Losada destaca la atenuación de la impronta revolucionaria y la presentación de la UCR como un partido “orgánico”. El capítulo se cierra con una consideración sobre la relación entre Alvear y Justo desde el golpe de septiembre en adelante. El autor identifica diferentes momentos de ese vínculo y se pregunta por los motivos que condujeron a Alvear a insistir en las tratativas con su exministro de Guerra, pese al fracaso recurrente en ellas. Encuentra las razones en la dinámica asumida por la interna partidaria. En este sentido, las consideraciones que realiza sobre la UCR en la segunda mitad de los años 30 brindan una clave valiosísima para explorar algunos aspectos del radicalismo todavía no mayormente indagados, como el papel que la Intransigencia jugó para limitar los cursos de acción seguidos por la dirigencia.

El capítulo 6 analiza las relaciones de Alvear con su otro exministro devenido primer mandatario, Ricardo Ortiz. Por las mismas razones que Alvear dependió de Justo para afirmar su liderazgo en la UCR, también necesitó de su sucesor: la decisión de retornar al comicio sólo podría considerarse correcta si se coronaba

con un triunfo electoral, y ello dependía de que el presidente en ejercicio respetase la soberanía popular. Esta expectativa, sin embargo, se frustró con la dimisión de Ortiz y su reemplazo por Castillo. A partir de allí, los cuestionamientos hacia Alvear en interior de la UCR se exacerbaban. En ese marco tuvo lugar el último intento de negociación con la elite gobernante: el acuerdo con Federico Pinedo. Los condicionantes internos y externos que estuvieron detrás de esta tratativa, así como de su deriva, son expuestos en el libro y utilizados como vía de entrada para analizar la trama política en esa coyuntura de crisis terminal de la república del fraude. El capítulo analiza luego la concepción de Alvear sobre el escenario internacional y el impacto (moderado, según Losada) que este factor tuvo en la definición de líneas de acción en la política local. Y finaliza con un brillante análisis del modo en que Alvear percibió el eclipse de su carrera política (el cual coincidió prácticamente con el fin de su vida). La amargura que se desprende de sus palabras se explican para el autor tanto por el generalizado cuestionamiento del cual su figura fue objeto en el propio radicalismo, como por algo más amplio: Alvear entendió que se estaba asistiendo al final de toda una época en la historia de la sociedad argentina; era el momento del relevamiento de las elites tradicionales y de la consolidación de los frutos de la sociedad inmigratoria que aquellas habían diseñado. La retirada de la elite estaba lejos de ser triunfal y dejaba un saldo institucional grave: el falseamiento de la soberanía popular, la apatía ciudadana y el adormecimiento de la conciencia cívica.

El último capítulo es el más peculiar del libro. Allí, Losada rompe con la cronología y ensaya un análisis del vocabulario político de Alvear en las décadas de los 20 y los 30. La tarea es de por sí difícil, dado que, como el mismo autor lo señala, estamos frente a un hombre de acción, que casi no dejó obra letrada. Por lo demás, siempre que de ideas se trata, está presente el riesgo de caer en un encasillamiento que obture, más que amplíe, el horizonte de comprensión. Sin embargo, Losada sabe lidiar muy bien con estas dificultades y utiliza creativamente el instrumental teórico provisto por la historia intelectual para reconstruir en toda su complejidad la gramática discursiva del líder radical. El autor discute la caracterización de éste (muy extendida en la bibliografía) como un "liberal". Aunque no niega las afinidades que Alvear tuvo con esa tradición, considera más adecuado inscribirlo en una matriz republicana: "el elitismo afincado en la virtud; la importancia del gobierno moderado por la ley; la pertinencia de un buen gobierno para el rumbo de la sociedad; el humanismo cívico; la democracia sólo admisible como representativa; la libertad pensada recurrentemente como

libertad cívica. Todos esos ejes condicionaron o limitaron sus posiciones más propiamente liberales o demócratas" (p. 329). En este sentido, Losada señala la correspondencia de Alvear con el "liberalismo 'original' argentino", el cual no tuvo tanto como eje la afirmación de la libertad individual ni la reivindicación de una sociedad autorregulada.

Al seguir esas coordenadas, Losada evidencia hasta qué punto continuó vigente en Alvear una concepción ideológica propia del siglo XIX. No sólo en esto es posible ver en el líder radical persistencias del pasado: también su forma de concebir la sociedad y la política revelan la presencia de tópicos que difícilmente se correspondían con la época en la que le tocó actuar. Sin dudas, éste fue un factor de primer orden para dar cuenta de las razones por las cuales terminó sus días siendo objeto de cuestionamiento por amplios sectores de su partido y de la ciudadanía. En definitiva, poner de manifiesto los motivos que explican el complejo derrotero de Alvear, en el marco más amplio de las transformaciones y continuidades que experimentó la Argentina en las primeras décadas del siglo XX, constituye el gran mérito de esta biografía.

Sebastián R. Giménez
Universidad Nacional de San Martín

Gabriela Dalla-Corte Caballero, 2016.

De España a Francia. Brigadistas paraguayos a través de la fotografía.

Barcelona: Universitat de Barcelona Edicions. 201 p.

4

El libro aborda la historia de un pequeño grupo de brigadistas paraguayos que combatieron en la Guerra Civil Española en defensa de la República. La perspectiva elegida resulta original, pues indaga en las múltiples dimensiones de la experiencia vivida y compartida por este puñado de hombres jóvenes, a través del exhaustivo análisis de un álbum fotográfico construido por uno de ellos, Víctor Martínez. Integrado por cientos de fotografías, acompañadas de textos explicativos, el álbum resulta el artefacto principal que, junto a toda otra documentación atesorada por Martínez y conservada actualmente en el Archivo del Museo de la Memoria en Rosario, converge en la reconstrucción de ese pasado.

El libro es, por sobre todas las cosas, una historia de la Guerra Civil Española y los campos de internamiento franceses contada a partir de historias captadas a través de la lente de la cámara fotográfica Leica de Martínez, quien retornó a América Latina con alrededor de cuatrocientas fotografías. Tres décadas después, tras un encuentro en Francia con otro de los sobrevivientes, Tomás Vera, decidió reunir, hilvanar y secuenciar esas imágenes en un relato, con el propósito de legar la experiencia a las generaciones jóvenes. Ya en este siglo, el álbum fue publicado en Paraguay. Esos originales, las anotaciones personales, la correspondencia y toda una vasta documentación constituida por fo-

lletos e imágenes, fueron las fuentes consultadas por Dalla Corte para reflexionar sobre la fotografía como soporte para la memoria y la historia.

Por ello el libro constituye un relato de la Guerra Civil y los acontecimientos posteriores –los campos de internamiento en Francia, la Segunda Guerra Mundial– a través de la óptica de un brigadista internacional. Pero el libro es más que eso: hilvanando una vida, se adentra en los convulsivos años del Paraguay de la Guerra del Chaco, de la protesta obrera y de izquierda, de las cruentas respuestas del Estado y de la conflictiva posguerra. Nos advierte sobre la importancia de la experiencia previa de entrenamiento militar y participación en las guerras de algunos brigadistas.

En efecto, como parte de los compromisos asumidos a través de su militancia en el Partido Comunista Paraguayo, el protagonista central de este libro partió en 1937 para integrarse en las Brigadas de defensa de la República Española. Es que en 1935 los partidos comunistas viraron su táctica de clase contra clase hacia otra que impulsaba la conformación de frentes populares y, a partir de entonces, priorizaron la lucha democrática contra el fascismo, aplazando a una posterior “etapa” el combate por el socialismo. Esa disposición movilizó a militantes comunistas de diversas partes del mundo, incluidos ciertamente los países latinoamericanos,

a luchar en la Guerra Civil Española. Por cierto, la participación de voluntarios internacionales no fue exclusiva de la militancia comunista, pues distintas fracciones de la izquierda se movilizaron hasta conformar un conjunto de alrededor de cincuenta mil brigadistas internacionales, en una gigantesca muestra de solidaridad internacional contra el fascismo.

Este libro aporta, a la vez, en dos dimensiones. Por un lado, destaca regiones y países de los que poco se sabía en cuanto a las razones que motivaron a los activistas comunistas a arriesgar sus vidas detrás de la lucha contra el fascismo, como es el caso paraguayo. Por otro lado, nos advierte acerca de las maneras a partir de las cuales la experiencia previa en la guerra –en este caso del Chaco– propició la participación en las Brigadas.

Resulta interesante, en un marco de revitalización de los estudios de historia transnacional, cómo la autora demuestra las maneras en que la experiencia de la(s) guerra(s) entreteje historias de cada lado del Atlántico, para acercar y, a la vez, diferenciar lo vivido y percibido por Martínez y sus compatriotas como soldados de la Guerra del Chaco y posteriormente como brigadistas. Se trató de una experiencia multinacional, donde se trababan relaciones con otros latinoamericanos y combatientes de geografías de lo más diversas.

En rigor, la propia práctica historiográfica que da origen y atraviesa el libro crea un campo social que anuda Paraguay con Argentina, España y Francia, siguiendo las huellas de los individuos y los grupos en una búsqueda transnacional.

En relación al contexto de producción de las fuentes, Dalla Corte anota que el

importante caudal de fotos que viajaron junto con Martínez en su retorno, así como la historia que podían relatar, se mantuvieron en el ámbito privado, como producto de un proceso de silenciamiento, hasta que, hacia fines de los sesenta, en un momento de ascenso de la movilización social y política y con el reencuentro con Vera como motivación, se anudaron para construir un relato. Sin embargo, la escritura tomó forma en 1980, cuando buena parte de América Latina se hallaba sumergida en una oleada de regímenes militares. Finalmente, la publicación fue posible en el Paraguay de inicios del nuevo siglo, en 2002, como parte de la recuperación de una faceta de la historia del comunismo paraguayo.

En el libro que comentamos, el relato que Martínez decidió contar es atravesado por la nueva exploración que realiza Dalla Corte, una investigación minuciosa, rigurosa, que sigue las huellas que constituyen las fotos y los documentos hacia personas, objetos y lugares que conformaron la experiencia vital de la Guerra Civil y los acontecimientos posteriores. En esa reconstrucción, la autora no solo se detiene en la experiencia política y militar realizada por los brigadistas sino también en la vida cotidiana y en las múltiples actividades desplegadas en España y Francia. Así, se analizan las variadas maneras de hacer frente al campo de internación, a la vida en las barracas, a través del cultivo de actividades deportivas, culturales, artísticas e intelectuales.

Todo esto es posible gracias a aquello que Martínez decidió retratar con su cámara. De allí que el libro representa una reflexión sobre el papel de la fotografía,

sobre las formas a partir de las cuales las imágenes construyen visiones del pasado, pero que, a su vez, dispuestas en un orden y a través de una selección determinada, hablan del presente desde el cual se reflexiona.

En definitiva, *De España a Francia. Brigadistas paraguayos a través de la fo-*

tografía es un libro que aporta al amplio campo de estudios de la Guerra Civil Española pero también a la historia de las izquierdas latinoamericanas, a través de un enfoque que privilegia la atención a los individuos de carne y hueso que protagonizaron esas experiencias y que, una vez más, decidieron dejarlas como legado.

Silvia Simonassi
Universidad Nacional de Rosario

Claudia Salomón Tarquini y María de los Ángeles Lanzillota (eds.), 2016.
Redes intelectuales, itinerarios e identidades regionales en Argentina (siglo xx).
 Rosario: Prohistoria Ediciones - EdUNLPam. 260 p.

5

El trabajo editado por Claudia Salomón Tarquini y María de los Ángeles Lanzillota aborda los diversos espacios culturales de la Argentina del siglo xx. Pone especial énfasis en el lugar que estos tuvieron en la confección de discursos identitarios, perfilando tanto a actores como ámbitos regionales. En un campo en construcción y de marcado crecimiento en la historiografía argentina del último tiempo, esta obra abona el camino a la profundización del análisis de redes y de ámbitos de sociabilidad, de itinerarios e instituciones y de circulaciones. Lo hace desde un nutrido contacto interdisciplinario de investigación que comprende historia, arte, letras y etnomusicología.

El trabajo inicia con las “Palabras preliminares” de las editoras y prosigue con un “Prólogo” para luego desglosarse en tres partes. No es tarea sencilla potenciar un campo de investigación reciente y menos si este, como nota Ana Teresa Martínez en el prólogo, reviste la atención sobre ‘otra’ historia y nos embarca en un laberinto complejo que va desde Tucumán a la Patagonia. Sin embargo, este trabajo logra salir de ese atolladero y no solo nos ofrece investigaciones que completan el mapa de la historia intelectual y la historia cultural en Argentina –que comienza desde los últimos años a despegarse de la metrópolis– sino que también nos invita a bucear por una serie de debates teóricos y de nuevas perspectivas que amplían la mirada sobre

un campo de estudios en expansión. Una multiplicidad de espacios logra plasmarse en una labor que se une a los trabajos precursores de Agüero y García y de Laguarda y Fiorucci. Salir de los centros y ver nuevas densidades históricas fuera de los cánones tradicionales ha sido uno de los objetivos de este trabajo, sumando claridad y precisión empírica y teórica. Entre las novedades metodológicas se encuentra la perspectiva microanalítica y el estudio de redes que enriquecen la historia cultural e intelectual en nuestro país. Tensar la idea de unidad ‘nacional’ es el punto nodal que recupera la obra, retomando los debates teóricos ya abiertos por especialistas tales como Pasolini, Agüero y García. El trabajo también nos invita a reflexionar sobre el hecho de que tantos discursos sobre identidades colectivas, redes, sociabilidades y espacios periféricos no pueden entenderse si no se piensa lo social como un concepto de relación.

La primera parte de la obra, “Espacios de sociabilidad y redes intelectuales en la primera mitad del siglo xx”, comienza con el abordaje de Soledad Martínez Zucardi sobre “Tucumán industrial y moderno. Un discurso ‘oficial’. Acerca de la Provincia a comienzos del siglo xx”. En él la autora analiza el proceso complejo de representación de dicha provincia a principios del siglo xx. Allí puede notarse la manera en que, desde el gobierno y la universidad, se generaron publicaciones que

tuvieron como eje difundir y acrecentar la imagen en torno a la prosperidad azucarera a partir del denominado “grupo del centenario”. Esta primera parte prosigue con “La plaza, las calles, los pueblos. Intelectuales, ideas y territorio en Córdoba (1918)” de Ana Clarisa Agüero. La expansión del espíritu reformista ocupa la escena de este abordaje, donde ideas, intelectuales, publicaciones y territorio se conjugan entre sí. La cuestión de la comuna como lugar de acción social y política dentro de dicho proceso es el entramado por el cual se adentra el análisis. Por su parte, Carolina Romano presenta “Apuntes sobre la vanguardia en Córdoba: un problema, un debate y una asociación en 1933”. Aquí puede verse a la vanguardia como producción histórica y límite crítico, asimismo como una trama compleja con matices; por otro lado, aparece unida a la circulación material, cultural y estilística entre centro y periferia desde las primeras décadas del siglo xx hasta fines de los 30. Como espacio periférico, la autora profundiza en la asimetría como límite y posibilidad. La primera parte de este libro cierra con “En búsqueda de las voces propias. Espacios de sociabilidad intelectual en el territorio nacional de La Pampa 1907-1930” de María de los Ángeles Lanzillota, donde puede vislumbrarse un análisis profundo entre redes, agentes, instituciones y contexto, en pos de comprender una sociedad en la que se crearon espacios y grupos. Las figuras heterogéneas fueron las que permearon la producción cultural pampeana, donde, recién en los años treinta, comienzan a darse con una marcada continuidad espacios específicos de sociabilidad intelectual.

La segunda parte del trabajo, “Instituciones y espacios de sociabilidad intelectual en las nuevas provincias”, comienza con el análisis de Claudia Salomón Tarquini sobre “Constructores de pampeanidad: grupos de escritores de La Pampa (1957-1983)”, donde la autora aborda las representaciones de la *pampeanidad* a partir de Joven Poesía Pampeana (1957), Grupo Raíces (1960) y Alpataco. Esto abarca los inicios y la radicalización, para pasar al freno que marcó para la institucionalización la última dictadura, hasta llegar en 1983 a la Asociación Pampeana de Escritores. Aunque el apoyo estatal fue importante en los inicios, no explica para la autora las dinámicas del ámbito cultural. El análisis de los lazos interpersonales tiene para Salomón Tarquini, mayor peso en el abordaje de una *pampeanidad* que inicia en los 50 y se consolida en los 80. Las estrategias grupales marcan, según el análisis, a una generación de intelectuales que perdura después de 1983. El siguiente capítulo es el de Ana Romaniuk, “Folklore pampeano y folklore nacional. Espacios de legitimación, tensión y disputa en la búsqueda de una identificación territorial”. Aquí la autora señala la presencia de dos ámbitos de poder: el Estado y la industria cultural. En ese marco posiciona a los intelectuales, incluyendo a los músicos urbanos que relaciona con la legitimación e invención del nuevo Estado y de la *pampeanidad* en términos musicales. Pensar la música pampeana en diferentes contextos de desigualdad y las resistencias y adaptaciones frente a la presión en el campo cultural han sido los tópicos de análisis. Los diálogos entre nacionalismo y regionalismo provincial,

entre el vínculo de la identidad provincial con otras provincias y entre La Pampa y Buenos Aires, mantuvieron un enfrentamiento por el reconocimiento y la visibilidad. La segunda parte prosigue con "Instituciones y redes de artistas plásticos pampeanos: el Instituto Provincial de Bellas Artes, un ámbito de formación y legitimación artística (1960-1984)" de Florencia Azul Prina. Desde una perspectiva de historia social del arte, la autora considera central al IPBA en la conformación de un campo artístico local. Reconoce el arte como un fenómeno social y ahonda sobre las redes de cooperación entre los artistas y las instituciones de la cultura tomando a la plástica como un subcampo. Estudia las trayectorias de vida, el rol de los estudiantes y los docentes, los vínculos con el Estado provincial y los espacios artísticos no locales. Asimismo, pone el foco en la legitimación de los artistas plásticos pampeanos a partir de las estrategias de los agentes en pos de la consagración. Para finalizar, la segunda parte cierra con el capítulo de Silvia Mellado denominado "Redes de escritores del siglo xx en Patagonia. Centro de Escritores Patagónicos". Aquí la autora analiza el surgimiento de tal centro en 1983, su relación con la Fiesta Provincial del Cordeiro, los Encuentros de Escritores Patagónicos (1978) y el Taller Literario de General Roca (1976). La literatura se considera lugar de enunciación y motivo de discusión de posturas regionalistas. La consagración de dicho centro en 1983 como Asociación Civil se entiende como un doble movimiento de descentralización del espacio hegemónico y centralización de la comunidad literaria.

El libro culmina con la tercera parte que se titula "Itinerarios y discursos". Esta se abre con "Las redes intelectuales de Salomón Wapnir: un socialista en la trama político-literaria latinoamericana durante las décadas de 1920-1930" de Federico Martocci. El autor analiza dichas redes en el período mencionado junto con la identificación de los vínculos políticos y literarios en Argentina y América Latina y su rol mediador entre espacios culturales diferenciados: la ciudad de Buenos Aires y el Territorio Nacional de La Pampa, con redes que excedieron el espacio pampeano. El siguiente capítulo es el de Flavia Fiorucci, quien posa la mirada sobre "Juan Ripa: escritos y acciones de un intelectual periférico (1916-1995)"; es aquí donde aborda a esta figura de la Patagonia, que primero fue maestro rural en una colonia mapuche y luego ejerció la abogacía por cuarenta años en Esquel. La autora analiza la manera en que su obra arroja luz sobre el tema de las visiones sobre los indígenas que pueblan la Patagonia, tomando el 'problema indígena' en el presente. Este itinerario nos muestra la construcción de un proyecto intelectual más allá de las grandes ciudades, escribir y actuar en la periferia y el dinamismo cultural del pueblo. El siguiente capítulo de Lucía Lionetti "La tiza, la pluma y la palabra. Repertorios para la mediación cultural de un intelectual patagónico" plasma la trayectoria pública de un educador: Luis Feldman Josín, quien tuvo en su mundo social las posibilidades de concretar iniciativas gremiales, periodísticas y políticas. Poniendo el eje en la relación personaje - contexto social puede llegar a comprenderse a él como mediador cultural

y, a la vez, como figura controversial. La autora ilustra cómo este normalista tuvo sin dudas presencia en la esfera pública, buscando vincularse con el centro pero reafirmando a sí mismo en su espacio de acción. En todo el análisis es clave la existencia de una intención pedagógica. El libro culmina con “Intelectuales indígenas en el centro de Argentina: Germán Canuhé y el ‘largo camino’ en la difusión de la historia del pueblo ranquel” de Anabela Abbona. En este capítulo la autora analiza a este intelectual que, desde la década de los ochenta, fue referente de los ranqueles y uno de los reorganizadores políticos de Pueblo Indígena de La Pampa, al fundar las primeras asociaciones en 1983, entre otras iniciativas. El análisis de la autora lleva a replantear la categoría de intelectual, a ver los campos periféricos y a reconstruir tramas relacionales y contextuales. Este es el caso de un intelectual autoidentificado como ranquel y el de líder de un movimiento que tuvo no-

toriedad en el ámbito público. Con vínculos y diálogos diversos con actores de diferentes ámbitos, geográficamente con la provincia de San Luis y La Pampa e institucionalmente con universidades nacionales y diversas organizaciones, su análisis nos muestra la puesta en conocimiento de la historia de un pueblo.

Llegados hasta aquí, no es aventurado señalar que si el futuro nos deja como tarea la consolidación de un campo de investigación, esta es una apuesta más que interesante en pos de esa conformación. El aporte central de este libro es que la Argentina no porteña existe; y los trabajos de la presente edición logran captarla con la reducción de escala tanto en relación a las dimensiones espaciales como respecto a las temporalidades. La historia intelectual en Argentina comienza a llenar los espacios de un mapa más amplio lleno de diversidad, redes, conflictos, tramas y significaciones y, por tanto, a enriquecerse y nutrirse de estos aportes.

María Soledad González

Universidad Nacional del Centro / CONICET

INFORMACIÓN Y PAUTAS PARA AUTORES

Anuario IEHS acepta manuscritos redactados en castellano o portugués; deben ser originales y no publicados o propuestos para tal fin en otra revista. Su convocatoria se encuentra abierta permanentemente..

RESPONSABILIDAD Y DERECHOS

Por el hecho de someter un trabajo al proceso de publicación, su/s autor/es certifica/n (1) que el manuscrito presentado es original e inédito; (2) que él/ellos es/son titular/es de los derechos correspondientes; (3) que, en caso de resultar aceptado aquél, cede/n esos derechos al Anuario IEHS, el cual se reserva el derecho de publicación impresa y digital; (4) que, de existir coautores, éstos acordaron la presentación del manuscrito; (5) que cuenta/n con los permisos necesarios para la reproducción de texto o figuras cuyos derechos no posea/n.

Las opiniones vertidas en los trabajos que resulten publicados son de exclusiva responsabilidad de sus autores.

No se permite la reedición del artículo publicado en otros medios, a menos que se disponga de la autorización expresa de la revista.

SELECCIÓN Y EVALUACIÓN

Los artículos son evaluados, respecto de su pertinencia y relevancia, por el staff editorial, en primera instancia; y posteriormente por evaluadores externos, bajo el mecanismo de doble ciego. Las reseñas son evaluadas exclusivamente por los editores.

Los autores deben considerar las observaciones de los evaluadores y de los editores de la revista antes que los artículos sean aceptados para su publicación, lo que puede suponer la realización de correcciones, ya sea formales o de contenido. Una vez aprobadas éstas por la revista e iniciado el proceso de edición, no se admitirán más modificaciones por parte de los autores.

PRESENTACIÓN

Los textos se enviarán como archivo adjunto a un correo electrónico a la siguiente dirección: anuarioiehs@fch.unicen.edu.ar. Los formatos admitidos son doc, docx u odt. Eventualmente, podrá solicitarse el envío adicional de hasta tres copias impresas, destinadas a los evaluadores.

No se exige pago de arancel alguno en concepto de presentación o procesamiento de los artículos recibidos.

CARACTERÍSTICAS FORMALES

Los artículos no deberán superar los 60.000 *caracteres*, excluyendo espacios. Las reseñas, los 8.000.

Cada original se ceñirá a la siguiente *estructura*:

- título del trabajo (en mayúsculas) y su traducción al inglés;
- nombre completo del autor o los autores, con indicación de su lugar de trabajo (evitando abreviaturas) y su dirección postal; también se incluirá una dirección electrónica;
- resumen y palabras clave en inglés y en la lengua del trabajo;
- texto del artículo;
- cuadros y figuras (de haberlos);
- notas a pie de página y
- bibliografía.

El *título* del artículo y, si lo hubiere, el *subtítulo* deberán escribirse en mayúsculas. Se recomienda que los artículos se dividan en *apartados* que no superen dos niveles jerárquicos, los cuales se titularán con versalitas y con cursiva minúscula respectivamente.

Se utilizará *un solo tipo de letra* y de un único tamaño, excepto en las notas, en los epígrafes de los cuadros y figuras y en las citas que superen los tres renglones, casos en los que la letra será de cuerpo menor en *dos puntos*.

Las *mayúsculas* se utilizarán solamente para el título del artículo y para siglas. Las *cursivas* se usarán, por un lado, para palabras o expresiones en otro idioma diferente al del artículo y, por otro lado, para resaltar alguna expresión que desee destacarse.

En todos los casos, se utilizará un *interlineado simple*.

Se deberá *evitar* el uso de sangrías y tabulaciones en el texto, así como de espacios entre párrafos (excepto entre éstos y títulos, cuadros, figuras o citas extensas).

El *resumen* será un extracto del contenido del artículo, poniendo énfasis en las aportaciones originales. Se procurará evitar iniciarlo con la fórmula "Este artículo trata de..." y similares. Los artículos irán precedidos de un resumen en la lengua en que se los publica y otro en inglés. Cada uno de ellos deberá tener una extensión máxima de 150 palabras y una mínima de 100.

También deberán acompañarse *palabras clave* (de tres a cinco), separadas por comas, y su versión en inglés.

Los *cuadros* incluirán información que amplíe o complemente lo que se dice en el texto: cuadros, tablas estadísticas y resúmenes sintéticos, entre otros. Se enumerarán correlativamente con cifras arábigas y se insertarán en el cuerpo del texto, en el lugar que les corresponda. Siempre habrá que aludir a ellos explícitamente en el propio texto.

Cada cuadro debe encabezarse con la palabra “Cuadro”, seguida del número correspondiente y de su título, ambos en minúsculas. En línea siguiente, se indicará la fuente de la información; si es apropiado, se consignará “elaboración propia”.

Al enviar el texto en formato digital, los cuadros pueden ir incorporados dentro del cuerpo general del artículo o, en el caso de cuadros de cierta complejidad, en archivo aparte.

La denominación *figuras* incluye gráficos, mapas, fotografías, dibujos y similares. Su inclusión en el artículo responderá a verdaderas exigencias de contenido y en ningún caso a razones puramente estéticas. Se enumerarán correlativamente y se situarán en el cuerpo del texto, en el lugar que les corresponda. Deberá aludirse a ellos explícitamente en el texto.

Cada figura llevará al pie la indicación “Figura”, seguida del número que le corresponda y del título en minúsculas. A continuación, puede añadirse alguna breve explicación y la fuente.

Las figuras se enviarán en archivos aparte (un archivo por cada figura) en formato jpg, con una resolución mínima de 300 dpi.

Cuando las *citas* tengan menos de 40 palabras, se integrarán en el cuerpo de párrafo, entrecorridas. Cuando superen esa cantidad, se ubicarán en párrafo aparte, sangrado, sin comillas y con tamaño de letra *dos puntos* menor.

Las *referencias* de las citas se ubicarán a continuación de ellas, entre paréntesis, indicando autor, año y número/s de página/s; ejemplo: (Brown 2004, pp. 10-12). También se colocarán en el cuerpo del texto las referencias de las alusiones a distintas obras; ejemplo: “Como afirma Finley (2006, p. 9), la estructura de...”.

Las *notas* deben ser las imprescindibles y se situarán a pie de página con numeración automática.

La *bibliografía* deberá aparecer completa al final del artículo, ordenada alfabéticamente y, respecto de cada autor, en orden cronológico. Deberá limitarse a las obras mencionadas en el texto. Para su confección se seguirá la norma ISO 690 (2010) con las especificidades consignadas en su punto A.2.

A continuación, algunos ejemplos de referencias bibliográficas.

Libro:

SPINELLI, M. E., 2013. *De antiperonistas a peronistas revolucionarios. Las clases medias en el centro de la crisis política, 1955-1973*. Buenos Aires: Sudamericana. 224 p.

Capítulo de libro:

PASOLINI, R., 2013. José Luis Romero y la biografía como forma de la historia. En: J. E. BURUCÚA, F. J. DEVOTO y A. GORELIK, *José Luis Romero. Vida histórica, ciudad y cultura*. San Martín: UNSaM Edita. pp. 41-87.

Artículo:

HALPERÍN DONGHI, T., 1997. El discurso político de una república agraria. *Anuario IEHS*, vol. 16, pp. 123-130.

Artículo en internet:

OTERO, H., 2011. Las escuelas étnicas de la comunidad francesa. El caso argentino, 1880-1950. *Anuario de estudios americanos* [en línea], vol. 68 n° 1, pp. 163-189 [consultado el 27 de marzo de 2015]. Disponible en: <http://estudiosamericanos.revistas.csic.es/index.php/estudiosamericanos/article/view/536/540>

Artículo de periódico:

BRENTA, N., 2015. ¿Esta vez es distinto? *Le monde diplomatique*, Buenos Aires, 15 de marzo, pp. 8-9.